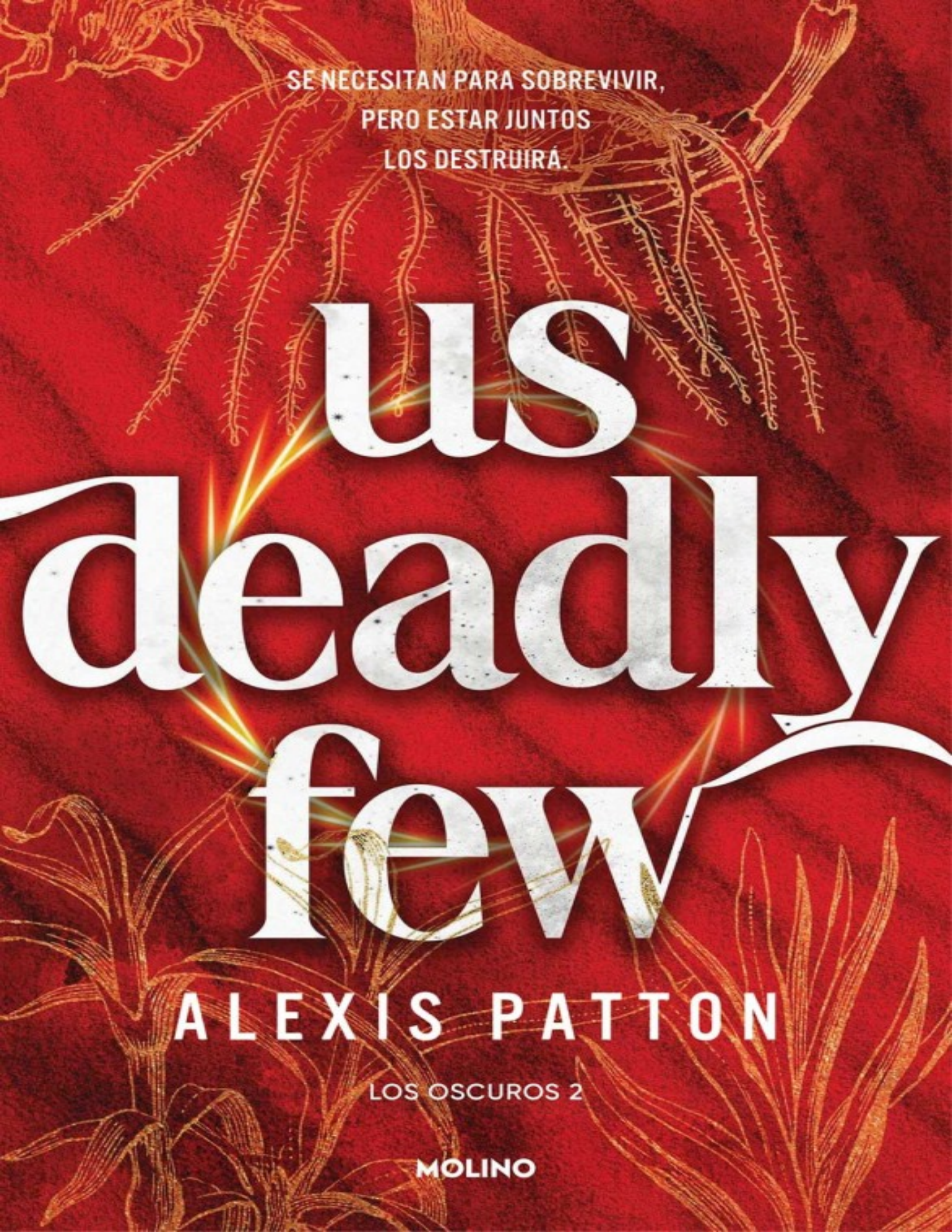

SE NECESITAN PARA SOBREVIVIR,
PERO ESTAR JUNTOS
LOS DESTRUIRÁ.
us
deadly
few
ALEXIS PATTON
LOS OSCUROS 2
MOLINO

ALEXIS PATTON

us deadly few

Traducción de
Ángela Esteller García

MOLINO

A todos aquellos sobre los que se cierne la nube
de la ansiedad. Que soñéis a la luz de la luna
y encontréis consuelo bajo las estrellas.

Advertencia

Us Deadly Few sucede en un mundo posapocalíptico y tiene como escenario una peligrosa tierra estéril y desolada. Incluye descripciones violentas, asesinatos, lenguaje explícito, torturas, agresiones y actos sexuales que podrían herir la sensibilidad de los lectores. Por favor, cuida de tu salud mental y, si estás listo, prepárate para entrar en el apasionante mundo de *Us Deadly Few*.

Nota de la autora

Me emociona que te adentres en el segundo episodio del increíble viaje de Khalani a la superficie de la Tierra. Antes de que descubras lo que ocurre, debes saber algo:

Si no has leído *Us Dark Few*, detente. Cierra el libro. Apaga el Kindle.

Es crucial que lo leas antes para comprender bien la historia y a sus personajes, y para disfrutar de la experiencia.

…

…

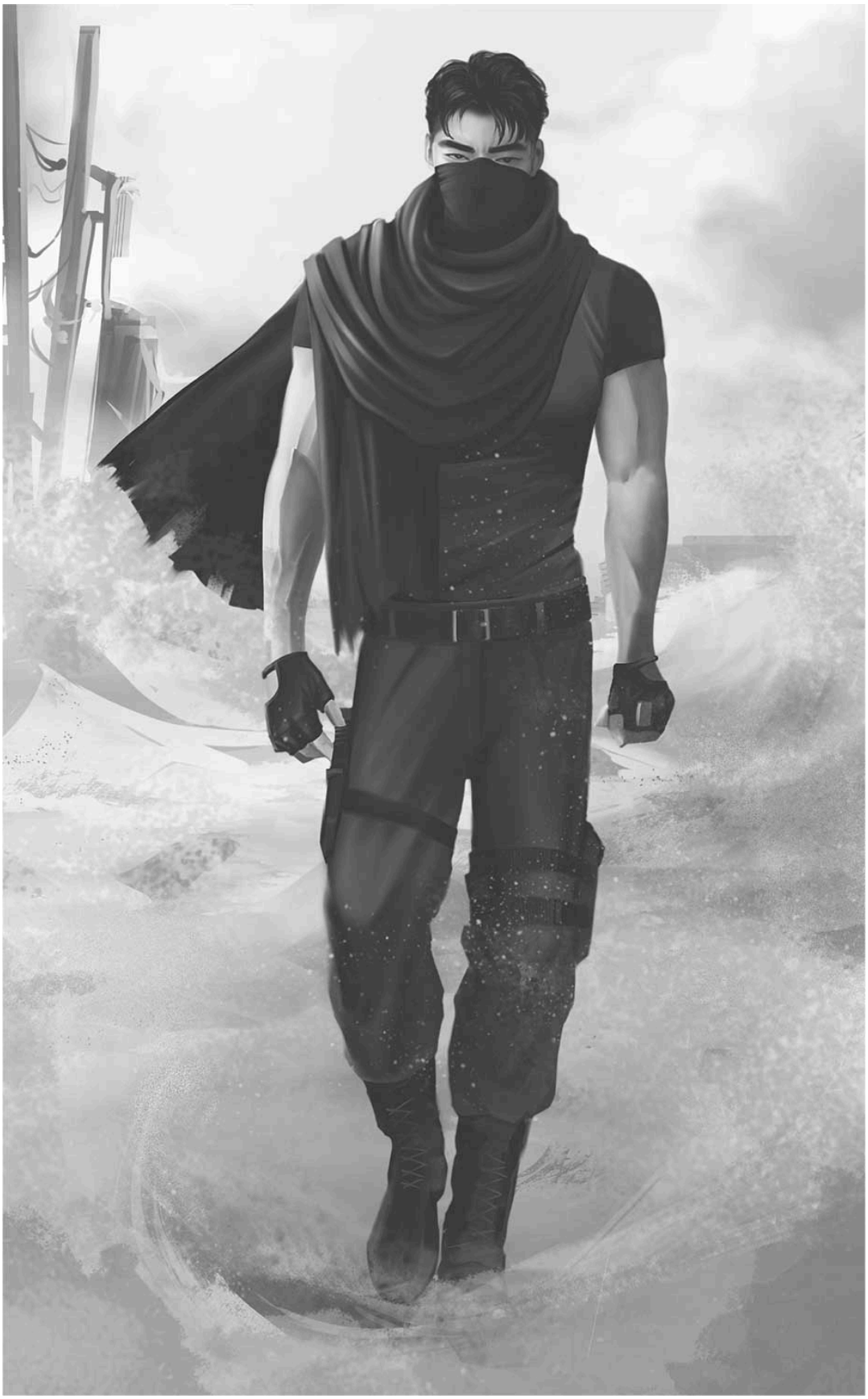
¿Ya te has puesto al día?

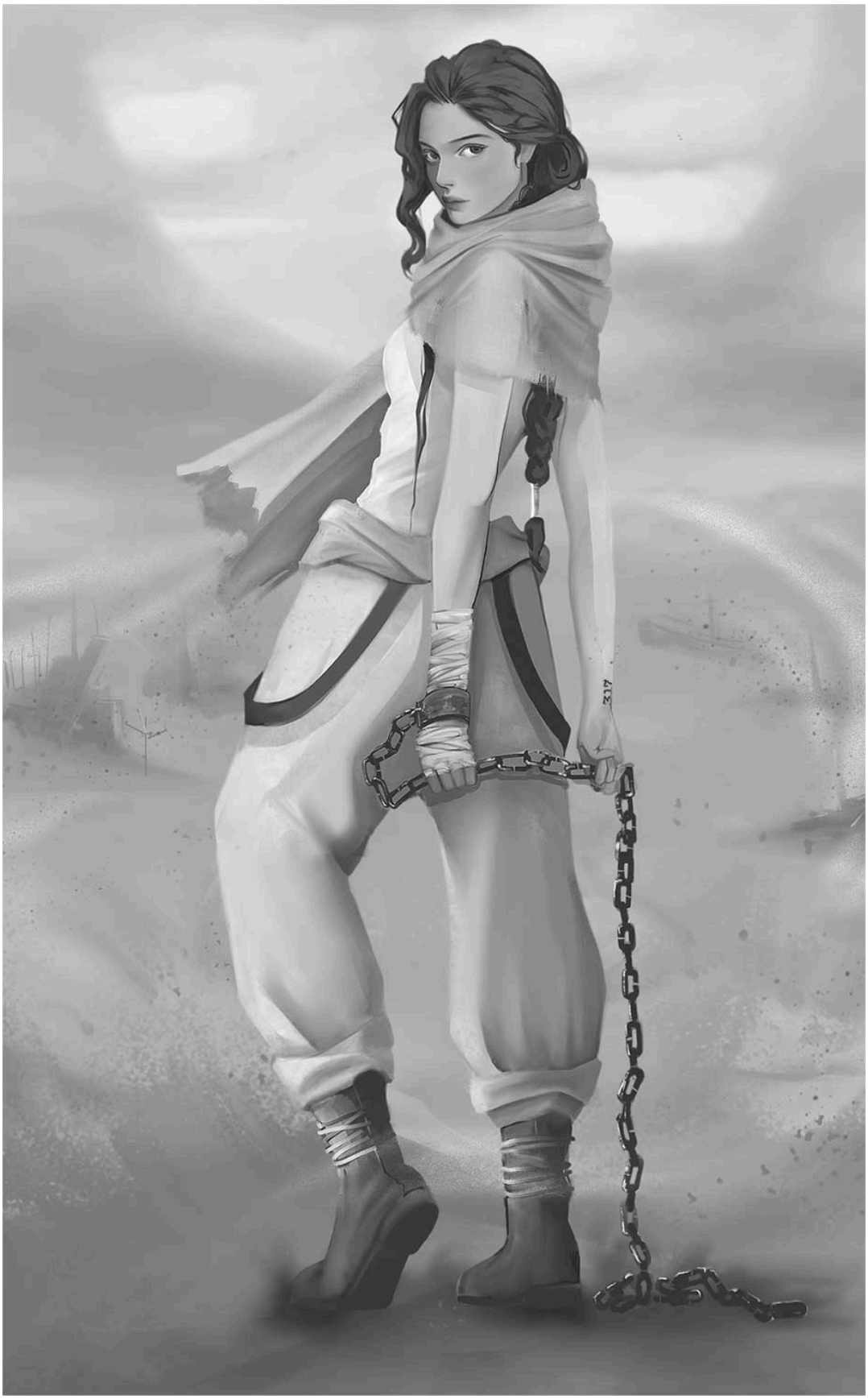
…

…

Genial.

Sin más dilación, es un orgullo para mí presentar *Us Deadly Few*.





1

Háblame de la vida, porque de la muerte ya lo sé todo.

Khalani Kanes dejó que toda esa destrucción la invadiera. Se extendía ante ella en todas sus formas, más allá de lo que alcanzaba la vista.

La devastación encerraba una belleza letal.

La mayoría de la gente era incapaz de verla y solo apreciaba las líneas duras, los olores acres y los contornos deformados. Ese daño persistente despertaba en ellos un instinto innato de seguir adelante sin fijarse en las ruinas.

Sin embargo, si se observaban los escombros con atención, se podía ver algún atisbo de lo que había sido. Algo hermoso, algo que la mayoría ignoraba de manera deliberada.

Porque era una belleza que solo se podía apreciar cuando todo lo que dabas por sentado desaparecía.

Hacía poco más de una hora que habían escapado de Apolo, y Khalani lanzó el uniforme gris de prisionera al interior de un…

¿Coche?

Sí. Así lo había llamado Winnie.

Cientos y cientos de vehículos oxidados salpicaban la carretera dibujando un enrevesado laberinto.

El calor sofocante del desierto se colaba debajo de la ligera camisa beis y de los holgados pantalones, que ondeaban con las rachas de viento.

No podía sino agradecer las prendas de ropa limpia que había encontrado en la mochila.

Unas gotas de sudor le resbalaban por la espalda. Su primera intención había sido quitarse la ropa, pero Brock le había advertido que la manga larga le protegería la piel, demasiado pálida, del sol.

Khalani se había pasado la vida en una oscuridad completa; jamás habría imaginado que alzaría la mirada al cielo y vería el sol, y mucho menos que caminaría por la superficie bajo su poder inclemente.

Aferrándose a las asas de la mochila negra, siguió avanzando mientras la arena le arañaba las mejillas.

En la carretera desolada que se extendía ante ellos no se veía ni un atisbo de vegetación. Ninguna señal de vida. Sobre los restos olvidados de la civilización solo reinaba una calma espeluznante.

Le llamó la atención una señal blanca y negra, oxidada, que a duras penas se mantenía colgada de un palo metálico que salía del suelo.

ARIZONA, RUTA 66.

No tenía ni idea de qué significaban esas palabras.

En la superficie, muchas cosas le resultaban incomprensibles. Como esos troncos altos que emergían de la arena y de los que colgaban unos anchos cables. O esas placas con números y letras en la parte trasera de los vehículos. O esa larga carretera en medio de un desierto interminable.

Y lo más extraño era que casi todos los coches destartalados que dejaban atrás tenían las puertas abiertas de par en par, como si los ocupantes los hubiesen abandonado a toda prisa.

Khalani se preguntaba a menudo cómo había sido ese fatídico día. Presenciar cómo las bombas y las llamaradas cruzaban el cielo, sin poder hacer nada para detener la fatalidad inminente.

Aunque los pocos que llegaron a sobrevivir a la explosión nuclear que había devastado la superficie —en especial, lo que antes había sido Estados Unidos— seguramente sucumbieron al envenenamiento de las aguas subterráneas o al hambre provocada por el acaparamiento masivo de alimentos.

Además, en el momento en que destruyeron los reactores, la fusión nuclear desató el caos radiactivo en todo el mundo. Cuando la gente se dio cuenta de que la superficie era inhabitable, las pocas ciudades del subsuelo ya habían alcanzado la capacidad máxima y habían cerrado las puertas. La idea de sentarse a esperar a que llegara tu hora mientras tu familia y tus seres queridos se desintegraban ante tus ojos la hizo estremecer.

Hasta hacía pocos días, Khalani había creído que la superficie seguía siendo inhabitable. Les habían enseñado, a ella y al resto de los ciudadanos de Apolo, que cualquiera que se aventurara a pisarla solo encontraría altos niveles de radiactividad y una muerte segura.

Pero llevaban varios días caminando por la Zona Muerta, y Khalani no había experimentado nada raro.

Quizá fuera un engaño. Quizá, en unas pocas horas, acabaría fundiéndose sobre el cemento, convertida en un montón de gelatina radiactiva.

Al menos, las vistas no estaban mal.

Lo único que sabía era que Hermes, la ciudad del subsuelo más cercana, estaba a poco más de cuatrocientos kilómetros.

—¿Cuánto falta? Me duelen los pies —se lamentó Serene, la elocuente ladrona que vivía en la celda contigua a la de Khalani.

Se había peinado la melena de un intenso color azul en una

coleta polvorienta y llena de arena, y la pálida cicatriz en el rostro destacaba aún más a la luz del sol. Sin embargo, en lugar de atenuar su belleza singular, la acentuaba.

Serene era más que una amiga. Era la risa que tratabas de reprimir y la voz en tu interior que te animaba a seguir adelante cuando flaqueabas.

Era lo más cercano a una hermana que había tenido Khalani.

Brock, que iba unos pasos por delante, volvió la cabeza y la fulminó con la mirada.

—Hoy ya lo has preguntado diez veces.

—¿Y qué? Sigue siendo igual de pertinente que la primera vez que lo he preguntado.

—Seguiremos caminando hasta el atardecer —insistió Brock—. No vamos a parar porque estés cansada y ya no puedas más.

—¿Sabes? Me caías mucho mejor cuando no hablabas —contraatacó Serene.

—Pues tú nunca me has caído bien.

Serene maldijo a Brock entre dientes y él prosiguió la marcha con la mirada al frente.

El incursor parecía sentirse como en casa en medio de toda aquella destrucción. No era la primera vez que pisaba la superficie, y por eso lo habían elegido como guía. Khalani rezaba para que fuera capaz de conducir al grupo hasta Hermes.

Siempre había pensado que ninguno de sus compañeros merecía su condena en Braderhelm. Pero ahora, pese a que no hubieran cometido ningún delito en el pasado, eran criminales.

Una cosa era fugarse de la prisión.

Y otra muy distinta, asesinar al gobernador.

Aunque ¿se consideraba igualmente asesinato si la persona que habían matado no era humana?

Se acercó a Serene, tratando de rehuir la pregunta antes de que la enterrara en un vacío interminable de interrogantes sin respuesta.

—Si quieres, puedo llevarte la mochila un rato —propuso Khalani.

—Ni hablar. —Serene rechazó el ofrecimiento con un ademán—. Además, para esa tarea deberían postularse nuestros compañeros masculinos.

Serene posó los ojos en Derek, cuya piel bronceada estaba perlada de gotas de sudor. Más reservado que el resto, era un científico de talento de Apolo y el primer amigo que Khalani había hecho en Braderhelm.

—Yo tengo las manos ocupadas —respondió Derek, abrazando aún con más fuerza la cintura de Winnie.

Winnie era la guardiana de las Directrices en Braderhelm, una ávida amante de la historia y, prácticamente, la segunda madre de Khalani.

Durante la fuga, Winnie había recibido un disparo en el hombro, una visión horrible que Khalani jamás olvidaría. Le cambiaban el vendaje a menudo, pero la sangre no dejaba de empaparlo. Khalani se negaba a creer que la anciana no fuera a salir de esta. Sin embargo, la inquietud la embargaba cada vez que veía la constante palidez de sus mejillas pese a aquel sol de justicia.

Le ofreció un poco de agua, pero la anciana la rechazó con amabilidad.

«No te preocupes, querida Khalani —había insistido la noche anterior—. Hace falta mucho más que una bala perdida para acabar con la vieja Winnie».

La anciana era de lo más testaruda y, para Khalani, eso era una buena señal: solo los testarudos y los peligrosos sobrevivían en la despiadada superficie.

—¿Y tú, tornillitos, qué excusa tienes? —preguntó Serene, volviéndose hacia su hermano mayor.

Adan, uno de los mejores ingenieros de Apolo, se apartó unos mechones cobrizos de la frente y esbozó media sonrisa.

—Ah, hermanita… Nunca osaría encargarme de una tarea que puede hacer una mujer por sí sola.

—¿Mamá no te educó para ser un caballero?

—¿Aún existen?

—Vaya, y yo que pensaba que eran los cerdos los que se habían extinguido… —refunfuñó Serene.

Alguien carraspeó a sus espaldas. Todos se volvieron a la vez y se encontraron con la máscara fría e impertérrita que era el fascinante rostro de Takeshi Steele.

Khalani recorrió la dura línea de la mandíbula con los ojos, deteniéndose en su mirada insondable y en su sedoso pelo de color ónix, que parecía despeinado a propósito.

Takeshi no tenía que esforzarse por resultar atractivo. Lo era, sin más. Poseía esa clase de atractivo que todo artista anhelaría capturar en sus obras. Y no en el sentido de bonito, suave o calmado, sino en el de intenso, con aristas. Como la fina hoja de una espada cuando atrapa la luz. Y, si se dignaba a mirarte, te fulminaba de tal manera que experimentabas la fascinación de la vida y la ferocidad de la muerte justo antes de que llegara tu hora.

—¿Tienes algo que decir? —le preguntó Serene con cierta hostilidad.

Takeshi la observó con aire indolente, enarcando una gruesa ceja. El silencio se cernió sobre las ruinas y la arena.

Takeshi siempre había sido un hombre de pocas palabras, más amigo de las sombras oscuras que de la gente. Sin embargo, cuando hablaba, todos le prestaban atención y, pese al temor que les

infundía, lo respetaban a regañadientes.

Serene enseguida comprendió que esperar su respuesta era como esperar que los huesos se descompusieran.

—Pues nada, los hombres son un caso perdido —resopló, dándose la vuelta.

Sin inmutarse, Takeshi miró a Khalani, que tomó aliento bruscamente cuando sus pupilas negras le atravesaron la piel, como si pudiera penetrar en su mente fragmentada y sacar a la luz todas sus debilidades.

La hora de sueño que había perdido. El ligero cojeo provocado por una lesión en la rodilla nueve años atrás. Su fascinación por la muerte… Las veía todas.

Con la capa negra ondeando a su espalda, Takeshi la observó con descaro durante unos pocos segundos fugaces que a ella le parecieron una eternidad.

El corazón de Khalani la traicionó y empezó a latir desbocado, esperando algo.

Pero Takeshi desvió la mirada y la clavó en el paisaje desolado, ignorándola una vez más.

Khalani torció el gesto, pues sentía que el abismo entre ellos se hacía más y más grande con cada día que pasaba. Desde que Takeshi había matado al gobernador, la trataba como a una paria. Decir que se mostraba físicamente distante y emocionalmente inaccesible era quedarse corta.

Cuando trataba de entablar conversación, él le respondía con un monosílabo o la ignoraba sin miramientos. Cuando se ofrecía a acompañarlo en la guardia nocturna, se negaba de inmediato. Y, al llegar la noche, Takeshi se acostaba lo más lejos posible de ella.

Ese cambio repentino la desconcertaba.

Cuando todos se dormían, Khalani fantaseaba reviviendo las

suaves caricias de Takeshi en prisión. Aún tenía pegada a la piel la ternura de la noche que habían compartido en su habitáculo y se negaba a olvidar la verdad que le había confesado.

Sin embargo, algo la atormentaba sin cesar: su silencio ante los rostros de desamparo y desesperación de los prisioneros de Braderhelm asesinados.

Tras ese aciago día, Khalani había juzgado conveniente enterrar sus sentimientos en el abismo más profundo de su alma y guardar las distancias con Takeshi Steele. Pero era como si el capitán lo hubiera intuido y le dijera: «¿Así que quieres espacio? Pues prepárate para sentirte como una apestada».

A veces, Khalani se preguntaba si había imaginado sus besos prohibidos en Braderhelm. Tal vez había fantaseado con que los labios de Takeshi le recorrían la piel, marcándola para siempre. O con la forma en que sus ojos de obsidiana la habían mirado tras los barrotes.

Pese a que le hacía el vacío, Khalani solía pillar a Takeshi mirándola por las noches. Y aunque su expresión glacial no revelaba nada, cuando Brock les decía que estuvieran alerta, había advertido que Takeshi se acercaba más a ella, escudriñando el horizonte en busca de amenazas.

Pero si eso era lo que deseaba, si el estoico capitán solo tenía planeado reconocer su existencia ante un peligro, Khalani iba a tratarlo con el mismo desdén.

Siguió caminando bajo el sol abrasador. Su mente era un hervidero, pero notaba la mirada de Takeshi clavada en su nuca, como si un cuchillo la acariciara.

—Pasaremos aquí la noche —anunció Brock justo cuando el peso de la mochila que llevaba a cuestas empezaba a resultarle insoportable.

Estaban en medio de la autopista, con el sol a punto de ponerse y rodeados de coches oxidados.

Tras un breve instante en silencio, una mochila voluminosa cayó a su lado.

—Gracias a Dios —exhaló Serene con un suspiro profundo—. Tengo la impresión de que voy a quedarme sin talones.

—Sabes que faltan otros diez días de caminata, ¿verdad? Eso si no nos retrasas aún más —dijo Brock con desgana, aflojando las correas de su mochila de hidratación.

Serene se volvió hacia Khalani.

—¿Puedo apuñalarlo?

—No. Igual hasta le gustaría —respondió ella, dejando caer la mochila junto a un oxidado vehículo verde de mayores dimensiones.

—Está en lo cierto. Pero no te preocupes, eres demasiado inocente para mis preliminares —respondió él.

—O te callas o seré yo el que le pida que te apuñale —la defendió Adan mientras estiraba los brazos y juntaba las escápulas —. ¿Quién va a hacer la primera guardia esta noche?

Nadie se sorprendió al ver que Takeshi daba un paso al frente y golpeaba la pistola contra la palma de la mano.

—Yo me encargo.

Al oír su timbre grave, Khalani sintió que un estremecimiento le recorría la columna. Takeshi pasó junto a ella, se dirigió hacia un gran vehículo negro unos pocos coches más adelante y, tras cruzarse de brazos, se recostó en el metal con la mirada perdida en el horizonte.

—Eso de ahí se llama camión —indicó Winnie, dejándose caer despacio en el cemento junto a ella con la ayuda de Derek.

—¿Cómo? —Khalani desvió rápidamente la mirada de Takeshi.

Winnie soltó una carcajada.

—El vehículo en el que está apoyado. Se llama camión. Winnie pensó que debería decírtelo al ver la atención que le prestas —se mofó, mirándola con complicidad.

Khalani sintió que se ruborizaba. Disimuló arrodillándose y haciendo estiramientos de piernas mientras trataba de rehuir esos molestos pensamientos que no dejaban de asaltarla.

—¿En serio va a encargarse otra noche de hacer la guardia?

Derek miró a Takeshi con cautela.

—Pregúntaselo. La última vez que se me ocurrió hacerlo, se limitó a fulminarme con la mirada —replicó Adan, encogiéndose de hombros y dando un mordisquito a una barra proteica.

Pese a que llevaban suficientes víveres, Brock había insistido en racionar las provisiones, en especial el agua, ya que solo había unos pocos pozos que los incursores utilizaban de camino a Hermes.

—¿Creéis que en algún momento se siente cansado? —inquirió Serene.

—Qué pregunta más estúpida. Todo el mundo se cansa —soltó Brock, haciendo girar su navaja entre los dedos y empuñándola de nuevo.

En el otro brazo, a causa de la herida infligida por el gobernador, llevaba un cabestrillo improvisado.

—Eso lo dirás por los humanos.

Un silencio incómodo se cernió sobre el grupo.

En la mente de Khalani se dibujó el rostro perfecto de Alexander Huxley, el gobernador. Su sonrisa taimada se transformó de pronto en una boca abierta de la que salía un grito silencioso al tiempo que la cabeza se desgajaba lentamente del torso.

Su cuerpo se estremecía de forma inquietante en el suelo y unos cables desgarrados le asomaban del cuello. Takeshi se cernía sobre él, con una mirada glacial y sedienta de venganza.

Pese al calor, Khalani experimentó un escalofrío y advirtió que los demás reaccionaban de manera similar. Rara vez mencionaban a Alexander Huxley, como si lo que habían vivido fuera imposible de aceptar.

El gobernador nunca había sido real. Era una máquina que gobernaba todos los aspectos de sus vidas.

Y, en la quietud de la noche, Khalani no dejaba de ver esos ojos azules y desalmados.

Esas esferas vacías que reflejaban una curiosa indiferencia.

Los ojos de Takeshi eran justo lo contrario.

Su mirada lo consumía todo. A veces, cuando lo observaba, sentía como si albergara todo un mundo, como si el cuerpo del capitán no pudiera contener las profundidades de su alma salvaje.

—Takeshi no es como el gobernador —manifestó Khalani.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó Serene, ladeando la cabeza.

«Encontraré flores para ti».

Recordó las palabras que le había susurrado en prisión. Los rincones más oscuros de su alma habían reconocido a Takeshi. Cuando habló de su madre fallecida, el dolor en sus ojos reflejaba el de Khalani. Y eso no se podía fingir.

Si Khalani aún sabía algo con certeza, era eso.

—Porque lo estoy —respondió.

La firmeza y la confianza en su tono aflojaron un poco la tensión. Serene torció el gesto, pero acabó cediendo. La confianza que tenía en Khalani superaba cualquier duda que pudiese albergar.

Cuando se hizo de noche, Khalani alzó los ojos hacia el cielo nocturno, un espectáculo hipnotizante que, hasta entonces, solo había visto en su imaginación. Tal vez, si se pasaba un buen rato contemplándolo, la inmensidad acabaría por dar respuesta a las

preguntas que la angustiaban.

¿Qué otras mentiras les había dicho Apolo?

¿Por qué el gobernador había mantenido a todo el mundo alejado de la superficie durante tanto tiempo?

¿Era él la única máquina?

Al oír los suaves ronquidos de Winnie, que se mantenía pegada a ella y la abrazaba, se escabulló con sigilo, tomó la mochila y se alejó de puntillas, procurando no despertar a nadie ni llamar la atención de Takeshi.

Se ocultó tras un pequeño vehículo destartalado y sacó un cuchillo de la mochila. La brillante hoja destelló en sus ojos verdes. Sin pensarlo dos veces, deslizó el filo por la palma de la mano.

La sangre empezó a brotar de la piel como si fueran lágrimas.

Khalani esperó.

Y esperó.

Alzó la mano ensangrentada a la altura del rostro y la examinó, buscando algún cable escondido en el interior.

Pero allí solo había piel desgarrada y sangre.

Cogió aire, se dejó caer hacia atrás y se apoyó en la puerta del coche, ignorando el molesto escozor.

Atraída por el dolor, volvió a mirarse la palma de la mano, aguardando a que algo terrible ocurriera.

Pero, al igual que la noche anterior, no pasó nada.

Y aquella sangre significaba que era de carne y hueso, ¿verdad?

2

Trata de arreglarlo todo y solo acabarás
destrozándote a ti misma.

—Hum… ¿qué?

—Humphreys, pico Humphreys —corrigió Brock, plantándose ante la desgastada señal amarilla a un lado de la carretera—. Creo que es esa cosa de ahí.

Señaló con el dedo hacia el horizonte, donde un montículo imponente se alzaba sobre el paisaje agreste lleno de peñascos arenosos.

—Es enorme… ¿Por qué es tan grande? —preguntó Adan boquiabierto.

—Porque es una… montaña. Eso es, así lo definieron los viejos académicos del Gran Colapso. Winnie ha leído que en la superficie hay algunas el doble de altas que esta —apuntó la anciana, igual de boquiabierta que él.

Un murmullo de incredulidad se extendió por el grupo. Khalani dio un paso adelante con el corazón acelerado ante la magnitud de la montaña que tenían ante sí. De no ser porque estaba viéndolo con sus propios ojos, jamás habría creído que algo tan inmenso y sobrecogedor pudiera existir en la superficie.

—¿Y qué es esa cosa blanca arriba del todo? —preguntó Serene,

apuntando a la cima con el dedo índice.

—Ni idea.

—¡Oh, Winnie cree que lo sabe! —Chasqueó los dedos—. Recuerda haber leído algo en un libro. Era algo que empezaba… ¿con una ene?

Winnie se masajeó la sien, murmurando entre dientes palabras al azar.

Brock puso los ojos en blanco.

—Sigamos —ordenó, y reanudó la marcha.

Khalani tomó otro sorbo de agua de la cantimplora y continuaron a regañadientes con paso constante.

De aquella magnífica civilización solo quedaban pequeños vestigios: señales que sugerían ciudades misteriosas, vehículos abandonados que sorteaban con cuidado… Khalani se sintió bastante aliviada cuando no encontraron cadáveres en ninguno de los coches. Solo de imaginarlo se le revolvían las entrañas.

—¿Qué os parece si jugamos a algo para pasar el rato? —sugirió Serene.

—No —gruñó Brock.

—Para que lo sepas, no hablaba contigo.

—¡A Winnie le encantan los juegos! —exclamó la anciana esbozando una sonrisa tan radiante que rivalizaba con el sol abrasador.

—¡Genial! —Serene dio una palmada—. Podríamos probar con el juego de los colores.

Derek soltó una risita, pero Serene lo fulminó con la mirada.

—Y, ejem…, ¿de qué va el juego? —disimuló.

—Es muy fácil. Yo digo el color de un objeto y vosotros adiviná is qué es. Fácil, ¿no?

—Suena aburrido —intervino Adan.

Serene le dio un puntapié a una piedra y la lanzó hacia él.

—Si te parece tan aburrido, entonces lo resolverás enseguida. El primer color es el amarillo.

—Ese coche.

Adan señaló un vehículo de un amarillo desteñido un poco más adelante en la interminable carretera: le habían arrancado todas las puertas.

—No.

—¿Quieres que te diga algo de color amarillo? Los dientes de Derek.

—Gracias, gilipollas.

—No.

Serene juntó las manos a la espalda.

Adan gruñó y alzó la mirada.

—Entonces tiene que ser el sol.

—Debes de estar ciego perdido. El sol es naranja —soltó Brock desde la parte delantera.

—¿Tú no eras el que no quería jugar? —replicó Serene, mirándolo enojada.

—Si vais a jugar a un juego estúpido, al menos, hacedlo bien.

Brock se sacudió una mota de polvo del hombro, como si no se encontraran en medio de una tierra baldía y peligrosa.

—Menudo ca…

—Blanca —interrumpió Winnie—. La luz que viene del sol no es naranja ni amarilla, es blanca.

—Eso no tiene senti…

¡BANG!

Khalani alzó de golpe la cabeza al oír un disparo y abrió rápidamente la mochila en busca del arma. Se volvió y, justo cuando iba a gritar a los demás que se agacharan, reparó en que el grupo

seguía avanzando como si no hubiesen oído la detonación.

Se quedó inmóvil y escudriñó el horizonte en busca de la causa mientras el sudor le resbalaba por la frente.

—¿Cómo va a ser blanco el sol? Una bola de fuego no es blanca —objetó Adan.

Una figura apareció ante ella, primero borrosa y titubeante; después, de carne y hueso.

El corazón le dio un vuelco y retumbó como si fuera un gong.

Era el gobernador, Alexander Huxley, y la miraba fijamente. Su rostro perfecto y su cabello rubio ceniza eran inconfundibles.

Con la respiración entrecortada, Khalani sintió que se quedaba clavada en la brillante arena. Las voces de los demás se desvanecieron hasta convertirse en un zumbido monótono y lejano.

En los labios del gobernador se dibujó una sonrisa espeluznante, y ella retrocedió al ver la sangre roja que le goteaba entre los dientes.

—Kanes.

En el pecho, justo donde le había disparado, el gobernador tenía un agujero que no dejaba de expandirse y del que borboteaba sangre. Alexander Huxley bajó la mirada hacia allí y, a continuación, volvió a clavarla en ella mientras se lamía despacio los dientes ensangrentados.

Khalani era incapaz de tragar. De respirar. Sentía como si una cuerda le atenazara el cuello.

—Eso no ha estado nada bien —susurró él.

Le temblaron las piernas al ver que el gobernador ladeaba la cabeza y la piel del cuello comenzaba a desprenderse como si fuera cinta adhesiva. Debajo se veía un amasijo de cables eléctricos que se movían y se desenrollaban.

Extendiéndose hacia ella.

—Kanes.

Alguien la agarró por los hombros y le dio la vuelta.

Khalani ahogó un grito y, por instinto, levantó los puños. Sin embargo, se encontró con la imponente figura de Takeshi cerniéndose sobre ella y frunciendo aún más el ceño al ver lo sorprendida que estaba.

—¿Qué ha ocurrido?

—Takeshi… Yo… Él…

Khalani miró hacia donde había estado el gobernador, pero su cuerpo destartalado había desaparecido. Todavía le temblaban las piernas y se llevó las manos a la cabeza con la sensación de que estaba perdiendo el juicio.

Khalani apenas se dio cuenta de que lo hacía con tanta intensidad que se estaba arañando el cuero cabelludo.

—Dime qué está pasando.

Takeshi escudriñó los alrededores en busca del origen de su horror.

—El gobernador… —dijo Khalani con un hilillo de voz—. Lo he visto.

Takeshi se puso tenso y la miró fijamente.

—Eso es imposible, Kanes.

—Pero ¡lo he visto! Estaba ahí. Quizá no esté muerto. Podría habernos seguido. Yo no… no… —titubeó, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

Takeshi entornó los ojos con recelo y la miró como si estuviese loca.

¿Había sido todo producto de su imaginación? ¿No estaría desvariando?

El vacío la rodeó, gritando y riendo. Sintió que su piel la constreñía. Como si llevara un disfraz de sí misma.

El calor del desierto la estaba abrasando, y el silencio ensordecedor arrancaba los últimos vestigios de cordura que le quedaban. Se acuclilló y se apretó la frente.

—¿Está bien? —oyó que preguntaba Serene, preocupada, a sus espaldas.

Una mano fuerte le rodeó la nuca.

—Pon la cabeza entre las piernas —ordenó la voz grave de Takeshi—. Eso es. Y ahora, respira.

Khalani trató de levantar la cabeza, pero él se la sujetó con firmeza, buscando las partes tensas en su cuello. Cuando empezó a masajearlas, Khalani se rindió y relajó la cabeza entre las piernas.

Observó los granos de arena casi babeando mientras Takeshi le presionaba los músculos con firmeza.

¿Quién iba a pensar que unas manos tan letales podrían arrancar tanta paz?

—¿Qué le pasa? —preguntó Brock con cierto tono de fastidio.

—Seguid adelante. Ya os alcanzaremos —ordenó Takeshi, concentrándose de nuevo en Khalani y presionándole la nuca deliciosamente.

—Hay que seguir avanzando, Steele. Si no la ayudas tú, yo cargaré con ella.

—No te metas —gruñó Takeshi—. No puedes hacer nada con ese cabestrillo. Si necesita que la lleven en brazos, ya lo haré yo.

—Creo que ya me siento mejor —susurró ella.

Sin embargo, tenía la mirada clavada en un guijarro deformado en la arena.

¿Cuánto tiempo debía de llevar allí esa piedra solitaria? ¿Era la primera persona que reparaba en ella, que le prestaba toda su atención? Quizá eso fuera lo único que todos anhelaban: que los vieran de verdad y no ser un mero objeto borroso en el decorado.

—Ya os alcanzaremos. Marchaos —ordenó Takeshi.

Sus palabras no admitían discusión.

Khalani oyó cómo los murmullos de los demás se iban perdiendo a medida que se alejaban.

Se quedaron solos.

Y se percató de que llevaban días sin estar tan cerca el uno del otro.

—Estás conteniendo la respiración —observó Takeshi.

—No es fácil respirar mientras haces eso.

Hizo una mueca de dolor cuando él le hundió aún más los dedos en la piel y deshizo el enorme nudo que se le había formado después de cargar con la mochila durante tantos kilómetros.

—Lo soportarás —afirmó Takeshi.

Khalani tragó saliva; sus palabras y sus movimientos constantes le alteraban el pulso, ya de por sí errático.

—Ya estoy bien.

—¿Seguro?

«No».

Le costaba respirar y le dolían las sienes, como si alguien estuviera estrujándole el cerebro, pero si continuaba allí sentada, con Takeshi masajeándole la nuca, quizá ya no volvería a ponerse en pie.

—Sí.

Takeshi apartó la mano y dio un paso atrás. Ella se incorporó y tomó aliento mientras una gota de sudor se le deslizaba desde la nariz hasta el suelo. Durante un instante, miró de reojo hacia el lugar donde había estado el gobernador.

Una completa nada se burló de ella. Lo único que le devolvió la mirada fueron kilómetros de arena y montañas lejanas.

Quizá el sol abrasador sí le estaba afectando el cerebro.

Justo el día anterior, Khalani había señalado un charco de agua que brillaba sobre el cemento. Humedeciéndose los labios resecos, había avanzado con determinación hacia allí, pero Brock la había sujetado bruscamente del hombro para impedírselo.

—No. Es un espejismo. No es real —había afirmado.

«No es real. No es real».

Sin embargo, aquella sonrisa ensangrentada era clara, vívida, como si el gobernador se encontrara justo frente a ella.

«No es real», se dijo una y otra vez. Si no dejaba de repetírselo, seguramente las visiones acabarían desapareciendo.

Tenía que ser así.

Decidida a dejar atrás sus pesadillas, se volvió hacia la carretera, se colocó la mochila sobre los hombros y se obligó a avanzar.

Takeshi se situó junto a ella. Aunque Khalani tenía la vista clavada al frente, percibía su energía explosiva, una especie de electricidad estática que la obligaba a acelerar el paso.

—Ya sabes que no tienes por qué mentir —dijo con voz grave, rompiendo el silencio.

Sorprendida, Khalani se volvió hacia él de golpe. A esas alturas, ya debería estar ignorándola de nuevo.

—¿Sobre qué?

—Sobre estar bien.

—En primer lugar, no he mentido. Y, en segundo lugar, te importa un bledo.

Takeshi guardó silencio durante unos instantes, considerando lo que Khalani acababa de decir mientras apretaba la mandíbula con fuerza.

—Voy a dejarlo pasar porque estás cansada. Pensar que no me importa no tiene ninguna lógica, ni siquiera viniendo de ti.

Khalani se detuvo en seco.

—Estás de broma, ¿verdad?

Takeshi también dejó de caminar y le lanzó una mirada de reproche.

—¿Desde cuándo bromeo?

—¡Pues debes de estar haciéndolo ahora! Eso o hemos entrado en una realidad alternativa donde las verdades y las mentiras son lo mismo.

—Suena como el mundo real.

Khalani rechinó los dientes.

—Oh, lo siento. Según tú, ¿preocuparte equivale al desinterés absoluto y a fingir que no me ves?

—Eres demasiado terca como para no verte, Kanes.

—Vaya, me siento de lo más halagada. Por favor, dime cómo te sientes de verdad, Takeshi.

—Mejor que no. Tienes por costumbre empezar a dar puñetazos sin ton ni son cuando te enfadas.

Khalani quería arrancarle a zarpazos ese rostro cincelado. No. Quería protestar y gritar hasta desgarrarse las cuerdas vocales por tener como compañero de viaje al hombre más exasperante y complicado del mundo.

—¿Sabes qué? Da igual —dijo encarándolo—. Es mejor que no hablemos porque siempre terminamos peleándonos. Así que lo nuestro… —Señaló a Takeshi y a sí misma—. Lo que sea que hayamos tenido… se acabó.

Khalani advirtió que al capitán le palpitaba un músculo del cuello y que tragaba saliva. Una virulenta tempestad se formó en sus ojos, como si todas las emociones hubieran despertado y pugnaran por salir.

Vaciló. Por un momento, deseó borrar el último minuto y empezar de nuevo, pero la máscara de la indiferencia cayó de nuevo

sobre las facciones de Takeshi.

—Ya lo suponía. Lo que me sorprende es que hayas tardado tanto —dijo.

Durante un instante, todo se detuvo.

Como si la Tierra hubiese dejado de girar para presenciar cómo se derrumbaban.

Había demasiada serenidad en su comentario. Demasiada contundencia. Demasiada certeza.

Khalani había pronunciado aquellas palabras confiando en que no las aceptaría. Que lucharía por ella. Que demostraría que lo suyo valía la pena.

Solía pensar que, algún día, en algún futuro lejano, se mirarían a los ojos y acortarían la distancia que los separaba. Que los problemas del mundo no los abrumarían constantemente y que encontrarían un lugar en el que solo se centrarían en el presente.

Khalani se imaginaba persiguiendo ese sueño para siempre.

Porque estaba más dispuesta a perder la razón junto a él que a tener sentido común sola.

Sin embargo, Takeshi no retiró sus devastadoras palabras.

Apretó los puños ante el corazón roto de Khalani con tanta fuerza que se sorprendió de que la piel no se le desgarrara. Ella deseó poder arrancarse el corazón del pecho.

Si odias a alguien, significa que te importa.

Y ya no quería que le importara nada.

Quería ser como aquella piedra solitaria del camino. Resistente. Firme. Capaz.

Impasible.

Así que Khalani lo expresó todo de la única manera que sabía: apretó la mano y le lanzó un puñetazo en la cara.

La cabeza de Takeshi salió disparada hacia un lado. Ensanchó las

fosas nasales y tomó una bocanada de aire. Se irguió y clavó los ojos en ella, sin parpadear, decidido, como si le hubiera permitido el golpe pese a que habría podido bloquearlo sin dificultad.

Algo que a Khalani tampoco le gustó.

Apretó la mano, lista para lanzar otro puñetazo.

—He dejado pasar el primero… —dijo Takeshi, y, bajando una octava la voz, añadió—: no sucederá lo mismo con el segundo.

Pero, por desgracia para él, Khalani ignoró su comentario. Llevó el brazo hacia atrás, lista para asestarle un nuevo golpe.

En un abrir y cerrar de ojos, se encontró tumbada bocarriba en el suelo. Al intentar incorporarse, Takeshi le sujetó ambas muñecas y le bloqueó los brazos al lado de la cabeza. Se sentó a horcajadas sobre ella y la inmovilizó por completo con su peso.

—Quítate de encima —soltó ella.

—Es por tu propio bien, Kanes.

Khalani le lanzó una mirada feroz de ojos desquiciados.

—Ya no tienes derecho a llamarme así. Ahora suéltame.

Arqueó las piernas, pero Takeshi se inclinó hacia delante.

—Si no dejas de forcejear, te harás daño. Y entonces me veré obligado a atarte las muñecas y llevarte a rastras.

—No serás capaz.

Como si fuera un depredador, clavó los ojos negros en ella.

—Desde el día en que te conocí, he pensado en un millón de formas de atarte. ¿Quieres ver cómo lo hago?

Khalani se tensó. La presión del cuerpo de Takeshi contra el suyo amplificaba la tensión entre ambos. Ardía en deseos de cortarle la garganta con un cuchillo y silenciarlo para siempre, de borrar el peso que tenían sus palabras.

Takeshi debió de intuir lo que pensaba porque le apretó aún más las muñecas.

Khalani carraspeó, preparándose para gritar o escupirle en la cara de pura rabia. Pero, conociéndolo, Takeshi acabaría por cumplir su amenaza y la amordazaría por pura diversión.

Era un cabrón sádico.

Dejó de moverse y cerró los ojos.

Inhaló.

Exhaló.

Inhaló.

Exhaló.

Aún con la mandíbula rígida, se concentró en respirar, pese a que apenas le quedaba paciencia.

—Si te lo pido con amabilidad, ¿te apartarás? —dijo entre dientes.

—Tal vez.

—Por favor, quítate de encima o… te dispararé mientras duermes —añadió por si acaso.

Abrió los ojos y vio que Takeshi la miraba fijamente y que ladeaba la cabeza como si buscara algo, algo distinto a esa profunda rabia y resentimiento. Sin embargo, acababa de destruir cualquier esperanza de amistad entre ambos.

Lo trataría como si fuera una de esas cucarachas que se arrastraban por la autopista.

Con un desprecio total.

Sin añadir palabra, Takeshi se levantó.

Khalani se puso en pie de inmediato y se sacudió la arena de la ropa con gestos bruscos, decidida a borrar también los vestigios de la chica débil e ingenua que había sido.

Miró a lo lejos y distinguió al resto del grupo, aún visible. Sin embargo, para alcanzarlos tendría que apresurarse, caminar como si una mullida cama la esperara en el horizonte.

Refunfuñando entre dientes, comenzó la larga y temida marcha. Por desgracia, Takeshi la siguió, negándose a transformarse en una piedra a la que pudiera dar un puntapié.

El silencio entre ellos era tan desagradable como el sonido de unas uñas arañando un cristal.

Para distraerse, Khalani se concentró en otra misión, una que Winnie consideraba incluso más importante que llegar a Hermes: el Proyecto Hélix.

Había leído ese nombre por primera vez en el diario de Timothy Talbot, el cual le había mostrado en secreto Winnie, descendiente directa de Timothy. Por lo que decía el diario, Timothy había sido un científico brillante durante el Gran Colapso y mencionaba un proyecto oculto que podría salvarlos a todos.

Ni Khalani ni Winnie sabían qué significaba, pero Winnie estaba convencida de que el Proyecto Hélix era fundamental para proteger el futuro de la humanidad.

Sin embargo, al contemplar los montones de ruinas que la rodeaban, Khalani comprendió que, fuera lo que fuese el Proyecto Hélix, no había servido de nada.

El sol ya se ocultaba y Khalani, que empezaba a tener jaqueca, avanzó entre los coches desperdigados como si de un circuito de obstáculos se tratara.

—¿Sigues planeando dispararme en cuanto se haga de noche?

La voz profunda de Takeshi rompió el silencio y le hizo dar un respingo. No se había dado cuenta de que la seguía, a tan solo unos metros. Una ráfaga de viento le alborotó los mechones morenos.

—Me estoy planteando dejar que te pudras esperando —respondió, fulminándolo con la mirada.

—O puede que, en el fondo, sepas que no serías capaz de apretar el gatillo.

—Eso es absurdo. —Alzó la barbilla, permitiéndole ver la locura en sus ojos—. Yo que tú dormiría con un ojo abierto.

—De acuerdo. No te quitaré ojo mientras duermas.

Se encogió de hombros como si estuvieran hablando del tiempo y no de su inminente asesinato.

—Eso parece poco saludable —respondió ella con frialdad.

—Puede ser.

—Y suena a perturbado.

—Creo que son suficientes halagos por hoy.

Khalani resopló y aceleró el paso, tratando de poner distancia entre ella y la insufrible presencia de Takeshi. Pero fue inútil: con sus largas piernas, la atrapó sin dificultad.

Cuando por fin alcanzaron a los demás, el sol ya casi se había puesto y las pantorrillas y muslos de Khalani pedían a gritos un descanso.

—¿Estás bien? —le preguntó Serene cuando Khalani y Takeshi llegaron bajo el puente medio derrumbado, el lugar que habían elegido para pasar la noche.

—Estoy mejor —respondió, jadeando y dejando caer bruscamente la mochila al suelo—. Solo me he mareado un poco.

Khalani no quería asustar a los demás con la inquietante visión que había tenido del gobernador. Lo último que necesitaba era que alguien más pensara que había perdido el juicio. Con Takeshi ya tenía bastante.

—Ven, siéntate aquí y compartiremos una barrita proteica. —Derek dio unas palmadas en el suelo vacío junto a él.

Khalani curvó las comisuras de los labios en una ligera sonrisa y se sentó en el duro suelo soltando un gruñido de dolor. Ni todo el entrenamiento con Takeshi en Braderhelm podía haberla preparado para caminar tantos kilómetros cada día.

No entendía cómo habían logrado sobrevivir los humanos antes del Gran Colapso.

Las temperaturas siguieron desplomándose y, mientras comía, Khalani se abrazó las rodillas contra el pecho.

—Vigilad las provisiones —advirtió Brock—. Aún falta otra semana para llegar a Hermes. Eso si no nos topamos con ninguna tormenta.

—¿De qué tipo de tormentas estás hablando? —preguntó Adan, alzando la cabeza mientras rebuscaba en la mochila.

—Tormentas de arena. Unas cabronas bastante desagradables que pueden enterrarte vivo —aseguró Brock bajando la voz y mirando hacia el horizonte—. La mayoría se ven desde lejos, pero en esta zona se mueven rápido. Si os digo que corráis al refugio más cercano, no preguntéis por qué.

—Y yo que pensaba que la superficie sería divertida… Ahora me dirás que también hay plantas que pueden comernos —refunfuñó Serene, resoplando y dejándose caer a su lado.

Derek levantó un dedo.

—En realidad, existía una especie de planta carnívora llamada venus atrapamo…

—Siento interrumpir esta conversación tan fascinante, pero tenemos que decidir quién va a hacer la guardia esta noche —dijo Brock—. Steele, tú llevas cuatro noches seguidas, así que ni lo pienses.

—Yo la haré —dijo Serene.

—No —espetó Brock—. Ni siquiera sabes usar un arma.

—Claro que sí. Es solo cuestión de apuntar la parte más estrecha hacia ti y disparar.

Brock puso los ojos en blanco, como si se preguntara qué había hecho mal en una vida anterior.

—Ya la hago yo. —Khalani se puso en pie. Necesitaba ocupar la mente en otra cosa.

—Ni hablar. Hoy has estado a punto de desmayarte —objetó Brock frunciendo el ceño.

—Estoy de acuerdo. Debería hacerla otra persona —intervino Takeshi por primera vez.

Khalani se volvió hacia él de inmediato. Takeshi tenía el hombro izquierdo apoyado contra una de las pilastras que sostenían el puente. Era una postura demasiado despreocupada y serena para la intensa malicia que se reflejaba en su rostro.

Aunque quizá la única que lo había percibido era ella.

—Estoy bien. Y además… —añadió mientras acariciaba la empuñadura de la pistola— no tengo ningún problema en disparar al primer psicópata que se acerque. ¿Verdad, Takeshi?

—Sí, seguro que cualquiera saldría corriendo al verte con un arma.

De existir un premio para la persona que más la sacaba de quicio, Takeshi se lo habría llevado sin discusión. Era peor que un insecto. Peor que las bacterias que vivían en un insecto. Y, en ese instante, Khalani deseó abalanzarse sobre él y darle un rodillazo en la entrepierna para evitar que se reprodujera.

Sería su regalo para la humanidad.

—Tienes toda la razón. —Forzó una sonrisa exagerada—. Menos mal que tengo por costumbre disparar primero y hacer preguntas después.

Takeshi curvó hacia arriba las comisuras de los labios.

—Oye, si tengo que ir a mear en mitad de la noche, no me vas a disparar, ¿verdad? —preguntó Adan paseando la mirada entre ellos.

Khalani puso los ojos en blanco y recogió la mochila.

—Montaré guardia allí. —Señaló un enorme vehículo marrón que

quizá en el pasado había sido blanco, pero que ahora estaba cubierto de capas de óxido—. Aprovechad y dormid un poco.

Pasó junto a Takeshi sin tan siquiera mirarlo y lanzó la mochila sobre el capó del coche. Estirando los brazos detrás de la espalda, dejó escapar un gemido mientras los crujidos y chasquidos de sus músculos rígidos resonaban en el aire.

A continuación, Khalani se subió al capó y se recostó contra el parabrisas. Depositó la pistola en su regazo, posó una mano sobre ella y apoyó la cabeza en el otro brazo.

Poco después, le llegó un agradable sonido de ronquidos. Para mantenerse ocupada, imaginó que el cielo encapotado se llenaba de colores, una miríada de tonos verdes, rojos y púrpuras que imitaban la aurora boreal que Winnie le había mostrado una vez en prisión.

Sin embargo, por más que se esforzara, no surgía ninguna imagen, como si un muro espeso le bloqueara la mente, empañándola. Lo único que veía eran los penetrantes ojos azules del gobernador clavados en ella.

Y su perpetua sonrisa.

3

La valía de una mujer no reside en su belleza, sino en su resiliencia.

El calor del sol abrasador era implacable.

A medida que pasaban las horas, el sudor perlaba el cuello de Khalani y le resbalaba hasta las pantorrillas doloridas. Miró a Winnie con el corazón encogido por la preocupación.

La pálida piel de la anciana estaba empezando a tener mal color, y su paso se había ralentizado. Derek le había cambiado otra vez el vendaje y se habían turnado para ayudarla a caminar.

—¿Qué es eso?

Serene señaló al frente, hacia un edificio gris junto a la calzada con un enorme letrero en el que se leía: 8,12 $/litro.

Khalani se fijó en los tablones de madera que cubrían las ventanas. Tenían un mensaje escrito con espray: «No hay gasolina». Las letras mayúsculas rojas apenas eran comprensibles, como si alguien las hubiera garabateado ebrio y a toda prisa.

Unos extraños pilares negros yacían en el suelo ante el edificio. Y lo más extraño: había un diminuto coche aplastado y deformado como si fuera origami, con uno de los pilares empotrado en el parabrisas delantero.

De la fachada del edificio colgaba un cartel rojo que decía:

«Estación de vicio».

—¿Estación de vicio? —preguntó Adan alargando las palabras.

—De servicio —lo corrigió Brock mientras avanzaba con andares felinos apartando los escombros a patadas—. Me he detenido en este lugar en mis viajes anteriores por la Zona Muerta. La estructura es bastante sólida. Descansaremos aquí diez minutos. Pero solo diez —recalcó, lanzando una mirada de fastidio hacia Serene.

—Vale, vale.

Serene hizo un gesto de desdén con la mano y entró por la puerta, pisoteando esquirlas de vidrio que crujieron bajo sus botas. Khalani tragó saliva y la siguió.

El interior era un campo de batalla.

Habían derribado las estanterías. Todo estaba lleno de cristales. Los rayos de sol que se filtraban a través de un agujero de proporciones descomunales en el techo iluminaban las motas de polvo que flotaban en el aire.

En el fondo, ni siquiera quería saber qué había ocurrido allí.

—No queda nada —apuntó Derek, con un tono en el que se combinaban el asombro y el desconsuelo, al pisar el lúgubre espacio.

Khalani dio un respingo al ver que una solitaria cucaracha trepaba por la pared del fondo y desaparecía debajo de una caja de cartón vacía.

—Es así por todas partes —declaró Brock en voz baja—. Saquearon casi todas las tiendas de la carretera. Aunque olvidaron algunas cosas.

Esbozando media sonrisa y completamente relajado, más de lo que Khalani lo había visto nunca, se dirigió hacia el rincón del fondo.

Extrañada, lo vio empujar unos estantes polvorientos en el suelo, revelando una pila de revistas con unas portadas de lo más coloridas.

—¿Qué es eso?

Con expresión depravada, Brock empezó a hojear los ejemplares. Una hermosa rubia de pechos exuberantes ocupaba la portada, ataviada tan solo con unas botas marrones, un extraño sombrero de ala y unas braguitas blancas. Les devolvía la mirada con una sonrisa seductora y exhibía los pechos y los pezones.

Khalani se ruborizó, boquiabierta. Brock continuó hojeando las imágenes lascivas, que se volvían más descaradas a medida que pasaba páginas.

Adan se apresuró a acercarse a él con un brillo en los ojos.

—¿Es lo que creo que es?

Brock sonrió.

—Por lo que sé, solían venderlas en todas las tiendas del Gran Colapso.

Cuando en la siguiente página apareció una imagen de dos mujeres con unos extraños trajes tirándose barro, el rostro de Adan se transformó en la viva imagen del asombro.

—Pues yo creo que no hay para tanto —espetó Serene, acercándose y arrebatándole la revista a Brock de las manos—. Esas tetas ni siquiera son reales. Parecen globos.

—¿Estás celosa? —preguntó Brock con socarronería.

—¿Por qué iba a estar celosa de unas tías buenas tontorronas del pasado?

—Haz el favor de comportarte, Serene —le reprochó Winnie al tiempo que Derek la ayudaba a sentarse sobre el suelo embaldosado —. Las mujeres se apoyan, no se critican.

—Winnie, por favor, ¡ni siquiera están vivas! —Serene suspiró.

—Aun así, deberíamos respetarlas.

—Totalmente de acuerdo —dijo Adan sonriendo.

Serene miró de reojo a su hermano, le dio una colleja y le

devolvió la revista a Brock, empujándosela contra el pecho.

Khalani seguía mirando las imágenes.

Por lo general, no solía pensar en su aspecto ni en su cuerpo. Nunca había tenido motivo para hacerlo. En Apolo, el estatus dependía de la riqueza, y ella siempre había estado en lo más bajo de la jerarquía. Sin embargo, al observar las fotos, no pudo evitar compararse.

Tenía un trasero firme y estaba tonificada por la falta de calorías y las despiadadas sesiones de entrenamiento con Takeshi en Braderhelm. Pero su pecho, comparado con el de aquellas chicas, era casi inexistente, y, a juzgar por sus sonrisas y miradas seductoras, desprendían una energía que atraía a la gente como un día soleado.

Khalani era oscura y deprimente. Como una nube de lluvia.

Nunca había visto una nube de lluvia, pero, por lo que había leído en la biblioteca de Winnie, no traían alegría, sino más bien frío. Eran sombrías, se desahogaban llorando y lanzaban rayos y truenos cuando se enfadaban.

Una descripción que encajaba con ella a la perfección.

—¿Quieres echar un vistazo? —le propuso Brock ladeando la cabeza en un gesto de complicidad mientras le tendía la revista.

Khalani salió de su estupor y negó vehementemente con la cabeza.

El incursor soltó una carcajada y siguió pasando páginas.

—Pues habría dicho lo contrario por cómo te has sonrojado. No tienes por qué avergonzarte si te excita.

—Si la excita ¿el qué?

Khalani sintió que se le helaba la sangre y cerró los ojos, esperando, más bien suplicando, que ese tono grave hubiese sido producto de su imaginación y que el hombre que había pronunciado

aquellas palabras no se encontrara en pie justo detrás de ella.

—Nada, es solo una lectura ligera —respondió Brock con picardía.

Para su consternación, vio que Brock lanzaba la revista a sus espaldas.

Cuando se atrevió a echar un vistazo por encima del hombro, se le cayó el alma a los pies al ver a Takeshi hojeándola, impávido.

Dejó transcurrir unos segundos, esperando una reacción similar a la de Adan, pero Takeshi parecía aburrido, como si estuviera revisando un informe sin importancia sobre la composición química de la piedra caliza.

—¿Ya has elegido tu favorita, Kanes?

Takeshi alzó los ojos hacia ella.

—¿Cómo que mi favorita?

—Tu imagen favorita.

«Tierra trágame».

—O tu posición favorita. Hay algunas muy buenas ahí dentro —canturreó Brock con una sonrisa sarcástica.

Takeshi clavó los ojos en el incursor.

La brutalidad que desprendía su mirada habría hecho que incluso el hombre más fuerte se amilanara. Takeshi, sin embargo, guardó silencio, claramente más interesado en oír su respuesta que en despellejar vivo a Brock.

Khalani alzó la mirada hacia el agujero del techo y calculó lo mucho que tardaría en desaparecer por allí.

—¿Y bien? —insistió Brock.

—No tengo ninguna favorita —se apresuró a responder ella.

—¿Estás segura? Pues en la página sesenta y nueve hay una muy interesante que puede que…

—Brock, si sigues hablando, te meteré un tiro en la entrepierna

—lo interrumpió Khalani, mirándolo con fiereza y decidida a empuñar el arma y cumplir la amenaza.

Brock soltó una risita, pero Takeshi añadió:

—Venga, incursor, atrévete a preguntarlo otra vez. Me muero de ganas de ver cómo acaba esto.

En su voz se palpaba una oscuridad inquietante. Brock guardó silencio, y todos se pusieron tensos ante la posibilidad de una pelea…

Sin embargo, el incursor optó por encogerse de hombros.

—Vaya, Steele, pensaba que tú serías el más interesado en escuchar la respuesta. Aunque supongo que será más divertido ver cómo fracasas. Y no voy a dejar que me prive de mi mayor activo.

—¡Ja! Ya te gustaría —replicó Serene.

Brock sonrió con suficiencia, pero pasó por alto el comentario y se encaminó con aire despreocupado hacia el rincón contrario.

Khalani sintió que sus rígidos músculos se relajaban un poco, aunque la tensión, con Takeshi a tan solo unos centímetros, no había desaparecido. Su cuerpo irradiaba tal calidez que era como estar junto a un fuego cuidadosamente vigilado que te atraía antes de reducirte a cenizas.

—¿Y tú, tienes una favorita? —le preguntó Adan a Takeshi.

Khalani alzó enseguida la mirada, revelando su impaciencia por oír la respuesta. Solo por cuestiones meramente académicas.

Takeshi resopló y le devolvió la revista a Adan.

—No son mi tipo —dijo con el tono más indiferente que podría adoptar un ser humano.

—¿En serio? —Adan se quedó boquiabierto—. ¿Eres gay o qué?

La pregunta hizo que Khalani se atragantara y tuviera que darse unos torpes golpes en el pecho.

—Bueno, tampoco es que sea asunto nuestro… —Adan levantó

las manos de inmediato—. Nos da igual que te guste la carne o el pescado, ¿verdad, Derek?

—Por favor, cállate —intervino Derek desde el rincón.

Khalani no se atrevió a mirar a Takeshi. Temía que la respuesta se le reflejara en el rostro y la delatara.

—No, no lo soy —respondió tajante—. ¿Tienes alguna otra pregunta estúpida o podemos continuar?

—No… Es decir, sí… Podemos continuar —titubeó Adan sonrojándose.

De inmediato, Takeshi se puso en marcha, dejando al resto atrás, y alcanzó la salida con tan solo unas pocas zancadas.

—Buen trabajo, Adan —murmuró Serene.

Adan soltó una carcajada.

—¿Qué pasa? Solo intentaba entablar conversación. No esperaba que reaccionara como si fuera a apuñalarme.

—Me parece que no es en tu corazón en el que quiere calar hondo —dijo Brock, ajustándose las correas de la mochila.

Khalani suspiró exasperada, comprendiendo que, con ese comentario, se refería a ella.

Sin embargo, ignoraban que lo único que pretendía Takeshi era sacarla de quicio.

Todos se apresuraron a recoger sus cosas, y Adan metió la revista a escondidas en la mochila.

—¿Seguro que eso es esencial? —preguntó Khalani enarcando una ceja.

Adan sonrió con picardía y se inclinó hacia ella.

—Pues sí, a menos que tengas pensado desnudarte por el camino para que no tenga que recurrir al trasero de Brock en busca de inspiración.

—¿Qué estáis diciendo de mi trasero? —soltó Brock

fulminándolos con la mirada.

—Nada —respondieron al unísono.

4

Las dudas significan que no crees en ti misma.

Khalani se humedeció los labios agrietados por el sol. Hacía horas que se le había terminado la poca agua caliente que le quedaba, de modo que la cantimplora estaba igual de árida que el desierto por el que caminaban.

Unos espejismos de charcos de agua salpicaban el cemento, martirizándola mientras arrastraba los pies de manera mecánica y cada vez con menos ganas.

Brock avivó el paso, alegando que un poco más adelante había un pozo de agua, y les pidió que aceleraran la marcha.

Khalani hizo todo lo posible por seguirle el ritmo, aunque lo que más le apetecía era tumbarse en medio de la calzada. A fin de cuentas, ¿quién iba a protestar?

—Vamos, Khalani —la apremió Derek, sujetándola de la espalda con una mano—. Ya casi estamos.

Parpadeó varias veces, tratando de enfocar la vista. Nadie hablaba. El entusiasmo había desaparecido.

Solo se oía su respiración y el sonido de las pesadas botas arrastrándose por el suelo.

Miró hacia la derecha. Takeshi tenía agarrada a Winnie de la cintura y cargaba con la mayor parte de su peso. El rostro de la

anciana mostraba una palidez poco natural y arrastraba los pies como si llevara una bola de hierro atada a los tobillos.

Khalani advirtió que ya ni siquiera sudaba, ni siquiera bajo aquel sol de justicia, y sintió un nudo en el estómago.

—Es ahí —dijo Brock rompiendo el opresivo silencio.

Khalani casi se dejó caer de rodillas cuando vio que señalaba al frente. Escrutó el horizonte en busca del anhelado pozo, su única esperanza de sobrevivir en la Zona Muerta.

Sin embargo, no vio nada, excepto la árida calzada, unos peñascos abruptos y desprovistos de vegetación y extensiones interminables de arena.

—Brock, ¿dónde está el pozo? —preguntó Khalani con la garganta seca y la voz áspera.

Ignorando la pregunta, Brock se encaminó hacia un delgado tallo verde que despuntaba en la arena. Se arrodilló y examinó el suelo meticulosamente entre maldiciones.

—Si estás planeando que comamos arena, te aseguro que no dudaré en matarte —soltó Serene, que resollaba con las manos apoyadas en las rodillas.

—Cierra el pico —gruñó Brock, poniéndose a cavar frenéticamente.

Khalani se tambaleó y notó que se le cerraban los párpados.

—¡Aquí está! —gritó Brock de repente.

Enterrada en la arena, apareció una escotilla de color beis con un austero teclado numérico. Sin dilación, Brock introdujo un código de diez dígitos.

La escotilla se levantó con un agradable sonido y reveló un agujero en el suelo y una larga cuerda que desaparecía en sus lúgubres profundidades.

Aún tambaleándose, Khalani se acercó mientras Brock, con los

labios apretados, comenzaba a tirar de la cuerda valiéndose de sus musculosos antebrazos. Le temblaban las piernas y ya no aguantaría mucho más, pero, en ese preciso momento, Brock levantó un cubo grande lleno de agua y todos se abalanzaron hacia él, con la sed clavándoles las garras como si fuera una bestia hambrienta.

—Bebed poco a poco —ordenó Brock al tiempo que llenaba las cantimploras.

Volvió a bajar y subir el cubo un par de veces más.

El líquido estaba tibio, pero a Khalani no le importó.

Aquella agua podría haber estado contaminada o llena de insectos y, aun así, se la habría bebido sin pestañear.

Era lo mejor que había probado en la vida, y cuando, entre sorbos, se asomó al profundo agujero, sintió la peligrosa tentación de lanzarse al interior para que el agua se llevara todos sus problemas.

—¿Quién lo construyó? ¿De dónde viene el agua? —preguntó Adan, mojándose el rostro con el preciado líquido.

—Cuando levantaron Apolo y Hermes, construyeron estos pozos por toda la Zona Muerta para las misiones de intercambio de suministros. Existen unos siete en total. Son muy profundos y conectan con un gran río cerca de Hermes. Colodaro o Colorda… No recuerdo el nombre.

Brock se encogió de hombros y le dio un trago enorme a la cantimplora.

—¿Y no temían que el agua estuviera contaminada? —preguntó Derek frunciendo el ceño y mirando su taza con recelo.

—Claro que lo temían. —Brock se limpió los labios—. Por eso incluyeron un filtro especial para purificar el agua en los trajes antirradiación de los incursores.

Khalani notó un leve cambio en el ambiente.

Ninguno de ellos llevaba un traje antirradiación.

Si el agua estaba contaminada, acababan de beberse su sentencia de muerte.

Pero Brock forzó una sonrisa y, con aire desafiante, tomó otro trago.

—Pero, como seguimos vivos y sin síntomas de envenenamiento por radiación, yo correré el riesgo.

Nadie discutió su razonamiento.

Khalani no apartó los labios de la cantimplora hasta que le entró una arcada por beber demasiado rápido. Se sentó en la arena y notó que el pulso recuperaba su ritmo normal, que se le relajaban los músculos y que la energía regresaba poco a poco a sus extremidades.

Alzó el brazo y se lo puso ante los ojos. Al cabo de un momento, lo apartó y se atrevió a mirar directamente al sol…, pero los rayos la cegaron.

Siguió intentándolo una y otra vez, pese a la molestia.

Había pasado toda la vida sin ver el sol y tenerlo ahora flotando justo encima de la cabeza y no poder mirarlo directamente le resultaba exasperante.

Solo se rindió cuando vio unas manchas blancas y temió quedarse ciega.

—Bueno… Ya tenemos suficiente agua y todos habéis descansado. En marcha —dijo Brock media hora después.

A Khalani le temblaba el brazo sudoroso al sostener la frágil espalda de Winnie. Recorrieron un kilómetro tras otro rodeados de vestigios de coches rotos, edificios derrumbados y señales arrancadas.

Khalani trataba de imaginar cómo debía de haber sido esa carretera apocalíptica antes del Gran Colapso.

Winnie le había contado historias de edificios de hierro que se alzaban hasta las nubes. De gente que se movía sin cesar para no perderse nada porque había cambios constantes, casi a cada momento, y, si te detenías un instante para tomar aliento, el mundo te dejaba atrás y te olvidaba.

Un día tenías una vida prometedora en las manos y, al siguiente, todo se desvanecía, como si fuera arena que se escurría entre los dedos.

¿Y si en su viaje encontraban el mismo final que sus ancestros?

—¿Estás bien, querida? —le preguntó Winnie mirándola con dulzura.

—Sí —respondió con aire ausente, mientras observaba el rastro de huellas que dejaba Brock al pasar.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy bien.

La anciana ladeó la cabeza y frunció el ceño ante el tono brusco con el que había respondido Khalani.

—Ya sabes que a Winnie puedes decirle la verdad, ¿no?

Khalani suspiró, arrepentida de haberle hablado mal a la persona que más quería en el mundo.

—Lo siento, Winnie. Solo estoy preocupada. ¿Y si llegamos a Hermes y el hombre del *walkie* no aparece? ¿O nos quedamos atrapados para siempre en la superficie? ¿Y si cometimos un error al marcharnos?

Pronunció las palabras de forma atropellada y el pulso se le aceleró ante las terribles opciones que evocaba su mente.

Nadie les había garantizado que su misión tendría éxito. De hecho, la derrota se volvía más probable a medida que pasaban los

días. Sin embargo, esta vez no era solo su vida la que estaba en juego. Había logrado convencer a seis personas para que se fugaran de Apolo con ella.

Si algo salía mal y morían, sería la única responsable.

—No cometimos ningún error. Gracias a ti, hemos descubierto la verdad sobre la superficie. ¿A que es preciosa?

Winnie miró a su alrededor con los ojos abiertos de par en par, como si un caleidoscopio de colores intensos y vibrantes se desplegara por el desierto arenoso.

Khalani alzó la vista. El polvo flotaba en el aire de esa tierra baldía y, a lo lejos, se veían varios edificios abandonados en ruinas.

—No es exactamente la palabra que emplearía —respondió con cautela.

—¿No oyes la hierba?

—¿Qué hierba, Winnie?

Winnie levantó un dedo tembloroso y señaló hacia delante.

—Justo ahí, Khalani. ¿No oyes las suaves briznas de hierba que se mecen con el viento? ¿No ves los robles y los pinos a nuestro alrededor?

Perpleja, Khalani examinó los montones de escombros que los rodeaban.

—Yo no veo nada, Winnie.

—Inténtalo, Khalani. Obsérvalo todo con la imaginación, al igual que solíamos hacer en Braderhelm. ¿Lo recuerdas? Imagínalo.

Khalani entreabrió los labios. En prisión, se quedaba mirando el techo de la celda por las noches, recordando lo que los viejos libros de Winnie decían sobre la superficie. Imaginaba plantas que crecían entre las piedras, el sol y la luna que se asomaban por las grietas, las olas del océano que rompían contra las rocas.

Nunca había sido testigo de esas fuerzas de la naturaleza, pero

su mente conseguía evocar esas imágenes, como si los recuerdos de los que la habían precedido le corrieran por las venas.

Sin embargo, en el preciso instante en que había descubierto que el gobernador no era más que una máquina, las imágenes se habían desvanecido.

Como si la verdad hubiera arrasado con todo y solo la hubiese dejado con un odio implacable, un odio que le bullía en la sangre y que la carcomía con unas preguntas demasiado peligrosas.

¿Acaso el gobernador le había hablado tan a menudo en Apolo porque la consideraba un reflejo de sí mismo?

¿Tan parecida a él era, tan… inhumana?

—Ya no puedo ver nada, Winnie. Lo he intentado cada noche, pero no hay más que oscuridad —dijo, a punto de romper a llorar—. ¿Qué me pasa?

—No te pasa nada.

Khalani negó con la cabeza, con un nudo en la garganta.

—En Apolo, el gobernador siempre quería tenerme cerca. Me miraba como si reconociera algo en mí. —Hizo una pausa, y esa idea que intentaba apartar de su mente a cualquier precio irrumpió con toda su fuerza—. ¿Y si soy igual que él?

Winnie se detuvo en seco, y Khalani siguió hablando, pues temía que le faltara el coraje para hacerlo.

—Todas las noches me corto la palma de la mano. Sale sangre, una sangre igual de roja que la de todos. Pero no siento nada. No hay dolor. Solo un curioso desapego. Como si estuviera presente físicamente, pero no de verdad —confesó con los ojos llenos de lágrimas.

—Detente un momento. Mira a Winnie. —La anciana la observó con sus amables ojos de color marrón tierra—. Tus miedos no te definen. ¿Lo comprendes?

Una única lágrima resbaló por la mejilla de Khalani.

—Khalani… —Winnie le posó una mano fría en el rostro—. Hasta los que más se emocionan llegan a sentirse vacíos en algún momento. ¿Quieres saber qué significa estar viva? No es perfección. No es estar bien todo el tiempo. Es tener miedo, sentir que no das la talla, tratar de ser mejor cada día. Tus lágrimas reflejan lo magníficamente imperfecta que eres. ¿Qué podría ser más humano que eso?

Esas mismas lágrimas empaparon los dedos de Winnie. Como gotas de esperanza en un desierto vacío.

—Por favor, no me abandones nunca —susurró Khalani.

—Winnie está aquí. —La anciana posó la mano sobre el pecho de la muchacha—. Por siempre jamás.

Khalani le dio un sentido abrazo que la trasladó a la biblioteca de Braderhelm, donde las historias que la rodeaban le desbocaban el corazón. Sus preocupaciones se disiparon y sus angustiosos pensamientos se calmaron por primera vez en semanas.

De repente, como un cañonazo, unos brazos delgados se abalanzaron sobre ellas.

—Yo también quiero mimitos —dijo Serene con un hilillo de voz.

Khalani reprimió una carcajada al ver que Derek también se unía a ellas y las envolvía en un abrazo, estrujándolas a todas.

—No sé qué está pasando, pero he venido a ofrecer apoyo emocional.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Adan, deteniéndose y mirándolos como si hubieran perdido el juicio.

—No hagas preguntas y ven aquí —replicó Serene.

Khalani no quiso ni imaginar cómo debía de ser verlos desde fuera, abrazados como si fueran osos amorosos en medio de una carretera apocalíptica.

Aunque no le importaba.

Siempre había creído que los amigos eran aquellas personas con las que te sentías cómoda. Ahora sabía que eran aquellos que acallaban tus dudas.

—¿Qué demonios está pasando? ¿Qué hacéis todos abrazados como si fuerais unos peluches? —exclamó Brock.

—Dice el que nunca ha tenido juguetes —replicó Serene.

—Este no es ni el momento ni el lugar. Dejad de manosearos y empezad a caminar.

—Vamos a tomarnos un pequeño descanso —anunció Winnie poniendo fin al abrazo y con una firmeza que sorprendió a Khalani.

La anciana le dio una palmadita en la mejilla y sonrió, asegurándole que todo saldría bien. Mejor que bien.

—Ni hablar. Seguiremos avanzando —gruñó Brock.

—No. Vamos a descansar —lo desafió Winnie.

Brock abrió la boca para replicar, pero una voz más fuerte resonó en medio del desierto.

—Ya las has oído, incursor. Necesitan un descanso —ordenó Takeshi.

Con un tic nervioso en el párpado, Brock fulminó al capitán. Finalmente, alzó las manos con resignación y se alejó refunfuñando algo sobre lo tercas que eran las mujeres.

Khalani soltó un profundo suspiro y sorbió por la nariz mientras dejaba la pesada mochila sobre la arena, junto a las de los demás. Estiró los brazos hacia atrás y cerró los ojos, deleitándose con la brisa que le acariciaba la piel.

Sentía una gran conexión con el viento. Como él, también deseaba estar en todas partes.

Invisible. Esencial.

Se le erizó la piel de los brazos y percibió que alguien la miraba.

No necesitaba comprobar quién estaba estudiando las grietas de esa armadura que había construido con tanto esmero. Se restregó la nariz de inmediato, tratando de borrar cualquier señal de que había estado llorando.

—Deberías sentarte si no te encuentras bien.

Sin hacer ruido, Takeshi se había acercado y su enorme figura bloqueó el sol de la tarde, proyectando una sombra oscura sobre ella.

Khalani dio un paso atrás, manteniéndose a una distancia prudente.

—Estoy bien.

—Entonces, ¿por qué estás llorando?

—Me ha entrado arena en los ojos.

—Te encanta mentir, ¿eh?

Khalani resopló y le lanzó una mirada cargada de veneno.

Las tajantes palabras que Takeshi había pronunciado unos días atrás regresaron para atormentarla y avergonzarla, avivando el fuego de su humor ya volátil.

—¿No tienes nada mejor que hacer que acosarme?

Él miró a su alrededor, hacia la carretera desierta.

—Pues… no.

—¿Ves esa colina de allá? Me parece que hace tiempo que nadie la fulmina con la mirada.

—Sigues enfadada —señaló él, ladeando la cabeza.

—Vaya, qué observador.

—Si no vas a descansar, ¿por qué no haces algo para calmar la rabia que sientes?

—Si ese algo va a hacer que desaparezca, soy toda oídos.

Imitando su postura, Khalani se cuadró y cruzó los brazos sobre el pecho con actitud desafiante.

—Pelea conmigo y no volveré a dirigirte la palabra en todo el camino hasta Hermes.

Su voz grave viajó con el viento, y unos escalofríos le recorrieron la columna.

Khalani tragó saliva e intuyó que se estaba adentrando poco a poco en una trampa que le habían tendido cuidadosamente.

—¿Y por qué iba a hacer eso? La última vez que hablamos dijiste que todo había terminado entre nosotros.

—Eso fue antes de que me golpearas.

—¡Te lo merecías!

—Y fue un mal golpe —añadió Takeshi, ignorando su comentario —. Iba con intención, pero la técnica era mediocre, por decir algo. Tengo la sensación de que has olvidado todo lo que te enseñé.

Khalani apretó los dientes.

—Sé lo que te propones.

—Ah, ¿sí? —dijo con actitud retadora.

—Me estás provocando para que pelee porque, por alguna razón enfermiza, disfrutas viéndome sufrir. Pues, para que lo sepas, esta vez no te saldrás con la tuya.

Khalani se acercó y alzó la barbilla, encarándose a él a escasos centímetros.

Takeshi bajó la mirada y analizó cada leve cambio en su expresión.

Y un destello de decepción brilló en sus ojos.

—Qué curioso. Jamás habría dicho que eras de las que retroceden ante un desafío.

Takeshi dio media vuelta y la dejó allí, como si no tuviera la menor trascendencia. Khalani sintió que un fuego le empezaba a arder en la planta de los pies y que las llamas le subían serpenteando hasta los tobillos, le abrasaban las piernas, le

calentaban las entrañas y se inyectaban directamente en su corazón.

—Ahora que lo mencionas… —Lo siguió y Takeshi se detuvo, mirándola por encima del hombro—. Darte otro puñetazo me parece una idea magnífica.

Lo vio curvar una de las comisuras de los labios y captó en sus ojos una emoción indescifrable, pero Takeshi contrajo enseguida el rostro y retomó la marcha. Khalani lo siguió sin decir palabra.

Khalani se sorprendió al ver que se detenía a solo unos pasos de los demás.

Winnie, Serene, Derek y Adan estaban sentados en una zona de arena suave junto a la autopista desierta. Brock se había encaramado al capó de un coche negro cercano y revisaba la munición de la pistola con una pierna doblada y la otra estirada.

—¿Lista, Kanes? Pareces distraída —preguntó Takeshi.

—¿Aquí? ¿Delante de todos?

Se le aceleró el pulso al sentir que todos los miraban.

—Hay que practicar en público para pelear en la vida real.

Khalani deseó gritarle, aunque quizá no fuera tan mala idea. Tenía un barril entero de energía acumulada y, francamente, era el mejor saco de boxeo del mundo.

—¿Vais a practicar sexo duro o algo así? —preguntó Serene con voz aburrida.

—¡NO! —bramó Khalani—. Antes me empalaría con un palo lleno de pinchos.

Una carcajada estalló a su izquierda.

—Me parece que llevas las de perder, capitán. Si no estás atento, te van a humillar —intervino Brock.

Khalani lo miró con el ceño fruncido. Ya sabía que a Brock no le caía bien y que solo lo hacía para provocar a Takeshi. Como si quisiera comprobar lo que tardaba en explotar una bomba.

Takeshi respondió con una risotada depravada.

—Si estás tan seguro de eso, incursor, ¿por qué no ocupas su lugar? Aunque no esperes mi compasión cuando te deje con un par de extremidades menos.

Khalani abrió los ojos de par en par cuando Brock, arma en mano, bajó del coche de un salto. Takeshi se irguió y, con calma, sacó una navaja del bolsillo.

—Chicos, chicos… —Khalani se plantó entre ellos alzando las palmas—. Nadie va a perder ninguna extremidad mientras yo esté aquí.

—Tranquila, Khalani. —Brock sonrió—. Ya llegará tu turno. Además, no voy a matarlo. Solo vamos a hacer un poco de ejercicio para mantenernos en forma, ¿no?

—¿No te dolía el brazo? —preguntó ella con recelo.

—He soportado cosas peores. —Brock se quitó el cabestrillo y lo arrojó al suelo—. Aunque, ahora que lo pienso, no le vendrá mal tener un poco de ventaja.

Takeshi estaba rígido como un cable tensado, como si llevara tiempo esperando el momento. Y, cuando se humedeció los labios, Khalani palideció, preocupada de verdad por la supervivencia de su único guía en la superficie.

Su temor no hizo sino aumentar cuando Brock anunció:

—Sin armas. —Le tendió la pistola y, guiñándole un ojo, añadió —: Toma, guárdala.

Un segundo después, el afilado cuchillo de Takeshi pasó a un centímetro de la oreja de Brock y se incrustó en el neumático desinflado de un coche cercano.

—Me parece una idea excelente.

Takeshi se quitó la chaqueta negra, la arrojó sobre la arena y se arremangó, revelando unos vigorosos antebrazos.

Vaya…

Serene cogió a Khalani del codo y la hizo retroceder unos pasos.

—Siéntate. No me lo pierdo por nada del mundo —le dijo.

—¿Por quién apuestas? —preguntó Derek.

—Yo digo Brock —respondió Adan, entusiasmado.

—No sé, tío. Es de complexión fuerte, pero Steele tiene instinto asesino.

Nunca jamás se había pronunciado verdad más grande.

—Tú pones las reglas —dijo Takeshi enderezándose y estudiando a su oponente.

Brock chasqueó el cuello.

—Gana el que no se rinde. Queda claro que, pese a que lo disfrutaría de lo lindo, no puedo matarte.

—Qué lástima. Esperaba poder jugar duro —dijo Takeshi con voz atronadora.

Brock sonrió, retrocedió unos pasos y levantó los puños, cubriéndose el rostro.

—¿Listo?

Takeshi asintió, completamente inmóvil.

La complexión más baja y robusta de Brock contrastaba con la figura alta y atlética de Takeshi, esculpida gracias a años de riguroso entrenamiento.

Los dos contuvieron el aliento, aguardando a ver quién atacaba primero.

Brock embistió como una bala y soltó un derechazo.

Takeshi se inclinó hacia atrás para esquivarlo, pero Brock amagó y le golpeó las costillas. Takeshi le apartó el brazo y lo golpeó en la barbilla.

Boquiabiertos y atónitos, todos parpadearon por el impacto.

Brock se recuperó y le dio una patada a Takeshi en la rodilla,

quien se dobló, pero aprovechó el gesto para llevar el codo hacia la barbilla de su oponente. Brock echó la cabeza hacia atrás, y Takeshi le propinó un fuerte derechazo en el pecho.

Khalani se dio cuenta de lo mucho que se había contenido en sus peleas. En comparación, la trataba como si fuera a romperse.

Brock recuperó el equilibrio y, cogiendo a Takeshi del codo, se giró, lo levantó del suelo y cargó con él. En ese mismo instante, el capitán lo agarró del cuello y ambos cayeron al suelo.

Forcejearon brutalmente hasta que Brock tomó ventaja y le asestó un buen puñetazo en el pómulo. Khalani se tensó, pero Takeshi esbozó una sonrisa y golpeó a Brock en la garganta, dejándolo sin aliento. Aprovechando la oportunidad, Takeshi se subió a horcajadas sobre él y descargó otro puñetazo.

Sin embargo, Brock logró bloquearlo y, al instante, estrelló la frente contra la de Takeshi.

Con una mueca de dolor, Takeshi se deslizó debajo del otro y lo bloqueó con una llave de estrangulamiento.

—¡Parad! —gritó Derek de repente.

Takeshi se apresuró a soltar a Brock y le prestaron atención con aire confundido.

—¿Qué demonios es eso? —Derek señaló a la derecha, hacia un punto en la lejanía. Todos miraron hacia allí.

Una enorme pared de arena avanzaba hacia ellos: era interminable, hasta el punto de que casi tocaba el cielo.

Todos ahogaron un grito. Khalani sintió que una ráfaga de viento le arañaba las mejillas.

La tormenta se les venía encima y avanzaba a una velocidad inconcebible.

Brock se puso en pie y, por primera vez, en sus ojos se reflejó un terror absoluto.

—¡Corred!

5

Vivieron juntos y murieron del mismo modo.

Khalani hundía los pies en el suelo con todas sus fuerzas mientras sus desgastadas zapatillas negras levantaban una nube de polvo.

Corrieron por la arena como si la mismísima muerte les pisara los talones.

La tormenta iba tras ellos, cada vez más cerca.

Junto a ella, Winnie jadeaba y hacía muecas de dolor cada vez que se le movía el hombro herido. Sin embargo, no podían detenerse.

Si lo hacían, morirían.

Khalani volvió la vista atrás durante un instante y fue testigo de cómo la tormenta parecía engullirlo todo a su paso. Recorría kilómetros en cuestión de segundos.

—¡Rápido! ¡A ese edificio! —gritó la voz atronadora de Brock.

Señaló una estructura de varios pisos, al menos a medio kilómetro de distancia.

—Vamos, Winnie —la animó Khalani, tirando de ella con más fuerza.

Como una avalancha, la arena las fustigaba: les azotaba la ropa y se les metía en los ojos.

—Winnie no puede, Khalani —se lamentó la anciana avanzando

con dificultad.

—Sí puedes.

Siguió rodeando la cintura de Winnie, y los antebrazos empezaron a arderle a causa del esfuerzo.

De repente, la anciana gritó y cayó al suelo con la boca abierta y una mano en el tobillo. Presa del pánico, Khalani la cogió de las axilas y trató de incorporarla con toda la energía que le quedaba.

—¡Vamos, Winnie, levántate!

La cortina de arena ocultó el sol y una neblina oscura se cernió sobre ellas. Khalani se atrevió a mirar atrás, y se le cayó el alma a los pies. La colosal tormenta estaba cada vez más cerca.

Con brazos temblorosos, se esforzó por poner a Winnie en pie, pero pesaba demasiado para ella y se le doblaron las piernas.

—Vete, Khalani —suplicó la anciana al ver que se quedaban rezagadas—. Winnie ya no puede correr.

—Ni lo sueñes. No pienso abandonarte —le susurró con fiereza al oído.

Si hacía falta, la llevaría a rastras por todo el desierto.

Al ver que la anciana respiraba entrecortadamente, Khalani gritó y tiró de ella con todas sus fuerzas.

La tormenta arremetía con mayor intensidad. Las ásperas partículas de arena le arañaron el rostro y se vio obligada a cerrar los ojos, pero siguió arrastrando el cuerpo de Winnie y avanzando agónicamente, un centímetro tras otro.

—¡Khalani!

La voz de Serene atravesó los aullidos del viento. En cuanto la oyó, Khalani se giró hacia ella y, boquiabierta, vio que los demás abandonaban la carrera hacia el refugio y regresaban corriendo hacia ellas.

Takeshi fue el primero en llegar.

Cruzó el desierto a una velocidad que desafiaba cualquier lógica y las alcanzó en menos de un minuto. Sin decir una palabra, aupó en brazos a Winnie con una facilidad pasmosa y le dirigió a Khalani una mirada letal.

—¡La tengo, Kanes! ¡Corre!

En sus ojos, oscuros como pozos, bullía una clara y violenta determinación. Khalani vaciló apenas un instante, pero obedeció.

Por mucho resentimiento que se tuvieran, él era el fuerte allí.

Y la única posibilidad que Winnie tenía de sobrevivir.

—¡Vamos, Khalani! —la apremió Serene.

—¡Lárgate, encanto! —tronó Brock, acercándose a ella con el rostro desencajado por la furia.

Serene lo ignoró y tendió la mano hacia Khalani, que, pese a que le ardían los muslos y sentía una punzada de flato, siguió avanzando. Cuando la alcanzó, Brock tiró prácticamente de Serene.

Derek y Adan corrían varios metros por delante, pero resultaba difícil verlos con el torbellino de arena que los envolvía. Miró por encima del hombro izquierdo y comprobó que la monumental tormenta se les venía encima.

—No mires.

Takeshi apareció por el flanco derecho. Aunque cargaba con la anciana, era capaz de seguirle el ritmo.

Le dolía todo: la pesada mochila que le golpeaba la zona lumbar, las pantorrillas, que imploraban alivio…

Aquella espesa arena que casi parecía barro estaba a punto de engullirlos.

Sin embargo, en medio de la nube de polvo, se distinguía un edificio gris y destartalado cada vez más cerca. Serene estuvo a punto de rendirse y desplomarse, pero Brock apoyó la mano en su mochila y la empujó hacia delante. Adan y Derek fueron los primeros

en llegar a la construcción. Sostuvieron la puerta mientras les hacían señas con las manos.

—¡Rápido! —le pareció oír que gritaba Derek.

Trató de acelerar, pero el corazón parecía querer salírsele del pecho. Su frágil cuerpo apenas se mantenía firme con ese viento inclemente y la arena la azotaba desde todas las direcciones. Le golpeaba la piel. El cabello. Los ojos irritados.

Lo único que veía era un mar de nada y apenas distinguía sus propias manos. Khalani abrió la boca para gritar, pero la áspera arena se le introdujo en la garganta y le provocó una arcada.

Sintió que se le entumecía todo el cuerpo y trató de respirar, aunque fuera un ápice de oxígeno. Tanteando, avanzó a ciegas hacia el edificio.

¿O quizá estaba avanzando en dirección contraria?

Las partículas rugosas la golpearon como si fueran esquirlas de vidrio y cayó de rodillas, completamente desorientada.

«No. No. No».

Se suponía que no debía morir así.

Luchar. Tenía que seguir luchando.

Khalani apretó los dientes y avanzó a rastras, como una cucaracha negándose a morir.

La tormenta despiadada la embistió y los aullidos del viento le perforaron los oídos, como si la propia Tierra estuviera rechazándola.

Quizá el gobernador tenía razón.

Quizá no estaban destinados a regresar a la superficie.

Khalani cerró los ojos al sentir que la arena la envolvía, ahogándola con ese abrazo final.

De pronto, en medio de la avalancha, una mano fuerte le agarró el brazo, la levantó de un tirón y la arrastró en dirección contraria. Pese a que avanzaba angustiosamente a trompicones, cuando

bajaba el ritmo, aquella mano firme y constante tiraba de ella con más fuerza. De repente, justo cuando estaba a punto de desplomarse, sintió que alguien más la sujetaba y que cruzaba el umbral.

Oyó un portazo a sus espaldas. Cayó de rodillas y apoyó las manos en el suelo blanco y embaldosado. Jadeando, vomitó arena, comida y agua. Unos hilillos de saliva le bajaban por las comisuras de los labios y las lágrimas le nublaban la vista. Notó que una mano más pequeña le frotaba la espalda y le daba unas palmadas reconfortantes.

—Aseguraos de que lo saque todo —ordenó Takeshi desde lejos.

—Ya me encargo yo —respondió Derek, apartándole el cabello castaño y enredado del rostro—. Tranquila, estoy aquí.

Khalani fue a decir algo, pero solo consiguió balbucear. Cuando al cabo de un rato pudo volver a respirar, entre arcadas, había vaciado por completo el contenido de su estómago en el suelo.

Mientras trataba de controlar la respiración entrecortada, contempló el desastre. Un ruido le llamó la atención y alzó la cabeza.

Brock había sacado de la mochila una barra solar que ahora bañaba el lugar de un suave resplandor amarillo. Se encontraban en una sala en la que se distinguían unos pequeños pupitres de madera apilados contra la pared del fondo. Una capa de polvo flotaba sobre el espacio vacío. Khalani se estremeció cuando una fuerte ráfaga golpeó el edificio y los pupitres arenosos repiquetearon en una sinfonía repetitiva.

Serene tosía con fuerza, doblada y con las manos apoyadas en las rodillas, mientras Adan se ocupaba de ella. Brock permanecía en un rincón, mirándolos a todos de soslayo.

Takeshi se arrodilló junto a Winnie, que descansaba apoyada en una columna, y le vendó el tobillo con un trozo de tela. Frunció el

ceño ante el gemido de dolor de la anciana, pero tensó el nudo con una determinación férrea grabada en la mandíbula.

Khalani se humedeció los labios resecos; sentía la garganta irritada y rasposa, y Derek le pasó una cantimplora, que puso en su pecho.

—Bebe.

Casi soltó un gemido cuando el frío líquido le rozó los labios y la lengua y se le deslizó por la garganta reseca. Tragó el agua y jadeó mientras se llevaba una mano temblorosa al torso. Con cada exhalación, podía oír los erráticos latidos del corazón bajo su palma.

—Por un momento, he creído que te habíamos perdido —dijo Derek, mirándola con preocupación.

Ella se recostó, aún temblando, y se peinó el pelo con los dedos.

—Por un momento, yo también lo he creído. Gracias por volver a por mí.

—No he sido yo el que te ha salvado.

Khalani siguió su mirada tensa, que se había posado en Takeshi, y se quedó atónita. No daba crédito. Se necesitaba una fuerza inmensa para arrastrar a alguien a través de aquella tormenta de arena sin ayuda de nadie, pero llevar a una persona a cuestas y arrastrarla a ella con el otro brazo era toda una hazaña.

Takeshi le hablaba a Winnie en voz baja y con dulzura, justo lo opuesto a como miraba a Khalani.

Cada vez que Takeshi posaba sus ojos negros en ella, sentía que le ardía la piel, como si estuviera marcándola con un hierro al rojo vivo. Estaban cargados de indiferencia, frialdad o una emoción inexplicable que no lograba descifrar.

Le dio un vuelco el estómago al comprender que había sucedido lo que parecía imposible.

Takeshi la había salvado.

Había regresado a buscarla sin dudarlo, arriesgando su propia vida. ¿Por qué?

Quizá por despecho. Para hacerla sufrir un poco más en vida.

Esa explicación la tranquilizó.

Cuando terminó de vendar el tobillo de Winnie, Takeshi se puso en pie y se encaminó hacia Brock, engullendo la distancia que los separaba con pasos largos y decididos. Ambos hombres, aún con las marcas de la reciente pelea en mejillas y labios, intercambiaron unos susurros acalorados.

De pronto, una figura pequeña se abalanzó sobre Khalani.

—Ni se te ocurra estar tan cerca de morir otra vez —exclamó Serene.

Khalani la rodeó con los brazos y la estrechó contra sí, un tanto emocionada.

Serene había regresado a buscarla y había estado a punto de morir. Todos habían estado a punto de morir. Aunque quería gritarle y zarandearla, se limitó a inclinar la cabeza y posarla en el pliegue de su cuello, sintiendo que el enorme peso que notaba en el pecho se expandía y ocupaba todos los rincones de su frágil corazón.

Casi había olvidado lo que era sentir que a alguien le importara si vivía o moría.

—¿Estás bien, Khalani?

Adan se acuclilló junto a ellas y paseó una mirada preocupada por su rostro cubierto de arena.

—Sobreviviré —respondió ella con voz rasposa.

Aunque, si Serene seguía estrujándola, no lo tenía tan claro.

—No te permito que mueras sin mí —gruñó Serene, aún aferrándose a ella—. ¿Y muerte por arena? Habría sido patético.

—La próxima vez lo tendré en cuenta.

Después de un minuto, Serene por fin la soltó. Brock se alejó de

un Takeshi iracundo y se acercó a ellos.

—La tormenta aún durará horas. Pasaremos la noche aquí.

—¿Estás seguro de que este edificio es seguro? —preguntó Derek.

—Completamente.

Como si hubiese estado esperando el momento propicio, una fuerte ráfaga de viento golpeó la ruinosa construcción, y las paredes, cuya estabilidad era cuestionable, temblaron. Del techo, un polvillo gris les cayó sobre la cabeza. Todos miraron a Brock con incredulidad, y él levantó las manos.

—Si preferís tentar a la suerte ahí fuera, adelante.

El viento respondió con un aullido y todos suspiraron, dando su brazo a torcer.

—¿Muerte por aplastamiento de un edificio es mejor? —bromeó Khalani con un hilo de voz mientras se recogía el cabello lleno de arena en una caótica coleta.

Los mechones enredados parecían un nido de pájaros.

Serene alzó la vista, pensativa.

—Sería a manos de un objeto inanimado, lo que también es una forma bastante miserable de morir. Pero conseguiríamos puntos extra de respeto si nuestros cuerpos quedaran irreconocibles.

—Tú no estás bien de la cabeza —soltó Brock.

—Me parece que es la primera vez que me haces un cumplido.

—No era un cumplido.

—Aún mejor.

Khalani se apresuró a devolverle el arma que el incursor le había dado antes de la pelea y los ignoró. Fue a ver a la anciana, que parecía exhausta: estaba sentada en el suelo, recostada contra una columna con las piernas estiradas.

—¿Estás bien, Winnie?

Khalani se inclinó hacia ella.

—Mejor que nunca, querida —respondió Winnie con una sonrisa amarga.

Se llevó el puño hacia los labios y tosió, una tos ronca, húmeda y más cargada que antes.

De repente, una enorme mano puso una cantimplora frente al rostro de la anciana.

—Bebe.

Khalani miró de reojo a Takeshi, que se cernía sobre ellas como un muro insalvable. Su cercanía la incomodaba; había arriesgado mucho para salvarla.

—No deberías desperdiciar el agua en Winnie, Kesh —lo reprendió la anciana con voz débil al tiempo que apartaba la cantimplora.

«¿Kesh?».

—No esperarás que me rinda tan fácilmente. Vamos, Win, bebe —ordenó Takeshi con firmeza, pero mirándola con ternura y obligándola a coger la cantimplora.

«¿Win?».

¿Por qué todo aquello le parecía una traición?

Winnie era su amiga. Su familia. Se suponía que la familia odiaba a quienes tú odiabas.

Khalani se mordió el labio inferior mientras Winnie obedecía y tomaba un sorbo de la cantimplora. En cuanto lo hubo hecho, Takeshi asintió con la cabeza y se dirigió a la mochila. Sacó la pistola y empezó a revisar la munición.

Khalani carraspeó y se puso en pie, observando de reojo su imponente figura. La tela negra se le ceñía al torso mientras manipulaba el arma como si fuera una extensión natural de su cuerpo.

Sin pensarlo, fue hacia allí. Sin embargo, la palabra «gracias» se le atragantó cuando él se volvió para mirarla. La ternura que había mostrado con Winnie había desaparecido.

Takeshi la observó como si fuera una espina persistente clavada en su costado, como si no deseara otra cosa que arrancársela y quemarla.

—¿Puedo preguntarte algo? —logró decir Khalani finalmente.

Él arqueó una ceja y le hizo un gesto para que hablara.

—¿Por qué has vuelto a buscarme?

—¿Preferirías que no lo hubiera hecho?

Esa voz grave y profunda retumbó por todo su ser, empequeñeciéndola. Pero estaba exhausta y demasiado cansada como para no ser honesta.

—Preferiría no estar en deuda contigo.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que te lo reclame?

Takeshi guardó el arma en el bolsillo y se apoyó en la columna. Cruzó los brazos, y un mechón de cabello negro le cayó sobre la frente.

—Exacto. —Khalani alzó la cabeza—. Ya nos conocemos. Y siempre quieres tener el control.

—Te equivocas.

La miró de arriba abajo con sus ojos oscuros. Medio metro los separaba, pero el aire entre ellos estaba cargado de electricidad.

—¿Me harías el favor de aclararme en qué?

—No. No conciliarás el sueño si te lo digo.

—Lo dudo. No me asusto fácilmente.

Una mentira más que se llevaría a la tumba.

—Ah, ¿sí? —Se inclinó hacia delante, con un brillo ardiente y salvaje en la mirada—. Entonces, ¿por qué te sudan las manos y por qué cambias el peso de un pie a otro como si estuvieras a punto de

salir corriendo por la misma puerta por la que te he entrado a rastras?

—Eso no es cierto. —Empezó a retorcerse las manos y, al advertirlo, las pegó inmediatamente a los costados del cuerpo—. No he venido con intención de discutir.

—Entonces, ¿con qué intención has venido?

«Dilo, Khalani. Solo dilo y vete».

Pese al odio que se profesaban, Takeshi había arriesgado la vida por ella. Solo tenía que pronunciar una sencilla palabra y, después, podría volver a ignorarlo con toda la tranquilidad del mundo, como él había hecho durante la mayor parte del trayecto.

Tomó aliento.

—Con la intención de darte las gracias.

Takeshi dio un respingo, como si le hubiera asestado un puñetazo. Frunció el ceño, casi sin saber qué decir, pero recobró rápidamente la compostura y asintió con la cabeza.

—No hay de qué.

—Pero me sigues cayendo igual de mal —añadió Khalani, más bien para recordárselo a sí misma.

Él resopló y puso los ojos en blanco.

—El sentimiento es mutuo, Kanes.

Y, por extraño que pareciera, se sintió más liviana.

Takeshi también parecía estar más relajado. Las líneas en su frente se habían suavizado y los hombros no estaban tan tensos.

Como si ambos hubiesen hallado consuelo en el intercambio de comentarios despectivos.

Guardaron silencio unos segundos.

—Deberías descansar —le aconsejó Takeshi en voz baja a modo de despedida.

Aunque sus labios hubiesen dicho eso, sus ojos revelaban otra

cosa, una atracción, como si deseara algo más.

Khalani vaciló un instante, clavada en el suelo. Sin embargo, al cabo de un momento, asintió y se obligó a girar sobre los talones y huir, haciendo caso a su cerebro por una vez.

Un viento furioso seguía azotando el edificio, y Khalani se acurrucó contra la pared junto a Serene y Winnie, con las mochilas como incómodas almohadas. Adan y Derek las flanqueaban, mientras Brock hacía guardia junto a la puerta.

Takeshi estaba en el rincón más alejado de la habitación, fundiéndose con las sombras. En su elemento.

Espalda contra espalda con Serene, Khalani no le quitaba ojo a Winnie. Había advertido que el apetito de la anciana había ido disminuyendo de forma constante.

Cada vez tenía los ojos más vidriosos y la voz más débil.

Winnie no iba a mejor. Más bien al contrario: no cabía duda de que estaba empeorando.

Se le encogió el corazón ante la idea y tuvo que controlar la respiración, que se le había acelerado de pronto.

Esa noche, Khalani no pegó ojo.

En cierto modo, algo en su interior, algo extraño, anhelaba salir a la tormenta y dejar que la arena le cubriera el cuerpo como un manto.

No porque deseara la muerte.

Sino porque echaba de menos encontrar paz en la soledad.

6

Hay algo que a los humanos les encanta:
cometer el mismo error dos veces.

Cuando tenía seis años, Khalani le preguntó a su padre qué era la lluvia.

—¿Has aprendido esa palabra hoy en el colegio? —le respondió encendiendo la lamparita de su mesita de noche.

—El señor Sanders nos lo ha dicho en la clase de agricultura. Nos ha asegurado que el agua caía del cielo y que, gracias a eso, todas las plantas y los árboles crecían. ¿Es eso verdad, papá?

—Así es, florecilla. —Sonrió—. En el cielo hay un grifo enorme. Cuando las flores están tristes, alguien lo abre. La lluvia pone contentas a las flores y así crecen fuertes y sanas. Como tú.

Le pellizcó cariñosamente la nariz.

Khalani frunció el ceño y bajó la mirada.

—¿Qué ocurre? —preguntó su padre con aire preocupado.

—Ojalá lloviera aquí abajo —dijo a punto de llorar—. Como nunca lo hace, las flores no están contentas.

Su padre esbozó una tierna sonrisa y la arropó.

—No te preocupes. Esta noche verás llover.

—¿Dónde?

—Aquí dentro. —Le señaló la frente—. Tu cabecita es tan

creativa y poderosa que lo único que tienes que hacer es imaginar que quieres ir a un sitio y, cuando te duermas, tus sueños te llevarán hasta allí.

—¿De verdad?

—Sí. —Le dio un beso—. Descansa, mi pequeña soñadora.

Se dio la vuelta, dispuesto a marcharse, pero Khalani lo detuvo.

—Papá, ¿volveremos algún día a la superficie?

Él la miró por encima del hombro y su sonrisa se desvaneció, como si supiera que sus siguientes palabras eran una mentira. Sin embargo, quería darle esperanzas.

La esperanza era lo único que tenían.

—Sí. Algún día.

Khalani abrió los ojos de golpe y la calidez de los de su padre se desvaneció al recordar que estaba en ese edificio frío y abandonado en la superficie.

Raras veces soñaba con sus padres. ¿Era real aquel recuerdo?

Se restregó los ojos legañosos y se incorporó. Unos suaves ronquidos procedían de la izquierda, donde Adan dormía plácidamente. Al igual que los demás.

Sin hacer ruido, se puso en pie y estiró los brazos, ignorando la incesante tensión en el cuello. Cada mañana, sus músculos doloridos parecían susurrarle: «Disfruta de este momento, porque, de ahora en adelante, todo irá a peor».

De puntillas, sorteó los cuerpos de sus compañeros. Los aullidos habían cesado y el viento ya no azotaba el edificio, y Khalani se encaminó hacia las ventanas tapiadas.

Al acercarse a los pupitres apilados contra la pared, los rayos de sol se filtraron entre el polvo suspendido en el aire. Arrugó la nariz ante el olor de madera podrida, moho y metal oxidado.

El papel rosa de la pared le llamó la atención. Un letrero desgarrado en el que se leía «Clase del 2040» colgaba en el centro y, justo debajo, había una pizarra polvorienta con el alfabeto.

Al comprender dónde estaba, abrió los ojos de par en par.

«Una escuela del Gran Colapso».

Se arrodilló ante la hilera de taquillas sin puerta empotradas en la pared y acarició unas mochilas deshilachadas. Animada, empezó a abrirlas por si contenían provisiones. Pero estaban todas vacías.

Con un suspiro de derrota, se dejó caer hacia atrás, abatida, y se sentó en el suelo con la última mochila que aún no había revisado. No estaba vacía. En su interior había un pequeño cuaderno negro.

Propiedad de Ana Blackwood

Khalani miró la cubierta, sorprendida por esas palabras tan contundentes. Echó un vistazo a su alrededor, como si estuviese haciendo algo que no debería, pero los demás seguían durmiendo, incluido Takeshi. Era la primera vez en mucho tiempo que lo veía desconectar mentalmente por voluntad propia y disfrutar de ello.

Prestando atención de nuevo al cuaderno, lo abrió.

15/03/2040

Querido diario:

¡Papá me ha regalado un perrito! Voy a llamarlo Trébol porque mamá ha dicho que nos traerá suerte. Espero que así sea.

Quizá Trébol consiga que mis padres sonrían de nuevo. Se pasan las noches pegados a la tele y no me dejan ver dibujos animados y me mandan a jugar con las muñecas a mi habitación. Pero no saben que me asomo por la escalera para ver qué miran. Ese hombre tan feo de la tele dice palabras extrañas, como

«guerra nuclear» y «lotería del subsuelo». No sé qué significan. Pero, mientras papá y mamá estén aquí conmigo, todo irá bien.

03/05/2040

Querido diario:

Siento no haber escrito antes. Han pasado tantas cosas... Hemos dejado nuestra casa en Las Vegas y nos hemos trasladado varias horas al sudeste. Papá dice que es solo por un tiempo, hasta que todo se calme un poco. Ahora voy a una nueva escuela y tenemos simulacros de bomba todos los días. A veces nos pasamos horas escondidos debajo de los pupitres. Echo de menos mi vida anterior. Echo de menos a mis amigas. Quiero volver a casa.

11/09/2040

Querido diario:

Le he preguntado a mamá cuándo vamos a volver y me ha dicho que cuando termine la guerra. Odio la guerra. La guerra no habría pasado nunca si los responsables se dijeran lo que sienten. El otro día lo comenté en la escuela y todos se rieron de mí. Ahora ya no quedan muchos niños en clase. Mi mejor amiga, Mary, me dijo que se marchaba a Apolo con su madre, su padre y su canguro. No sé dónde está eso. Le pregunté a mamá si nosotros también íbamos a ir y empezó a llorar. Esa noche, oí que mamá y papá se peleaban. Mamá no dejaba de gritar que deberían habernos aceptado. Pero papá gritaba que no había suficiente sitio. No quiero verlos llorar otra vez. Tengo un plan. Hoy les he hecho un dibujo. Es de los tres, en el jardín, con Trébol. No he dibujado nuestra antigua casa porque quiero que sepan que todo irá bien mientras estemos juntos. Mejor que bien. ¡Quizá mamá volverá a llevarme al parque! No hemos ido en...

Khalani frunció las cejas y se apresuró a hojear el diario, pero era la última entrada que había escrito Ana Blackwood.

Un papel arrugado cayó del interior. Era un dibujo muy simple a lápiz de tres figuras humanas, sonrientes y agarradas de las manos ante una casa amarilla con lo que parecía un perrito marrón a sus pies.

Con una punzada en el pecho, dejó caer el cuaderno sobre el regazo. Algo le decía que los padres de Ana no habían llegado a ver el dibujo.

Khalani jugueteó con el papel, trazando con la yema de los dedos la silueta que representaba a la niña, cuyos sueños habían llegado hasta ella gracias a ese diario.

Guardó el dibujo y el diario en la mochila con cuidado. También cogió el lápiz que había en el suelo.

—¿Qué estás haciendo?

Khalani se volvió de repente y vio a Brock junto a las taquillas, con las manos enguantadas apoyadas en las caderas, unas botas militares y una capa de color marrón oscuro que realzaba su cuerpo musculoso.

—Solo estaba curioseando.

Se sonrojó y se apresuró a cerrar la mochila.

—¿Y has encontrado algo interesante?

—No —replicó ella de inmediato. Fue a ponerse en pie, pero vaciló ante su mirada inquisitiva—. Bueno, la verdad es que sí. Es solo un viejo diario. Y, antes de que empieces con eso de que tenemos que viajar ligeros, que sepas que ya lo sé. Pensarás que es una tontería, pero no quiero dejarlo aquí.

Brock la observó inexpresivo durante unos instantes, sin revelar lo que pensaba. A continuación, con un gesto brusco, pasó junto a ella y se plantó con dos zancadas ante las ventanas tapiadas.

—¿Ya te has acostumbrado? —preguntó, mirando al exterior a través de ellas.

—¿A qué?

—A toda la destrucción.

Khalani se acercó a él y lo imitó.

La peligrosa tormenta de arena parecía haberse esfumado sin dejar rastro. Restos de vehículos destrozados salpicaban la calzada, pero no se veía ni un alma, excepto las siete que se escondían en el edificio en ruinas.

Reflexionó sobre la pregunta que acababa de hacerle el incursor, imaginando cómo debía de haber sido el mundo de Ana Blackwood, antes del Gran Colapso. Despertarse y ver hermosos paisajes, calles concurridas y bulliciosas y árboles verdes alineándose en cada esquina. Montones de jóvenes familias riendo bajo el sol, completamente ajenas al hecho de que todo aquello desaparecería para siempre.

—Creo que una se acostumbra a todo —afirmó en voz baja.

La mirada atenta de Brock se volvió hacia ella.

—Es triste, ¿verdad? El mundo no es bueno en ningún lugar, ni arriba ni abajo.

—Yo no diría eso —objetó frunciendo el ceño—. Lo que nosotros tenemos no está nada mal.

—Solo somos unos pocos convictos que se han dado a la fuga. No tiene mucho valor.

—Tiene todo el valor del mundo —afirmó con vehemencia, mirando hacia el lugar donde dormían el resto de sus compañeros.

Winnie y Serene estaban acurrucadas la una junto a la otra. Derek y Adan roncaban a su lado. Takeshi seguía en el rincón más alejado, de cara a todos, vigilándolos, incluso en sueños.

—Quizá nada ha cambiado porque nadie ha dado el primer paso.

La cruda afirmación se le escapó de los labios en un susurro. Sin embargo, en su interior, sintió la fuerza de la promesa que encerraba.

Brock ladeó la cabeza y la miró extrañado, como si fuera la primera vez que la veía.

—¿En serio crees eso? ¿En serio aún tienes la esperanza de que esto mejore algún día? —preguntó, gesticulando hacia el destartalado edificio con expresión incrédula.

Ahí estaba de nuevo esa palabra: «Esperanza».

La esperanza era un sorbo de agua en el desierto. Embriagadora. Necesaria.

Siempre volvías a por más. Pero incluso las cosas más buenas podían convertirse en tóxicas.

A menudo, consideraba que la esperanza era el enemigo, pero, en Braderhelm, Winnie le había mostrado la importancia de luchar por algo más que por ella misma; la había ayudado a comprender que una persona que encendía una vela en una habitación oscura podía marcar la diferencia.

—No sé si las cosas cambiarán. —Se volvió hacia Brock—. Pero, si alguien cuenta mi historia en el futuro, quiero que pueda decir que hice todo lo que estaba en mis manos para mejorar la situación.

El incursor rio entre dientes.

—Que me aspen. Encima eres *visionista*.

—¿Que soy qué?

—Una visionaria realista. —Brock apoyó el hombro en el marco de la ventana—. Sabes que no tenemos las de ganar. Es muy probable que todos muramos aquí arriba. Así que… ¿por qué seguir adelante?

—¿Porque no podemos olvidar nuestros sueños?

—Quizá. O porque eres demasiado terca como para dar la

espalda a los que dejamos en Apolo —dijo con un brillo en los ojos.

La responsabilidad y la situación que habían evitado en la ciudad cayeron sobre Khalani.

De ellos, Brock era el que más tiempo había pasado en la superficie. La ciudad en la que ella había crecido era la misma que la había encadenado. Pero Apolo seguía siendo su hogar.

—¿Qué me estás diciendo, que nos olvidemos de Apolo y dejemos que sus ciudadanos mueran? —preguntó Khalani frunciendo el ceño.

—Yo nunca he dicho eso. Desde un punto de vista realista, quizá sería lo más conveniente, pero eso no significa que yo no sueñe también con salvarlos.

Dio un respingo ante la inesperada dulzura que percibió en la voz del incursor.

—Nunca habría dicho que eras un visionario soñador.

Brock esbozó una sonrisa maliciosa.

—No lo soy. Mejor *visionista*, ¿no crees? Tengo mis propios objetivos y, en el fondo, deseo un mundo mejor. Por eso me he unido a los rebeldes de Hermes. —Brock hizo una pausa y desvió la mirada. Parecía azotado por un torrente de emociones, lo cual, comparado con la indiferencia a la que los tenía acostumbrados, le confería una imagen totalmente distinta—. Pero no me sacrificaré por una causa perdida, eso seguro —continuó—. Soy de los que abandonan el barco antes de que se hunda. Es importante reconocer cuándo estás ante un caso perdido. En especial con las personas. —Brock la miró con expresión grave—. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

Clavó los ojos en ella y Khalani tuvo que esforzarse para no apartar la mirada. El único caso perdido que conocía era ella misma.

—Os habéis despertado pronto.

La voz de Takeshi sonó a sus espaldas, muy grave y con cierta aspereza matinal.

Khalani sintió que dejaba de respirar. Incluso con el pelo negro un tanto revuelto por culpa del sueño, Takeshi tenía el aspecto de haber salido de una de esas revistas que habían encontrado en la antigua gasolinera.

—Nos hemos quedado despiertos toda la noche, ¿verdad, Khalani? —dijo Brock, sonriendo maliciosamente y con un tono sugerente imposible de pasar por alto.

Khalani lo fulminó con la mirada, pero no refutó sus palabras de inmediato porque su lado sádico deseaba ver qué ocurría.

Takeshi los observó en silencio, y un destello de violencia desatada asomó a sus ojos negros como la noche. Khalani contuvo el aliento, preguntándose si quizá iban a terminar la pelea que habían empezado el día anterior, pero Takeshi simplemente se enderezó, con su habitual actitud estoica y serena.

—Qué curioso. No me ha parecido oír ningún grito.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó ella.

—Si supieras lo que hacen los incursores, sabrías que te habría dejado con las cuerdas vocales destrozadas. —Clavó sus oscuros ojos en los de ella—. Así que, o bien él miente, o bien ha sido el polvo más aburrido de tu vida.

Con eso, Takeshi les dio la espalda y se alejó. Y, de alguna manera, intuyó que el capitán había ganado una batalla invisible que ella ni siquiera sabía que estaba teniendo lugar.

Frunciendo el ceño, se pellizcó el puente de la nariz.

Era demasiado temprano para eso.

Brock resopló y siguió los pasos de Takeshi, no sin antes mirarla por encima del hombro.

—Como te he dicho, si fuera tú, no tardaría en aceptar que

ciertas personas son un caso perdido.

Khalani apretó los puños, deseosa de estamparlos contra la pared más cercana. Una y otra vez. Brock no se equivocaba, y el hecho de comprenderlo solo hacía que quisiera dirigir esos golpes hacia sí misma.

Fue hacia el rincón más alejado de la estancia y hojeó de nuevo el diario de Ana.

Aunque no podía controlar el caos y el terror que depararían los amaneceres futuros, sí podía grabar en su memoria la historia de una niña que una vez estuvo viva.

Después de haberla leído cinco veces, buscó con dedos temblorosos una página en blanco del diario y tomó el lápiz gastado.

Estuviera donde estuviese, Khalani le suplicó a Ana que no se enfadara por el caos que iba a derramar sobre sus páginas.

El silencio anhela que lo escuchen.
Esas briznas de pérdida susurran al viento.
Grita tu historia y ensordece,
aunque nadie esté presente.

La oscuridad exige que la vean.
Espacios antes ocupados ahora son vacío.
Vidas idealizamos y juzgamos
colmando sueños por siempre dormidos.

La mente necesita tener voz,
con una cacofonía en la lengua.
Firme es el paso de los que a ella se abren,
el caos espera a los que la rehúyen.

El corazón suspira para que lo elijan.
Sentimientos olvidados se atreven a salir
y, si tu mano extendida me hace pedazos,
me corto la mía y me libro de ti.

7

Prefiero desaparecer con una ardiente llamarada que extinguirme en la nada.

Los días iban pasando en la superficie bochornosa. El paisaje hacía tiempo que se había convertido en una vieja autopista monótona y sin fin, con colinas pedregosas y áridas como telón de fondo.

El dolor siempre la acompañaba.

Las ampollas cicatrizaban encima de otras ampollas y no dejaba de experimentar calambres en las costillas. Khalani había olvidado lo que era vivir sin molestias.

Para disgusto de Brock, habían aminorado la marcha de forma drástica. Winnie aún no se había recuperado de la herida en el hombro provocada por la bala perdida durante la arriesgada fuga de la prisión y apenas podía apoyar el tobillo.

Hecha un manojo de nervios, Khalani se mordió las uñas al ver que la anciana tenía el rostro desencajado a causa del dolor, pese a contar con la ayuda de Derek y Takeshi.

Sin detenerse, se recordó que Winnie era tenaz. Resiliente. Una de las personas más fuertes que conocía.

Sin embargo, el traicionero camino hacia Hermes era todo un desafío, incluso para los incursores en mejor forma, y la edad de Winnie jugaba en su contra.

—Toma, Winnie.

Cuando se detuvieron en otro pozo, Khalani acercó una cantimplora a los labios de la anciana, pero el agua le resbaló por la barbilla y vio que tenía los ojos vidriosos, como si un fantasma se hubiese apoderado de ella.

—¿Winnie? —Le zarandeó suavemente el hombro. Sin previo aviso, la anciana cayó al suelo—. ¡Winnie!

Khalani se arrodilló junto a ella, presa del pánico; los demás se acercaron a toda prisa.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué le pasa?

—¡No lo sé! —gritó Khalani.

—Túmbala bocarriba —ordenó Derek.

Winnie tenía los ojos cerrados y la piel tan pálida que casi era azul. Khalani solo había visto ese color una vez, en el pasado.

Le vino a la mente la imagen de sus padres muertos sobre una camilla de metal y se llevó las manos a la cabeza, deseando poder arrancársela.

Cuando Takeshi sacó un cuchillo, Khalani estuvo a punto de gritar, pero el capitán se limitó a cortar la camisa blanca de Winnie desde el cuello hasta el hombro. Cuando le quitó las vendas ensangrentadas, todos ahogaron un grito.

La costrosa herida supuraba un pus amarillo verdoso y la piel a su alrededor estaba roja e inflamada.

—Se le ha infectado —señaló Brock, con el miedo quebrándole la voz.

Derek se inclinó y puso la oreja sobre el pecho de Winnie y la palma de la mano sobre su frente.

—Respira, pero está ardiendo. Si la infección se está extendiendo por el torrente sanguíneo, podría sufrir un choque séptico.

«Choque séptico». Khalani no entendió del todo el término, pero el evidente terror en el rostro de Derek lo decía todo.

—¿Qué hacemos? —preguntó con un hilillo de voz y los hombros caídos.

—Necesita antibióticos —respondió Derek con tono lúgubre.

—¿Y dónde podemos conseguirlos? —intervino Serene.

—En Hermes —gruñó Brock.

—¿A cuánto estamos?

—A tres días.

Derek se puso pálido como la cera.

—Si no los toma antes, no saldrá de esta.

Brock maldijo entre dientes y se puso en pie.

—No podemos hacer nada.

De haberle dado un puñetazo en el estómago, habría resultado menos doloroso.

—¡Tiene que haber algo que podamos hacer! ¿No hay ningún edificio por aquí cerca en el que podamos encontrar medicinas?

—¡Mira a tu alrededor! —Brock hizo un gesto con las manos—. No podemos hacer nada por ella.

—Pues claro que podemos —siseó Khalani.

Con determinación, agarró a Winnie por las axilas y trató de ponerla en pie. La anciana estaba inconsciente, y la cabeza se le fue de un lado a otro. Khalani apretó los dientes y cargó con ella.

El agotamiento la oprimió como una mortaja, pero no le importó.

Buscaría en cada una de aquellas montañas, en cada grieta, y soportaría todo el dolor que hiciera falta con tal de mantener a Winnie con vida.

Incluso si eso significaba arrastrarse hasta Hermes con la anciana sobre los hombros. De repente, notó que el peso se aligeraba.

Khalani iba a gritar, pero se detuvo al ver a Takeshi. Su enorme cuerpo bloqueaba el sol y unos rayos de luz lo envolvieron mientras aupaba a Winnie en brazos.

—¿Has perdido el juicio? —exclamó Brock cortándole el paso—. No puedes cargar tres días con ella, y menos por la Zona Muerta. Yo tampoco quiero que la vieja muera, pero no tenemos alternativa.

—¡Apártate! —ordenó Takeshi con una voz que parecía provenir de lo más profundo de la Tierra.

Sin esperar a que lo hiciera, pasó junto a él, le lanzó una mirada amenazadora por encima del hombro y clavó los ojos en Khalani, que se había puesto a llorar.

Al verla, frunció el ceño y Khalani tuvo la sensación de que estrechaba a la anciana contra sí.

—Moveos. Nos vamos.

Todos apuraban el paso, casi corriendo por el cemento agrietado.

Nadie sonreía.

Nadie hablaba.

El único sonido que rompía el opresivo silencio eran sus jadeos.

Las pesadas mochilas les golpeaban rítmicamente la espalda al avanzar mientras Winnie murmuraba de forma incoherente en los brazos de Takeshi.

Un nuevo calambre le recorrió las costillas, pero Khalani apretó los dientes y siguió adelante. Cuando el sol se ocultó en el horizonte y la oscuridad cubrió el cielo, tenía todo el cuerpo entumecido.

El tiempo dejó de tener importancia y siguieron corriendo entre unas sombras cada vez más intensas.

Cuando finalmente llegaron a un puente, todos se detuvieron

jadeando y tratando de recuperar el aliento.

Adan se inclinó y vomitó el contenido de su estómago. Serene se apresuró a ir a su lado para ayudarlo.

—Descansaremos aquí unas horas —anunció Brock secándose el sudor de la frente.

—No podemos hacer eso —objetó Khalani—. A Winnie no le queda tanto tiempo.

—Moriremos todos si no descansamos.

Abrió la boca para replicarle.

—Tiene razón, Kanes —interrumpió Takeshi, depositando cuidadosamente a Winnie en el suelo y apoyándole la espalda en un neumático—. Seguir a este ritmo sin parar es contraproducente.

Khalani deseó alzar los ojos al cielo nocturno y gritar de frustración. Sin embargo, echó un vistazo a su alrededor. Al ver la palidez en las caras de sus compañeros de viaje y oír sus resuellos, comprendió que Takeshi estaba en lo cierto.

Derek colocó una mochila para que Winnie apoyara la cabeza y Takeshi la cubrió con una camisa negra de manga larga para que no tuviera frío.

—Yo haré la guardia —anunció con firmeza Takeshi.

Nadie se atrevió a discutírselo. Instalaron el campamento bajo el puente, colocándose en círculo alrededor de Winnie para protegerla. En un abrir y cerrar de ojos, el cansancio los venció.

Sin embargo, Khalani era incapaz de conciliar el sueño.

Se abrazó las rodillas, nerviosa, y tamborileó con los dedos en la parte superior del arma. Tenía el corazón en un puño, como si se lo estuvieran apretando con una mordaza. Vigilaba con una atención obsesiva el torso de la anciana, que subía y bajaba con una respiración superficial.

Contó las veces que tomaba aliento: largas y un tanto

descompensadas, sin llenar por completo los pulmones.

Khalani echó atrás la cabeza, golpeando el coche en el que estaba apoyada. Su lado más oscuro deseaba golpearla otra vez, más fuerte. Quería hacer caso a ese instinto desquiciado y perderse en los recovecos de su retorcida mente. Winnie era la única madre que tenía ahora, y no podía hacer otra cosa más que quedarse allí y verla desaparecer, como todos los que la habían amado alguna vez en el pasado.

Una única lágrima le resbaló por la mejilla, y se la secó con gesto furioso. Incapaz de seguir soportando ese amargo silencio, Khalani se puso en pie, esquivó los cuerpos dormidos y abandonó el cobijo que le ofrecía el puente. Dirigió la mirada hacia los coches, buscándolo de manera inconsciente, como si un imán invisible la atrajera.

Lo vio bajo la luz de la luna.

Takeshi estaba sentado con una pierna estirada y la otra doblada, sosteniendo un afilado cuchillo. Apoyaba la espalda en el parachoques delantero de un gran vehículo oxidado, a unos pocos metros del puente.

—¿Te importa si me siento aquí contigo?

Él alzó la mirada, y Khalani vio en sus ojos profundos una energía serena y contenida que la devolvió al presente.

—Adelante.

Khalani se sentó a poca distancia de él. Apoyó la espalda contra el coche oxidado y se abrazó las piernas. Sintió la piel tensa, como si fuera una goma elástica a punto de romperse.

—¿Estás bien? —preguntó Takeshi.

Khalani abrió la boca para pronunciar un «sí» mecánico, pero se dio cuenta de que no servía de nada mentir. Apretó los labios y, a punto de llorar, negó en silencio con la cabeza.

Takeshi la miró contrariado. Khalani supuso que en cualquier momento le diría que dejara de ser tan débil y aceptara las consecuencias de haber convencido a Winnie para que se uniera a una misión tan peligrosa.

Seguía con la mirada perdida, torturándose mentalmente, cuando advirtió que él se movía.

—Levántate.

Aturdida, vio que Takeshi se cernía sobre ella con expresión seria, envuelto en un halo de luz de luna.

—¿Por qué?

—¿Confías en mí?

—No —respondió por instinto Khalani.

—Bien. —Asintió con la cabeza—. Por un instante, creí que te había perdido. Levántate, Kanes.

—¿Qué preten…?

Takeshi se volvió sin añadir palabra y se alejó.

El silencio la envolvió. La oscuridad solía traerle paz, pero algo en la noche la obligó a mirar con nerviosismo a un lado y a otro. Esa calma intensa le erizó el vello.

Era como si las sombras la observaran; casi oía sus susurros desquiciados. Se tensó, notando unas manos invisibles que se extendían hacia ella.

Khalani se levantó enseguida y entornó los ojos en la oscuridad buscando a Takeshi. Inquieta, se puso en marcha esquivando los vehículos. Al distinguirlo a unos pocos coches de distancia, soltó un profundo suspiro. Él la miro y la esperó en silencio.

Su parte lógica y racional le dio un cachete metafórico, instándola a regresar con los demás, a la seguridad del grupo.

Sin embargo, fue hacia él, sabiendo que, en la superficie, no existía un lugar realmente seguro.

Takeshi se detuvo junto a un maltrecho vehículo negro, algo más grande que el resto. Cuando se habían cruzado con uno parecido, Winnie lo había llamado «camión».

Sin embargo, las dimensiones de este eran menores y la parte de atrás estaba completamente descubierta. Khalani pensó que en el pasado debía de haberse usado para transportar mercancías.

Se sorprendió al ver que Takeshi se apoyaba en uno de los lados y subía con un movimiento ágil. Se irguió por completo, un par de metros por encima del entorno, como si fuera el conquistador de un mundo extraño.

Unos suaves mechones negros le caían sobre la frente, y en sus ojos asomaba un brillo siniestro y malicioso que Khalani prefirió ignorar.

—¿Qué haces? ¡Baja de ahí! —susurró mirando a su alrededor con inquietud.

—¿No te apetece ver las vistas?

—Desde aquí lo veo todo perfectamente.

Él ladeó la cabeza.

—¿Estás nerviosa, Kanes?

—En absoluto —soltó ella apretando los puños—. Deberíamos regre…

Takeshi se inclinó y, agarrándola del brazo, la aupó a la parte trasera del camión.

Khalani ahogó un grito y extendió las manos para no perder el equilibro. Takeshi la soltó.

Aún tambaleándose, se volvió hacia él, que le tendía una mano, pero ella se la apartó con un movimiento brusco.

—¿Te has vuelto loco? —farfulló.

—Tu mente y la mía están igual de jodidas, Kanes.

—Uf, espero que no.

Takeshi puso los ojos en blanco. Khalani se sorprendió al ver que se sentaba.

Fingiendo que la desafiaba, arqueó la ceja y se tumbó de espaldas pese a que era tan alto que apenas cabía en la parte trasera del camión.

Khalani permaneció en pie, con los brazos en jarras y el ceño claramente fruncido.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—¿A ti qué te parece? —replicó él en tono calmado.

—¡Yo qué sé! Igual quieres dormir… aquí.

Torciendo el gesto, agitó las manos y señaló a su alrededor.

—Lo último que quiero es dormir —respondió.

Colocó los brazos en la nuca y apoyó en ellos la cabeza.

Inconscientemente, Khalani desvió la mirada hacia los músculos definidos de sus antebrazos y tuvo que reprimir el impulso de golpearse la cabeza contra la ventanilla trasera para alejar esa imagen y lo que suscitaba en ella.

—Esto es ridículo. —Khalani se peinó el pelo rebelde con los dedos—. Ni siquiera sé qué hago aquí —murmuró para sus adentros.

Pero Takeshi la oyó.

—Estás aquí porque necesitas distraerte. Y no me gusta verte triste —musitó, adoptando un tono de voz más grave.

Khalani lo miró con incredulidad. No esperaba esas palabras tan amables.

—No me creo que hayas dicho eso. Pero si te encanta hacerme llorar…

—Digámoslo de otro modo: quiero hacerte llorar de otras maneras, pero nunca de tristeza.

Khalani frunció el ceño.

—Supongo que es mejor que no te pregunte a qué «otras

maneras» te refieres…

—Es mejor.

El aire frío se volvió más denso y Khalani tragó saliva.

Takeshi la observaba con una expresión indescifrable, sin moverse, esperando que se decidiera a tumbarse junto a él.

Sabía a ciencia cierta que Takeshi jamás la obligaría a quedarse allí si no lo deseaba.

Dejaría que se marchara, sin más.

Y seguirían lanzándose miradas asesinas mientras recorrían esa larga y estéril carretera.

Por alguna razón, la idea no le gustó. Se le quedó incrustada en el corazón, carcomiéndola como si fuera una úlcera necrótica.

Quizá era fruto del agotamiento, que le jugaba malas pasadas, pero, sin decir nada, Khalani se tumbó bocarriba junto a él en la parte trasera del vehículo.

Allí arriba no había mucho espacio y, pese a sus esfuerzos por pegarse al lateral de metal, el enorme cuerpo de Takeshi solo dejaba entre ellos unos pocos centímetros.

—¿Y ahora qué? —preguntó volviéndose hacia él.

—Mira hacia arriba.

Khalani soltó un suspiro exasperado y, con la cabeza apoyada en el suelo metálico del camión, levantó la mirada hacia el cielo nocturno.

Durante la mayor parte del trayecto, las nubes se habían cernido sobre sus cabezas como un velo protector. Pero, en ese momento, la luna llena asomaba entre ellas. Khalani contuvo la respiración.

Solo había visto la luna en las ventanas virtuales de Apolo, y comprendió que no era más que una pálida imitación que no lograba capturar el magnífico espectáculo que ahora flotaba en el cielo.

El sol siempre había sido el blanco de sus anhelos, pero la luna

era algo totalmente distinto.

Se identificaba con ella, por completo.

Un poco fría. Siempre rodeada de oscuridad. A menudo ignorada y subestimada.

Se quedó admirando la criatura celestial con los ojos muy abiertos. Pero entonces, desconcertada, advirtió unos puntitos blancos que brillaban en el firmamento nocturno. No tenía ni idea de qué eran. Si Winnie no hubiera estado luchando por su vida, Khalani habría ido corriendo a preguntárselo.

Apretó los puños con un temblor en los labios.

—Deja de pensar, Kanes. —La voz de Takeshi penetró en sus pensamientos fracturados como si pudiese percibir con claridad sus vagabundeos mentales—. Deja de alimentar el dolor. Solo quédate aquí tumbada y respira conmigo.

Khalani frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Por qué de repente eres tan simpático conmigo?

—He pensado que igual no pasaba nada por probar. Ver qué tiene de especial.

—¿Y?

—Está sobrevalorado.

Khalani no pudo reprimir una carcajada.

Takeshi apretó los labios, conteniendo una sonrisa.

Pese a la inquietud y a la tristeza que sentía, agradeció el momento.

Takeshi era una de las pocas personas que la devolvían a la realidad. Que le recordaban que solo tenía que estar presente.

Él nunca se alteraba, por mucha presión que sintiera. Como si fuera agua, se deslizaba entre el caos. Donde otros flaqueaban, él fluía, dominando la confusión que lo rodeaba.

—¿No te preocupa que acabe contagiándote mis penas y

miserias? —preguntó ella, mirando de nuevo hacia el firmamento con una extraña presión en el pecho.

Junto a ella, Takeshi permanecía por completo inmóvil. Al principio no respondió y, por un momento, Khalani creyó que se levantaría y se iría. Pero entonces habló.

—¿Y si te dijese que prefiero compartir tu dolor para que no cargues con él sola?

El cielo nocturno engulló su respiración entrecortada. No sabía qué decir.

No sabía cómo reaccionar a su amabilidad.

En ocasiones, Khalani veía a Takeshi con la mirada perdida en el horizonte, el cabello al viento y esa determinación vehemente en los ojos, y algo se encendía en su interior. El ardiente impulso de empujarlo contra uno de esos vehículos destartalados y besarlo con pasión, aunque solo fuera para purgar aquel deseo de una vez por todas.

El silencio ensordecedor se prolongó. No podía darle una respuesta. Temía quedar expuesta del todo si expresaba mínimamente lo que sentía.

—Winnie me contó que, hace cientos de años, los humanos llegaron a pisar la Luna. ¿Crees que es cierto? —preguntó, cambiando de tema a la desesperada.

—Pues no veo cómo pudieron saltar tan alto —respondió él tragando saliva, como si también agradeciera el cambio.

Khalani soltó una risita.

—Me contó que construyeron unas naves y que volaron hasta allí.

—Y seguro que por eso murieron todos.

—¿No te habría gustado ir?

Takeshi desvió la mirada, perdido en sus pensamientos.

—Hay cosas que están hechas para ser observadas solo desde lejos.

—O quizá es que te dan miedo las alturas —bromeó ella.

—¿Y si fuera eso? —respondió ladeando la cabeza.

—Entonces, la próxima vez que me hagas enfadar, buscaré el acantilado más cercano y te empujaré.

Takeshi no pudo contener una sincera carcajada, y Khalani casi soltó un suspiro al oír ese sonido tan poco habitual en él. Él volvió a prestar atención a la luna, que se reflejó en sus ojos de obsidiana.

—¿De qué tienes miedo, Kanes?

—¿De mí misma?

Él asintió.

Khalani volvió a dirigir la vista al firmamento, pero eso no calmó los escalofríos que le recorrían el cuerpo.

—Creía que tenía miedo del dolor físico. Pero, después de lo que he pasado, me he vuelto insensible… —Hizo una pausa—. Ahora creo que mi mayor miedo es también lo mismo que antes ansiaba.

Takeshi se puso rígido.

—¿El qué?

—Estar sola.

Al pronunciarlo en voz alta, al exponer esa verdad tan cruda, Khalani se sintió como si la hubieran abierto en canal.

Esa era precisamente la razón por la que había que ser prudente al decidir a quién entregabas tu corazón, en quién confiabas. Cuando amabas a alguien, le regalabas una parte de ti. Y, si esa persona se iba, jamás recuperabas esos pedazos.

Sin embargo, Winnie, Serene, Derek, Adan…, incluso de algún modo Takeshi, se habían abierto paso hasta su corazón. Y, cuando se había dado cuenta de ello, ya era demasiado tarde.

Si la abandonaban ahora, la destrozarían.

—Prefiero no hablar de eso —se apresuró a decir, frotándose el pecho con la esperanza de disipar el dolor—. Me conformo con quedarme aquí y olvidar mi miedo al abandono.

—Nadie te está abandonando —respondió Takeshi con una voz tan grave que hizo que Khalani se estremeciera.

—Yo no estaría tan segura.

—Kanes.

Sintió que la fulminaba con la mirada.

—No piensas dejar el tema, ¿verdad? —se lamentó ella.

—No.

—¿Por qué?

—Porque veo cómo te miran tus amigos. Les importas. No van a traicionarte. Y si tuviera la más mínima sospecha de lo contrario, los habría matado en la carretera haciendo que pareciera un accidente —aseveró Takeshi con total serenidad.

A cualquier persona sensata le habría aterrorizado la brutal determinación con que había pronunciado esas palabras. En cambio, Khalani sintió que una sensación cálida la embargaba y le atenazaba las entrañas.

La letalidad de Takeshi no debería resultarle atractiva; eso sería una auténtica locura.

—Ya estás devanándote los sesos otra vez —observó él.

Su mente en conflicto era una peligrosa zona de guerra que debería estudiarse como ejemplo a no seguir en una situación así. Porque las siguientes palabras que salieron de sus labios fueron:

—Pues ayúdame a no pensar en absoluto.

Inesperadamente, Takeshi permaneció inmóvil, como si cualquier movimiento, cualquier respiración, fuera a romper el frágil instante.

Khalani sintió que la miraba, esperando que retirara lo dicho. Pero solo el silencio y los latidos de sus corazones llenaron el espacio

entre ambos.

Además, no estaba segura de querer retractarse.

Khalani medio esperaba que Takeshi hiciera caso omiso de su sugerencia y la dejara allí, en la oscuridad. Pero, en un abrir y cerrar de ojos, pasó de estar tumbada a su lado a estar a horcajadas sobre él mientras Takeshi la agarraba de las caderas. El movimiento fue tan rápido que lo único que pudo hacer Khalani fue ahogar un grito.

Sin pronunciar palabra, Takeshi entornó los ojos y le lanzó una mirada desafiante, como si su único objetivo fuera intimidarla hasta hacerla retroceder, como si confiara en que ella pondría fin a la farsa y se apartaría.

Pero estaban perdidos si confiaba en que ella fuera la racional.

Estaba desesperada por sentir algo que no fuera dolor y no le importaba que la venganza por sus acciones llegara de forma fulminante con el amanecer.

Ya se ocuparía la luna de contarle al sol todas sus malas decisiones.

Se movió ligeramente sobre él y notó la firme entrepierna de Takeshi bajo su cuerpo. Como todo en él, no se quedaba corto en esa parte.

Llena de coraje, avanzó otro centímetro, provocando una deliciosa oleada de fricción, y Takeshi soltó un suspiro, aferrándose a sus caderas. En lugar de apartarla, la atrajo más hacia sí.

Khalani sintió que le ardían las entrañas, reaccionando a su erección.

Apenas un centímetro los separaba, solo la ropa que aún no se habían quitado. Se sentía desnuda, expuesta, y, por cómo la miraba Takeshi, la última mujer sobre la superficie.

El corazón le latía desbocado, y estaba convencida de que él podía oír cada palpitación.

Takeshi la miraba desde abajo como si se dispusiera a cortarle la garganta en un abrir y cerrar de ojos, para después echarla hacia atrás y devorarla como un hombre hambriento.

Khalani no era virgen.

El primer hombre con el que había mantenido relaciones sexuales era un compañero del Centro de Distribución de Alimentos de Apolo, un tipo bastante atractivo que siempre coqueteaba con ella. Por aquel entonces, se sentía tan miserable que había accedido a sus intenciones, confiando en experimentar algo distinto para variar.

La primera vez dolió. Mucho. Mucho más de lo que había imaginado. Pero ya lo sabía: la vida tampoco era lo que había imaginado.

Se acostaron unas cuantas veces, pero cada encuentro la dejaba más y más indiferente. Con él, la llama del deseo nunca prendió en ella. Nunca sintió que le prestaba atención, que la valoraba. Nunca sintió que podría derretirse ante la pura posesión salvaje que veía reflejada en su mirada.

Takeshi deslizó los dedos desde las caderas de Khalani a su abdomen y empezó a desabrocharle los botones de la camisa. Observándola, registrando todas sus reacciones. Khalani se humedeció los labios, y su mirada siguió el movimiento como un depredador.

Solo quedaba un botón. Khalani cerró los ojos, lista para exponerse. Sin embargo, Takeshi se detuvo.

—Desabróchate el último botón —ordenó.

Con la respiración agitada, Khalani volvió a abrirlos.

—¿Por qué te has parado?

—Porque puedo quitar muchas cosas, Kanes, pero la elección es tuya. Si quieres entregarte a mí esta noche, desabróchate el último

botón. Si no, deberías levantarte y regresar con los demás.

Ese hombre iba a ser su perdición.

Con esos sedosos mechones negros que le caían sobre el rostro y esas pupilas sombrías que brillaban a la luz de la luna, nunca había parecido más hermoso ni más devastador.

Takeshi nunca ocultaba su oscuridad. La acogía con los brazos abiertos.

Para él, el infierno no era un lugar que evitar, sino un territorio que conquistar.

Takeshi esperó pacientemente a que ella tomara la decisión, aún aferrado a sus caderas. Al ver su vacilación, arqueó una ceja, como si supiera que aquello terminaba allí.

Pero Khalani ya no era la misma chica que había conocido en prisión. Takeshi podía muy bien ser su perdición. Y, en cierto modo, quería que la destruyeran.

Tomó aliento y, muy despacio, se desabrochó el último botón.

La tela aún le cubría los pechos, pero una ráfaga de aire frío hizo ondear la camisa y los pezones reaccionaron y se endurecieron.

Se estaba dejando llevar, y una sensación de libertad la embargó. Se detuvo un instante, asimilándolo todo, sintiéndose poderosa.

—No has acabado. Continúa —ordenó él con la voz grave cargada de una intensidad casi primitiva.

No bajó la mirada hacia sus pechos; permanecía con los ojos fijos en los de Khalani, lo que, de algún modo, era aún más excitante.

Khalani cogió aire, apartó despacio la tela a ambos lados y descubrió sus pechos desnudos con las entrañas ardiendo de deseo.

Takeshi siguió mirándola, como si el hecho de ver cómo se dejaba llevar lo estimulara e inflamara su pasión.

Apenas la tocó. No tenía que hacerlo.

Estaba por todas partes. Bajo su piel. En sus pensamientos. Cada vez que respiraba.

—Pensaba que la luna era lo más hermoso de la superficie —susurró él, aún con la mirada clavada en sus ojos.

Khalani sintió que flotaba, incluso por encima de esos puntitos blancos que salpicaban el cielo.

Nunca nadie la había mirado así. Como si quisiera grabarla en la memoria.

Se movió sutilmente hacia atrás, provocando una fricción deliciosa.

Takeshi entornó los ojos y, de pronto, invirtió sus posiciones.

Estaba sobre ella, con su amplio pecho a pocos centímetros del suyo. Sus pupilas sombrías devoraban las de Khalani y había empezado a respirar más rápido.

Khalani observó cada uno de sus gestos, cada cambio que se producía en su cuerpo, del mismo modo que él la había examinado a ella.

Con una sola mano, Takeshi sujetó con firmeza las muñecas de Khalani y las llevó por encima de su cabeza.

—Así está mejor —murmuró con una voz ronca que hizo que un calor se expandiera por sus entrañas.

Un destello desafiante le cruzó la mirada. Khalani trató de zafarse, pero él la agarró con determinación.

Era inevitable, como el amanecer.

—¿Qué voy a hacer contigo ahora? —susurró.

—¿Qué quieres hacer?

Takeshi soltó una risa oscura.

—La noche no tiene suficientes horas para demostrártelo.

«Oh, cielos…».

Tenía una mirada ardiente y Khalani apenas podía soportar lo irresistiblemente atractivo que era. Sentía que todo su cuerpo estaba a punto de estallar.

—Creo que… —Khalani tragó saliva y, lanzándose, añadió—: Creo que quiero que me beses.

Los labios de Takeshi se curvaron en una lenta sonrisa, cargada de intención. Los posó en el cuello y fue bajando hasta detenerse en la garganta.

—¿Aquí?

—Más abajo.

Takeshi dejó un rastro de besos hasta la clavícula. No eran dulces. La mordía suavemente. La desarmaba.

La acarició con la nariz, como si deseara aspirar cada centímetro de su piel. De vez en cuando, se detenía para saborearla con la lengua y los labios, recordándole quién estaba al mando.

—¿Aquí?

—Si necesitas un mapa, será mejor que despierte a Brock —lo provocó ella.

Takeshi se detuvo y la miró, tensando la mandíbula.

—¿Quieres que te ate desnuda a este coche, Kanes? Porque lo estás suplicando. —Un destello le cruzó los ojos, como si la idea le resultara demasiado tentadora—. Y te aseguro que no lo encontrarías nada divertido.

—¿Toda la noche?

—Ajá…

Con el corazón desbocado, Khalani contuvo el aliento.

—¿Y mañana?

—No te preocupes. Mañana volveremos a odiarnos. Eso era lo que querías, ¿no?

—Eh… —Estaba hecha un lío—. ¿Sí?

—Así me gusta.

Takeshi no dijo nada más. Se inclinó y posó los labios en su pezón. Movió la lengua en la punta y Khalani arqueó la espalda, acercando el pecho hacia él.

Seguía inmovilizándole las muñecas sobre la cabeza con la mano derecha y la acarició con la izquierda, subiendo por la pierna, la cadera, la cintura. Khalani sintió una descarga eléctrica allá donde él la tocaba. Takeshi soltó un gemido y le chupó el pezón, mordiéndolo ligeramente mientras acariciaba su otro pecho con la mano izquierda.

La atrajo hacia él, como si no pudiera saciarse. No se trataba de simples caricias. Era posesión.

Khalani dejó caer la cabeza hacia atrás y se topó con la luna y los puntitos en el firmamento, que brillaban y titilaban, testigos silenciosos de cómo se entregaba por completo. Anhelándolo con cada fibra de su cuerpo.

Si ahora mismo su alma se rompiera en pedazos, salpicaría trozos de Takeshi por doquier. No solo ocupaba un rincón de su mente; la llenaba por completo. Khalani quería hundir los dedos en su suave cabello negro, quería sentirlo en todas partes, memorizarlo por completo antes de que el amanecer borrara sus oscuros pecados.

Se le erizó la piel de los brazos y la nuca cuando Takeshi se concentró en el otro pecho, asegurándose de prestar atención a cada centímetro de su piel.

Era lo más erótico que había experimentado en la vida, y ni siquiera se había quitado los pantalones.

—Takeshi… —gimió.

Era una sensación completamente placentera. Tan buena que iba a perder el control en cualquier momento.

—¿Quieres que pare? —preguntó levantando la cabeza, con los labios humedecidos y una expresión que dejaba claro lo mucho que deseaba continuar.

Pese a que respiraba agitadamente, Khalani negó con la cabeza.

—No. Es solo que es… mucho.

—Pues no es ni de lejos suficiente —le pareció oír que murmuraba.

Takeshi clavó unos ojos feroces en ella, y un extraño alivio la embargó al verlo contener su instinto salvaje.

No era la única a punto de perder el control, solo que Takeshi lo disimulaba mejor.

Khalani intentó zafarse de nuevo, pero él la agarró con más firmeza para impedírselo.

—Va a ser que no, Kanes. Te tengo justo donde quiero.

—Capullo —gruñó ella.

Arqueó las caderas, deseando más.

Deseándolo en todas partes.

De repente, Takeshi se puso rígido y observó la oscuridad que los rodeaba con los ojos entornados. Alerta.

—¿Qué ocurre? —susurró Khalani, impaciente por continuar.

Takeshi contrajo los músculos y, de un salto, se apartó y se acuclilló junto a ella. De inmediato, una pistola apareció en su mano derecha y un cuchillo de quince centímetros en la izquierda.

—Takeshi, ¿qué ocurre? —preguntó ella incorporándose.

—No te muevas de aquí —la apremió en voz baja.

Sin hacer ruido, saltó del camión y se adentró en las sombras.

Khalani sintió que se le helaba la sangre.

Con el corazón a punto de salírsele del pecho, se abotonó la camisa a toda prisa y buscó a Takeshi con la mirada.

El silencio de la noche era oprimente, tanto que casi no podía

respirar.

De repente, un gruñido lo rompió.

Khalani se volvió hacia el lugar de donde provenía el sonido esperando ver a Takeshi, pero no fue así.

Algo iba mal. Muy mal.

Ignorando la orden que le había dado, bajó del camión y avanzó hacia el ruido.

De pronto, una mano áspera le cubrió la boca y un afilado cuchillo le presionó la garganta.

8

Reza para que te perdonen. Prepárate para el castigo.

Khalani trató de zafarse de la figura desconocida que le presionaba un cuchillo enorme en la yugular, con tanta fuerza que le había rasgado la piel y la había hecho sangrar.

—Ni se te ocurra. Si haces otro movimiento, te rajo el cuello —la advirtió una voz áspera detrás de ella.

Empezó a respirar agitadamente, pero una mano tosca se posó sobre su boca para acallarla.

El estallido de un disparo rasgó la noche de repente, retumbando de forma inquietante. Aguzó la vista, tratando de distinguir alguna forma en la densa oscuridad y rezando con todas sus fuerzas para que Takeshi no estuviera herido.

Si le ocurría algo…

De repente, un bulto enorme voló por encima de un coche y se desplomó a sus pies hecho un ovillo.

—¿Varo? —dijo el hombre que la retenía, sobresaltándose.

En ese preciso momento, Khalani sintió que la presión se aflojaba lo suficiente para que ella pudiera actuar.

Mordió la mano que le cubría la boca. El hombre soltó un grito y la apartó enseguida, dejando un sabor a sangre en sus labios.

Aprovechando la ocasión, Khalani lo golpeó con el codo en el abdomen. Su captor jadeó, casi sin aliento, y se tambaleó. Desesperada, trató de huir, pero el hombre la agarró del brazo y tiró de ella.

Pum.

Dirigió el puño hacia la mandíbula del hombre y la cabeza se le fue hacia un lado por el impacto. Khalani se fijó en él por primera vez y advirtió que el desconocido rondaba los cincuenta años, estaba muy bronceado e iba bien afeitado.

Sin embargo, antes de que pudiera enorgullecerse del sólido derechazo que acababa de propinarle, él contraatacó, asestándole un brutal revés en la mejilla derecha.

La fuerza del golpe hizo que Khalani cayera al suelo. Apretando los dientes, se incorporó enseguida y se preparó para atacarlo de nuevo. Justo en ese momento, el desconocido soltó un grito de dolor. Acababa de recibir una puñalada en el hombro izquierdo.

Trató de arrancarse el cuchillo, pero una figura más grande se abalanzó sobre él y descargó el puño en su mandíbula.

Reconocería esa silueta colosal en cualquier situación.

El extraño retrocedió, con los ojos abiertos de par en par y muerto de miedo. Takeshi, en cambio, miraba fijamente a Khalani, y una furia casi palpable le encendió el rostro al reparar en la marca de su mejilla.

—¿Te ha golpeado?

Takeshi parecía petrificado. Aunque hablaba con una serenidad peligrosa, le temblaban las manos.

Con el corazón desbocado, Khalani fue incapaz de encontrar las palabras, así que se limitó a asentir. Takeshi se volvió hacia el hombre herido, que trataba de ponerse en pie con una respiración lenta y ruidosa.

El desconocido palideció al ver el rostro, fuera el que fuese, que tenía delante.

Con un gesto rápido y violento, Takeshi lanzó al hombre desorientado contra el lateral de un coche oxidado como si fuera una muñeca de trapo. El metal crujió con el impacto y el hombre se desplomó en el suelo.

Takeshi se apresuró a abrir la portezuela, que emitió un fuerte chirrido, y, agarrando el brazo del hombre, lo metió dentro del vehículo. Sujetándolo, cerró bruscamente la puerta contra el codo.

Desde donde estaba, Khalani oyó un sonido estremecedor y un escalofrío le recorrió el cuerpo ante el grito de dolor.

Takeshi arrancó el cuchillo del otro hombro del adversario mientras este lanzaba unos gemidos lastimeros, pero, haciendo caso omiso, presionó el filo ensangrentado contra su garganta, tal como aquel tipo había hecho con ella.

De pronto, una silueta oscura surgió de las sombras, blandiendo una porra considerable.

—¡Cuidado! —gritó Khalani.

Sin embargo, su advertencia llegó demasiado tarde. Con un horrible golpe sordo, la porra impactó contra la cabeza de Takeshi y este cayó al suelo junto al coche, al igual que el cuchillo, que se estrelló contra el suelo con un tintineo metálico.

—¡Takeshi!

El grito de Khalani atravesó la noche.

Corrió hacia él, pero una mano a su espalda le cubrió la boca con un paño áspero. Un olor químico y penetrante le invadió las fosas nasales.

Forcejeó para librarse del brazo que le rodeaba el cuello, pero se le comenzó a nublar la vista.

«No».

«Lucha».

«Tienes que… luchar…».

Todo se atenuó y se desenfocó.

Lo último que vio antes de que su cabeza golpeara contra el cemento y que todo se volviera negro fue la fría luna, que, desde el firmamento, seguía contemplando y juzgando la violencia de la humanidad.

«Khalani».

Un zumbido estático le llenó los oídos.

Notó los brazos y las piernas entumecidos. Sentía que le pesaba todo el cuerpo, incluso los mechones despeinados que le caían sobre los hombros.

«Khalani».

Un ligero crujido.

Un susurro que atravesaba la densa niebla. Poco a poco, volvió en sí.

Los hombros le palpitaban de dolor, y se dio cuenta de que tenía las manos a la espalda, atadas con una áspera cuerda.

Apenas podía abrir los ojos, como si sus párpados se negaran a moverse. La oscuridad la atraía de nuevo, arrastrándola, ofreciéndole una vía de escape que casi parecía preferible.

Quizá, si se perdía en ella, la muerte vendría a buscarla y pondría fin a lo que debería haber terminado tiempo atrás.

«Despierta. Despierta».

—¡Despierta!

Khalani abrió los ojos de repente.

Reparó en que estaba sentada sobre unos fríos azulejos con las

piernas estiradas y los brazos atados a un poste de metal oxidado que salía del suelo.

Serene, Derek, Adan, Takeshi y Brock estaban junto a ella, también atados a unos postes repartidos por toda la estancia vacía.

Echó un vistazo. La única iluminación procedía de una bombilla que parpadeaba y colgaba del techo de forma precaria. El débil resplandor proyectaba sombras espeluznantes en las paredes de cemento.

El miedo se adueñó de Khalani, que, con un nudo en el estómago, distinguió una oscura y desvencijada escalera que ascendía hacia un destino desconocido.

—¿Estás bien? —preguntó Serene casi sin aliento y con tono de preocupación.

Khalani se volvió hacia ella, torciendo el gesto ante la punzada de dolor que experimentó en la sien.

—¿Dónde demonios estamos?

Notó que tenía la voz ronca, áspera.

—No lo sé —respondió Serene mientras escudriñaba la estancia con mirada asustada—. Solo recuerdo que me desperté al oír un disparo, y que luego alguien me cubrió la boca con un trapo raro.

Khalani tragó saliva, con las fosas nasales dilatadas.

El aire estaba cargado de un desagradable hedor a humedad. Se filtraba por las paredes y se le adhería a la piel. Casi podía saborear la desesperación, como si la pestilencia de la muerte rondara por la estancia.

Miró a los otros. Derek y Adan estaban sentados a su derecha. Derek tenía ojeras y miraba a todas partes hecho un manojo de nervios, con la mandíbula tensa.

Adan subía y bajaba los hombros, tratando de liberar las manos.

Brock estaba atado a una tubería en un rincón, junto a la

escalera, y también intentaba zafarse, pero, a juzgar por cómo refunfuñaba, no lo estaba consiguiendo.

Takeshi estaba sentado justo frente a ella. Aunque también lo habían inmovilizado, irradiaba una serenidad peligrosa.

Estudiaba hasta el más mínimo detalle de la estancia. La escalera. Los postes a los que estaban atados. Las cuerdas.

Y Winnie…

Un terror absoluto se adueñó de Khalani y empezó a buscar frenéticamente a la anciana.

—¿Dónde está Winnie? —casi gritó.

—He visto que se la llevaban —anunció Derek con voz temblorosa—. No sabemos dónde está.

Todo se volvió negro, las paredes empezaron a cernirse sobre ella y una imagen apareció ante ella: el cadáver de Winnie junto a los de sus padres, sobre una de esas frías camillas.

No.

No.

No.

Khalani empezó a tirar de las cuerdas, desesperada por liberarse.

Tenía que encontrarla. Tenía que salvarla.

—Es culpa tuya. ¡Se suponía que estabas de guardia! —siseó Brock furioso, fulminando a Takeshi con la mirada.

Una vena palpitó en la sien de Takeshi.

Sus ojos, en lugar de albergar puro fuego, eran fríos como el hielo, igual que la gélida temperatura de la estancia. Guardó silencio, sin tan siquiera mirarla.

Entonces lo comprendió.

Si no hubiera distraído a Takeshi…

Si se hubiera quedado junto a Winnie, nada de eso habría ocurrido.

Un repentino portazo la arrancó del remolino de sus pensamientos. Acto seguido, unas pesadas botas hicieron crujir los peldaños de madera. Todos contuvieron el aliento.

Tres figuras imponentes bajaron por la escalera. Dos eran hombres, ambos de constitución robusta y tan altos como Takeshi, morenos y peinados con un moño. Fruncieron el ceño, torcieron el gesto y miraron al grupo que estaba atado en el suelo.

Iban ataviados con holgados pantalones de color beis en los que se apreciaba un estampado de patrones geométricos y varios bolsillos. Llevaban, además, ajustadas camisas de color arena que se ceñían a sus cuerpos musculosos y largas capas negras que ondeaban tras ellos.

En el centro de la lúgubre comitiva había una figura más pequeña y esbelta, vestida con un atuendo beis similar y una capa granate. Era de una belleza notable, quizá de unos treinta y tantos años, con el rostro pálido en forma de corazón, pómulos marcados y el cabello de un rojo tan intenso que rivalizaría con las abrasadoras llamas de una hoguera.

Sin embargo, tenía unos ojos verdes más afilados que los cuchillos que siempre llevaba Takeshi.

Los tres extraños se detuvieron en el centro de la estancia, imponentes y orgullosos, y los observaron uno por uno a conciencia.

Khalani sintió que se le erizaba el vello, como si fueran a diseccionarla.

—Esperaba más de Ansel.

La mujer fue la primera en hablar, observando a sus cautivos con mirada inclemente. La posó durante un instante de más en Takeshi, que se la devolvió con tal intensidad que los dos hombres que la acompañaban se tensaron y llevaron la mano a los puñales que sobresalían de sus bolsillos.

—Creía que los Pecadores tenían mejores espías, pero sin duda los hemos sobrevalorado. La diosa de la luna nos ha conducido directamente a vuestro campamento. Y ahora vais a responder a nuestras preguntas.

Con una tranquilidad perturbadora, la mujer sacó una pistola del bolsillo. El clic metálico del gatillo resonó por la lóbrega estancia.

—Quiero saber de cuántos soldados dispone Ansel, es decir, con cuántas defensas cuentan los Pecadores, y cualquier debilidad que pueda haber en sus muros. O me lo decís o le pediré a Belken que os descuartice a pedacitos y se os coma —amenazó, señalando a uno de los hombres corpulentos que la acompañaban.

—Genial. Más pirados —gruñó Brock, lo que hizo que uno de los hombres le diera un derechazo brutal en el rostro.

La cabeza de Brock salió disparada hacia atrás, pero el incursor soltó una carcajada mientras de su nariz brotaba un torrente de sangre.

—¿Eso es todo? Mi madre pega más fuerte.

El hombre apretó el puño y sacó el cuchillo.

—¡Esperad! ¡Un momento! —gritó Khalani—. ¡No somos quienes pensáis! No conocemos a ninguno de esos Pecadores ni a ese tal Ansel.

La mujer soltó una carcajada fría y burlona y se volvió hacia Khalani.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad? A este lado del río solo hay dos tribus: los Oasis y los Pecadores. Y todos sabemos que no venís de los Oasis, así que debéis de estar con ellos.

Escupió la última palabra y avanzó un paso, acercándose a Khalani.

—Te aconsejo que apuntes eso a otra parte —soltó Takeshi al ver que levantaba el arma.

La mujer se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Porque si le hacéis otro rasguño, por pequeño que sea, vais a necesitar un arma más grande para salir con vida —la amenazó Takeshi con una mirada oscura y asesina.

La mujer pelirroja soltó una risita, pero Khalani notó que se tensaba de nuevo.

—Qué conmovedor. Eres el único que tiene pinta de espía de Ansel. Varo era uno de mis mejores soldados. Nadie antes había logrado vencerlo en un combate cuerpo a cuerpo, y tú lo has hecho casi sin despeinarte.

El silencio que siguió fue opresivo. Todos contuvieron la respiración. Takeshi observaba a la mujer con una calma escalofriante, como si estuviera esperando el momento adecuado para asegurarse de que sus captores corrieran la misma suerte que su compañero.

Sin embargo, por mucha fuerza que tuviera Takeshi, estaba maniatado como los demás y le habían quitado las armas.

—¡Tienes que creernos! —Khalani trató de llamar de nuevo la atención de la mujer, y su voz retumbó en la lúgubre estancia—. No somos de aquí. Venimos de Apolo, una de las ciudades del subsuelo. Nos dirigimos a Hermes.

Al oír el nombre de la ciudad, la mujer se volvió de inmediato con los ojos abiertos de par en par.

—¿A Hermes? —repitió con incredulidad.

—Sí. ¿Has estado allí? ¿Sabes dónde está? —preguntó Khalani con el corazón en un puño.

Los dos hombres que acompañaban a la mujer se revolvieron, incómodos.

—Habitantes del subsuelo —escupió uno de ellos.

Levantando una mano y entornando los ojos, la mujer exigió silencio.

—Los habitantes del subsuelo nunca abandonan sus preciados búnkeres —afirmó, ladeando la cabeza—. ¿Cómo conocéis el camino a Hermes?

Sin querer, Khalani desvió la mirada hacia Brock. La mujer lo advirtió y se dirigió hacia él con pasos calculados.

Brock la observó. Un hilillo de sangre le bajaba por la nariz y se lo lamió como si fuera un animal salvaje.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó la mujer.

—Tu asesino —respondió Brock con toda la calma del mundo y una mirada envenenada.

—¿Sabes cuántos hombres insignificantes han acabado destripados bajo mi acero por lanzarme la misma amenaza? —replicó ella con frialdad.

—Genial. Me divertiré de lo lindo desfigurándote antes de hacer lo mismo contigo.

Los dos hombres dieron un paso al frente, pero la mujer levantó una mano y los detuvo. Tras un minuto que se hizo eterno, alzó una ceja y dijo:

—Considerando la situación en la que te encuentras, muestras un exceso de confianza ridículo. Lo preguntaré una última vez: ¿cómo conocéis el camino a Hermes?

Brock levantó la barbilla con aire desafiante.

Se hizo un denso silencio, más opresivo que las cuerdas que les sujetaban las muñecas.

La mujer lo observó un momento y, acto seguido, se incorporó.

—Qué lástima. Veamos… ¿Con quién me divertiré en primer lugar?

Lanzó una mirada a Khalani y Takeshi, luego se acercó despacio

hacia Derek y Adan al tiempo que sacaba un afilado cuchillo de debajo de la capa.

Con los nervios a flor de piel, Khalani se tensó al ver que la mujer examinaba con atención la reacción de Brock. Él permaneció impasible, sin reflejar emoción alguna, pero, cuando la recién llegada se aproximó a Serene, pareció que el aire se electrizaba alrededor del incursor, a quien se le empezó a contraer un músculo del cuello.

—Eres una chica bonita —susurró con dulzura la mujer. Se agachó ante Serene y le apartó un mechón que le caía en el rostro —. Qué poco me gusta tener que sacrificar las cosas bonitas.

Se inclinó un poco más hacia ella.

—¡Basta! —gritó Brock casi sin aliento y con los ojos clavados en Serene, que permanecía con la espalda recta, una actitud altiva y una mirada impetuosa, como si desafiara a la mujer.

Khalani casi pudo sentir la sonrisa fría y calculadora de la mujer cuando se incorporó. Con la atención puesta de nuevo en Brock, acarició delicadamente el filo del cuchillo.

—Soy un incursor —siseó Brock—. He hecho muchas veces el trayecto de Apolo a Hermes para transportar provisiones.

—Ah, ¿sí? —La mujer se acercó a él, claramente interesada—. ¿Qué tipo de provisiones?

—Medicamentos. Comida. Armas.

La mujer se quedó inmóvil al oír esta última palabra, y los dos hombres que la acompañaban se tensaron e intercambiaron una mirada confusa.

Aprovechando la distracción, Khalani movió las manos con disimulo, tratando de liberarse de sus ataduras.

—Está mintiendo, jefa —soltó uno de los hombres—. Seguro que es uno de esos que vende armas a los Pecadores.

—Quizá podamos sacarle partido a la situación —sugirió el otro hombre—. Que se unan a las filas de Oasis. Que se conviertan en nuestros proveedores y nos vendan más armas.

—Es demasiado arriesgado —objetó el otro—. Yo digo que los matemos a todos.

La mujer guardó un inquietante silencio mientras los hombres discutían sin pudor sobre el asesinato inminente de sus prisioneros.

Khalani escudriñó con los ojos entornados la estancia apenas iluminada y buscó frenéticamente alguna pista o atisbo de esperanza que pudiera ofrecerles una salida.

Entonces se le ocurrió una idea audaz.

—¿Por qué no nos ayudamos los unos a los otros?

La mujer resopló y se volvió hacia ella.

—¿Y qué te hace pensar que necesitamos vuestra ayuda?

—Si estáis buscando armas, nosotros os las podemos conseguir —insistió.

La mujer se enderezó. Las palabras de Khalani parecían haber causado efecto. Sin embargo, se cruzó de brazos con expresión inescrutable.

—Bueno, ahora, gracias a vosotros, ya tenemos más armas.

—La munición no os durará mucho.

La estancia se sumió en un profundo silencio, solo interrumpido por el parpadeo errático de la bombilla del techo. Todas las miradas estaban fijas en Khalani, que se obligó a mantener la calma.

—¿Qué estás sugiriendo exactamente? —preguntó la mujer con brusquedad.

—Si nos soltáis… —dijo Khalani, tragando saliva—, os traeremos todas las armas que necesitéis de Hermes. Pero hay algo más. Nos acompañaba otra mujer. Estaba herida. —El pulso se le aceleró—. ¿Dónde la tenéis?

—A diferencia de los Pecadores, en Oasis no matamos a ancianas indefensas.

—Entonces, ¿está bien? —preguntó Khalani con voz temblorosa.

Pese a que la cuerda le arañó las muñecas, trató de inclinarse hacia delante.

—Por el momento, sí —respondió la mujer con prudencia.

A Khalani le rechinaron los dientes y reprimió el impulso de gritar para exigir que le dijeran dónde tenían a Winnie. Tomó aliento, tratando de no perder el control.

—Y bien, ¿aceptas nuestro trato? —insistió Khalani.

—No.

—¿No? —se sorprendió.

La mujer se giró hacia ella.

—Exacto. Quizá seáis quienes decís ser, pero no tenemos ninguna garantía de que cumpláis vuestra parte del trato y regreséis de Hermes.

—Te equivocas —protestó Khalani—. Somos buenas personas.

—¡Ja! Las buenas personas también mienten.

Khalani dejó caer los hombros al comprender que sus posibilidades de escapar se desvanecían como el sol al atardecer.

—¿Qué podemos hacer para demostrarlo?

—Nada.

—Por favor. Haremos lo que sea.

La mujer vaciló y miró a los otros prisioneros. Posó los ojos en Takeshi, que miraba a Khalani con una mezcla de frustración y otra emoción que no logró descifrar: quizá fuera ira o… algo completamente distinto.

Después de una larga pausa, la mujer retomó la palabra.

—No podemos permitir que abandonéis Oasis, pero puede que tengáis razón. Quizá sí podamos encontrar la manera de que nos

seáis útiles.

Hizo un gesto con la barbilla hacia uno de los hombres, que se volvió de golpe y empezó a subir la escalera.

—¿Estás segura de esto, jefa? —preguntó el otro hombre con tono hostil al tiempo que fulminaba con la mirada a Brock.

—¿Pones en entredicho mi autoridad? —le espetó la mujer.

Él dio un respingo y se revolvió con incomodidad.

—No, jefa… —balbuceó—. Pero ¿cómo podemos fiarnos de ellos?

—No podemos —dijo escuetamente la mujer para zanjar la discusión.

Justo cuando pronunció esas palabras, unos pasos resonaron escaleras abajo. Khalani se echó hacia atrás, sorprendida, y se topó con el poste metálico. Aparecieron diez figuras más, que enseguida abarrotaron el pequeño espacio. Algunos de los recién llegados iban armados y sostenían unas pistolas que le resultaban demasiado familiares, mientras que otros empuñaban lanzas o cuchillos.

—Cortad las cuerdas —ordenó la mujer.

Obedecieron con movimientos rápidos.

En cuanto lo hubieron hecho, Khalani se frotó las muñecas con delicadeza; le dolían los brazos y las piernas. Brock se acercó a Serene y fulminó a la mujer con la mirada.

Y Takeshi permaneció en silencio en las sombras, observándolo todo.

Khalani no tenía dudas: si él fuera el único prisionero, ya habría atacado y encontrado una forma de escapar. Pero lo acompañaban Khalani y el resto, y Winnie seguía desaparecida, así que lo único que podía hacer era acatar las órdenes de aquella líder desconocida.

Cuando todos estuvieron libres, la mujer asintió y su voz autoritaria e incuestionable resonó por toda la estancia.

—Ahora pertenecéis a Oasis. Las diosas del sol y de la luna

decidirán si sois dignos de quedaros entre nuestros muros. Pero más os vale tener esto en cuenta: si detectamos el más leve indicio de traición, no solo sellaréis vuestro propio destino, sino que condenaréis a toda vuestra tribu. Y ya no enterramos a nuestros enemigos. Los empalamos, desde la garganta a la ingle, y los exhibimos a las puertas para que se los lleve el desierto.

Khalani y Serene abrieron los ojos como platos e intercambiaron una mirada: ambas se dijeron lo mismo sin necesidad de palabras.

Estaban bien jodidas.

9

No tienes que preocuparte. Ya lo hago yo por los dos.

—¿Qué pasó con los que no consiguieron un lugar en los búnkeres? —preguntó Khalani en la biblioteca de Braderhelm.

—Murieron. —Winnie miró al suelo, como si este pudiera absorber todo el dolor que sentía—. Los abandonaron en una tierra devastada y envenenada, en la que los esperaba una muerte lenta y agónica.

—Pero ¿por qué no les dieron un sitio? ¿Qué nos hizo merecerlo más a nosotros?

—Nada. Absolutamente nada. —Winnie juntó las manos—. Recuerda una cosa, Khalani. Ninguna persona merece más cosas que otra. Es imposible controlar dónde naciste o quiénes fueron tus padres. Es imposible controlar la suerte. Lo único que puedes hacer es reconocer los privilegios de los que gozas y esforzarte por hacerlo mejor que los que te precedieron.

—Pues no sé si lo estoy haciendo bien —se lamentó Khalani con aire abatido.

Winnie le posó una mano en el hombro y le dedicó una sonrisa comprensiva.

—Estás aquí por una razón. Por eso sigues con vida. Sé que no

ha sido fácil. Pero ¿te has planteado alguna vez que el camino que tú abras lo recorrerá volando el que venga después?

Khalani volvió al presente, donde las extrañas figuras los obligaban a avanzar. Sus lanzas y cuchillos emitían amenazadores destellos en la penumbra mientras subían los peldaños de madera, que no dejaban de crujir.

En lo alto de las escaleras, Khalani entró en una estancia que parecía detenida en el tiempo. Una luz tenue proyectaba un velo sombrío sobre el sofá de piel marrón cuarteada que la presidía. El suelo de madera, marcado por innumerables rasguños y golpes, cedió un poco bajo sus pies.

Desvió la mirada hacia las paredes blancas, de las cuales colgaban fotografías polvorientas con marcos de cristal. Una hermosa familia le sonreía, rodeada de plantas y árboles.

En una de las instantáneas había dos niños ante un árbol lleno de lucecitas con unos voluminosos regalos en el suelo.

Khalani entornó la mirada y se fijó en el sofá que se veía en la imagen, que era muy parecido al que tenía en ese momento ante ella.

Uno de los hombres le llamó la atención tirándole del codo y desvió la mirada. En uno de los rincones había un aparato extraño y antiguo, una especie de caja con una pantalla gris y dos patas esbeltas.

Frunció el ceño y trató de acercarse para observarla mejor.

—Por aquí. —La mujer pelirroja señaló una puerta blanca a su izquierda.

Miles de pensamientos acudieron a su mente al seguir a sus captores. Sin embargo, cuando cruzaron la puerta, vaciló.

No fue la pálida luna que colgaba majestuosamente sobre ellos

lo que la dejó sin aliento, sino las hileras de casas de una sola planta, cada una pintada de un vivo color, que se alineaban a lo largo de una carretera sinuosa.

Una valla de listones cercaba cada casa, y a través de ellos se divisaban jardines bien cuidados. El césped, de un intenso verde y cortado meticulosamente a una altura uniforme, brillaba a la luz de la luna. Khalani ahogó un grito: desde que había visitado la cúpula de Génesis, no había vuelto a ver la hierba.

Era un mundo que no había sufrido las consecuencias del Gran Colapso.

Las encantadoras casitas incluso tenían unos buzones amarillos idénticos delante de las vallas. Sin embargo, fue algo mucho más grande lo que le llamó la atención.

Un imponente muro metálico, de unos seis metros de altura, rodeaba la ciudad. En la parte superior había un camino por el que patrullaban unas figuras ataviadas con capas blancas que sostenían unas lanzas. Khalani sintió que los vigilaban, como si clavaran los ojos en ella.

—Sigamos —ordenó la mujer, obligándola a desviar la mirada del muro.

Caminaron por la carretera de cemento negro que atravesaba el centro del pintoresco pueblo.

Un poste metálico que emergía del agrietado pavimento le llamó la atención. En él colgaba una señal verde: «Avenida Feliz».

Unas farolas altas y elegantes, adornadas con intrincados patrones en espiral, proyectaban un cálido resplandor en la calle.

No se veía un alma.

Dirigió la mirada hacia una casa de color rosa con un porche y un banco balancín. No se veían luces ni se percibían señales de vida, lo mismo que en las que ya habían dejado atrás.

Pero, justo cuando iba a apartar la mirada, algo parpadeó en la ventana y las cortinas se movieron ligeramente.

—¿Lo has visto? —le susurró Khalani a Serene.

—¿El qué? —dijo Serene frunciendo el ceño.

Khalani miró de nuevo hacia allí, pero la casa parecía en calma, como si detrás de los cristales solo habitaran fantasmas.

Extrañada, se subió el cuello de la camisa cuando la azotó una ráfaga de viento. Volvió a prestar atención al intimidante muro metálico que no encajaba con aquellas casas tan coloridas.

Muchas de las figuras sombrías que montaban guardia en la parte superior vigilaban el desierto, dándoles la espalda. Permanecían erguidas, vigilantes, con las armas lanzando destellos amenazadores y sin quitarle ojo a la gran extensión de tierra.

Se estremeció ante la idea de que el muro fuera una protección ante cualquier amenaza o… de que lo hubiesen construido para que nadie pudiera salir.

Los seis siguieron avanzando por la vieja carretera, flanqueados por desconocidos, tanto hombres como mujeres, cuyas capas oscuras se fundían con las sombras. La pelirroja los capitaneaba.

Al adentrarse aún más en el pueblo, sintió un hormigueo en la piel y fue incapaz de librarse de la sensación de que una multitud de ojos observaban cada uno de sus movimientos.

Serene se acercó a ella, mirando con disimulo las casas y a sus escoltas.

Takeshi iba un poco por delante.

Aunque caminaba con la cabeza erguida y con paso firme y calculado, observaba con el rabillo del ojo las armas afiladas de sus captores y la fortaleza que los encerraba.

Al cabo de un rato, cuando llegaron al final de la carretera, la mujer pelirroja se detuvo ante dos casas amarillas idénticas. A

diferencia de las otras, en las vallas faltaban algunos postes, nadie había cortado el césped y unos balancines destartalados se mecían y crujían con el viento.

—Os quedaréis aquí —anunció la mujer—. Hay dos dormitorios en cada casa. Dividíos como prefiráis…

—No vamos a separarnos —la interrumpió Takeshi con tono tajante.

Sorprendida, la mujer ladeó la cabeza.

—Tenemos suficiente espacio en Oasis como para ofreceros alojamiento a todos y daros una cama en la que dormir. ¿Vais a despreciar nuestra generosa hospitalidad?

—Nos habéis traído hasta aquí en estado inconsciente y no dejáis que nos vayamos. Yo no llamaría a eso «hospitalidad» —soltó Brock.

Uno de los hombres dio un paso adelante y le apuntó al cuello con una lanza.

—Vigila ese tono, habitante del subsuelo. No se le habla así a la jefa.

Brock hizo oídos sordos y miró la lanza con desdén, como si fuera un juguete.

—Es tu jefa, no la nuestra.

Las figuras que los rodeaban se enderezaron y Khalani advirtió que alzaban las armas, preparándose para atacar, pero la jefa los detuvo con un ademán.

—Calmaos. —La mujer habló con una voz tan alegre que resultó inquietante—. No hará nada, y menos cuando sabe que mataremos a su preciosa tribu si lo intenta.

Aunque el desprecio y la hostilidad que se reflejaron en los ojos de Brock podrían haber derretido el acero, guardó silencio.

—Bien, podéis dormir todos en el suelo si os apetece. O sobre el

césped. No nos importa lo cómodos que estéis, sino lo que podéis hacer por nosotros. Sin embargo, hay unas reglas que debéis seguir. Ni se os ocurra escalar el muro. No os acerquéis a la puerta. Y no salgáis de casa después del anochecer. Si necesitáis algo, encontraréis a Ferren y Jared montando guardia ante la puerta.

—No necesitamos guardaespaldas —declaró Adan.

—No os protegen a vosotros, sino a nosotros —zanjó. Dio media vuelta y se dispuso a marcharse.

—¡Espera! —Khalani dio un paso hacia ella, incapaz de controlar el temblor de las manos—. ¿Y qué hay de nuestra amiga? ¿Cuándo podremos verla? ¿Cómo sabemos que está bien?

Le daba la sensación de que, con cada segundo que pasaba alejada de Winnie, otro fragmento de su pasado se rompía, al igual que lo había hecho la fotografía de sus padres en Braderhelm a manos de Dana. La mujer se detuvo y la miró por encima del hombro.

—Mañana la veréis. En cuanto a su estado… —Alzó la vista al cielo—. La diosa de la luna decidirá si vive o muere.

—¿Y qué demonios significa eso?

La jefa ignoró la pregunta y echó a andar con la capa ondeando tras ella. Todas las figuras la imitaron, excepto dos.

—¡Espera! ¡Solo dime si está bien!

Aunque el eco de sus palabras atravesó la fresca noche, no recibieron respuesta. Khalani estuvo a punto de romper a llorar.

«La diosa de la luna decidirá si vive o muere».

Si vive.

O…

Ni hablar.

Khalani no iba a permitir que una fuerza mística decidiera el destino de Winnie. Resuelta a hacer todo lo posible para dar con

ella, avanzó con determinación, pero una corpulenta figura le bloqueó el paso.

—Takeshi, no. Por favor, no. —Khalani odiaba suplicar, pero estaba desesperada—. Tengo que encontrarla.

Sin embargo, Takeshi no se movió ni un centímetro.

—La encontraremos, Kanes. Si mañana no te llevan con ella, sabes que los mataré a todos hasta que volváis a encontraros.

Hablaba de la muerte como si fuera una carga que tuviera que soportar y un regalo que ofrecía a aquel que lo deseaba.

—Pero a Winnie no le gusta la violencia… —objetó ella, casi tambaleándose.

Apenas podía mantenerse en pie. Estaba exhausta.

—Vamos, Khalani —dijo Serene con dulzura, pero con tono firme, agarrándola del codo—. Te estás cayendo de sueño. Necesitas descansar. Ya lo resolveremos todo mañana. No vamos a abandonar a Winnie. Te lo prometo. Estamos todos contigo.

Casi rompió a llorar cuando Derek, Adan, Takeshi e incluso Brock se acercaron. En los ojos de todos se reflejaba el mismo pesar, como si su propia angustia se hubiese entretejido con la de los demás. Como ella, también consideraban a Winnie parte de su familia.

Los dos hombres que estaban detrás de ellos dieron un paso al frente. Uno llevaba el pelo castaño recogido en una tirante coleta, mientras que el otro tenía una melena negra que le caía por la espalda. Ambos eran altos, estaban muy bronceados y, por su físico, se diría que eran luchadores experimentados.

—Ha llegado el momento de entrar —dijo el de la melena.

Tenía una voz grave y áspera, como si se hubiera quemado las cuerdas vocales.

—¿Necesitáis ayuda, chicas? —preguntó el de la coleta, acercándose.

Khalani reparó en que las miraba con descaro.

—No, gracias —casi gruñó Brock—. Vamos.

Con un movimiento rápido, Takeshi se colocó entre ella y los guardianes, protegiéndola con su cuerpo hasta que franquearon el umbral de la puerta.

El aire estaba viciado.

Como si nadie lo hubiera respirado en años.

En el interior, la inquietante casa amarilla estaba cubierta de polvo y solo la luz de la luna que se filtraba por la ventana permitía ver algo. Un descolorido papel rosa con estampado de lunares revestía las paredes, aunque se despegaba en algunas zonas, y una alfombra marrón sucia cubría el suelo. Se veían algunos muebles aquí y allá, todos cubiertos con sábanas blancas.

Serene pasó un brazo por los hombros de Khalani y la condujo hasta el dormitorio más cercano.

Lo primero que vio fue una cama con sábanas blancas.

Khalani se desplomó de inmediato sobre el colchón, lanzando un sonoro suspiro cuando las suaves sábanas la acariciaron y se amoldaron a su cuerpo como si las hubieran hecho a medida para ella.

—¿Quién va a dormir en la otra habitación? —preguntó Adan rompiendo el tenso silencio.

—Solo hay dos camas. Lo mejor será que las chicas compartan una. Dos de nosotros podemos dormir en la otra y los otros dos en el sofá —sugirió Derek.

De no ser por el cansancio, no habría dudado en levantarse para ver las caras de Takeshi y Brock ante la idea de tener que acurrucarse juntos.

Cada día que pasaban sin pelearse era un milagro.

Brock resopló, y sus fuertes pisadas retumbaron en el suelo de

madera.

—Lo mejor sería hacer parejas de chico y chica, por si a alguien se le ocurre entrar y matarnos —propuso en el umbral de la puerta del dormitorio.

—Ni de broma. Nuestras tetas no nos hacen incompetentes o débiles —siseó Serene.

—No he dado a entender que seáis débi…

—Déjame una de tus armas —lo interrumpió Serene.

—No puedo. No sé si lo recuerdas, pero nos las han quitado.

—Entonces, lo que quieres decir es que no sirves de nada.

—Pensándolo mejor, eres tan irritante que igual ni te hacen falta —gruñó Brock.

—Toma. —Takeshi apareció y puso fin a la discusión.

Khalani oyó un roce apenas audible y, después, un silencio.

—¿Un cuchillo? ¿Por qué no te lo han quitado? —preguntó Serene.

—Sé esconder mis armas —respondió Takeshi de forma críptica —. Clávaselo en la garganta a cualquiera que trate de entrar por esa puerta y no sea uno de nosotros. Hasta el fondo.

La letalidad que desprendía su tono resultaba perturbadora. Serene desconfiaba de Takeshi, pero, sorprendentemente, le dio las gracias.

Khalani sintió que los párpados se le cerraban cada vez más mientras Serene entornaba la puerta y corría las cortinas, sumiendo la habitación en una oscuridad total. A continuación, se desplomó bocabajo sobre el colchón y dejó escapar el mayor suspiro de satisfacción del mundo.

—Se me había olvidado lo que era una cama —gruñó con el rostro hundido en la almohada.

Ante la promesa del mañana, y sus inminentes amenazas,

Khalani tomó aliento y se acurrucó, rindiéndose al consuelo del sueño. Justo antes de caer en un agradable sopor, oyó que Serene la llamaba en voz baja.

—¿Khalani?

—¿Hum…?

—¿Y si esta gente es buena?

Khalani se movió un poco y apenas abrió los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que tienen un montón de casas y todo es precioso. Quizá, cuando hayamos encontrado la manera de llegar a Hermes y les hayamos traído las provisiones, nos permiten quedarnos —murmuró Serene esperanzada.

—No sé. Algo en este lugar me da mala espina. Aunque quizá me equivoco y, si todo sale bien y nos dejan seguir nuestro camino, puede que así sea. Tal vez podamos volver y quedarnos.

Tal vez. Sin embargo, sus palabras le sonaron falsas.

Antes de sucumbir al sueño, una voz fantasmal atravesó el aire frío y le susurró que lo único que les ofrecía ese pueblo era su perdición.

10

Si trataras de medirme por mis miedos,
necesitarías un listón más largo.

Los rayos de sol entraron por la ventana, pintando rayas doradas en el suelo del dormitorio. Con el rostro en la almohada y la frente perlada de sudor, Khalani soltó un gruñido. Se restregó los ojos y dio un gran bostezo.

—¿Cuánto tiempo llevamos durmiendo? —murmuró, volviéndose hacia Serene.

El otro lado de la cama estaba vacío.

Extrañada, Khalani se puso en pie sobre el suelo de moqueta gris. Abrió poco a poco la puerta, que emitió un chirrido y acabó golpeando la pared rosa claro del pasillo.

Asomó la cabeza esperando ver a los demás, pero en la casa reinaba el silencio. Una calma total.

—¿Hola?

La moqueta amortiguó sus pasos mientras se deslizaba entre unos muebles aún cubiertos con sábanas blancas.

—¿Serene? ¿Adan? ¿Derek? —llamó—. ¿Takeshi? ¿Brock?

Solo recibió más silencio como respuesta.

Un extraño sonido en el porche le aceleró el pulso. Por debajo de la puerta principal apareció la sombra de unos pies. Esperó oír a

alguien hablando o que llamaran, pero la oscura sombra se limitó a quedarse allí.

Conteniendo el aliento, negó con la cabeza y trató de no entrar en pánico.

«Seguro que es Brock».

Con un rápido gesto, abrió la puerta de golpe.

Al hacerlo, se encontró con la enorme figura de Takeshi, que le daba la espalda con el rostro vuelto hacia la aldea y los brazos en jarras.

—Me has asustado —susurró, soltando una risita nerviosa—. ¿Dónde están los demás?

Takeshi se volvió poco a poco.

Sin embargo, no era Takeshi.

El rostro pertenecía a Alexander Huxley.

Khalani abrió los ojos de par en par y se tensó cuando esa mirada azul acero se clavó en ella, haciéndola palidecer.

«Grita».

Tenía que gritar.

Era la única manera de hacer desaparecer ese miedo persistente que la paralizaba. Pero no lograba abrir la boca. Era como si llevara un bozal de hierro.

—¿Estás segura de que estás formulando las preguntas correctas? —dijo el gobernador con una sonrisa burlona.

Esos ojos de un azul casi transparente la atraparon como si fueran un imán y la hundieron cada vez más en un abismo infinito.

Khalani se despertó de repente, completamente empapada en sudor y con el corazón desbocado.

Echó un vistazo frenético a su alrededor y vio que Serene dormía profundamente junto a ella. Se llevó una mano al pecho para calmar su respiración agitada. Después de un minuto, abandonó la cama

con sigilo, aún hecha un manojo de nervios. Al abrir la puerta, el corazón le dio un vuelco.

Takeshi estaba sentado de cara a la puerta, apoyado en el sofá gris. La sábana que lo cubría estaba tirada de cualquier manera sobre el suelo. Con una pierna extendida y la otra doblada, jugueteaba con un cuchillo entre los dedos.

¿Cuántas armas tenía escondidas?

Khalani lo miró durante más tiempo del necesario. Takeshi aún no se había quitado el atuendo negro. La manera en que le marcaba los músculos, el pelo rebelde y la concentración letal que Khalani advirtió cuando alzó la cabeza la obligaron a contener el aliento.

—¿Qué estás haciendo en el suelo?

—Lleva ahí toda la noche. —Adan se asomó desde un rincón, vestido con un pantalón de chándal verde oscuro y una camiseta blanca—. Y me parece que Brock tampoco ha dormido.

Señaló con un gesto hacia el otro lado del sofá, donde Brock soltaba unos sonoros gruñidos mientras hacía flexiones.

—¿Por qué? —preguntó Khalani.

—Alguien tenía que montar guardia —refunfuñó Brock, poniéndose en pie de un salto—. No me fío de esta gente. He tratado de salir, pero esos dos perros guardianes de ahí me han hecho volver adentro. ¿Sigue durmiendo?

Khalani comprendió enseguida a quién se refería.

—Sí, Serene sigue en la cama. ¿Debería despertarla?

—No. —Su tono era firme—. Necesita descansar.

Brock tragó saliva y, sin añadir palabra, adoptó una expresión fría y se alejó por el pasillo.

Asombrada, Khalani miró a Takeshi, que no le había quitado ojo desde que había salido del dormitorio.

—¿Qué? —Movió los pies, incómoda—. ¿Estoy hecha un asco o

algo así?

—Algo así.

Khalani habría preferido saber qué quería decir con eso, aunque seguro que, despeinada y con ojeras, tenía un aspecto horrible.

—¿Siguen ahí fuera? —preguntó señalando con la cabeza la puerta principal.

—Sí.

—Genial, otra prisión —resopló.

Khalani apoyó la espalda contra la pared blanca, frente a Takeshi, y se deslizó hacia el suelo. Estiró las piernas, que emitieron unos agradables crujidos.

Takeshi no respondió y siguió jugueteando metódicamente con el cuchillo. Era todo un misterio que no se cortara.

—¿De verdad llevas aquí toda la noche? ¿Sin pegar ojo? —preguntó Khalani.

—Alguien tenía que asegurarse de que nadie iba a entrar y atacarnos.

Fue incapaz de reprimir la pregunta.

—¿Y qué habrías hecho si eso hubiera ocurrido?

Se produjo un ligero cambio en el ambiente. Takeshi alzó lentamente la cabeza y la miró con sus ojos oscuros.

—Cualquier cosa que te imagines, pero peor.

Se retorció las manos. Takeshi no dejaba de mirar hacia la puerta, como si anhelara que le dieran la oportunidad de utilizar el cuchillo.

—¿Crees que nos traerán algo de comida? —los interrumpió Adan sentándose junto a ella—. Ya es tarde y me muero de hambre.

—¿Tarde? ¿Nos hemos pasado todo el día durmiendo?

—Estabas cansada.

—¿Y no nos han devuelto las mochilas?

—No —respondió Takeshi con aire sombrío y empuñando con fiereza el cuchillo.

—Pero mira la aldea. —Adan hizo un ademán con la mano—. Seguro que esta gente come. Incluso tenemos agua enlatada en la cocina, así que debe de haber un pozo por aquí cerca.

—Bueno, algo es algo —dijo Khalani, tratando de sonar optimista.

—O… —interrumpió Brock asomando por la esquina— nos engañan dándonos una sensación de falsa seguridad porque son caníbales y planean comernos.

Todos lo miraron de soslayo.

—Tío… —dijo Adan, haciendo una mueca—. ¿En serio?

—Creo que ya no tengo hambre —afirmó Khalani al tiempo que torcía el gesto y se acercaba las rodillas al pecho.

Si a alguien se le ocurría mirar alguna parte de su cuerpo más tiempo del necesario, encontraría la manera de saltar ese muro.

Brock se encogió de hombros. Fue a sentarse junto a ella, pero Takeshi movió las piernas y le cortó el paso.

—¿En serio eres tan territorial? —le preguntó Brock poniendo los ojos en blanco.

—No sé a qué te refieres. Solo estoy estirando las piernas.

Takeshi pronunció esas palabras con una serenidad inquietante y sin dejar de juguetear con el cuchillo.

En la estancia se hizo el silencio y Khalani casi dio un salto cuando la puerta de la casa se abrió de golpe con un crujido. El hombre que habían visto el día anterior, el que tenía una melena que le llegaba hasta la cintura, entró y los miró con gesto adusto.

—La jefa quiere que nos acompañéis durante la cena. Pero apestáis, y no pienso permitir que propaguéis ese hedor por nuestro salón. —Arrugó la nariz—. Duchaos y poneos la ropa que os he

traído.

Señaló hacia un fardo de prendas de color beis sobre el sofá.

—¿Una ducha? —Khalani puso los ojos como platos.

No se había duchado desde Braderhelm.

Los días de trayecto habían sido implacables. El único consuelo era que se habían acostumbrado tanto al olor que apenas lo percibían.

—¿De dónde viene el agua? —preguntó Derek con clara expresión de curiosidad científica apareciendo de repente por el pasillo.

—El río alimenta los pozos. ¿Alguna otra pregunta?

—Sí, has mencionado una cena. ¿Qué tipo de comida se servirá? —inquirió Adan con recelo.

—Básicamente, judías, tomates, estofado de ternera… La comida enlatada que conseguimos en los asaltos e incursiones.

—¿Nada de humanos? —añadió. Khalani le propinó un codazo.

—No. —El odio en su mirada se intensificó—. Daos prisa. Tenéis una hora. De lo contrario, olvidaos de comer.

El irritado guardia dio tal portazo que hizo temblar los cuadros que colgaban en la pared.

—Tenías que hacerlo enfadar… —refunfuñó Derek.

—La culpa la tiene él, que me ha metido en la cabeza la idea de que son caníbales —respondió Adan señalando a Brock.

—No te confíes —respondió este último—. Por si acaso, yo no sacaría los pies de la cama esta noche.

Adan palideció.

—No le hagas caso —le susurró al oído Khalani antes de ponerse en pie.

Atravesó la estancia hasta el fardo de ropa en el sofá. La tela era ligera y del color de la arena. Incluso había ropa interior.

Esbozó una ligera sonrisa cuando la olfateó y percibió el aroma a limpio. Después de haber vivido meses en Braderhelm, poder vestir ropa recién lavada era un regalo poco común e inesperado.

Una hora después, todos se habían duchado y esperaban en pie en el salón, ataviados con las prendas que les habían dado; aunque sus captores parecían no haber acertado con la talla de Takeshi. La camisa que a todos les quedaba larga a él le llegaba apenas a la cintura.

Khalani detuvo la mirada, quizá durante demasiado tiempo, en la pequeña zona de piel dorada justo debajo de sus abdominales. Se apresuró a apartarla y se dedicó a admirar el techo.

El rudo guardia regresó y los observó con desdén mientras los apremiaba a moverse con un gesto.

Cuando Khalani salió al exterior, vio a varios grupos de personas con prendas marrones que salían de las casas. Caminaban con gesto orgulloso, paseando por la calle sonriendo de oreja a oreja, como si dispusieran de todo el tiempo del mundo.

Algunos niños jugaban con una pelota, y sus risas resonaban por todas partes. Sin embargo, los padres les pidieron que no se separaran de ellos en cuanto se dieron cuenta de que el grupo de Khalani se acercaba.

Con la luz de la tarde pudieron ver mejor la aldea de Oasis.

En los tejados de las coloridas casitas había unas extrañas cubiertas metálicas que reflejaban la luz solar. No se veían coches oxidados ni edificios en ruinas, solo hogares encantadores, jardines perfectamente cuidados y vecinos sonrientes.

Pese a ello, Khalani seguía sintiendo un nudo en el estómago. Algo la obligó a mirar por encima del hombro y vio que la gente la observaba con extrañeza. En el muro, los guardias vigilaban al grupo desde las alturas. Khalani reprimió el impulso de dar media vuelta,

salir corriendo y encerrarse en la casa.

—¿Cómo os llamáis?

La voz de Serene sacó a Khalani de su ensimismamiento.

—Yo soy Ferren —respondió el hombre de la coleta—. Y él es Jared —añadió, señalando a su compañero fortachón con la melena oscura, que respondió con un gruñido.

Ferren y Jared no dijeron nada más y se limitaron a conducirlos hacia una enorme cabaña hecha con troncos. Ya en el interior, vieron que estaba abarrotada: había casi un centenar de personas sentadas en dos largas mesas de madera. Hombres, mujeres y niños charlaban y reían con platos vacíos ante ellos.

Pero, en cuanto los vieron, el sonido de las conversaciones se extinguió hasta convertirse en un rumor de murmullos y miradas de soslayo.

Los padres reunieron a sus hijos en torno a ellos.

Unos pocos hombres que montaban guardia les apuntaron al pecho con las lanzas. Khalani trató de esbozar una sonrisa amistosa, pero apenas pudo mantenerla y le pareció fuera de lugar.

Por otro lado, nadie parecía observar sus extremidades con voracidad.

Ahí estaba la parte positiva.

La jefa presidía la mesa al fondo de la estancia.

—Son invitados de Oasis, así que tratadlos con respeto —anunció. La autoridad que reflejaba su voz acalló los susurros—. Sin embargo, si veis que intentan escapar, dad la voz de alarma de inmediato. Uno de nuestros guerreros los ensartará en una lanza y los exhibiremos a las puertas en cuanto amanezca. Ahora, por favor, sentaos y comed.

Con esa maravillosa y en absoluto aterradora introducción, la jefa tomó asiento. Varias figuras cargadas con cuencos de comida

fueron saliendo una detrás de otra de un cuarto trasero. Ferren les indicó una mesa de madera junto a ellos, pero, cuando se sentaron, una familia formada por los padres y su hija se apartaron y se situaron lo más lejos posible.

Khalani se revolvió en el asiento; le picaban las palmas de las manos y estaba rígida. La niña de coletas negras sentada a su lado parecía a punto de llorar.

—Hola —dijo, sonriéndole—. ¿Cómo te llamas?

La niña se ruborizó y se lanzó al regazo de su padre. La familia se levantó de golpe y se cambió a otra mesa al tiempo que les lanzaban miradas de desdén.

«¿A qué ha venido eso?».

Ferren colocó un cuenco humeante de caldo frente a ella. El aroma no era desagradable, pero Khalani frunció el ceño ante el turbio color.

—¿De dónde sacáis la comida? —preguntó Serene, observando la sopa con recelo.

—De los saqueos en las ruinas cercanas —respondió Ferren, colocando unos cuencos ante Takeshi y Brock—. Hay tanta comida almacenada en las ciudades antiguas que se podría alimentar a miles de personas. Comed.

Los extraños trozos de carne que flotaban en el caldo no tenían muy buena pinta, pero, tras meses comiendo el repugnante mejunje que les daban en prisión y las diminutas barritas que habían racionado en la superficie, estaba desesperada por saborear algo de verdad.

Prescindiendo de la cuchara oxidada, levantó el cuenco. Iba a llevárselo a los labios cuando una mano enorme se lo impidió y lo volvió a depositar sobre la mesa.

Khalani alzó la vista hacia el culpable, que estaba sentado justo

frente a ella. En los ojos de Takeshi se abría un abismo oscuro e infinito, y ella le respondió frunciendo un ceño que anunciaba tormenta.

—Pero ¿qué demonios crees que…?

—Dime qué lleva —le ordenó Takeshi a Ferren, ignorándola.

—Como ya he dicho antes, es estofado de ternera en lata, procedente de los saqueos —respondió Ferren.

—Entonces, pruébalo —exigió Takeshi.

—Si quisiéramos mataros, no nos complicaríamos tanto la vida. —Jared se acercó con los brazos cruzados.

Takeshi los observó impasible, con expresión firme, casi cincelada en piedra. No se daban cuenta de que discutir con Takeshi era como pedirle a gritos al suelo que dejara de ser duro.

Después de unos instantes de silencio opresivo, Ferren metió una cuchara en el caldo de Khalani y se la llevó a los labios.

—¿Satisfecho? —preguntó después de tragar, haciendo subir la nuez.

Takeshi lo observó durante unos minutos y, a continuación, asintió.

—Menudo paranoico —rezongó Serene.

Acto seguido, empezó a devorar su plato.

Khalani la imitó y comenzó a engullir, comiendo a dos carrillos sin apenas respirar. Habría repetido aunque la comida estuviera envenenada.

—Seguimos vivos gracias a que dudamos de todo —respondió Brock, coincidiendo con Takeshi, por extraño que fuera.

Cuando terminaron de comer, la jefa se acercó, haciendo ondear la capa de color granate. Caminaba con tanta elegancia y porte que Khalani se enderezó en su asiento.

—Venid. Os llevaré a ver a vuestra amiga.

Los condujo hasta un edificio de color azul cielo, una de las pocas viviendas de dos plantas que había en la aldea. Por dentro, la casa se veía cuidada y limpia, con suelos de madera lustrados y sillones de piel de color crema. Pasaron junto a una cocina blanca en cuya encimera había pilas de comida enlatada.

Siguieron a la jefa por unas escaleras con moqueta azul flanqueadas por las fotos de una familia feliz.

Cuando entraron en otra habitación, vieron a dos mujeres vestidas de blanco inclinadas sobre una pequeña cama. A Khalani le dio un vuelco el corazón al reconocer la diminuta figura bajo las sábanas.

—¡Winnie!

Se apresuró a arrodillarse junto a ella.

Allí estaba, inmóvil, tan pálida que casi se fundía con las sábanas. Llevaba una camisa blanca y unas vendas limpias le cubrían el hombro. Pero tenía los ojos cerrados y sus manos reposaban inertes sobre la cama.

Una de las mujeres, de mediana edad, piel oscura y cabello negro, estaba comprobando el vendaje. La otra parecía un poco más joven y llevaba el pelo rubio recogido en una coleta baja. A diferencia de la mayoría de las personas con las que se había cruzado en Oasis, tenía la piel tan clara como la de Khalani.

La más joven le tomaba la temperatura.

—¿Cómo está, Ari? —preguntó la jefa.

La chica rubia soltó un suspiro exasperado.

—Te encanta traérnoslas medio muertas, ¿verdad, Penn?

—Ari.

—De momento, está estable. Hemos logrado bajarle la fiebre y le estamos administrando antibióticos para la infección. Veremos si funcionan —dijo Ari, lavándose las manos en una palangana.

—¿Antibióticos? —Derek se irguió con clara sorpresa—. ¿De dónde los habéis sacado? Todos los del Gran Colapso ya deberían haber caducado.

Desconcertada, Ari miró a la jefa.

—Los conseguimos en nuestras incursiones —respondió esta última—. Parte de las medicinas del Gran Colapso siguen siendo efectivas. Bien, ya habéis visto que estamos cuidando a vuestra amiga y que está viva. Es hora de que volváis a casa.

Khalani retrocedió de inmediato.

—No. Yo me quedo con ella.

La idea de abandonar de nuevo a Winnie se le hacía insoportable.

—Su cuerpo necesita descansar —dijo Ari con firmeza, y, acto seguido, le posó una mano sobre el hombro y añadió—: La cuidaremos bien.

Con un nudo en la garganta, Khalani tragó saliva.

Serene le tomó la mano y se la apretó.

—Ven, Khalani. Ahora mismo no podemos hacer nada más.

Cabizbaja, posó la otra mano sobre la de Winnie. Se le humedecieron los ojos, pero reprimió el llanto. No estaba dispuesta a que sus captores la vieran llorar.

Tras unos tensos minutos, se puso en pie a regañadientes y le dio un beso a la anciana en la fría mejilla.

—No me alejaré, Winnie. Estaré aquí mismo cuando despiertes.

Khalani se sorbió la nariz. Sorprendida, vio cómo los demás, incluidos Brock y Takeshi, se acercaban a Winnie y le acariciaban la pierna o el brazo con la tristeza, el afecto y… ¿el amor? —sí, parecía amor— grabados en el rostro.

La jefa los observó con expresión curiosa y extrañada.

Cuando abandonaron en silencio el edificio, ya había oscurecido

y unas antorchas iluminaban el camino.

—¿Por qué hay hombres patrullando por el muro durante todo el día? —preguntó Brock.

La jefa siguió mirando al frente.

—Mantenemos la vigilancia por los Pecadores.

—¿Por qué son tan peligrosos?

Tensó los hombros y adoptó un aire tan severo como los muros que los rodeaban.

—Los Pecadores no son solo una amenaza. Son depredadores y están empeñados en acabar con Oasis. Torturan a los más jóvenes y los arrojan al desierto. Si os hubieran encontrado ellos, se os habrían comido vivos.

—Eso lo dirás en sentido metafórico —apuntó Serene.

—No. Lo digo en sentido literal —zanjó la jefa con sequedad—. Montamos guardia y entrenamos a nuestros guerreros a diario porque Ansel está esperando el momento adecuado para atacar.

—¿Quién es Ansel? —preguntó Derek.

—El líder de los Pecadores —escupió la jefa apretando la mandíbula—. Un engendro del diablo que lleva años intentando superar nuestro muro.

—¿Y si lo logra? —musitó Khalani con aprensión.

—Venceremos. No tenemos alternativa.

—Pero, si nos dejas ir a Hermes, podemos traeros más armas…

—No —la interrumpió la jefa, deteniéndose en medio del camino —. La diosa de la luna nos protege. No permitirá que caigamos, independientemente de las armas que tengamos.

Alzó la cabeza, pero la pálida luna no ofreció ninguna garantía divina.

Cuando la jefa se alejó, Brock resopló.

—Van a morir, de eso no hay duda.

Khalani estaba de acuerdo.

En su corta y trágica existencia había podido comprobar que confiar en que alguna fuerza misteriosa la salvara era un esfuerzo inútil.

Era casi como esperar hasta que la Tierra reclamara sus tumbas.

En Oasis parecía haber más familias que guerreros y, si los atacaban, no estaba segura de que todos sobrevivieran.

Y el problema era que Khalani y los demás estaban atrapados junto a ellos tras aquel muro.

11

Cuidado con los que callan, porque han aprendido a ocultar su rabia.

Esa noche, Khalani apenas pegó ojo. Solía encontrar alivio cuando dormía, pero, a veces, los miedos franqueaban los límites sin su permiso.

Se colaban entre las barreras.

Se abrían paso en sus sueños. Implacables.

Incansables.

Al final, se levantó y se tumbó en el sofá del salón con los ojos fijos en el blanco irregular del techo. El silencio que reinaba en la casa era traicionero. Los crujidos de los tablones de madera y los murmullos distantes se magnificaban.

De repente, la puerta se abrió de golpe, haciendo añicos la frágil calma.

La jefa entró impetuosamente, con la larga melena pelirroja peinada en una trenza que le bajaba por la espalda. Iba vestida con unos pantalones beis y una camiseta marrón de tirantes que le acentuaba los tonificados brazos y le daba un aspecto fuerte y confiado.

—Avisa a todos —ordenó—. Hoy se os asignarán las estaciones.

—¿Estaciones? —Serene apareció en el rincón con el pelo azul

mojado goteándole sobre la camisa.

—Sí. En Oasis, todos arrimamos el hombro. —La jefa se cruzó de brazos—. Si no trabajáis, no coméis. Os veo fuera dentro de unos minutos.

Decidida, giró sobre sus talones y cerró de un portazo.

Khalani se apresuró a despertar a los demás.

Los seis, ataviados con la ropa holgada de color arena y las botas negras, salieron a la luz implacable del día para reunirse con la jefa.

Ferren y Jared montaban guardia en el porche, claramente impacientes. Sin decir palabra, la jefa empezó a caminar hacia el centro del pueblo y no tuvieron otra alternativa que seguirla.

La única mejora con respecto al día anterior era que los pocos habitantes con los que se cruzaban ya no los evitaban. Ahora solo torcían el gesto con desagrado.

—Esta es la zona residencial. —La voz de la jefa flotó en el aire caliente al tiempo que señalaba varios edificios—. Allí está la cabaña médica, que ya habéis visitado, y, junto a ella, nuestro comedor.

Serene se mantuvo pegada a Khalani, prestando atención; Brock, Adan y Derek las seguían a unos pocos pasos.

Takeshi se había quedado rezagado, escrutando y estudiando el muro exterior.

—Bien, ya hemos llegado.

La jefa los condujo a un claro más allá de las casas, donde se veía un círculo de unas treinta personas, en su mayoría hombres de complexión más bien delgada vestidos con capas negras.

—¿Qué tal va, Patreus? —preguntó a voz en grito la jefa.

Un poco apartado del círculo, con los brazos en jarras, había un hombre bajito y fornido con una túnica negra. Tenía el pelo castaño cortado al ras y un ceño fruncido grabado en el rostro moreno. Al oír

la voz de la jefa, se dirigió hacia ellos algo nervioso.

—Por favor, dime que Varo no murió a manos de una de las chicas —masculló.

—No fueron ellas. —La jefa ladeó la cabeza—. Pero ya sabes que no hay que juzgar por el tamaño, Patreus.

El hombre se cruzó de brazos.

—Sí, no dejas de recordármelo. Y bien, ¿quién fue?

La jefa clavó los ojos en Takeshi.

—¿Cómo te llamas?

—Steele —dijo Takeshi, endureciendo el rostro y lanzándole una mirada de acero al pronunciar el apellido.

—Pues que sepas, Steele, que les diste una buena paliza a nuestros hombres —replicó ella con cierta amargura y resentimiento —. Aunque Oasis fue erigido para la paz, ahora mismo necesitamos la tenacidad que demostraste. Tu tarea será ayudar a Patreus a entrenar a nuestros guerreros. ¿Crees que puedes hacerlo?

Takeshi frunció aún más el ceño y, durante un instante, miró de reojo a Khalani y a los demás.

—Y a ellos, ¿qué tareas se les asignarán? —preguntó.

La jefa soltó un suspiro.

—Lo he estado pensando. Las chicas ayudarán a lavar la ropa. Vosotros dos… —señaló a Adan y Derek— iréis a buscar agua al pozo. —Finalmente, se volvió hacia Brock y añadió—: Y, en cuanto a ti, ayudarás a preparar las comidas en la cocina comunitaria.

Brock entornó los ojos con ferocidad.

—Sería más útil si entrenara a tus guerreros que perdiendo el tiempo en la cocina. —Escupió esta última palabra como si fuera un insulto.

—Y el hecho de que creas que tus deseos me importan hace que este momento sea aún más gratificante. Que lo disfrutes.

La jefa dio media vuelta y se alejó sin mirar atrás.

Patreus rezongó algo entre dientes. Acto seguido, señaló un edificio blanco un poco más adelante en el camino y les indicó a Khalani y Serene que preguntaran por una mujer llamada Marissa. Ferren y Jared condujeron a Derek y Adan al pozo, y Brock se dirigió de mala gana hacia el comedor, mascullando improperios durante todo el trayecto.

Cuando ya había recorrido unos pasos, Khalani volvió la vista atrás y vio que Patreus estaba sermoneando a Takeshi con una mirada de desconfianza en sus ojos glaciales. Pese a que parecía prestar atención, Takeshi desvió la mirada hacia ella.

Khalani se quedó inmóvil.

—Vamos, Khalani. Será mejor que no nos busquemos problemas —la apremió Serene.

Khalani asintió y siguió caminando. Sin embargo, no pudo evitar echar un vistazo por encima del hombro una vez más.

Pero Takeshi no volvió a mirar.

Khalani y Serene se pasaron los siguientes días frotando ropa en unos grandes toneles de agua.

Trabajaban hasta que el sol se ponía por el horizonte y el calor opresivo daba paso a un frescor agradable.

Por la tarde, se encontraban con los demás en la cabaña de troncos y cenaban algo rápido a base de sopa. A pesar de lo mucho que se esforzaban cada día, los habitantes de Oasis seguían mirándolos como si creyeran que aquellos forasteros se proponían asesinarlos mientras dormían.

Al anochecer, en la calma de la casa, se reunían los seis y

trazaban planes de fuga. Adan y Brock revisaban cada rincón, grieta y recoveco de las estancias con el fin de asegurarse de que no hubiera cámaras ni dispositivos de escucha. Pese a que nunca encontraban nada, hablaban en susurros.

Brock y Takeshi confiaban en que podrían dejar fuera de combate a Ferren y Jared, que seguían apostados ante la puerta, pero el muro representaba todo un reto. Estaba muy custodiado, tanto a nivel del suelo como en la parte superior.

La mejor idea que habían tenido hasta el momento era que Adan construyera una escalera muy alta, así que no tenían nada.

Lo único que les daba un ápice de esperanza (y lo único que impedía que los nervios carcomieran a Khalani) era la progresiva mejoría de Winnie.

Khalani la visitaba cada noche. Su respiración se había vuelto regular y en sus mejillas ya se apreciaba un leve rubor.

Pero la anciana aún no se había despertado.

«Dale tiempo —le había dicho Ari la noche anterior, posando suavemente una mano en su hombro—. Con el descanso, el cuerpo activa sus procesos de curación».

Al día siguiente, Khalani frotó la ropa sucia con más empeño que nunca, hasta que el jabón le irritó la piel y el sol se perdió tras el horizonte. Cuanto antes terminara, antes podría ir a ver a Winnie.

—¿Por qué tengo la impresión de que hemos pasado de una prisión a otra? —gruñó Serene con fastidio, levantando las manos mojadas y arrugadas.

—Al menos, esta vez no estamos entre barrotes. Y tenemos ducha —respondió Khalani, pese a que aquella situación seguía provocándole cierto recelo.

No lograba identificar el problema, pero cada noche, al regresar a casa, una sensación inquietante le recorría la columna y la

obligaba a acelerar el paso.

Como si un monstruo invisible estuviera observándola desde detrás de las cortinas.

—He cambiado los barrotes de hierro por una compañera de cuarto que ronca —le tomó el pelo Serene.

—¡Yo no ronco!

—Pues claro que sí. Apuesto a que hasta Takeshi te oye desde el otro lado de la puerta.

Serene imitó un sonido horroroso, parecido a los estertores de una criatura moribunda.

Khalani ahogó un grito y le lanzó un trapo sucio y empapado a la cara. Serene contraatacó lanzándole el cubo de agua, que, por suerte, acabó estrellándose contra el suelo.

—¡¿Qué demonios está pasando aquí?!

Marissa apareció de repente en la puerta, con el cabello negro encrespado recogido en un tirante moño.

Era una mujer de mediana edad, delgadísima, con rostro pecoso y el ceño perpetuamente fruncido. Se encargaba de vigilarlas a diario durante las tareas de limpieza y parecía albergar un profundo desprecio por Khalani en particular.

Estaba convencida de que la odiaba, más que ella a las cucarachas.

Y eso era mucho decir.

—Nada, señora —respondió, enderezándose—. Se nos ha caído el cubo.

Advirtió que, junto a ella, Serene sacudía los hombros de forma involuntaria. Un día conseguiría que las mataran a las dos.

Aunque, si había que enterrar a alguien, Khalani no dudaría en honrarla y en ser la primera en coger una pala.

—Bien, pues, ya que te parece tan gracioso, ve olvidándote de

cenar hasta que termines de lavar estos otros toneles de ropa —le espetó Marissa a Serene. Acto seguido, clavó sus ojos severos en Khalani y añadió—: Y, en cuanto a ti, ve a recoger la ropa sucia del grupo de entrenamiento de Patreus. Suelen acabar con los uniformes completamente sudados y hoy tendrás el privilegio de limpiarlos. ¡Venga, muévete!

Khalani se dispuso a acatar la orden apretando los puños y reprimiendo todos los improperios que se le agolpaban en la garganta.

«De momento, obedezcamos —había dicho Derek la noche anterior—. Tendremos más posibilidades de escapar si no sospechan nada».

Permanecer calmados. Concentrados. Y, después, escapar.

Cuando salió al exterior, el sol se estaba poniendo y convertía el cielo en un furioso lienzo de tonos rojos y naranjas. Durante un instante, aprovechó para respirar y estirar los brazos por encima de la cabeza, agradecida por ese instante de tranquilidad después de haberse pasado todo el día sentada en un duro taburete.

El único consuelo era que el trabajo manual en el campamento suponía un paseo comparado con los horrores que había soportado en Braderhelm.

Y hablando de horrores de Braderhelm…

Una sinfonía de fuertes gruñidos le indicó que había llegado a la zona de entrenamiento.

Unos treinta hombres y mujeres estaban sentados formando un gran círculo en cuyo centro se encontraba Takeshi. Sin camisa.

El pelo azabache, despeinado y rebelde, le caía sobre la frente mientras les mostraba los movimientos de una maniobra de combate.

La imagen le recordó a la estatua de David que había visto una

vez en Génesis.

Su cuerpo era una obra de arte, una maravilla que no había sido esculpida por manos amables ni por la gracia de la genética, sino forjada durante años de disciplina agotadora hasta conseguir convertirse en un arma.

En ese momento, Takeshi simulaba pelear con una joven de la edad de Khalani.

La chica llevaba el cabello rubio recogido en una coleta baja, y el top beis se le pegaba al pecho mientras Takeshi le corregía la postura una y otra vez, al igual que había hecho con Khalani en Braderhelm.

El contacto era leve, pero preciso.

Aunque no llegó a rozar a la joven ni medio segundo, Khalani sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

Negó con la cabeza y se recordó que no importaba lo que hiciera Takeshi. O con quién.

El capitán le había dejado claro que le resultaba igual de atractiva que una piedra en el zapato y que lo que había ocurrido entre ellos en Braderhelm había sido un error. Cualquier encuentro que hubieran tenido en la superficie (incluida la noche en que había superado su vergüenza y se había sentado a horcajadas sobre él) no había sido más que un momento pasajero de locura provocado por el calor y la soledad.

De hecho, mejor si intimaba con otra chica dispuesta a dejar que le rompieran el corazón.

Khalani.

Estaba.

Perfectamente.

Gracias.

Se dirigió hacia Patreus, que, con la frente arrugada, le gritaba al

grupo que prestara atención a las maniobras de Takeshi y la chica.

—Disculpe… —dijo.

Patreus la ignoró y siguió gritando.

—¡Venga, emparejaos! Y recordad que solo podremos lograr la paz si machacamos a los Pecadores.

—Señor, me han enviado para…

—¡Demeter! ¿Estás demasiado cansada para prestar atención?

Irritada, Khalani posó una mano en el brazo de Patreus, quien inmediatamente se lo agarró con brusquedad mientras llevaba la otra mano a su pistola.

Le apretó tan fuerte la muñeca que Khalani sintió que iba a rompérsela y ahogó un grito. Al darse cuenta de que era ella, Patreus la soltó igual de rápido que la había agarrado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

—Me ha enviado Marissa —declaró, no sin cierto fastidio—. Me ha dicho que recogiera vuestra ropa sucia, pero, si no me necesitáis, me iré encantada.

Patreus la examinó entornando la mirada y, acto seguido, asintió.

—Pregunta por ahí a ver si alguien quiere lavar el uniforme. Pero date prisa.

Sin decir una palabra, Khalani se dio la vuelta, ansiosa por alejarse de ese viejo cascarrabias. Avanzó hacia el círculo de espectadores, en el que se respiraba un ambiente cargado de nervios y anticipación. Durante un breve instante, le pareció que Takeshi desviaba su intensa atención hacia ella y que advertía su presencia en silencio.

Un nudo le atenazó el estómago al ver que el capitán aceleraba el ritmo. La chica contra la que combatía empezó a jadear.

Khalani tenía que marcharse de allí. Y rápido.

Los guerreros sudorosos, tanto hombres como mujeres,

arrojaron sin cuidado las prendas a su paso, como harían con una sirvienta. Khalani las recogió lanzándoles miradas de reproche.

Cuando, con los brazos llenos de camisetas empapadas de sudor y manchadas de vómito, llegó a la última persona, alguien le dio una palmada en el trasero.

—¡Eh, parásito, que te olvidas de mi ropa!

Un hombre corpulento, con el pelo castaño rizado y un rostro atractivo, se echó a reír junto a varios más. Estupefacta, Khalani se volvió con las mejillas ardiendo mientras aquellas asfixiantes carcajadas lo inundaban todo y sofocaban los sonidos a su alrededor.

Un brillo destelló en sus ojos y las manos le temblaron.

Khalani había pasado por demasiado, había sufrido a manos de demasiados hombres, como para permitir que alguien la tocara sin su consentimiento.

Soltó el fardo de camisetas, que cayeron al suelo, olvidadas.

Antes de que el tipo que se había reído tuviera la oportunidad de reaccionar, Khalani lo embistió y le estrelló el puño contra el rostro. El impacto le dio de lleno y la multitud ahogó un grito.

Un dolor punzante le recorrió los nudillos, pero Khalani lo ignoró. El hombre soltó un gemido y, con un destello de satisfacción, Khalani lo vio retroceder tambaleándose y sujetándose la nariz.

Sus amigos se agolparon en torno a él.

—¿Estás bien, Garret?

Este los apartó de un manotazo y se encaró con ella.

—Pero ¿a ti qué cojones te pasa? —gruñó.

—¿Sueles agredir a todas las chicas que pasan a tu lado? —replicó ella.

—Maldita zo…

Garret dio un paso adelante, pero algo tiró de él y le impidió avanzar.

Takeshi lo sujetaba por la nuca.

Con aire asustado, todos retrocedieron instintivamente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el capitán entre dientes.

—Te diré lo que ha ocurrido —empezó a lamentarse el hombre—. Esta zorra me ha pegado y… ¡Ay, joder!

Sin soltarle el cuello, Takeshi le acababa de dar una patada en la parte posterior de las piernas que lo había postrado de rodillas. A continuación, se inclinó y estrujó la nuca de Garret.

—¿Sabes cuántos huesos hay en tu cuerpo? Doscientos seis. Llámala así otra vez, y te los romperé todos, uno por uno.

Como respuesta, el hombre soltó un gemido. Takeshi alzó la cabeza y miró a Khalani.

—¿Qué te ha hecho?

Cruzándose de brazos, le contó la verdad.

—Me ha dado una palmada en el trasero.

Takeshi apretó el puño izquierdo mientras con la otra mano le oprimía aún más la nuca al hombre y le clavaba las uñas en la piel. Garret gimió de dolor mientras se retorcía e intentaba zafarse, pero sus esfuerzos solo sirvieron para alimentar la determinación letal de Takeshi.

Mirándolo como si fuera el mismísimo diablo, Takeshi sacó el afilado cuchillo que llevaba escondido en la bota.

—¡Steele! —gritó Patreus. La multitud se abrió paso para dejar entrar al viejo, que avanzó hasta el centro del círculo—. ¿Qué se supone que estás haciendo?

—Dijiste que querías que enseñara. Y eso es precisamente lo que voy a hacer —respondió con una voz baja y áspera que casi tenía frecuencia propia.

Se inclinó hacia Garret, que parecía estar a punto de orinarse encima.

—Pídele disculpas.

—Lo… lo… si… siento —balbuceó Garret, con la cabeza gacha.

—No. —Takeshi le levantó la cabeza de un tirón, obligándolo a encarar a Khalani—. Mírala a los ojos.

Con los labios temblorosos y un hilillo de sangre goteándole de la nariz, Garret logró pronunciar un ahogado «Lo siento».

Khalani se cruzó de brazos y se cernió sobre el hombre como si él fuera el parásito.

—Será mejor que no vuelvas a ponerle la mano encima a ninguna chica.

Garret asintió con vehemencia y suspiró aliviado.

Pero, entonces, Takeshi lo agarró por el cuello de la camisa, lo arrastró al centro del círculo y lo lanzó al suelo como si fuera un trapo. Garret se puso en pie a trompicones, advirtiendo con ojos aterrorizados que Takeshi avanzaba hacia él.

—¿Qué haces? ¡Ya le he pedido perdón y lo ha aceptado!

—Ella sí. —Takeshi se pasó el dorso de la mano por los labios—. Pero yo no.

Garret abrió los ojos de par en par cuando Takeshi se lanzó sobre él como una bala. Khalani apenas fue capaz de seguir sus movimientos mientras lo golpeaba en la cara, el pecho y las costillas. Garret lanzaba manotazos tratando de defenderse, pero sus esfuerzos eran en vano porque Takeshi se movía como un fantasma.

Finalmente, el hombre se hizo un ovillo, se cubrió la cabeza y rompió a llorar. Pero la ira de Takeshi aún no se había apaciguado. En absoluto.

Se colocó detrás de Garret, le rodeó el pecho con un brazo y le torció la muñeca.

La misma del brazo que Garret había usado para darle la palmada a Khalani.

Con un gesto salvaje, Takeshi le retorció el brazo y se lo inmovilizó a la espalda, lo que le arrancó al hombre un grito de agonía pura.

—¡Basta, Steele! Ya lo has dejado bastante claro —gritó Patreus.

Sin embargo, Takeshi hizo oídos sordos y siguió doblándole el brazo como si fuera a arrancárselo de cuajo.

El clic de una pistola atravesó el ambiente, y todos se quedaron inmóviles al ver que Patreus apuntaba a Takeshi. Con la pistola de Khalani.

—¡Basta!

No había sido Patreus el que había pronunciado la orden, sino ella.

Tal vez fuera por el tono que había utilizado o tal vez por el arma que le apuntaba a la cabeza, pero Takeshi soltó a Garret, que cayó al suelo sujetándose el hombro.

A Takeshi le subía y le bajaba el pecho, y tenía la mirada clavada en la pistola, sin tan siquiera pestañear. Volvió hacia Khalani sus ojos negros, llenos de resentimiento y veneno.

—He terminado por hoy —siseó Takeshi—. Si queréis que siga con vida, mantenedlo alejado de mí —advirtió señalando a Garret, que aún se retorcía en el suelo.

Sin añadir más, pasó junto a Patreus, que se aferraba de tal manera al arma que Khalani pensó que iba a romperla.

Todos permanecieron inmóviles, sin atreverse a hacer el más mínimo gesto.

Patreus fue el primero en recobrar la compostura y fulminó a los aprendices con la mirada.

—¿Qué estáis mirando? ¡A trabajar! Formad parejas para los ejercicios de combate. Garret, deja de llorar como una nenaza. —Como nadie se movía, añadió—: ¡Ya!

Khalani aprovechó el momento para alejarse de allí. Ignoró las miradas que algunos le lanzaron de soslayo, recogió el montón de ropa del suelo y se apresuró a regresar a sus tareas de limpieza.

Serene enseguida intuyó que algo iba mal.

Después de que Marissa la interrogara y sermoneara por haber tardado tanto, Serene le preguntó varias veces entre susurros si estaba bien.

Khalani le dijo que sí. Mintió.

Esa misma noche, con el diario de Ana entre los brazos, buscó un rincón tranquilo de la casa. Necesitaba escribir sus pensamientos desordenados.

Sin embargo, no podía quitarse a Takeshi de la cabeza.

Antes de irse, no la había mirado como su caballero andante.

La había mirado como si ella fuera la malvada del cuento.

¿Me ves?
¿Me ves de verdad?
¿Esa parte de mí que nadie conoce?
¿Esa parte que las cicatrices ocultan?
¿Ese corazón que ni me cabe en el pecho?

Siempre me he escondido,
porque no quería ni verme.
Vestía una piel que no era mía,
y, aunque lloraba por dentro,
por fuera sonreía
mientras avanzaba sin destino.

Hubo un instante, uno breve,

en que tus ojos traspasaron la coraza
y agujerearon mis trabajados muros.
Como si fueran puntos en la noche y tú un explorador,
supiste ver la luz en mí
donde yo solo veía la oscuridad
con la que había sido forjada.

Ahora perdono a la persona que fui
y acepto la que soy.
Y el silencio antes del amanecer
me susurra una verdad que solo yo oigo:
que mis sombras echan de menos tu cercanía
y la dulzura letal de tu ser.

12

Soy la tormenta que nunca viste venir.

Takeshi no se unió a ellos en el comedor esa noche. Khalani arremetía contra la comida con la frustración cociéndose a fuego lento y a punto de desbordarse. Pequeñas chispas de electricidad le recorrían los músculos, desesperadas por salir, y los hacían chisporrotear.

Tenía que descargar esa energía insoportable que la consumía. Y la sosa comida que le habían puesto delante no le bastaba.

Sus amigos la observaban con cautela, como si creyeran que en cualquier momento iba a estampar la cuchara de madera contra algo.

Finalmente, Khalani depositó bruscamente el cuenco sobre la mesa y los miró.

—¿Qué?

Serene, Adan y Derek fruncieron aún más el ceño. Brock lanzó un suspiro y le quitó el bol con aire despreocupado y resignado.

—¿Qué estás haciendo? —espetó Khalani.

—He tenido que servir a todo el mundo y, como tú no has tocado el plato, me lo comeré yo.

Brock se acercó el cuenco, pero Khalani se lo arrebató y a punto estuvo de derramarse el contenido sobre la camisa.

—Será mejor que no te metas entre mi comida y yo o no dudaré en asfixiarte con la almohada mientras duermes.

—¿Tienes la regla o qué? —preguntó Brock al tiempo que ladeaba la cabeza.

Khalani se aferró aún más al cuenco, dispuesta a lanzárselo al rostro, pero Derek le puso una mano sobre el hombro para calmarla.

—Venga, venga, relajémonos un poco.

—De eso nada. Cuenta conmigo para matarlo —intervino Serene.

—Nadie va a matar a nadie —aseguró Adan con aire enojado—. Tenemos que permanecer unidos o nunca llegaremos a Hermes sanos y salvos.

—¿Va todo bien?

Khalani casi se cayó de la silla al oír la voz de la jefa, que había aparecido de repente a su espalda.

—Sí —murmuraron todos al unísono.

La jefa se quedó mirándolos durante unos segundos, pero no insistió.

—Bien, si habéis terminado de comer, acompañadme a la enfermería. Ari me ha dicho que vuestra amiga se ha despertado.

Khalani se puso en pie de golpe y, con el corazón a punto de salírsele del pecho, siguió a la jefa hasta el edificio azul.

En cada paso que daba resonaban la esperanza y el miedo que crecían en su interior.

Subió las escaleras de dos en dos, rebasando a todos. El nudo que sentía en el estómago no se deshizo hasta que entró en el dormitorio y vio a Winnie incorporada en la cama, con los ojos castaños abiertos.

—Khalani, mi niña —dijo la anciana sonriendo.

A Khalani se le humedecieron los ojos, y no le importó que los demás lo notaran. Se apresuró a ir hacia la cama y se dejó caer de

rodillas. Con el máximo cuidado, abrazó a Winnie, que tenía una venda blanca en el hombro y llevaba un cabestrillo en condiciones.

—Estás viva —susurró con un hilillo de voz.

—Pues claro, querida. El amor es más poderoso que la muerte, ¿lo recuerdas? Winnie no podía permitir que escribieras esta historia sola.

La anciana le sonrió con una calidez digna de una madre.

Khalani abrazó a Winnie como si no hubiese nadie más en la Tierra. Oyó que los demás entraban. Por turnos, todos se acercaron a ella y estrecharon a Winnie entre sus brazos; incluso Brock, que acostumbraba a guardar más las distancias.

Su propia familia disfuncional.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ari, dando un paso al frente con un brillo de ternura en la mirada.

Winnie se enderezó y esbozó una sonrisa radiante.

—En plena forma. Winnie está lista para volver a la carretera.

A Khalani no se le había pasado por alto la ligera mueca de dolor de la anciana al incorporarse.

—No, no. Aún no. —Con un gesto suave, Ari la apremió a recostarse de nuevo—. Necesitas descansar un par de días más para recuperarte de la infección.

—Tonterías. Winnie podría correr un maratón ahora mismo —objetó.

—¿Qué es un maratón? —preguntó Derek.

—Por lo que he sacado de mis investigaciones del Gran Colapso, era la manera para referirse en clave al infierno.

—Muy de mi estilo —respondió Brock sonriendo.

—Sí, claro… —Serene lo fulminó con la mirada.

Mientras hablaban, Khalani contempló a Winnie como si fuera una obra de arte perdida y se le humedecieron los ojos. Respiraba

mejor. No parecía tener la piel tan tirante.

—Te he echado tanto de menos… Me temí lo peor. No sabía qué hacer —balbuceó.

Con un gesto lleno de dulzura, la anciana rodeó el rostro de Khalani con sus dedos fríos.

—Winnie no ha dejado de pensar en ti, incluso en sueños. Has sido muy muy valiente y fuerte.

Khalani negó con la cabeza.

—No lo he sido. He pasado mucho miedo.

—Ahora ya está, mi niña. Los miedos no siempre son malos. Nos recuerdan el motivo para seguir adelante.

Khalani reprimió el llanto y, justo en ese momento, la jefa se acercó a ellas.

—Es tarde, y Ari tiene razón: debemos dejarte descansar. Y vosotros tenéis que regresar a la casa.

Winnie empezó a refunfuñar que estaba perfectamente y que se sentía fuerte hasta para cabalgar a lomos de un dragón, significara eso lo que significase, pero acabó por recostarse de nuevo.

—¿Puedo quedarme con ella? —preguntó Khalani.

—No creo que sea buena idea —dijo Ari con aire evasivo.

—Solo esta noche —suplicó—. Es como una madre para mí. Por favor… Deja que me quede con ella solo por esta noche.

Ari se volvió hacia la jefa con un brillo de ternura en los ojos, y esta última observó a Khalani durante unos segundos. Vio algo en su expresión que le hizo lanzar un suspiro.

—Está bien. Una noche —accedió.

Cuando Serene le dio un beso en la coronilla y los otros se despidieron de ella con un abrazo —excepto Brock, que se limitó a desearle las buenas noches alzando el mentón—, una ligera sonrisa adornaba los labios de Khalani.

Se acostó junto a Winnie sobre las mantas. Ari apagó la luz de la mesita y entornó la puerta dedicándoles una amable sonrisa.

En la tranquila oscuridad, Winnie buscó con su mano fría la de Khalani. Sin dudarlo, la joven entrelazó sus dedos con los de la anciana, casi como si fueran dos piezas de un rompecabezas que encajaban a la perfección.

Por primera vez, el peso que tenía en el pecho se disipó y sintió que su corazón flotaba, como si fuera la pálida luna que presidía el firmamento.

—¿Winnie? —susurró mirando hacia arriba.

—¿Sí, querida?

—¿Cómo se llaman esos puntitos blancos que salen de noche junto a la luna?

Khalani intuyó que Winnie esbozaba una sonrisa.

—¿Te refieres a las estrellas?

—Estrellas. —Khalani saboreó la palabra—. ¿Qué son?

—Son como nuestro Sol, pero brillan a millones de kilómetros de distancia en el espacio. Algunas de ellas también tienen planetas como el nuestro orbitando a su alrededor.

—¿Como el nuestro? —Se volvió hacia Winnie, extrañada—. ¿Y en ellos también vive gente?

—Cuando ocurrió el Gran Colapso aún no lo habían averiguado. No sabían si estábamos solos en el universo o si ahí fuera existían otras criaturas, puede que incluso haciendo lo mismo que nosotras en este preciso instante.

Winnie le apretó la mano.

—Pues, si es así, también lo estarán sintiendo.

—¿El qué?

—Lo que hace que valga la pena.

Esa fue la primera noche que Khalani pasó en la superficie sin una de sus horribles pesadillas. Durmió aferrada a la mano de la anciana, lo único que evitaba que se derrumbara.

Por la mañana, Ari apareció en la habitación y, con expresión pálida y contrariada, informó a Khalani de que debía retomar su cometido con la colada. Ella protestó. Quería quedarse más tiempo. Pero Winnie le apretó la mano.

—Ve, querida —insistió con voz cansada—. Winnie no se moverá de aquí.

Khalani se pasó los dos días siguientes lavando ropa con Serene y visitando a la anciana por la tarde. Ari parecía muy animada ante el progreso de Winnie, pero seguía insistiendo en que aún necesitaba un par de días para recibir el alta.

Takeshi se mantenía esquivo y apenas se dejaba ver. No los acompañaba a la hora de comer y entraba en la casa cuando la luna ya estaba en lo más alto; luego se duchaba y dormía en el suelo del salón sin protestar.

No le había dirigido ni una mirada a Khalani, y mucho menos le había hablado. Había vuelto a ser frío y distante, tratándola como solía hacer en Braderhelm. Una tarde, Khalani se acercó a la zona de entrenamiento. Los alumnos la evitaron como si estuviera cubierta de pinchos venenosos. Advirtió que todos estaban pendientes de Takeshi, como si temieran ganarse un viaje de ida al infierno por atreverse a mirarla.

Cuando pasó ante él, Takeshi le clavó unos ojos más punzantes que el cuchillo que llevaba en las botas. Sin embargo, enseguida retomó el entrenamiento de sus discípulos con Patreus y, en un tono cargado de severidad y amargura, empezó a dar órdenes que

resonaron por todo el campo.

El primer cambio se produjo la noche siguiente, cuando se unió a ellos en el comedor, algo que no había hecho en días.

Tenía el pelo moreno revuelto y el sudor le perlaba el rostro. Bebió un vaso de agua, y Khalani advirtió las abultadas venas en los antebrazos y la nuez que se le marcaba en la garganta al tragar.

Era una verdadera injusticia que alguien como él pudiera resultar incluso más atractivo empapado como estaba en sudor y con ese aspecto desaliñado. En cambio, ella, después de un intenso entrenamiento, acababa sin aire en los pulmones y con el pelo encrespado, como si le encantara abrazar vallas eléctricas durante su tiempo libre.

Sin embargo, pese a todo su encanto, Takeshi desprendía una energía caótica que hizo que todos se sintieran incómodos mientras él comía en silencio.

—Eh, tío, ¿qué tal? No te hemos visto mucho últimamente —dijo Adan, rompiendo el silencio ensordecedor.

—Estoy bien.

Takeshi apenas alzó la mirada y siguió comiendo del cuenco como si fuera su última cena. Como si deseara escapar en cuanto fuera posible.

—¿Qué tal va el entrenamiento? —preguntó Derek.

—Bien.

—¿Y sus guerreros?

—Bien.

—¿Qué tal te trata Patreus? —intervino Serene—. ¿Supongo que… bien?

—Sí.

Exasperada, Serene negó con la cabeza y Derek soltó una risita.

Khalani jugueteó con la cuchara, apartando las judías como si

pudieran cobrar vida como por arte de magia.

De repente, un estruendo ensordecedor recorrió la sala, como si el mismísimo Dios acabara de dar un puñetazo sobre la Tierra.

Khalani ahogó un grito y se puso en pie de golpe al mismo tiempo que lo hacían Serene, Derek y Adan.

Los demás permanecieron sentados y los miraron como si hubiesen perdido el juicio.

—¡¿Qué demonios ha sido eso?! —exclamó Khalani.

Un fuerte repiqueteo empezó a sonar contra el tejado, y se apresuró a alzar la mirada hacia el techo, preocupada por si se desmoronaba sobre sus cabezas.

—Es una tormenta. —Brock se recostó con despreocupación—. Ya he vivido varias en la Zona Muerta.

—¿Y… qué ha sido ese estruendo? —dijo Serene con un hilillo de voz, aferrándose a la mano de su hermano.

—Un trueno.

Era Takeshi el que había respondido.

Derek se volvió hacia él con aire extrañado.

—¿Cómo puedes saber tú cómo suena un trueno?

Takeshi guardó silencio, pero Khalani ya conocía la respuesta. Había vivido en Génesis. Y, aunque la cúpula que rodeaba la ciudad reflejaba un cielo sereno y protegía a sus habitantes de la supuesta radiación, no debía de ser inmune a las tormentas.

Khalani había estudiado los rayos y la lluvia en la escuela, pero, al haber pasado toda la vida bajo tierra, nunca los había experimentado en directo. Volvió a sentarse poco a poco, aunque, cada vez que el estallido de un trueno sacudía el edificio, daba un respingo y tenía que reprimir las ganas de esconderse debajo de la mesa de madera.

Takeshi terminó rápidamente la comida y se puso en pie.

—¿De verdad te vas? ¿Con este tiempo? —preguntó Adan consternado.

Takeshi lo miró de reojo.

—Es solo lluvia.

Abandonó el comedor sin añadir palabra.

Al ver el lugar que acababa de dejar vacío, Khalani se mordió el labio para contener un impulso irrefrenable.

«Ignóralo».

Se pellizcó los labios, tratando de concentrarse de nuevo en el cuenco de comida que tenía ante ella. La lluvia seguía repiqueteando en las vigas de madera mientras el espacio vacío al otro lado de la mesa le devolvía la mirada.

«No pasa nada. Todo va bien», se dijo a sí misma.

Winnie estaba recuperándose. No había visto ni rastro de canibalismo. «Todo va… genial», se repitió, mirando de nuevo al lugar vacío.

Después de unos minutos, estampó la cuchara contra la mesa, incapaz de soportar la prolongada ausencia por más tiempo.

—¡¿Adónde vas?! —exclamó Brock al ver que se ponía en pie.

Khalani lo ignoró.

La tormenta rugió con más fuerza a medida que se acercaba a la salida. Abrió la puerta con manos temblorosas y se enfrentó a la furia de la naturaleza. El agua caía como si el mismo cielo se hubiera abierto. Ante la sobrecogedora escena, sintió el deseo de arrodillarse.

De niña, Khalani siempre imaginaba cómo sería que la lluvia le mojara la piel. Dejar que le empapara el pelo. Que se deslizara por sus dedos. Inclinar la cabeza hacia atrás y absorber la Tierra. Pero, al llegar al umbral, se quedó paralizada.

¿Y si dolía?

¿Y si, en ese espacio tan vasto y abierto, un trueno le destrozaba los tímpanos? Las nubes oscuras ante ella parecían monstruos al acecho, dispuestos a llevársela y devorarla.

Divisó una figura masculina vestida de negro que caminaba por el sendero con las manos en los bolsillos. Alzaba la cabeza, como si no le temiera a nada.

Debería darse la vuelta y regresar.

Sin demora.

No era recomendable enfrentarse a cosas tan letales.

Los dedos se le crisparon al ver que Takeshi se internaba más y más en la tormenta.

«Regresa al interior».

Tragó saliva. A punto de dar media vuelta.

Pero entonces, como si no controlara su propio cuerpo, cruzó el umbral.

El corazón se le desbocó cuando la primera gota de lluvia le rozó la piel. Se detuvo, esperando a que ocurriera algo espectacular o terrible, pero no pasó nada.

La lluvia era fría, casi reconfortante, y el miedo que había sentido dio paso a una extraña euforia. Avanzó otro paso, sintiendo la tierra húmeda bajo los pies.

Y, de repente, empezó a correr.

Un relámpago desgarró el cielo nocturno como si fuera un artista dando brochazos furiosos por encima de ella. Pese al aguacero, Khalani siguió corriendo.

—¡Takeshi! —exclamó.

Su grito casi se perdió en el aullido del viento.

Sin embargo, él se detuvo, clavó sus ojos oscuros en ella y frunció claramente el ceño.

—¿Qué haces aquí fuera, Kanes?

—Yo… yo…

No lograba articular palabra. Se detuvo ante él, balbuceando como una tonta mientras la lluvia le empapaba el pelo y le pegaba la ropa del color de la arena a la piel.

Takeshi apretó los labios al ver que Khalani era incapaz de explicar por qué lo había seguido bajo el aguacero como si hubiera perdido el juicio.

—Vuelve con tus amigos —dijo con voz fría y distante, inclinando la cabeza y dándole la espalda.

Khalani apretó los puños, pero la energía que se arremolinaba en el aire prendió una llama en su interior y se dejó llevar.

—¿Por qué te empeñas en ignorarme?

—Yo no te ignoro.

—No me mientas.

Takeshi se detuvo, apenas mirándola de reojo.

—Es lo mejor.

—¿Para quién? ¿Para mí?

—Para los dos —espetó, volviéndose por completo hacia ella.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué? —preguntó alzando las manos.

—No tengo por qué darte explicaciones.

La mirada de Takeshi se endureció y se parapetó detrás de los altos muros que había construido con tanto esmero.

Era su escudo contra el mundo. Lo que no permitía que nada entrara.

Y menos, ella.

—Sí, sí tienes que dármelas, joder —replicó Khalani, furiosa, y redujo la distancia entre ellos—. Ya me dijiste que no hay nada entre nosotros. ¿Qué más tienes que perder?

Takeshi negó con la cabeza y dio media vuelta, decidido a marcharse y dejarla ahí.

—Lo siento, Takeshi, pero esta vez no vas a huir.

—¡Basta, Kanes! —exclamó él, girando sobre sus talones con los ojos ardiendo de furia—. Tienes que aprender a rendirte.

—¡No! Si no recuerdo mal, una vez alguien me hizo creer que era lo bastante fuerte como para no rendirme nunca. ¿No lo recuerdas?

Takeshi se estremeció, como si sus palabras lo hubieran transportado a sus agotadoras sesiones de entrenamiento en Braderhelm. Cuando él no era más que un guardia, y ella, su prisionera.

Nada en aquella fragmentada relación había sido sencillo.

A veces, Khalani lo había sorprendido observándola como si la encontrara perfectamente imperfecta. Como si no quisiera cambiar nada en ella. Nada en absoluto. Otros días, en cambio, la fulminaba con la mirada como si fuera su peor enemiga y lo que más lamentaba de su vida.

En el fondo, sabía que debía pasar página.

Pero Khalani necesitaba respuestas.

Necesitaba poner punto final.

Para poder rendirse también.

—Dime por qué me odias tanto y te dejaré en paz para siempre.

Apretó los puños; estaba a punto de perder el control y de romper a llorar.

—¿Es eso lo que crees, que te odio?

Takeshi pronunció esas palabras con un tono peligrosamente grave, al tiempo que clavaba los ojos en los de Khalani.

—Lo sé.

Un extraño destello de locura brilló en la mirada de Takeshi, que dio un paso hacia ella e invadió su espacio, como si le perteneciera.

—Tú no sabes nada, Kanes. ¿Quieres saber qué es lo que odio? Odio perder el control. Odio obsesionarme con algo que nunca

tendré. ¿Y sabes qué más odio? Esta maldita conversación. Sabes que no te convengo y, pese a ello, sigues insistiendo porque te gustan las personas que te hacen daño.

—Eso… Eso no es verdad.

—Sí, sí lo es. Cuando nos conocimos, ya querías encontrarte con la muerte. Y ahora estamos aquí, en la superficie, y sigues queriendo lo peor de lo peor en la vida.

Un trueno retumbó de forma amenazante sobre sus cabezas.

Aunque apenas podía respirar y sus palabras le apuñalaban el alma, Khalani alzó la barbilla, negándose a dar su brazo a torcer.

—¿De verdad te tienes en tan poca estima que crees que eres lo peor que podría pasarme?

Takeshi tensó los músculos. Se lamió las gotas de lluvia de los labios y la observó como un hombre que hace lo posible para que no lo abran en canal.

—Sé que lo soy, Kanes. Ascendí al rango de capitán porque era despiadado, un soldado obediente y dispuesto a destrozar a quien se pusiera por delante. Lo único que me importaba era encerrar prisioneros en Braderhelm. Ese era mi deber. Nada más. Pero entonces llegaste tú y… —Resopló y negó con la cabeza, como si ya todo diera igual—. Traté de convencerme de que no era un monstruo. De que solo hacía daño cuando era necesario, pero los dos sabemos que eso es mentira. Podría haber evitado que el alcaide matara a los prisioneros, pero ni siquiera lo intenté. Lo único que hice fue asegurarme de que no estuvieras entre ellos.

Por instinto, Khalani se puso tensa, esperando el golpe final, la verdad que sabía que, tarde o temprano, iba a llegar. Pero necesitaba oírla, por cruda o dolorosa que fuera. Prefería sufrir en voz alta que en silencio.

—Tenías razón sobre mí, Kanes. Soy un asesino y lo he aceptado.

Cuando el otro día ese cabrón te puso la mano encima, me quedé corto rompiéndole el brazo —escupió con rabia—. Quería destrozarlo, quemarlo vivo y obligar a sus compañeros a comerse las cenizas. Y, joder, me habría alegrado el día. Esa es la clase de persona que tienes delante. Así que, por una vez en tu vida, escoge bien y aléjate de una puta vez.

Las gotas de lluvia le caían de las espesas pestañas como si la Tierra llorara por él. Con el cielo desmoronándose sobre sus cabezas, sus respiraciones agitadas se acompasaron. Khalani asimiló lo que acababa de decir y dejó que calara en ella. Sin embargo, cuando alzó la mirada hacia esos ojos oscuros, no vio en ellos maldad ni crueldad. Vio otra tormenta. Un hombre que abría su alma al mundo, que se preparaba para que todos lo abandonaran. Porque eso era lo único que había conocido.

Quizá debería haberse marchado.

Quizá ver lo bueno en él solo le traería su perdición.

Pero Khalani se olvidó de la lluvia, que se había convertido en un simple murmullo sobre su piel, y dio un paso más.

—¿No tengo derecho a opinar sobre lo que más me conviene? —susurró.

—No si tomas la decisión equivocada.

—Ahí está tu mayor error.

Takeshi frunció el ceño.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

Khalani alzó la mirada, encarando la tormenta.

—Asumir que, después de haber estado encadenada, permitiría que otra persona dictara mi vida.

Takeshi la recorrió con su mirada negra, desde los mechones mojados que se le pegaban a las mejillas hasta la forma en que la blusa empapada se le adhería a la piel sin dejar nada a la

imaginación.

A pesar de que hacía frío, el calor que ambos emanaban ardía más que el sol y, por una vez, Khalani deseó fundirse en él.

Se inclinó hacia delante, esperando que él retrocediera y se marchara. Sin embargo, Takeshi la miró con un deseo insondable en sus ojos oscuros y bajó la cabeza.

Entonces, de repente, un silbido atravesó el aire, y Takeshi dio un respingo.

Khalani abrió de par en par sus ojos verdes al reparar en la flecha que sobresalía de la espalda de Takeshi.

13

La guerra empieza cuando se tiende una mano en busca de ayuda. Y la otra mano la golpea.

Takeshi se lanzó sobre Khalani y la protegió con su cuerpo cuando cayeron al suelo los dos. Se sucedieron los silbidos bajos de más flechas que pasaban rozándolos. Los guardias del muro empezaron a gritar al tiempo que una aguda alarma cortó el aire.

—¡Takeshi, tu espalda! —chilló Khalani, ahogando un grito.

Takeshi se estremeció levemente y, con un gesto rápido, se llevó la mano a la flecha, tiró de ella y la arrojó al suelo con expresión furiosa. Una luz tenue e intermitente resplandeció y chisporroteó en la punta.

Boquiabierta, Khalani vio que Takeshi se sacaba de debajo de la camisa una gruesa funda de piel para el cuchillo. Tenía un agujero.

Se quedó inmóvil, conmocionada.

Si hubiesen apuntado unos pocos centímetros más a la derecha…

—¿Cómo es…?

—Estoy bien, Kanes —la interrumpió Takeshi mirándola a los ojos —. Tenemos que largarnos de aquí.

En la calle, la lluvia caía sobre sus cabezas y Khalani se estremeció cuando unos gritos perforaron el aguacero, aunque todo

era muy confuso y apenas veía nada.

Giró la cabeza con brusquedad hacia la izquierda y se quedó helada al ver que dos pequeñas figuras caían del gran muro: sus alaridos se apagaron de repente al estrellarse con un golpe estremecedor contra el suelo.

Khalani oyó una voz espectral que le cantaba al oído una nana retorcida.

«Vas a morir. Vas a morir. Vas a…».

—¡Kanes, no me dejes! —Takeshi se agachó al lado de Khalani y la ayudó a levantarse. Le tomó el rostro entre las manos, obligándola a concentrarse solo en él, y sus ojos llenos de furia la atraparon—. ¡Tenemos que llegar a la casa! —exclamó, desviando la mirada hacia la casa amarilla en la que se alojaban.

No estaba lejos, pero las flechas seguían cayendo caóticamente a su alrededor y era casi imposible recorrer ese trayecto.

—Takeshi… —Khalani negó con la cabeza—. No… puedo.

Su cuerpo se negaba a moverse.

—Claro que puedes —afirmó con fuerza y con una fe en ella que superaba la suya—. No me separaré de ti. ¿O es que no me crees capaz de protegerte?

Un trueno retumbó sobre sus cabezas y la lluvia pareció caer a cámara lenta. Con el corazón desbocado, se sumergió en esos ojos negros y seguros, la única ancla que tenía en medio de la tempestad.

Y, en una fracción de segundo, lo supo.

Supo que, en la superficie de la Tierra, no existía otra persona capaz de protegerla mejor que Takeshi Steele.

Khalani asintió y Takeshi adoptó una expresión decidida, como si su confianza significara mucho para él.

Empuñando el cuchillo, escudriñó la zona, transformándose de

nuevo en el capitán implacable en el que lo habían convertido.

—Mantente con la cabeza gacha y corre. ¿Entendido?

Ella asintió, retrocediendo un paso al ver que una flecha aterrizaba a pocos centímetros.

—¡Ahora! —gritó Takeshi.

Khalani salió disparada, encogiéndose bajo las gotas de lluvia, que caían con más fuerza y se le clavaban en la piel como agujas heladas. El corazón le latía de forma irregular mientras corría sobre el cemento mojado más rápido de lo que había corrido jamás.

Una sinfonía de gritos, disparos y alaridos resonaba a través de la tormenta, pero Khalani siguió avanzando sin alzar la cabeza.

Takeshi no se apartó de su lado ni un segundo. Había posado una de sus enormes manos en la nuca de Khalani y la obligaba a avanzar.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Una mujer de mediana edad vestida con una prenda beis corrió hacia Khalani y Takeshi con el terror grabado en el rostro.

Khalani se detuvo en seco y le tendió la mano. Cuando las yemas de sus dedos estaban a punto de rozarse, una flecha se clavó de lleno en el pecho de la mujer. Khalani se quedó paralizada. Cuando la mujer se desplomó, con los ojos abiertos de par en par en una expresión de incredulidad, Khalani sintió que todo a su alrededor empezaba a dar vueltas.

Aunque ocurrió en apenas un segundo, a ella le pareció una eternidad. Takeshi la agarró del brazo y la arrastró hacia la casa amarilla. Abrió la puerta de una embestida y la empujó al interior.

En comparación con el caos que reinaba fuera, el interior de la casa estaba sumido en una calma y una oscuridad inquietantes. Temblando, pulsó el interruptor, pero no ocurrió nada.

—¿Takeshi? —dijo con la respiración entrecortada.

—Alguien ha cortado la luz —respondió él, al tiempo que aferraba el cuchillo con más fuerza y miraba a través de las persianas.

—¿Quién nos está atacando?

—No lo sé. —Empezó a sacar varias armas que llevaba en el cuerpo y le tendió uno de los cuchillos—. Quizá sea esa otra tribu que siempre mencionan. Los Pecadores.

Se le cayó el alma al suelo al recordar la perturbadora advertencia de la jefa: los Pecadores eran caníbales.

De repente, se puso rígida. Los demás se encontraban en el comedor, completamente desprotegidos.

Winnie estaba sola.

—Tenemos que regresar. Tenemos que volver a por el resto del grupo.

Se dirigió a toda prisa hacia la puerta, pero Takeshi le cortó el paso, colocándose ante ella como si fuera una barricada.

—Ni hablar.

—¡Apártate, Takeshi! Voy a ir.

—Por encima de mi puto cadáver.

—Si no te apartas, te…

La mano de Takeshi le cubrió de repente la boca.

—Silencio.

Su primer instinto fue morderlo, pero algo en su rostro la detuvo.

No la miraba a ella.

Estaba mirando hacia el pasillo, a su espalda. Khalani contuvo la respiración y, entonces, lo oyó.

Un leve crujido del suelo de madera. Otro.

El ruido sordo de una puerta que se cerraba.

No estaban solos.

Se le heló la sangre. Takeshi le posó un dedo en los labios y

Khalani asintió, sin atreverse a respirar.

Con los ojos entornados, Takeshi escrutó la estancia vacía. Avanzó sigilosamente unos pasos al tiempo que le indicaba con la palma de la mano que no se moviera.

Y dobló la esquina.

El silencio se extendió como si fuera un demonio de fauces abiertas que se acercaba despacio. Khalani empuñó el cuchillo que le había dado Takeshi con todas sus fuerzas. Siempre había pensado que la oscuridad le gustaba, que no la incomodaba, pero, en ese momento, las paredes sombrías que la rodeaban parecían haber cobrado vida. Como si la observaran. O la vigilaran.

Otro crujido. Khalani volvió la cabeza hacia el rincón más alejado de la estancia.

Nada.

Ni rastro de movimiento. La mano con la que sostenía el cuchillo le tembló.

Retrocedió un paso despacio, rozando con los hombros la puerta principal.

«¿Dónde estás? ¿Dónde?».

De repente, se oyó un estruendo.

Y, entonces, dos figuras cayeron rodando al suelo ante ella, sobresaltándola. Takeshi forcejeaba con un hombre enorme que llevaba una capa negra y una melena castaña hasta la cintura.

Takeshi no tardó en hacerse con el control de la situación. Se subió sobre el hombre y le colocó el cuchillo en garganta. Sin embargo, el tipo contratacó agarrándole las muñecas con manos temblorosas al ver el filo del cuchillo a escasos centímetros de su yugular.

Takeshi se resistió y siguió acercando el cuchillo a la garganta del hombre. El terror se reflejó en el rostro del desconocido, que gritó

pidiendo auxilio.

Unos fuertes pasos retumbaron desde el pasillo opuesto. Apareció una nueva figura. El recién llegado era más corpulento y llevaba la misma capa negra, una melena rubia más larga que la de Khalani y unos extraños tatuajes geométricos de color rojo por todo el rostro. Blandía una especie de hoz y, en cuanto distinguió las dos figuras en el suelo, se abalanzó sobre ellas.

Directo hacia Takeshi.

Khalani ni siquiera lo pensó.

Arremetió contra el hombre: le saltó a la espalda y empezó a apuñalarlo con todas sus fuerzas. El recién llegado soltó un gruñido y se quitó de encima a Khalani, que salió despedida.

Un agudo dolor le perforó el cráneo cuando dio con la cabeza en la esquina de la mesa.

Se le nubló la vista y todo se oscureció. Al llevarse una mano a la nuca, sintió que un líquido tibio la empapaba. Con un gemido, trató de agarrarse a la mesa para ponerse en pie, pero le fallaron las piernas.

El hombre se sujetó las costillas ensangrentadas y se volvió hacia ella. Soltó un gruñido, enseñando unos dientes amarillos e irregulares, y alzó la hoz sobre la cabeza de Khalani, dispuesto a rebanársela. Ella levantó el antebrazo en un gesto inútil para bloquear el golpe y rezó para que fuera una muerte rápida e indolora.

Sin embargo, el hombre se quedó rígido y la sangre empezó a brotarle de las comisuras de los labios. Khalani retrocedió a trompicones cuando su pesado cuerpo se desplomó bocabajo con un estruendo sordo. Al ver que tenía un cuchillo clavado en la espalda, abrió los ojos de par en par.

Takeshi estaba detrás de él, con el brazo aún extendido después

de lanzar el arma.

El otro desconocido estaba tumbado en el suelo, muerto, con un tajo en la garganta que iba de oreja a oreja.

Khalani trató de ponerse en pie, pero vaciló.

Takeshi se acercó a toda prisa, apartando al hombre de una patada.

Se acuclilló, le rodeó el rostro con las manos y la miró.

—¿Estás bien, Kanes?

Ella asintió y se puso en pie con aire inseguro. Dio un paso al frente y se tambaleó, como si estuviera debajo del agua.

De repente, unos fuertes brazos la auparon e, ignorando sus protestas, Takeshi se encaminó hacia la puerta.

—Estoy… bien… —balbuceó, llevándose la mano hacia el agudo dolor que sentía en la cabeza. Se sorprendió al retirarla y ver que aún estaba manchada de sangre.

Takeshi le lanzó una mirada penetrante.

Se volvió hacia los hombres, como si una parte de él quisiera depositarla en el suelo y retroceder para ensañarse con sus cadáveres y provocar una carnicería. En cambio, se dirigió hacia la puerta principal, aunque no la abrió.

Se dio la vuelta, se apoyó en ella y se deslizó hacia el suelo, abrazando a Khalani contra su pecho.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó ella en voz baja.

—Esperaremos hasta que esté despejado.

—Oh.

Aún se oían amargos gritos y ruido de escaramuzas, pero iban disminuyendo. Con cierta timidez, Khalani apoyó la cabeza en la base del cuello de Takeshi y aspiró. Le pareció que él la estrechaba aún más contra su pecho, pero tal vez solo se lo estuviera imaginando.

No habría sabido decir cuánto tiempo permanecieron allí, esperando. Minutos, quizá horas.

Antes de que todo se fundiera a negro, elevó una oración en silencio a los cielos, rogando que, si Dios estaba allí fuera y la oía, cuidara de su familia.

Líquido. Un líquido frío le bajaba por la garganta. Una mano le sostenía la cabeza. Otra le acariciaba la pierna.

Despertó de repente, tosiendo en el vaso de cristal que tenía apoyado en los labios.

Ari dio un respingo. Su palidez contrastaba con las manchas de sangre que le salpicaban el vestido azul. El pelo rubio, que por lo general llevaba pulcramente peinado, estaba enredado y unos mechones sueltos se escapaban de la coleta.

—Eh, estás bien —susurró otra voz—. Estamos aquí contigo.

Al girar la cabeza hacia la derecha, vio a Serene arrodillada junto a la cama. Winnie estaba sentada en una silla a su lado. Ambas se aferraban a sus manos con evidente alivio.

—Hola, mi niña —dijo Winnie estrujándole los dedos.

—Winnie… Serene. —Las miró a ambas con extrañeza—. ¿Qué… ha pasado? ¿Qué hacéis aquí? ¿Dónde está todo el mundo?

Trató de incorporarse, pero Ari se lo impidió y la obligó a recostarse de nuevo con un gesto amable.

—Tranquila. Hemos tenido que darte unos puntos en la parte posterior de la cabeza, así que nada de movimientos bruscos.

Khalani echó una ojeada a su alrededor y reconoció la habitación en la que había dormido las últimas noches. Miró hacia la puerta, y Serene enseguida comprendió lo que estaba pensando.

—Derek, Adan, Brock y Takeshi están en el pasillo. Ari insistió en que fuéramos pocos en la habitación. Después de la batalla, la jefa ordenó que todo el mundo permaneciera en casa por si aún quedaban Pecadores —explicó Serene endureciendo la mirada, como si estuviera reviviendo aquella maldita y larga noche.

—¿Qué os pasó a vosotros? —preguntó Khalani con el corazón desbocado—. ¿Cómo escapasteis?

—Cuando oímos la alarma, Brock nos llevó a la cocina y atrancó las puertas. Después se unió a la jefa y a sus guerreros durante el combate —respondió Serene, tratando de ocultar el respeto que sentía.

Khalani contuvo la respiración y miró a Winnie, que parecía desolada. Cansada. Aunque un rubor le teñía las mejillas, se apresuró a cerciorarse de que no la habían herido de nuevo.

—Winnie está bien, querida —la tranquilizó la anciana—. Ari le estaba mirando el vendaje cuando todo empezó. Nos encerró en el baño, donde estuvimos horas esperando a que la batalla terminara.

Khalani se volvió hacia Ari y, durante un instante, vaciló al ver lo abatida que estaba. En sus ojos se reflejaba la pérdida, el miedo y la rabia en sus versiones más intensas.

—Gracias por cuidarla —dijo Khalani con franqueza.

Ari asintió con la cabeza.

—Tengo que ir a ver a los otros pacientes. La jefa os está esperando. Cuando te sientas mejor, reuníos con ella en la cabaña de troncos.

Serene miró extrañada a Ari; al parecer, esa información también era nueva para ella.

Al poco rato de que la enfermera se hubiese ido, Khalani se puso en pie y advirtió que su ropa ensangrentada había desaparecido y que ahora llevaba un conjunto limpio de prendas de color beis.

Se preguntó si había sido Takeshi quien la había cambiado.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Solo durante la noche y parte de la mañana —respondió Serene—. Probablemente ya sea mediodía. ¿Estás segura de que puedes caminar? ¿No quieres descansar un poco más?

—No, no quiero descansar.

Se negaba a quedarse postrada sin hacer nada, y menos cuando había gente inocente herida.

Khalani se movió con cuidado al notar la tirantez de los puntos en la cabeza recién suturada.

Nada más abrir la puerta, cuatro hombres se pusieron en pie de inmediato. Ahogó un grito cuando Derek y Adan se abalanzaron sobre ella y le dieron un fuerte abrazo.

—Casi nos matas del susto, Khalani. Creo que no soportaría perderte. ¿Quién se reiría de mis chistes malos? —admitió Adan.

—Tiene razón. —Derek le dio un apretón en el antebrazo, como si necesitara asegurarse de que era de carne y hueso—.Dios sabe que no soy capaz de aguantarlo las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Y, sin ti, todo se desmorona.

Aún no había tenido tiempo para asimilar aquellas dulces palabras cuando la soltaron y Brock le dio una palmada en el hombro.

—¿Cómo te encuentras?

En su capa se apreciaban unas manchas de sangre seca. Se comportaba con actitud serena, pero parecía demacrado, como si la larga noche de batalla le estuviera pasando factura.

—Estoy bien —reconoció ella en voz baja.

Casi sin proponérselo, desvió la mirada hacia Takeshi.

Estaba apoyado contra la pared, vestido con el uniforme negro. Se le marcaban las ojeras y tenía el pelo revuelto, como si se

hubiera pasado toda la noche peinándoselo con los dedos. La tensión en su rostro se intensificó al mirarla.

El aire se espesó y Khalani sintió que se le formaba un nudo en la garganta. El espacio que los separaba pareció expandirse, estirarse kilómetros y kilómetros.

Y se dio cuenta de que eso no le gustaba.

Se acercó a él.

Takeshi frunció el ceño, pero permaneció completamente inmóvil mientras la distancia entre ellos se reducía. Su expresión era glacial. Cautelosa.

Khalani siempre había evitado el contacto físico. Después de que sus padres murieran, había dejado de dar abrazos o incluso de estrechar la mano; prefería quedarse en un segundo plano y se preguntaba cómo otros podían tocar con tanta facilidad a desconocidos.

Se había acostumbrado poco a poco a los abrazos de Serene, Derek, Adan y Winnie, que la consolaban y le garantizaban que no estaba sola. Pero era extraño que fuera ella quien iniciara el contacto.

Los abrazos estaban en un terreno demasiado íntimo. Peligroso.

Entendía el sexo. Era un intercambio entre dos cuerpos que solo deseaban desconectar de la realidad durante unos instantes. Los rostros tenían poca importancia. La persona tenía poca importancia. De hecho, ninguna importancia, siempre y cuando esas transacciones no se hicieran desde el corazón.

Pero el de Khalani ya no estaba dormido.

Latía con un ritmo constante, como si fuera un tambor, y, cuando miró a Takeshi, quiso comunicar con el cuerpo lo que sus labios eran incapaces de pronunciar.

Sin pensarlo, lo abrazó.

Takeshi tensó todo el cuerpo y mantuvo los brazos a los costados, como si no supiera qué hacer. Como si, al igual que ella, temiera el abrazo.

Sin embargo, Khalani susurró:

—Gracias por protegerme.

El corazón de Takeshi retumbaba contra su oído. Y, entonces, con mucha cautela, él la abrazó.

No dijo nada. Pero podía oír sus palabras en todas partes.

En la forma en que la abrazaba. En las yemas de sus dedos.

Visto desde fuera, ese instante de contacto podría haber parecido insignificante. Al fin y al cabo, un abrazo es solo un abrazo.

Pero a ella le pareció una tregua, por efímera que fuera. Retrocedió un poco, y él la soltó.

Khalani se volvió hacia los demás, temerosa de lo que podía ocurrir si permitían que el instante se prolongara.

—Ari ha dicho que la jefa nos espera en la cabaña de troncos. —Hizo una mueca—. Deberíamos ir a ver qué quiere de nosotros.

Los otros asintieron.

Cuando cruzaron la puerta, se sorprendió al ver que Ferren y Jared no estaban ahí, montando guardia.

Echó un vistazo a su alrededor y le temblaron las piernas.

La que una vez había sido una calle pintoresca ahora era una escena de destrucción.

Varias casas habían ardido, había flechas tiradas en el suelo y basura esparcida por todas partes.

Se retorció las manos mientras avanzaban por el pueblo devastado.

La señal que indicaba que aquello era la avenida Feliz yacía convertida en un montón de escombros sobre el cemento, como si también hubieran destruido la alegría de Oasis. La mayoría de los

habitantes permanecían en sus casas, si es que aún estaban vivos.

Otros se apostaban ante las puertas abiertas, entornando los ojos al ver pasar a Khalani y su grupo.

Antes los aldeanos los habían tratado con desdén y miedo.

Pero ahora les lanzaban miradas envenenadas, llenas de odio puro.

Dio un respingo y aceleró el paso, sin plantearse qué daño habían provocado para merecer tanta hostilidad.

El olor amargo del humo y de la muerte se intensificó a medida que avanzaban por la bruma.

Y pronto supo la razón.

En el claro donde habitualmente entrenaba Takeshi con Patreus, había una pira. Khalani no comprendió cuál era su propósito hasta que vio a dos guardias lanzando un cuerpo a las llamas.

Estaban quemando a los caídos.

Por lo que pudieron comprobar, había cincuenta cadáveres como mínimo.

Khalani se llevó una mano a la boca, y todos se detuvieron a contemplar la magnitud de la carnicería nocturna.

Familias enteras habían fallecido. Hombres. Mujeres. Niños.

Se le humedecieron los ojos al recordar la ejecución en masa de los prisioneros de Braderhelm.

Al recordar a sus padres…

—La jefa os está esperando —anunció Ferren ante la cabaña de troncos con la voz impregnada de dolor y con la melena castaña suelta en lugar de peinada con la habitual coleta.

—Ferren… —Khalani frunció el ceño—. ¿Dónde está Jared?

Al hombre se le escapó un sonido ahogado.

—Jared… ha… —Ferren fue incapaz de terminar y engulló sus palabras—. Por favor, entrad.

Todos intercambiaron miradas de preocupación cuando pasaron ante él y entraron en la cabaña. En el interior reinaba el caos.

Todas las mesas estaban bocabajo, excepto la principal, sobre la que se cernía la jefa, estudiando un mapa con aire concentrado.

Llevaba el pelo rojo peinado en dos elaboradas trenzas que le colgaban por detrás de las orejas. Su rostro angular y bronceado estaba salpicado de mugre, y tenía unas pronunciadas ojeras.

A su lado se encontraba Patreus, junto a otros guerreros. Varias voces se enfrentaban en una discusión acalorada.

—Deberíamos atacarlos esta noche —exclamó alguien, golpeando la mesa con el puño.

—¿Y cómo se supone que haremos eso, Rayard? —lo reprendió Patreus—. Hemos perdido a la mitad de nuestras fuerzas, y los Pecadores cuentan con armas mucho más avanzadas.

—Tenemos que reagruparnos, reconstruirlo todo y concentrarnos de nuevo en nuestra misión —declaró otra mujer mirando con determinación a la jefa.

—Pero han encontrado la forma de franquear el muro. No podemos concentrarnos en nuestra misión a menos que lo hagamos más alto.

—¿Cuánto tardaríamos en hacerlo? ¿Meses? ¿Años? Estaremos muertos antes de lograrlo. Necesitamos una solución más rápida.

—¡Basta! —La voz de la jefa puso fin a la discusión—. Tenemos visita. Y puede que sean la respuesta a nuestro problema.

Su mirada se posó en Khalani y en los demás, que estaban en pie, rígidos, esperando a que el suelo se los tragara aún más.

Con un ademán, la jefa les pidió que se acercaran.

—Jefa… —dijo Patreus con tono inquieto—. No creo que esto sea buena idea. Ya sabes que no podemos…

—Silencio —lo interrumpió ella alzando la mano.

Paseó la mirada por cada uno de ellos y la detuvo en Brock.

—Mis guerreros y yo queremos agradecerte la ayuda que nos prestaste anoche. Se habrían producido muchas más bajas si no hubieras luchado a nuestro lado. Estamos en deuda contigo.

Brock no respondió; se limitó a asentir con brusquedad y se cruzó de brazos. A continuación, la jefa dirigió su atención hacia Khalani y Takeshi.

—Y ya sabemos que matasteis a dos Pecadores en la casa. Sus tatuajes indican que eran parte de las fuerzas de élite. De haber sobrevivido, habrían provocado aún más daño y destrucción. También gozáis de nuestro reconocimiento.

La jefa bajó la cabeza en señal de respeto.

Tanto Khalani como Takeshi asintieron, pese a que era Takeshi quien de verdad lo merecía.

Aunque reinaba un silencio tenso, la siguiente pregunta de la jefa hizo que el aire de la estancia se detuviera.

—¿Cuánto tardaríais en llegar a Hermes?

Todos los presentes, incluso sus guerreros, se volvieron de golpe hacia ella, como si no la hubieran oído bien.

—Unos pocos días —respondió Brock.

La jefa asintió despacio con la cabeza, sin apartar de ellos sus ojos de acero.

—Una vez me dijisteis que podíais traernos armas de Hermes. ¿Seguís dispuestos a hacerlo?

La jefa apoyó las manos sobre la mesa y miró a Khalani, cuyo pulso se aceleró al darse cuenta de lo que les estaba ofreciendo. Una vía de escape.

—Así es —respondió Khalani—. Si nos dejáis ir a Hermes, regresaremos con todo aquello que encontremos que pueda ayudaros a combatir a los Pecadores y a proteger a vuestro pueblo.

En cuanto pronunció esas palabras, un murmullo surgió entre los hombres y mujeres de Oasis.

—No podemos confiar en ellos, jefa. ¡Son habitantes del subsuelo! —exclamó una chica con tono desdeñoso.

—¿De verdad crees que volverán? —se mofó otro hombre.

—¡Deberíamos eliminarlos antes de que tengan la oportunidad de acabar con nosotros! —soltó una voz grave entre los presentes.

—¡Basta! —La jefa dio un puñetazo en la mesa y silenció el caos, captando la atención de todos—. ¿Habéis olvidado por qué estamos aquí? —Contempló a sus guerreros con la decepción grabada en el rostro—. ¿Cuál es nuestro propósito?

Algunos de los presentes bajaron la mirada, mientras que otros fulminaron a Khalani y al resto del grupo.

—Si se me permite preguntar, ¿cuál es? —interrumpió Adan con el ceño fruncido.

Khalani advirtió que Patreus palidecía, pero la jefa respondió con amabilidad.

—La paz. Ese ha sido siempre nuestro objetivo. Pero hemos aprendido que, para lograrla, a veces se requiere cierta cantidad de violencia. —Se volvió hacia Khalani—. Por eso necesitamos más armas, para poder enfrentarnos a los Pecadores. Sin embargo, a mi gente no le falta razón. No hay manera de saber si regresaréis.

—Juro por mi vida que regresaremos. Tienes mi palabra de que lo haremos —declaró Khalani dando un paso al frente.

La jefa se dio golpecitos en la barbilla con el dedo y los escrutó con sus intensos ojos verdes, pero Khalani le sostuvo la mirada y permitió que juzgara su sinceridad.

El pueblo de Oasis los había alimentado, los había vestido y les había dado cobijo. Y, lo más importante, le había salvado la vida a Winnie. Lo único que podía hacer que Khalani no cumpliera su promesa era la muerte.

La jefa paseó la mirada por el grupo y la posó en una persona en particular.

—Permitiremos que partáis hacia Hermes con una condición. Él se quedará.

Conmocionada, Khalani se volvió y vio que se refería a Derek.

—¿Yo?

Derek se llevó la mano al pecho con ojos abiertos de par en par.

—Sí. Tú nos servirás de garantía en caso de que el resto de tus amigos dude en cumplir con su palabra.

—Pero ¿por qué yo?

—Eres científico, ¿verdad? —La jefa ladeó la cabeza—. Nos serás útil.

—Pero si yo nunca he dicho que fuera… —Derek hizo una pausa y se puso rígido—. ¡Nos habéis estado escuchando, habéis oído nuestras conversaciones en la casa!

—¿De verdad pensabas que no íbamos a tomar medidas adicionales para proteger a nuestro pueblo, habitante del subsuelo? —Uno de los hombres junto a la jefa soltó una carcajada—. Tenemos oídos por todas partes.

A Khalani le empezaron a temblar las manos y su determinación amenazó con hacerse añicos.

—No —negó con rotundidad—. No vais a quedaros con Derek ni con nadie. Si alguien se queda, esa soy yo.

—Ni hablar —objetó Serene—. No pensamos dejar a nadie atrás.

—Entonces ninguno de vosotros se irá. Solo lo queremos a él. Esas son nuestras condiciones.

Sin admitir discusión, la jefa se enderezó.

Khalani negó con la cabeza al tiempo que sentía que las paredes de madera de la cabaña se cernían sobre ella y la asfixiaban. En prisión, cuando nadie se había fijado en ella ni le había prestado atención, Derek la había visto realmente, la había comprendido; había sido la persona en la que siempre había podido confiar. Sin él, puede que nunca hubiera escapado del cautiverio.

Dejarlo atrás era impensable.

—Acepto las condiciones —anunció Derek.

Khalani desvió la mirada hacia él de golpe.

—¿Qué estás diciendo? No vamos a dejarte aquí.

—Claro que sí. —Tragó saliva—. De lo contrario, no nos dejarán marcharnos. Si es lo que tengo que hacer para ayudaros a llegar a Hermes, entonces lo haré encantado. Haría lo que fuera por vosotros.

Khalani negó con la cabeza despacio al ver que en sus ojos brillaba la fuerza del vínculo colectivo que habían forjado.

—Derek… —susurró Winnie con voz temblorosa—. No tienes por qué hacerlo. Winnie puede quedarse contigo.

Aunque todos se ofrecieron, Brock y Takeshi permanecieron callados y rígidos, como si la dura realidad que les había tocado vivir les hubiera enseñado la necesidad del sacrificio. Sin embargo, a Khalani no se le pasaron por alto los puños apretados ni las miradas fulminantes que le dirigían a la jefa.

—No. Marchaos. Estaré bien. —Derek esbozó una sonrisa que no se reflejó en sus ojos—. Y no penséis que me quedo por la cama y las duchas —bromeó para atenuar la situación angustiosa.

—¿Y qué hay de los cultivos? Necesitamos que nos ayudes en Hermes —insistió Khalani, negándose a aceptar que no tenían alternativa.

—Lo sé. Así que no tardéis en regresar a por mí —respondió Derek.

El labio le tembló y, al verlo, Khalani soltó un gemido, se abalanzó sobre él y le echó los brazos al cuello.

Winnie, Serene y Adan pronto se unieron a ellos, y los cinco rompieron a llorar.

Sabía que era solo temporal, pero, pese a ello, Khalani sintió que el corazón se le hacía añicos.

Después de unos pocos minutos, la jefa carraspeó.

—Me temo que el tiempo es crucial. Si aceptáis las condiciones, el resto de vuestro grupo debe abandonar Oasis de inmediato. Patreus, asegúrate de que se les devuelvan las mochilas.

Khalani se secó las lágrimas, que no dejaban de resbalar por sus mejillas, y todos se separaron a regañadientes. Patreus asintió con aire sombrío y una expresión extraña en el rostro mientras se apresuraba a salir de la cabaña.

—Marchaos. —Con un ademán, la jefa señaló hacia la puerta—. Cuanto antes lleguéis a Hermes y volváis, antes saldremos todos vivos de esta.

14

El momento adecuado no existe. Solo existe el ahora.

Si vas a dar el paso, que sea consciente.
Camina sobre los recuerdos
y que tus pies forjen un sendero
de perseverancia y sueños.
Puede que otros lo sigan,
pero recuerda: es tuyo el camino.
Y aunque te desvíes
el destino será el mismo.
No mires atrás cuando des el paso.

Si vas a vivir, que sea con sentido.
Deja escapar las historias que te habitan,
que vuelen en espiral hacia las estrellas.
Sé realista.
Atrévete.
Marca la diferencia.
Qué importan los otros senderos.
Otra historia son.
No busques ser grandioso
y vive dejando huella.

—¡Khalani!

Cerró de golpe el cuaderno, sobresaltada.

Brock estaba a unos pasos, observándola mientras los otros recogían sus pertenencias y se preparaban para proseguir la marcha por la carretera traicionera.

Khalani se había pasado las últimas noches sin pegar ojo y pensando en regresar corriendo a Oasis para rescatar a Derek.

Antes de partir, Derek se había despedido con un abrazo y le había susurrado al oído: «No tengas miedo. Ya has sobrevivido a una ciudad del subsuelo. Puedes hacerlo de nuevo».

Khalani se secó discretamente otra lágrima que le resbalaba por la mejilla y se puso en pie, lista para partir.

Cuanto antes llegaran a Hermes, antes volverían a por Derek.

Winnie revoloteaba enérgica por la gasolinera abandonada en la que habían dormido esa noche; verla así llenaba a Khalani de una inmensa alegría. El grupo estaba ocupado recogiendo los sacos de dormir mientras la anciana se movía de uno a otro, insistiéndoles para que comieran lo que la jefa les había dado unos días atrás, cuando habían salido de Oasis.

—Serene, tu precioso pelo azul se ve apagado. No olvides hidratarte. Adan, tus chistes van a peor. Toma un poco de sopa. Brock, se te están atrofiando los músculos. ¿Te has comido el estofado de ternera hoy? Takeshi, por favor, deja de mirar a la gente como si fueras a asesinarlos. No es bueno para la piel. Y Khalani… —Winnie se volvió hacia ella—. Deja de fruncir el ceño y come unas judías, por el amor de Dios.

Khalani asintió e introdujo a toda prisa el cuaderno en la mochila.

—¿Qué es eso que siempre estás escribiendo? —preguntó Adan mientras se pasaba la mano por el alborotado pelo cobrizo.

—No es nada.

Se encogió de hombros, quitándole importancia.

La poesía eran fragmentos de su alma plasmados en papel. Aún no estaba preparada para compartirlos con nadie.

—¿Es un diario o algo así? ¿Amores secretos y todo esto?

Adan le dio un codazo y alzó las cejas varias veces.

—Lo has clavado. Acabo de escribir «Khalani y Adan» y he puesto un montón de corazones a nuestro alrededor —se burló ella, poniendo los ojos en blanco.

Salieron del edificio hacia el sol abrasador.

A medida que avanzaban, el número de construcciones fue reduciéndose. La gasolinera en la que habían pasado la noche era la única estructura de esas dimensiones con la que se habían topado hasta el momento.

Lo curioso era que casi todos los coches en la autopista miraban en dirección contraria, como si huyeran del sitio al que ellos se dirigían.

Se secó el sudor, provocado por el calor sofocante. Para matar el rato, contó pasos.

«Uno… Dos… Tres…».

Se detuvo cuando alcanzó los cien mil.

Entonces se concentró en la colina rocosa de vivos tonos naranjas que tenían ante ellos y la convirtió en su destino. Pero, una vez que la hubieron pasado, vio ante ella otra extensión infinita de carretera, desierto y montañas irregulares.

—Bien… —dijo Serene, interrumpiendo el tenso silencio—. Tengo una pregunta muy importante que hacerte, Khalani.

—¿El qué?

—Si te casas con Adan, ¿seremos tus damas de honor?

Khalani soltó una carcajada.

—Sabes que solo estaba bromeando con lo de los nombres en el diario, ¿verdad?

—¿No puedo soñar con tener la mejor hermana del mundo? —se lamentó Serene haciendo pucheros.

A Khalani le dio un vuelco el corazón y carraspeó, sin saber qué hacer con la emoción que acababa de embargarla.

—Si algún día me caso, tú y Winnie seréis mis damas de honor.

Serene hizo un breve gesto de victoria con el puño y a Winnie se le iluminaron los ojos como si Khalani le hubiera hecho el mejor regalo del mundo.

—¿De verdad quieres que Winnie lo sea? —dijo la anciana, a punto de romper a llorar.

—Por supuesto. Y también te pediría que confeccionaras los vestidos. No quiero presentarme en el altar cubierta de mugre.

La anciana se llevó una mano al pecho e inclinó la cabeza.

—Sería un honor para Winnie.

—¿Quién le hará de padrino a Adan? —preguntó Serene con aire pensativo—. Podría ser Brock.

Khalani esbozó una sonrisa.

—A mí no me metáis en toda esa mierda de tortolitos —gruñó Brock.

—Ni hablar. Brock será el encargado de los anillos —intervino Adan—. Con lo generoso que es…

Brock les hizo una peineta y aceleró el paso, tratando de poner arena de por medio.

El ambiente era alegre, y Serene aprovechó para preguntar con tono malicioso:

—Bueno, ¿y qué hará Takeshi?

Khalani no pudo evitar mirarlo.

Aunque encabezaba el grupo y caminaba como si tuviera una

misión, haciendo caso omiso a lo que decían los demás, de vez en cuando apretaba los puños.

—Bueno… —titubeó Adan—. Takeshi podría ser el… ejem… ¿cura?

Khalani habría soltado una carcajada de no ser porque la tensión se podía cortar en el ambiente.

Takeshi miró por encima del hombro.

—Como no te calles, lo único que seré es tu enterrador.

Adan se sonrojó y asintió varias veces con la cabeza.

Takeshi volvió a mirar al frente. La capa ondeaba tras él como si fuera una nube negra que se cernía sobre el mundo.

Todos prosiguieron la marcha.

Khalani ignoraba qué razones tenían los demás, qué les movía a superar sus limitaciones y sus miedos.

Sin embargo, ya fuera salvarse, rescatar una ciudad moribunda o ir más allá de lo que jamás soñaron, dejaban sus huellas en la arena.

Solo la Tierra era testigo de su determinación. Se estremeció al pensar que cada paso que daban los acercaba un poco más a Hermes. Khalani sintió que estaban a punto de cometer un terrible error y la embargó un salvaje impulso de dar media vuelta.

—Allí.

Brock señaló hacia el horizonte.

Habían alcanzado la cima de una cresta y a sus pies se extendía la ciudad más grande con la que se habían topado hasta el momento.

Cuando se acercaron, Khalani se quedó boquiabierta al contemplar la destrucción que había producido el Gran Colapso.

Unos majestuosos edificios dorados yacían derrumbados, como si un monstruo enorme los hubiera tumbado de un soplido. Las

ventanas estaban hechas añicos y los coches se amontonaban unos sobre otros.

Un extraño olor a óxido la hizo arrugar la nariz. Siguieron avanzando y dejaron atrás una señal de color verde en la que se leía «Las Vegas Boulevard».

No llegaba a comprender cómo habían podido construir una ciudad de tales dimensiones en medio del desierto.

Todo en ella le parecía extraño: el edificio con forma de pirámide negra que se veía en la distancia, las fichas marrones y rojas que cubrían el asfalto agrietado como si fueran confeti, las columnas doradas caídas sobre las aceras.

Era un cementerio antiguo de lujo y opulencia.

Con cuidado, sorteó un semáforo arrancado y, con el rabillo del ojo, advirtió un trozo de papel bajo el metal oxidado. Intrigada, se acuclilló para recogerlo. Estaba arrugado y rasgado por la mitad, pero aún se leía parte del texto:

DAILY VEGAS TIMES
ÚLTIMA HORA

A las puertas de la guerra nuclear

la Casa Blanca aún no ha ofrecido una respuesta oficial, pero este pasado fin de semana muchos miembros del Congreso abandonaron la ciudad de Washington para reunirse con sus familias. Aunque la mayoría se negaron a hacer declaraciones, el senador Gale Grovenheart afirmó, antes de embarcarse rápidamente en su jet privado con destino a Hawái, que «hemos dejado entrar el caballo de Troya, y los enemigos están saliendo de él». A pesar de que rehusó dar más detalles, una fuente anónima del Gobierno ha revelado que no se trata de la

posibilidad de que Rusia y China ataquen, sino de cuándo lo harán.

Ya hemos oído este tipo de declaraciones en el pasado, pero ninguna había llegado de forma tan contundente desde los atentados terroristas en Moscú, Pekín y Nueva York, que se cobraron las vidas de millones de personas. las fuerzas militares permanecen en máxima alerta, y lo que antes era una simple teoría conocida como «destrucción mutua asegurada» podría convertirse en realidad muy pronto. los rumores sobre la construcción de búnkeres siguen circulando, pero incluso nuestras fuentes de primera mano se han negado a confirmar su exis...

El resto de la página había desaparecido. Khalani apretó los labios y dejó caer el arcaico papel, que se llevó el viento como si fuera un recuerdo perdido.

Se estremeció y continuó la marcha. Takeshi, muy tenso, golpeaba un afilado cuchillo contra la palma de la mano.

Nadie hablaba.

Todos estaban alerta y miraban de reojo las calles silenciosas y los lujosos edificios que se habían convertido en escombros.

—Por aquí —indicó Brock en voz baja, apresurándose hacia una de las pocas estructuras que aún se mantenía en pie.

Dos enormes arcos se alzaban en medio de la calle. Las vigas oxidadas, que se entrecruzaban, estaban adornadas con elaborados patrones.

—Esto es el Gran Arco —anunció Brock señalando la estructura sobre sus cabezas.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Serene aliviada, casi desplomándose en el suelo.

—Pero ¿dónde está Hermes? —jadeó Adan, empapado de sudor.

—En algún lugar bajo nuestros pies.

—Pero no veo su cúpula. —Inquieta, Khalani echó un vistazo a su alrededor.

—Porque no tienen —respondió Brock—. Hermes no es como Apolo. Los casinos del subsuelo ya son suficiente entretenimiento para los ricos.

—¿Qué demonios es un casino?

Brock ignoró la pregunta de Serene y se volvió hacia Adan.

—¿Tienes el *walkie*?

Adan hurgó en la mochila y se lo tendió con cuidado.

—Toma.

Brock cambió la frecuencia y habló hacia el altavoz.

—¿Me recibes, Spade? Spade, ¿me recibes?

Khalani no sabía quién era ese tal Spade, pero permanecieron expectantes, como si estuvieran esperando a que el mismo Dios les respondiera.

Justo cuando el pánico empezaba a hacer mella en todos ellos, una voz familiar habló por el aparato.

—¿Qué cobra vida en la sombra de la noche?

Khalani puso los ojos como platos. Era la misma voz que habían oído en la superficie de Génesis.

—Las estrellas y los pecados —respondió Brock con confianza.

—Brock, ¿eres tú?, ¿de verdad? —preguntó la voz familiar.

—Sí, Spade. Soy yo.

—Por el as de picas, pensé que habías muerto.

—Estoy en el Gran Arco con un grupo de Apolo —dijo Brock—. ¿Cuánto tardaréis en llegar?

Se hizo un tenso silencio.

—¿Cuántos sois?

—Siete. Estamos listos para entrar en Hermes por la entrada del tobogán.

Al otro lado de la línea, Spade soltó una maldición.

—Jamás habría pensado que ibais a ser tantos los que conseguiríais atravesar la Zona Muerta, aunque supongo que eres el único tarado capaz de lograrlo. Pero tenemos un problema. Vigilan el tobogán. Capturaron a uno de nuestros chicos en la última operación de contrabando. Tendré que entraros en Hermes por otra vía.

Brock se puso rígido.

—¿Por cuál?

—Por las alcantarillas. No será un trayecto agradable, pero es la única manera de garantizar que llegaréis sanos y salvos. Nos encontraremos en el Gran Arco a medianoche. ¿Entendido?

Frustrado, Brock chasqueó la lengua.

—Entendido —respondió.

Spade cortó la comunicación de inmediato y, una vez que Brock hubo apagado el *walkie*, solo les quedó esperar.

Encontraron un poco de sombra al otro lado de la calle, en una tienda en ruinas completamente saqueada cuyas ventanas estaban destrozadas. Serene y Adan se sentaron en el suelo de sucias baldosas e interrogaron a Winnie sobre el Gran Colapso.

—¿Qué crees que ocurrió aquí? —preguntó Serene, palideciendo ante la devastación que los rodeaba.

—Bombardearon las principales ciudades y arrasaron el Medio Oeste, donde se encontraban la mayoría de los silos nucleares —explicó Winnie—. Según los Archivos, la gente que no pudo refugiarse en el subsuelo murió por las explosiones o de hambre.

—Pero ¿cómo decidían quién obtenía un lugar en el subsuelo y quién no? —preguntó Adan.

Winnie vaciló y torció el gesto.

—Según los documentos del Gobierno, los menores de treinta años y las parejas con hijos eran la prioridad. Abandonaron al resto. Sin embargo, muchas personas que cumplían con esos estrictos requisitos no lograron entrar porque los ricos sobornaron a funcionarios y soldados para conseguir sitio.

—Eso es horrible.

Winnie asintió, inclinándose hacia delante con un gesto deliberado. Cautivados por las lúgubres verdades del Gran Colapso, todos la escuchaban absortos.

—Por eso es importante que todos conozcamos la historia y la recordemos. Que memoricemos nuestras retorcidas cicatrices y errores para poder convertirnos en mejores versiones de la humanidad.

Khalani esbozó una sonrisa triste y decidió salir en busca de aire fresco. Una parte de ella, la que tenía esperanza (la que Winnie había hecho resurgir en prisión), creía que la humanidad era capaz de enmendar sus errores.

Su desolador pasado, lleno de muerte y crueldad, no tenía por qué definir su futuro.

Sin embargo, el oscuro agujero que sentía en el estómago siguió expandiéndose mientras contemplaba las ruinas de la ciudad desierta.

Le daba la impresión de que la misma ignorancia y destrucción que casi habían acabado con el mundo estaban cobrando vida de nuevo, como si algo traicionero hubiese despertado.

Al cruzar el umbral, le temblaban las manos. Los cristales rotos que había en el suelo crujieron bajo sus botas. Takeshi y Brock estaban apostados a ambos lados de la entrada de la tienda.

Brock miraba a lo lejos, mientras que Takeshi afilaba el cuchillo; el áspero chirrido de la hoja era la única banda sonora de aquel

inquietante silencio.

—Hola —dijo torpemente.

El incursor le devolvió el saludo levantando dos dedos con un gesto despreocupado, sin molestarse en mirarla. Takeshi volvió un poco la cabeza hacia ella, atrapándola en su mirada ardiente durante un segundo, lo que le provocó un estremecimiento. Sin embargo, enseguida se concentró de nuevo en afilar el cuchillo, como si eso fuera lo único que lograba calmarlo.

Khalani se acercó a uno de los coches destrozados que estaban frente a la tienda. Parecía como si su dueño lo hubiera abandonado a toda prisa. Tenía la superficie amarilla descolorida y partes quemadas, y todas las ventanas habían estallado.

Se apoyó en él de espaldas, entrelazando los dedos detrás de la cabeza, y tomó aliento.

Khalani contó los segundos, rogando que la medianoche llegara cuanto antes, pero el sol seguía brillando en el cielo. Observándolos. Atento a su siguiente movimiento.

Miró a Brock de reojo y decidió matar el tiempo de otra manera.

—¿De qué conoces a ese tal Spade?

Esperaba que él la ignorara, pero Brock suspiró, se acercó y se subió de un salto al capó del vehículo en el que estaba apoyada.

Khalani arqueó una ceja, preocupada por si el coche destrozado se desmoronaba bajo su peso, pero a él no parecía inquietarle lo más mínimo.

—Spade me salvó la vida —comenzó Brock, apoyando los codos en las rodillas y entrelazando las manos—. Después del largo viaje por el desierto, la mayoría de los que cruzan la Zona Muerta se quedan en Hermes un mes como mínimo. Pero Hermes no es como Apolo. Su negocio es el pecado y la depravación, como ese whisky malo que no puedes dejar de beber.

Mientras Brock hablaba, Khalani notó que Takeshi se acercaba despacio y el chirrido del cuchillo dejó de oírse.

—Una noche, estaba en el casino, ahogando las penas en alcohol en mi lugar habitual en la barra, cuando oí un alboroto. Una mujer joven, desesperada por alimentar a su familia, había apostado hasta el último céntimo de sus ahorros. Había perdido y estaba convencida de que el casino la había engañado, por supuesto. Sus lágrimas y la indiferencia con la que los de seguridad la trataron no me gustaron. Armé un escándalo. Golpeé a un par de crupieres cuando trataron de arrestarla. Otro guardia apareció y sacó una pistola.

»Entonces intervino Spade y calmó al guardia. No sabía cuánta influencia tenía en la ciudad, pero vi que deslizaba un fajo de billetes en el bolsillo de la mujer. Más de lo que podría necesitar. Me marché a dormir la mona. Sin embargo, al día siguiente, cuando regresé al bar, Spade me estaba esperando.

»Empezó a hablarme a diario, preguntándome tonterías. Cuáles eran mis bebidas favoritas o qué me gustaba comer. Qué pensaba de Hermes. De Apolo. Llegó a percibir mi total descontento con las ciudades del subsuelo y se convirtió en la única persona con la que me relacionaba en ese lugar de mala muerte. Durante mi última semana allí, me confió que formaba parte de un grupo de resistencia en Hermes y que, en mi condición de respetado incursor, quizá podría ayudarlos a pasar provisiones de contrabando. Fue una decisión fácil para mí. Son buena gente, probablemente la única que queda en el subsuelo.

Khalani guardó silencio mientras asimilaba la historia. Por lo visto, Hermes no tenía nada que ver con Apolo.

En Apolo no había casinos, fuera eso lo que fuese, y no se permitían las reuniones nocturnas. La depravación estaba mal vista y cualquier encuentro a deshora tenía que hacerse en secreto. El

Consejo adoraba sembrar el miedo, recompensando a aquellos que delataban a sus vecinos en nombre de la patria, incluso si las acusaciones eran falsas. Como consecuencia, a la mayoría de la gente la aterrorizaba conocer a los demás.

Sin embargo, la desesperación en la historia de Brock, la indiferencia hacia los demás, la manera de tratarlos como personas prescindibles…, quizá fuera un rasgo común en todas las ciudades del subsuelo.

O quizá la falta de empatía fuera un virus que se había propagado mucho antes del Gran Colapso.

—Entonces, ¿Spade es el jefe de la resistencia de Hermes? —preguntó Khalani.

Brock vaciló un instante.

—No exactamente. Nunca he conocido a su líder.

—Ah, ¿no? —se sorprendió, volviendo la cabeza hacia él de golpe.

—Lo que oyes. —Brock se cruzó de brazos—. El líder de la resistencia es un hombre muy prudente. Al parecer, no confiaban lo suficiente en mí como para presentármelo, y eso que llevo años colaborando con Spade. Creo que nunca llegaré a conocerlo.

Khalani se mordió el labio inferior mientras la incertidumbre pendía sobre sus cabezas como una cuchilla de afeitar.

Takeshi deslizó el arma en la bota y sacó otro cuchillo del chaleco. Con el sol poniéndose a sus espaldas, se puso a afilarlo, haciendo regresar el chirrido metálico.

A esas alturas, ¿no debería estar preocupada por la cantidad de armas que llevaba encima?

—¿No te da miedo clavarte todas esas… cosas? —le preguntó haciendo un ademán.

De haber observado con atención, podría haber visto el atisbo de

una sonrisa en el rostro de Takeshi, aunque habría hecho falta un microscopio para cerciorarse.

—No —respondió con esa expresión fría y distante tan suya, sin dejar de mirar la hoja de obsidiana.

El silencio que siguió fue más que ensordecedor.

Esa ciudad desierta. Las horas que se estiraban sin fin. Su indiferencia silenciosa.

Todo la sacaba de quicio.

Puede que tanta destrucción la estuviese carcomiendo y le pasara factura, porque lo único que deseaba Khalani era que Takeshi reaccionara con algo más que un monosílabo.

—Oye, Brock, ¿qué tal te manejas con un cuchillo? —preguntó Khalani, llevando los brazos a la nuca y recostándose con fingida despreocupación.

Brock puso los ojos en blanco.

—Soy inigualable.

—Ah, ¿sí? —preguntó, fingiendo sorpresa—. Entonces debes de ser muy buen maestro, ¿no?

Takeshi afiló el cuchillo más despacio.

Brock ladeó la cabeza.

—Diría que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, por nada —respondió ella dando una patada—. Pero estaba pensando que, como tenemos tiempo de sobra, igual podrías enseñarme a usarlo.

Takeshi dejó de afilar de golpe y alzó la mirada. Tenía el ceño tan fruncido que le ensombrecía el rostro.

—Claro. —Brock se encogió de hombros y saltó del coche—. Total, no tenemos nada mejor que hacer.

—Yo te enseñaré —dijo Takeshi en voz baja, entornando los ojos negros hasta que se convirtieron en rendijas.

—No, tranquilo. —Khalani lo rechazó con un gesto y posó la mano ligeramente sobre el hombro de Brock—. Ya se encarga Brock.

El rostro de Takeshi pasó de la sorpresa a la traición, y después se transformó en algo mucho más inquietante.

Se quedó completamente inmóvil, empuñando el cuchillo con tanta fuerza que Khalani se extrañó de que no se formara un charco de sangre en el cemento.

—Eres más lista de lo que pareces —dijo Brock con una sonrisa maliciosa mientras se dirigían hacia la calle desierta.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que no —respondió Brock, haciendo girar el cuchillo y atrapándolo por el mango sin tan siquiera mirar—. Pero… ¿quién sabe? A lo mejor hasta aprendes algo.

—Ya veremos.

Para su sorpresa, Brock resultó ser buen maestro, aunque algo impaciente. Se esmeró en enseñarle cómo sujetar el maldito cuchillo y le mostró varias técnicas para cortar y clavar, animándola a utilizar las piernas para impulsarse.

Nunca lo admitiría, pero, pese a que Brock era todo un experto, prefería a Takeshi.

El frío capitán sabía exactamente cuándo tenía que provocarla y cuándo era mejor ofrecerle apoyo, aunque esto último sucedía de forma más bien ocasional.

Pese a que le hacía perder los nervios, nadie antes la había hecho conectar con su propia fuerza. Como si no fuera ella la que debiera temer al mundo, sino al revés.

Durante todo el tiempo que ella y Brock estuvieron entrenando, Takeshi no intervino ni habló.

Se limitó a observar desde un rincón sombrío frente a la tienda, con los brazos cruzados y apoyado con aparente despreocupación

contra la pared. Khalani no podía verle la cara, pero sentía que la observaba con una mirada fría y depredadora.

Perdió la noción del tiempo y, para cuando el sol ya se había puesto, se sentía agotada.

—Vaya. No esperaba que aguantaras tanto —manifestó Brock un poco sorprendido.

—Ya venía algo entrenada —respondió ella.

Miró por encima del hombro de Brock y frunció el ceño al ver que Takeshi ya no estaba allí.

Brock alzó una ceja, pero no preguntó quién era la persona misteriosa que la había puesto en forma.

—Si te apetece practicar un rato más, haz los ejercicios que te he enseñado. Voy a entrar a ver cómo están los demás —dijo.

Se encaminó hacia la tienda y la dejó sola.

Khalani se secó el sudor de la frente con la mano; la temperatura estaba bajando en picado y solo quedaba un atisbo de luz en el horizonte.

Tomó aliento, se puso en guardia y empezó a repasar los ejercicios lentamente: cortes, estocadas, golpes rápidos hacia delante. Fue subiendo el ritmo a medida que los repetía.

Se movía con cierta torpeza, pero estaba segura de que, si aparecía un enemigo, al menos lograría hacerle un corte, por pequeño que fuera.

De repente, sintió que el silencio se cargaba y se le erizó el vello de la nuca. Antes de que pudiera volverse, una mano grande le cubrió la boca.

Khalani llevó la mano derecha hacia atrás, pero el atacante le atrapó la muñeca, se la apretó y la obligó a soltar el cuchillo, que cayó al suelo con un ruido metálico.

—Se le ha olvidado decirte que te cubras las espaldas —le dijo

Takeshi en el oído, chasqueando la lengua.

Khalani sintió un escalofrío. Tenía la espalda pegada al torso de Takeshi y respiraba entrecortadamente, enfadada, aunque la rabia apenas llegaba a eclipsar el calor que se acumulaba en sus entrañas.

Trató de morder la mano que le cubría la boca, pero Takeshi la bajó poco a poco y le rodeó con ella la garganta. Intentó entonces golpearlo con el codo, pero él le abrazó el torso y la inmovilizó.

—Y ya has perdido tu arma —dijo en voz baja, como si mantenerla completamente quieta fuera un juego de niños—. Solo por principios, debería destripar a tu maestro.

—¿Estás celoso? —escupió ella.

—¿Qué prefieres que te describa, las ciento noventa y siete formas en las que he pensado matarlo o las mil maneras en las que planeo castigarte a ti?

—Eso es tan específico que resulta preocupante.

—Sigue provocándome, Kanes. Verás lo que consigues con eso.

—¿No estarás admitiendo que te importa? —lo pinchó ella.

Él inclinó la cabeza, aferrándole aún el cuello con la palma de la mano.

—Confundes que me importe con que me moleste tener que entrenarte otra vez. Coges el cuchillo fatal. Tu juego de pies parece más bien un intento de bailar que de apuñalar a alguien. A este paso, es más probable que acabes clavándotelo a ti misma antes que a un enemigo.

—¿Seguro que ese es el único motivo?

Takeshi eligió guardar silencio. Sin embargo, no era el único embargado por una energía indomable.

Una parte de Khalani adoraba jugar con el peligro, y ese monstruo asomó su fea cabeza, ansioso por sentir algo que no fuera miedo.

—Puede que lo prefiera como entrenador.

La breve rigidez de la mandíbula de Takeshi fue la única señal de advertencia.

En un abrir y cerrar de ojos, se encontró tendida de espaldas en el suelo.

Takeshi se cernió sobre ella, haciendo girar entre los dedos el cuchillo que había recogido del suelo.

—Atrévete a mentirme de nuevo, Kanes.

—Estás completamente loco —gruñó ella entre dientes, fulminando ese rostro frío y atractivo.

—Por fin lo entiendes.

La mirada de Takeshi era tan dura como el suelo al que la tenía clavada. No hacía mucho, la había inmovilizado en una posición similar en la parte trasera de un camión, y lo que Khalani había sentido era…, era…

No.

No.

Tenía que retomar el control y dejar de perseguir a hombres que no la querían (y que lo habían dejado más que claro) en medio de la tormenta.

Mierda, Takeshi era la tormenta que entraba en tromba en su vida, que derribaba sus inhibiciones.

Tenía que concentrarse en lo que importaba: entrar en Hermes y averiguar cómo rescatar a los miles de ciudadanos inocentes de Apolo que pronto morirían por el fallo en los cultivos.

—Devuélveme el cuchillo —exigió.

Takeshi lo hizo girar de nuevo entre los dedos, clavando la mirada en sus ojos verdes. Como si quisiera sumergirse en su mente y sonsacarle todos sus secretos para que quedara completamente expuesta ante él.

Tras un prolongado duelo de miradas, le tendió el cuchillo.

Khalani se apresuró a recuperarlo y se puso en pie, esforzándose por recobrar la compostura.

Trató de apartarlo, pero Takeshi le cortó el paso.

—Si valoras la vida del incursor, no vuelvas a hacer eso.

—Puedo hablar y entrenar con quien me dé la gana, Takeshi. Es tu problema si no te gusta.

Una parte de ella sabía que provocarlo suponía una invitación a jugar con la muerte y todas sus legiones. Pero era demasiado orgullosa para dar su brazo a torcer.

Takeshi tensó la mandíbula y sus rasgos se endurecieron, pero se recobró con rapidez y ladeó la cabeza.

—Tienes razón.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Puedes entrenar y hablar con quien quieras, Kanes. No eres mía.

El pulso se le desbocó como si estuviera en el borde de un acantilado a punto de precipitarse al vacío.

—¿No lo soy?

—Lo dices como si fuera una pregunta.

Khalani apretó los labios hasta que formaron una línea delgada, decidida a no pronunciar ni una palabra más.

Takeshi fue el que rompió el silencio.

—No, no eres mía, Kanes. Si lo fueras, lo sabrías. —Inclinándose hacia ella, la fulminó con esos ojos negros que casi la abrasaron y añadió—: No me gusta compartir.

15

Cuando el mundo terminó, algo también murió en nuestro interior.

Khalani paseó la mirada por los edificios en ruinas con el corazón desbocado mientras permanecían en pie y sin protección ninguna bajo el Gran Arco.

La pálida luna proyectaba un resplandor frío y plateado sobre ellos que cortaba la oscuridad negra como el carbón. El inmenso vacío de la ciudad se cernía sobre ella, y su pulso era un tambor implacable desde su conversación con Takeshi.

El capitán se había apartado del grupo y escrutaba la ciudad destrozada con los brazos cruzados. Había adoptado una expresión distante y hermética, regresando a su yo retraído y taciturno. Sin embargo, las palabras de Takeshi no dejaban de repetirse en su cabeza.

¿Qué sentiría si fuera suya?

Estarían constantemente discutiendo. Fastidiándose a más no poder.

Y, pese a ello, la idea no le parecía del todo repugnante. Allí estaba, como si fuera una chispa a punto de prender.

—¿Dónde está ese tipo? —murmuró Serene junto a ella.

De repente, se oyó un crujido seco a un par de metros tras ellos.

De inmediato, todos se volvieron y empuñaron las armas.

Vieron una enorme silueta que sostenía una linterna. Khalani y Serene retrocedieron arrastrando los pies al ver a aquella figura de dos piernas y sin rostro, completamente cubierta por una especie de escudo de plástico verde.

—Tranquilos. Es Spade.

Aunque Brock dio un paso al frente, Khalani advirtió que aferraba el cuchillo.

La extraña figura se detuvo y los apuntó con el haz de luz, escrutando sus rostros sorprendidos antes de detenerse en Brock.

—¿Dónde están vuestros trajes antirradiación? —dijo el hombre con una voz artificial.

—Ya no son necesarios —respondió Brock.

—¿De qué cojones estás hablando?

La figura dio un tembloroso paso atrás.

—Por eso me arrestaron, Spade —le contó Brock, pidiéndole calma con un ademán de la mano que tenía libre—. Durante mi última misión, me atacó una tribu de la superficie que no llevaba traje. Ya no hay radiación.

Spade guardó silencio durante un buen rato.

Despacio, se acercó y los rodeó, dirigiendo la linterna hacia sus rostros.

—¿No habéis tenido náuseas, fiebre, desorientación, diarrea o pérdida de pelo?

—No, Spade —afirmó Brock, exasperado—. Pero vamos a empezar a perderlo si nos quedamos aquí mucho más rato.

Sin embargo, Spade negó con la cabeza.

—No puede ser verdad —murmuraba sin cesar.

—El Gobierno nos ha ocultado muchas cosas —replicó Brock en tono frío—. Tenemos mucho de que hablar.

—De eso no hay duda. —Spade paseó la mirada por el grupo—. Antes de que os lleve a la ciudad, tenéis que saber que la discreción es fundamental para nuestro grupo. Los soldados y el Gobierno de Hermes nos alinearán ante un pelotón de fusilamiento ante la más mínima sospecha de rebelión.

La voz artificial se hizo más grave y adquirió un matiz letal.

—En Hermes, la confianza no se da a cambio de nada —continuó Spade—. Tenemos ojos por todas partes. Personas que nunca conoceréis, veréis ni oiréis. Traicionadnos, aunque sea una vez, y acabaréis con una bala en el cráneo más rápido de lo que podáis decir «póquer». ¿Ha quedado claro? —Esperó a que todos le respondieran con un sí y después añadió—: Bien, vamos.

Los condujo por un estrecho callejón. Se detuvo ante una rejilla oxidada en el suelo e hizo palanca para abrirla. Khalani se estremeció al ver el pozo negro y casi abandonó la misión cuando Spade les ordenó que saltaran al interior.

Adan reunió todo su coraje y se lanzó el primero. Desapareció en la oscuridad y, acto seguido, se oyó un golpe en la lejanía.

—¿Estás bien? —gritó Serene.

—¡Sí! —respondió él—. No es una caída muy larga. Aunque huele a mierda.

Brock y Spade ayudaron a bajar a los demás. Spade le hizo un gesto a Takeshi, pero él negó con la cabeza.

—Primero ella.

Spade se volvió hacia Khalani, que se sujetó la mochila a los hombros y dio un paso adelante, observando el agujero presa del pánico.

—No pasa nada. El primer salto siempre es el más difícil —la animó Spade.

Khalani lanzó un suspiro y asintió. Había peleado contra hombres que la doblaban en estatura, había escapado de una prisión inexpugnable y se había encontrado cara a cara con la muerte más veces de las que podía contar con los dedos de las manos.

Caer por un agujero de tres metros no debería suponerle ningún problema.

Se sentó e introdujo las piernas en el agujero mientras Brock y Spade la sujetaban por los brazos, bajándola.

—¿Lista? —exclamó Spade sosteniéndola en el vacío.

No.

—¡Sí!

En cuanto lo pronunció, ambos hombres la soltaron. Khalani dejó escapar un grito y le dio un vuelco el estómago al tiempo que caía. Aterrizó con un golpe seco. Unas manos desconocidas la atraparon en la completa oscuridad y la ayudaron a ponerse en pie.

—Te tengo.

La voz de Serene surgió de las sombras, y su amiga empezó a frotarle la parte superior del brazo.

Al cabo de un instante, otro cuerpo cayó, rozándola al pasar como si no necesitara ayuda alguna. Su presencia familiar y autoritaria le provocó un cosquilleo en el cuerpo.

Spade y Brock fueron los siguientes, y el lúgubre entorno que los rodeaba se hizo visible gracias al tenue haz de luz que proyectaba la linterna de Spade.

Un arroyo poco profundo corría a sus pies y el hedor hizo que Khalani arrugara la nariz. Aquel olor le resultaba demasiado familiar: un cruel recordatorio de los meses que había pasado en prisión.

—Por aquí —indicó Spade, emprendiendo la marcha enseguida

con Brock pegado a sus talones.

Winnie y Serene la flanquearon a ambos lados y Adan las siguió.

Takeshi, como siempre, ocupó la retaguardia.

No estaba segura de si era porque prefería verlos a todos o porque simplemente quería estar lo más lejos posible de ella. Quizá fuera una combinación de ambas cosas.

Winnie la tomó del brazo y arrugó la nariz.

—La primera cosa que haría Winnie en este sitio es pintar las paredes. Las cosas suelen oler mejor cuando tienen buen aspecto.

Khalani esbozó una ligera sonrisa. Spade las miró por encima del hombro; a diferencia de ellos, no estaba acostumbrado a las divagaciones de la anciana.

Caminaron por unos largos túneles durante lo que les parecieron horas y subieron por unas escalerillas destartaladas que gruñían de forma inquietante bajo su peso. Khalani estaba físicamente exhausta, pero su mente iba más rápido que un vehículo de transporte y no podía desprenderse de la ansiedad.

Abrió mucho lo ojos cuando se acercaron a una puerta blanca con un pestillo metálico. Una vez que Spade la abrió, entraron en el túnel y se sorprendió al ver, a su derecha, un enorme tubo de cristal con una alcachofa de ducha en el interior.

—¿Para qué es esto? —preguntó.

El sonido de plástico resonó en las paredes de la cloaca y, cuando se volvió, vio que Spade se estaba quitando el traje antirradiación, bajo el cual apareció un atractivo hombre de mediana edad con un pelo rubio claro y unos ojos grises que parecían albergar una serena inteligencia.

Debajo de la prenda de plástico llevaba un esmoquin negro que se ajustaba a su cuerpo a la perfección y una camisa blanca impecable que parecía fuera de lugar en las alcantarillas.

Arrojó el traje antirradiación hacia el tubo de cristal y encendió la ducha.

—Por si acaso —murmuró casi para sus adentros.

—¿Por qué vas tan elegante? —preguntó Serene con suspicacia mientras él se enderezaba.

Spade parpadeó extrañado, bajando la mirada hacia el esmoquin.

—¿No van vestidos así en Apolo?

—No.

—Hum… Qué raro —murmuró recogiendo la linterna.

—¿Y no te preocupa que se te ensucie la ropa aquí abajo?

—Tengo de sobra.

—¿Y estás seguro de que nadie nos verá entrar?

—Correcto. Los soldados evitan las cloacas, y nuestros chicos tienen preparada una distracción para alejar a cualquier crupier que se acerque a la rejilla.

—¿Qué tipo de distracción? —preguntó ella con cautela.

Spade se detuvo y en sus ojos brilló un destello de malicia.

—Algo más sangriento que las fichas de juego.

Khalani y Serene intercambiaron una mirada de preocupación, mientras que Brock se limitó a sonreír.

Continuaron el largo trayecto por los túneles, y Khalani se fue acostumbrando poco a poco al horrible hedor a cloaca. Algo de lo que no estaba especialmente orgullosa.

Justo cuando estaba a punto de preguntar cuánto faltaba, vio una tenue luz unos pasos más adelante. Al final del túnel se distinguía una gran abertura circular con una reja formada por barras metálicas entrelazadas. Había algo al otro lado.

—Hemos llegado —anunció Spade.

Winnie se agarró con fuerza al brazo de Khalani.

Con las botas chapoteando en el agua sucia, aceleraron el paso. Pero ese no era el único sonido. A medida que se acercaban a la abertura enrejada, una música de tonos graves hizo vibrar el aire, y se volvió más intensa a cada paso, hasta el punto de retumbar en el pecho de Khalani.

Sin inmutarse, Spade se acercó con sigilo a la reja y miró a ambos lados con atención. Tras tenderle la linterna a Brock, sacó un manojo de llaves del bolsillo trasero.

Abrió con rapidez la cadena que rodeaba las barras y tiró de la compuerta hacia el interior, revelando una ciudad oculta en el subsuelo.

—Bienvenidos a Hermes.

16

Los humanos nunca se libran de su ferocidad.
Simplemente, la disimulan mejor.

Khalani atravesó la abertura y echó un vistazo a su alrededor, con todos los sentidos alerta. Estaban en un callejón abandonado, flanqueado por edificios de ladrillo. Una superficie rocosa se cernía sobre ellos a casi un kilómetro y medio de altura. En la lejanía, se oía un ritmo grave, y unas risotadas resonaban en el ambiente. Se tensó al ver a varias figuras que pasaban corriendo al fondo de la callejuela. Sin embargo, nadie parecía fijarse en el grupo de personas boquiabiertas.

Winnie se sobresaltó ante el estruendo que provocó la reja de hierro al cerrarse. Spade deslizó las llaves en su bolsillo.

—Escuchad atentamente —les pidió—. Os voy a llevar a uno de nuestros refugios clandestinos. Allí pasaréis la noche. No está lejos, pero vuestro atuendo es bastante sospechoso y llamaréis la atención. Por suerte, a esta hora, la mayoría de la gente o está en el casino o va tan borracha que ni siquiera se tiene en pie. Así que agachad la cabeza y no os separéis de mí.

Con los nervios a flor de piel, Khalani tomó aliento y siguió a Spade.

Al llegar al final del callejón, doblaron a la derecha y salieron a

una bulliciosa calle adoquinada. Cuando Khalani alzó la mirada, el pulso se le aceleró de golpe. Junto a ella, Serene también estaba boquiabierta.

—Caramba… —susurró Winnie.

Las luces de neón iluminaban una colorida calle llena de escaparates extravagantes que parecían tener vida propia. Las risotadas resonaban por doquier y una multitud deambulaba sin rumbo fijo con botellas de alcohol en las manos.

Los hombres llevaban unos impecables esmóquines blancos y negros, mientras que las mujeres se paseaban con unos ceñidos vestidos rojos y negros que se les subían por encima de los muslos y cuyo escote dejaba poco a la imaginación.

Khalani se cruzó de brazos, reparando al instante en lo fuera de lugar que estaban su holgada camisa y sus pantalones beis. Pero la gente que se pavoneaba por la calle dando largos tragos a las bebidas y chocando unos con otros los ignoró. Siguieron a Spade, y se fijó en los parpadeantes letreros de neón sobre las extrañas tiendas.

Las Dulces Delicias de Estela. Bar Reina de Corazones. Conjuntos y Prendas de Vestir Othelia. Pecado de Seducción. Licores Laken. Baila con el Diablo.

Las vistas, los olores…, todo la aturdía. Khalani dio un respingo cuando una pareja borracha pasó junto a ella.

El hombre llevaba un pulcro traje blanco y cargaba con una rubia que le rodeaba la cintura con sus largas piernas y ladeaba la cabeza encantada mientras él le chupaba el pecho sin ningún tipo de decoro en medio de la calle.

—Te veo un poco sola. Seguro que puedo hacer algo para arreglarlo.

Un joven con los ojos azul cielo, una melena castaña peinada en

una coleta y la ropa que apestaba a alcohol se situó sigilosamente a su lado.

Khalani trató de apartarse, pero él posó un pesado brazo sobre sus hombros.

De repente, recibió un abrupto empujón que hizo que se estrellara contra el suelo de adoquines. Varios transeúntes empezaron a reírse de forma histérica ante la imagen del borracho, que eructaba y trataba de ponerse en pie.

Ni siquiera veía al capitán de casi dos metros de altura que se cernía sobre él.

—Vamos.

Takeshi no desperdició ni un segundo más y tomó a Khalani por el brazo. Tiró de ella, evitando a la pareja que empezaba a arrancarse la ropa en medio de la calle.

En cuanto alcanzaron la seguridad del grupo, Takeshi la soltó enseguida.

Spade volvió la cabeza para asegurarse de que aún lo seguían y continuó avanzando, inmune por completo a las escenas de exceso, sexo y desenfreno a su alrededor.

El contraste entre Apolo y Hermes era evidente en cada centímetro cuadrado de la ciudad, y especialmente en sus habitantes. Khalani y sus compañeros eran rígidos y fríos, un producto del duro ambiente, mientras que esa gente parecía más bien despreocupada y temeraria.

De repente, reparó en que la gente se alborotaba a su derecha.

Se sobresaltó al ver que un hombre de cierta edad vestido con un traje gris golpeaba a un tipo bajito con chistera y lo tiraba del taburete en el que estaba sentado.

Unas pocas mujeres se detuvieron a observar la escena con una sonrisa en los labios que no dejó de ensancharse mientras

cuchicheaban. Los hombres se dedicaban a comentar abiertamente la pelea y lanzaban vítores y gritos de ánimo. Nadie intervenía.

—¡Hora feliz para las damas! —exclamó una mujer con un sujetador de encaje negro desde detrás de la barra, ignorando todo aquel caos—. ¡Tómate dos copas y la tercera es gratis!

—¡Ganen sus fichas con estilo, caballeros! ¡Vistan Esmóquines Deluxe y la suerte siempre estará de su lado! —gritó un hombre de pelo rubio platino desde la otra acera.

Apostado ante una colorida tienda en cuyo escaparate se exhibían cientos de prendas relucientes, su traje plateado lanzaba destellos como si fuera la luna.

—No te pares —le recordó Takeshi dándole un leve empujón hacia delante.

Khalani obedeció sin más; estaba demasiado confundida.

Aunque la sucesión infinita de tiendas, bares y clientes borrachos parecía interminable, Spade dobló de repente hacia otra callejuela oscura.

Estaba casi desierta, pero las pocas personas que había en ella saludaron con la cabeza a Spade al pasar. Se dirigieron hacia un edificio de poca altura, de cuya entrada colgaba un sencillo letrero.

«El Corazón Negro».

Extrañada, Khalani vio que Spade se acercaba a la puerta de acero, la abría y les indicaba que entraran con un ademán. El interior parecía uno de esos castillos viejos y acogedores de los que le había hablado Winnie, con muros de piedra y un espacio más grande de lo que parecía desde el exterior. La enorme estancia apenas estaba iluminada y había una barra a la derecha.

En los taburetes, unos pocos hombres charlaban en voz baja, con las mangas blancas por encima de los codos. A la izquierda, a unos pocos pasos, había dos mesas verdes bastante extrañas, con

unas bolas de colores sobre ellas. En torno a ellas se arremolinaban varios hombres que sostenían largos palos. Un hombre apuntó el palo hacia una bola y la coló en un pequeño agujero en una de las esquinas de la mesa.

«Qué raro».

En cuanto entraron, en la estancia se hizo el silencio. Uno de los hombres de la mesa posó una mano sobre la claramente visible pistola que llevaba en el bolsillo. Khalani casi podía oír su propia respiración agitada y sintió que se ponía en guardia por si había pelea.

—Buenas noches, Spade —saludó el hombre calvo tras la barra, ladeando la cabeza.

Spade le devolvió el saludo con un asentimiento.

—¿Qué tal la caída?

—Los chicos han dicho que no ha habido complicaciones.

—Bien.

Spade fue hacia la barra y le dio una palmada en la espalda a uno de los hombres sentados en los taburetes.

—Finneas.

—Hola, Spade. ¡Vaya, por el as de picas! Pero ¡si es el incursor! ¡No esperaba verte tan pronto de vuelta por aquí!

El tal Finneas, que parecía más joven que los demás, esbozó una sonrisa a la que le faltaba un diente.

—Lo mismo digo —respondió Brock con expresión estoica, como si estuviera preparándose para la batalla.

Después de que unos pocos más intercambiaran saludos con Spade, que, al parecer, era bastante popular, este último los condujo hacia una puerta disimulada en la pared del fondo.

Si Spade no la hubiese empujado, Khalani ni siquiera se habría dado cuenta de que estaba allí.

Accedieron a una estancia pequeña y circular, con dos sofás rojos contra la pared y una barra al fondo. Detrás de ella, un hombre de piel clara, pelo moreno y encrespado, ataviado con un traje blanco, limpiaba unas botellas.

Alzó la mirada y los observó con clara desconfianza.

—Keno —dijo Spade a modo de saludo.

—Spade —respondió Keno—. Veo que vienes acompañado…

—Son los que te comenté. Ya conoces a Brock.

Keno los miró con indiferencia y cara de pocos amigos y se detuvo en Takeshi.

—¿Seguro que son los indicados para ayudarnos?

Khalani frunció el ceño.

—Ayudaros ¿en qué?

Spade ignoró su pregunta.

—Sin duda —se apresuró a responder.

Keno apretó los labios hasta formar una fina línea y un silencio pesado cayó sobre la estancia. Khalani casi esperaba que alguien desenvainara un arma, pero, tras unos instantes, Keno llevó la mano a la parte inferior de la superficie de trabajo y se oyó un ligero chasquido.

El frontal de la barra se movió hacia delante y desapareció, revelando una larga escalera que se adentraba en la oscuridad.

Boquiabierta, vio que Spade empezaba a descender por los empinados escalones y les hacía un gesto para que lo siguieran.

Antes de imitarlo, Khalani intercambió una mirada con Keno, que los observaba con expresión dura e indescifrable.

Se apresuró a bajar los peldaños, agradecida de que hubiera una barandilla. Cuando llegó al pie de la escalera, vio que estaba ante una pequeña habitación iluminada solo por unas velas. El aire era mucho más frío allí, y Khalani se frotó los brazos con las palmas de

las manos.

—Este es uno de nuestros refugios —dijo Spade, volviéndose hacia ellos—. Aquí abajo tenemos varios dormitorios para ocultar a los miembros de la resistencia que lo necesiten. Os quedaréis aquí durante vuestra estancia. Bueno, casi todos.

Khalani lo miró extrañada, pero, antes de que pudiera preguntarle a qué se había referido con esas palabras, Spade les mostró el frío espacio.

Era evidente que el refugio no estaba hecho para impresionar a nadie. No había adornos ni decoración y las habitaciones solo tenían una cama, una mesita de noche y un pequeño armario.

—Os sugiero que durmáis. Mañana no tendréis tiempo.

—¿Qué ocurre mañana?

Por primera vez, Spade adoptó un aire inquieto.

—Vuestra primera misión. En el casino.

17

Las malas decisiones forjan el carácter. Todo un consuelo, ¿verdad?

Khalani apenas pegó ojo esa noche. En sus interminables pesadillas, el gobernador le rodeaba el cuello con las manos y se lo estrujaba con todas sus fuerzas mientras esbozaba una sonrisa sádica.

Pero, entonces, su rostro empezaba a transformarse hasta que era Takeshi el que la sujetaba. Los hermosos ojos negros de Takeshi lanzaban destellos de placer mientras le arrebataba poco a poco la vida.

—Tomaste la decisión equivocada —susurraba.

Khalani ahogó un grito y se despertó sobresaltada, temblando. Se restregó los ojos y trató de calmar su respiración agitada. Ataviada con un pantalón de chándal azul y una camiseta que había encontrado en el armario, salió con sigilo del dormitorio, descalza, y caminó de puntillas sobre las baldosas negras.

En la zona común se encontró con Winnie, que estaba sentada con las piernas cruzadas ante un escritorio, con el monóculo, un vestido de color granate que cubría el taburete de madera y el colgante de plata que nunca se quitaba sobre el pecho. Estaba escribiendo con frenesí en un diario.

—Hola, Winnie —la saludó Khalani en voz baja, sonriendo, pese a que no se sentía especialmente alegre.

Winnie dio un respingo y alzó el rostro.

—¡Khalani, querida! ¿Qué haces levantada tan temprano?

—¿Es temprano? —Khalani arqueó las cejas, señalando con un ademán la habitación sin ventanas—. Es difícil de saber.

—Ah, necesitas uno de estos.

Winnie movió la muñeca y le mostró un reloj circadiano.

Khalani solo había visto unos pocos en su vida.

Los relojes circadianos eran bastante excepcionales y costaban el salario de veinte años de trabajo en Apolo.

En lugar de números, los relojes mostraban unos símbolos para el sol, la luna y la comida, con lo que podías llevar la cuenta del tiempo en el subsuelo y saber cuáles eran las mejores horas para comer.

—Winnie lo ha encontrado en la mesita de noche. Ya te conseguirá uno para ti también —aseguró la anciana con orgullo. A continuación, dio unas palmadas en el asiento junto a ella—. Ven aquí, querida. Estás muy pálida.

Khalani obedeció y se sentó al tiempo que soltaba un suspiro, estiraba las piernas y se restregaba los ojos cansados.

—¿Qué sucede?

—Nada, Winnie. Solo son pesadillas.

—Nuestros miedos en el mundo real se manifiestan en nuestros sueños para ver si así pueden escapar. No dejes que eso suceda —le imploró con aire serio.

Khalani alzó la mirada hacia el techo gris. Había intercambiado una ciudad del subsuelo por otra, y su ansiedad persistía como si fuera un fantasma que no dejaba de atormentarla.

Se mordió el labio y se volvió hacia Winnie.

—¿Crees que hay más como él?

—¿Como quién, querida?

Khalani vaciló, reacia a dar voz a sus pensamientos, pero, por mucho que se empeñara, no podía librarse de él… o, mejor dicho, de eso.

—Como el gobernador. ¿Crees que hay más maquinas como él?

—Sin duda.

—Pero ¿de dónde han salido? —insistió Khalani.

—Winnie no lo sabe —dijo, aferrándose al lápiz que tenía en la mano—. No recuerda haber leído nada en los Archivos de que el gobernador no era humano. Pero alguien debió de crear esa máquina y colocarla al mando de toda una ciudad. Winnie sospecha que el creador aún anda suelto.

—¿Aquí? ¿En Hermes?

Khalani se tensó.

—Podría ser. Debemos abrir bien los ojos. La clave para encontrar a Prometeo y el Proyecto Hélix puede estar en esta misma ciudad.

«El camino comienza en Prometeo».

Esas eran las palabras que había escrito Timothy Talbot.

Para descubrir la verdad del Proyecto Hélix —una iniciativa lo bastante poderosa que podía salvar a toda la humanidad— necesitaban abandonar Apolo y encontrar a Prometeo. El problema era que estaban en el mismo punto que cuando habían salido de Apolo: seguían sin saber qué era Prometeo.

Quizá nunca descubrieran la verdad.

Sin embargo, Winnie seguía aferrándose a la esperanza. Y la esperanza era una bestia terca y caprichosa.

—¿Qué sabes de Hermes? —preguntó Khalani, inclinándose hacia delante—. ¿Por qué es tan diferente de Apolo?

La anciana alzó la mirada, considerando la respuesta.

—¿Acabó Winnie de leer ese libro? Déjame pensar… ¡Ah, sí! Sí lo acabó. —El rostro se le iluminó y dio una palmada—. Hace mucho tiempo, un incursor trajo un libro sobre Hermes. Lo había escrito uno de sus académicos. Al principio, cuando los ciudadanos poblaron esta ciudad del subsuelo, era muy parecida a Apolo. Oscura, deprimente y gris. Sin embargo, el rico propietario de unas casas de juego antes del Gran Colapso vio la oportunidad de hacerse aún más rico y construyó el primer casino. Ganó mucha popularidad, y el Consejo de Hermes enseguida decidió controlar la riqueza y el poder que generaba el establecimiento. La diferencia en Hermes fue que a la gente no le importó que el Gobierno aumentara el control sobre ellos cada vez más. Y la autoridad que nace en la voluntad de las personas es la más difícil de destruir.

—¿Y el casino?

—El casino siguió creciendo, desencadenando codicia y todo tipo de delitos. Será mejor que no nos crucemos con una de las bandas criminales de la ciudad.

Khalani tragó saliva, y la anciana le posó una mano tranquilizadora en la rodilla.

—No te preocupes, querida Khalani. A Winnie le cae bien Spade. Cuidará de nosotros.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Acabamos de conocerlo.

—¿Y? Winnie tiene buen ojo para las personas.

Se llevó el dedo índice a la mejilla y dio un par de tirones esbozando una mueca maliciosa, lo que hizo que en el rostro de Khalani se dibujara una ligera sonrisa.

—¿Qué estás escribiendo? —le preguntó, buscando cambiar de tema, mientras señalaba el cuaderno en el regazo de Winnie.

—Oh… —La anciana se sonrojó—. Winnie sabía que no podía

traer la máquina de escribir, y necesita dejar constancia de nuestro viaje de algún modo. Así que ha estado utilizando este cuaderno.

Acarició las páginas y Khalani vio la última frase que había escrito.

—«Y mañana se adentrarán en las fauces de un casino, y Winnie reza para que regresen victoriosos» —leyó Khalani en voz alta.

—No es la versión definitiva. Winnie está trabajándolo para mejorarlo —añadió Winnie, presa de una repentina timidez.

—Pues yo creo que suena genial —aseguró Khalani, sonriendo.

De repente, se sobresaltó al oír unos pasos que bajaban por la escalera, pero enseguida se relajó al ver a Spade, ataviado con unos pantalones negros y una camisa blanca.

—Bien. Ya estáis despiertas —apuntó, mirándolas—. Necesito que vayáis a por el resto y subáis.

—¿Por qué? —preguntó Khalani frunciendo el ceño.

—Tenéis que conocer a alguien.

Sin añadir nada más, Spade desanduvo sus pasos y desapareció escaleras arriba.

Winnie y Khalani intercambiaron una mirada nerviosa y fueron a avisar a los demás. Les costó varios intentos lograr que Serene reaccionara, pero Takeshi ya estaba despierto. Khalani advirtió que tenía ojeras y se preguntó si había conseguido conciliar el sueño.

Sin embargo, el capitán subió los escalones de dos en dos con expresión indescifrable.

Mientras ascendía tras él, Khalani forjó un nuevo plan para lidiar con Takeshi y sus complicadas emociones.

Era brillante.

Se llamaba «Plan Guardar las Distancias».

Cuando llegaron al cuarto trasero, Keno les indicó con un ademán que se dirigieran hacia la parte delantera, hacia el bar. Los

clientes de la noche anterior se habían esfumado. Spade señaló hacia una larga mesa que la noche anterior no estaba ahí.

En ella había cuatro hombres sentados, todos ataviados con trajes impecables.

Tres de ellos tenían una expresión sombría y poco acogedora, y, cuando Khalani y los demás tomaron asiento, parecían tensos. El hombre sentado justo frente a ella parecía ser el más joven y llevaba un pañuelo negro que le cubría la mitad inferior del rostro. La observó con sus ojos castaños y Khalani no pudo evitar estremecerse ante aquella mirada tan cautivadora y desconcertante.

Keno entró por la puerta arremangándose hasta los codos y se sentó en la punta de la mesa. Paseó una mirada de disgusto por los cuatro hombres, deteniéndose en el enmascarado que estaba frente a Khalani.

Spade se sentó en el extremo opuesto y entrelazó los dedos de las manos.

—Ahora que ya estamos todos, podemos comenzar.

«Comenzar ¿el qué?».

—Podemos empezar por preguntarte en qué demonios estabas pensando al traer a estos forasteros a nuestra ciudad, Spade. Y nada menos que al Corazón Negro —escupió uno de los hombres, que tenía unos brazos fornidos y una barriga tan prominente que tocaba la mesa de madera.

—Cuidado con lo que dices. Yo no soy ningún forastero —siseó Brock, inclinándose hacia delante como si se dispusiera a abrir al hombre en canal con lo primero que encontrara.

—Sí lo eres, incursor. Formabas parte de nuestro grupo, pero no se te ha visto ni hemos tenido noticias de ti en meses. ¿Cómo sabemos que no has divulgado nuestros secretos a Apolo y que no nos has vuelto vulnerables? —gruñó el hombre mientras dos de los

que lo acompañaban asentían en señal de acuerdo.

El hombre enmascarado guardaba silencio recostado en la silla, como si todo aquello le resultara un auténtico aburrimiento.

Brock se tensó e hizo ademán de ponerse en pie, pero Spade le posó una mano en el hombro para tranquilizarlo.

—Ya basta, Zenith —le soltó Spade al hombre—. Capturaron a Brock en Apolo, y sigue siéndonos leal. Tiene toda mi confianza. Si dices algo en su contra, me lo tomaré como un ataque personal. ¿Algún problema?

Zenith tragó saliva al comprender la amenaza velada. Pese a que los ojos le centelleaban de furia, dejó de protestar.

—Bien —continuó Spade—. Y, ahora, discutamos la cuestión por la que estamos aquí. En primer lugar, hay que saber qué está ocurriendo en Apolo. Mencionasteis un fallo en los cultivos y que el Gobierno de Apolo está matando a los ciudadanos. Contádnoslo todo.

Inclinándose hacia delante, Adan compartió lo que Derek les había dicho sobre sus hallazgos mientras trabajaba en los Laboratorios de Investigación y Recursos de Apolo. Les contó que había descubierto un virus en los cultivos que estaba destruyendo poco a poco toda la cadena de suministro de alimentos, les habló de la negligencia de los líderes y del asesinato masivo de los ciudadanos de Apolo.

Cuando llegó a la parte sobre su fuga y a la revelación de que el gobernador no era humano, un silencio opresivo se cernió sobre el grupo.

Los hombres reaccionaron con indignación e incredulidad.

—¿Cómo que era un robot? —estalló uno.

—¡Eso es imposible! —exclamó otro.

—¿Has oído eso, Spade? —El tercer hombre alzó las manos—. En

mi vida he oído una mentira igual.

Mientras los tres hombres maldecían, el enmascarado, Keno y Spade guardaban silencio. Khalani sintió que la cacofonía de voces se volvía un rugido sordo y empezó a oír un zumbido débil y agudo en la cabeza.

Se revolvió en la silla.

La luz que emitían los fluorescentes le resultaba demasiado intensa. La ropa que llevaba encima le molestaba y le picaba. Comenzó a respirar con dificultad y ante ella aparecieron un par de ojos azules.

«¿Estás segura de que estás formulando las preguntas correctas?».

—¡Basta!

Golpeó la mesa con las palmas de las manos y todo el mundo se volvió sorprendido hacia ella. Incluso el hombre enmascarado alzó la mirada con interés.

—No tenéis por qué creernos —dijo—. Yo tampoco lo habría creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos. Pero lo que os ha contado Adan es verdad. Nuestras ciudades han estado mintiéndonos sobre la radiación. Quién sabe qué otros secretos están ocultándonos…

—¿Sobre la radiación? —El hombre enmascarado habló por primera vez, enderezándose en la silla—. Explícate.

—Por eso me encarcelaron —intervino Brock, fulminando con la mirada a Zenith—. Cuando volvía a Apolo, varias personas de la superficie me atacaron. No llevaban trajes antirradiación. Y no parecían enfermos. Cuando informé al gobernador de lo que había visto, me metieron en la cárcel. He hecho el trayecto hasta Hermes sin protección y os puedo asegurar que la superficie ya no está contaminada. Otra mentira del Gobierno.

Cuando terminó de hablar, la mandíbula de Zenith casi le llegaba al suelo. El hombre enmascarado tamborileó con un dedo sobre la mesa, sumido en sus cavilaciones.

—Es cierto —añadió Spade—. Cuando los encontré en el Gran Arco, no llevaban equipo.

—Puede que el veneno aún no haya hecho efecto —dijo uno de los hombres altos y delgados.

Khalani apretó los puños, sintiéndose como si estuviera golpeándolos una y otra vez contra una pared de ladrillos.

—Pero si dicen la verdad, si su gobernador, humano o no, admitió que había envenenado los cultivos y que había matado a inocentes… Eso nos da razones para creer que puede que aquí ocurra lo mismo —intervino Keno, interrumpiendo por primera vez e inclinándose hacia delante.

—Ya hay algo en marcha —soltó Spade, entrelazando las manos con fuerza—. Han estado capturando a nuestra gente y los llevan a campos de trabajo secretos. Ahí deben de tener a Jack.

Al oír ese nombre, todos los hombres se tensaron, incluido el que llevaba el rostro tapado con un pañuelo. La temperatura pareció desplomarse.

—¿Quién es Jack? —preguntó Serene con la frente arrugada.

Al principio, nadie respondió.

Khalani advirtió que Keno miraba a Spade y negaba sutilmente con la cabeza, pero este último lo ignoró.

—Jack es nuestro líder. Se lo llevaron los crupieres hace un mes. Nadie lo ha visto ni ha tenido noticias de él desde entonces. Fue el primero de nuestro grupo rebelde y el que nos unió a todos. Una pieza crucial en las negociaciones de paz entre las bandas más poderosas de Hermes.

Spade posó la mirada en el hombre enmascarado, que ladeó la

cabeza en señal de reconocimiento.

—¿Quiénes son los crupieres?

—Un grupo de élite del ejército. Unos capullos repugnantes que hacen el trabajo sucio que les manda el Gobierno sin que los ciudadanos se enteren. Hemos oído rumores de que están construyendo un arma en esos campos secretos, pero nadie que los haya pisado ha logrado salir con vida. Y ahí es donde entráis vosotros.

Recelosos, todos dieron un respingo.

—¿A qué te refieres?

Spade se inclinó hacia delante, adoptando una expresión grave.

—Si vuestro plan es regresar a Apolo y rescatar a los ciudadanos del subsuelo, necesitaréis fuerza física y armas. Nosotros os podemos dar todo eso. Pero, primero, necesitamos que nos ayudéis a rescatar a Jack.

A Khalani se le aceleró el pulso. No le gustaba nada el cariz que estaban tomando los acontecimientos.

—¿Cómo? —La voz grave de Takeshi atravesó la estancia.

—Raziel. —Spade señaló con la cabeza al hombre enmascarado —. Es el sicario de los Ases y puede introduciros en el campo.

Raziel, el hombre enmascarado, observó a Spade durante unos segundos y después desvió la mirada hacia ellos.

—Uno de los crupieres les debe un favor a los Ases y nos ha informado de que, dentro de poco, un matrimonio engrosará la lista de ocupantes de los campos de trabajo: el señor y la señora Davenhue. La operación está programada para esta noche. Necesitamos que dos de vosotros, un hombre y una mujer, os hagáis pasar por los Davenhue y os encontréis con el crupier en el casino. Ha accedido a llevarse a los dobles al campo. Os equiparemos con un dispositivo especial para localizaros. Una vez en el interior,

vuestra misión será encontrar a Jack. Dentro de una semana, atacaremos el campo y os sacaremos.

La estancia se sumió en el más absoluto silencio mientras trataban de asimilar el disparatado plan.

—Acabamos de salir de prisión, ¿y ahora nos pedís que volvamos a entrar? —inquirió Adan fulminándolos con una mirada acusadora.

Raziel asintió con una expresión imperturbable.

—¿Por qué una semana?

—Tenemos que reunir las armas necesarias. Asaltar el campo no será fácil, pero contaremos con explosivos.

—¿Y por qué no pueden hacerlo dos de vuestros miembros? —preguntó Serene.

—Los crupieres no pueden reconocer a los dobles. Han intensificado los esfuerzos para identificar a los miembros de nuestra alianza y el riesgo de que se den cuenta de que los que han capturado no son los Davenhue es demasiado alto. Sois nuestra mejor baza.

Khalani tragó saliva, tratando de librarse del nudo que le atenazaba la garganta.

—No. Ni mi hermana, ni Khalani ni Winnie van a servir de cebo y no van a ir a ese campo —gruñó Adan.

—Entonces, no os ayudaremos en nada, chico —siseó Zenith—. En Hermes no hay nada gratis. Todo es una apuesta. Así que o lo aceptáis u os vais de aquí con las manos vacías.

Raziel asintió.

—Es hora de decidirlo. Tenemos que preparar los documentos con vuestras fotos para esta noche. ¿Quién lo hará? —dijo.

Serene posó una mano en la pierna de Khalani y se la apretó. Esta palideció al comprender el mensaje que le estaba lanzando sin palabras.

Iba a hacerlo. Se sacrificaría para impedir que lo hiciera Khalani.

Los nefastos recuerdos se sucedieron en su mente.

Sus padres tendidos sobre una mesa fría. Douglas mirándola por última vez antes de cerrar la puerta.

Las paredes comenzaron a cernirse sobre ella, cada vez más y más rápido.

—Yo lo haré —soltó Khalani de repente.

Todos se volvieron hacia ella, y sintió que una ira glacial extendía sus tentáculos desde el otro extremo de la mesa, donde estaba Takeshi.

—Khalani… —Serene le agarró el brazo y la obligó a mirarla—. No tienes por qué hacerlo.

—Sí, he de hacerlo —respondió, ignorando la punzada en el pecho. Si alguien iba a ponerse en peligro, debía ser ella—. Tú sabes robar, pero yo sé pelear. Tengo más posibilidades que tú de sobrevivir. Y no voy a dejar que te arriesgues por mí.

Serene negó con la cabeza. La barbilla le temblaba ligeramente y tenía los ojos empañados en lágrimas.

Raziel carraspeó, recordándoles que el tiempo era esencial.

—¿Y quién será su pareja?

—Yo.

Khalani cerró los ojos, eufórica y aterrada ante la voz que había pronunciado aquella palabra. Había venido del otro extremo de la mesa, sin vacilar. La voz de Takeshi, que retumbó por la sala como un trueno, no admitía discusión.

Brock frunció el ceño y miró a Serene, pero guardó silencio con aire furioso.

—De acuerdo. —Raziel se puso en pie y se abrochó la chaqueta del traje—. Lo prepararé todo. Spade, tenlos listos a las ocho en punto.

Sin añadir más, Raziel se dirigió hacia la puerta y la cerró con un golpe sordo.

El silencio era atronador.

A Khalani se le heló la sangre al intuir en qué se había metido.

—Khalani, ya has soportado suficiente. No tienes por qué hacerlo. Puedo ir yo —le imploró Serene.

—O Winnie —añadió la anciana tomándole la mano—. Si tiene que pasar algo, Winnie preferiría que fuera a ella antes que a ti.

—¡No! —exclamó Khalani.

Winnie y Serene se sobresaltaron ante su rotundidad, y ella retrocedió unos pasos, tratando de respirar hondo un par de veces para calmarse.

—Yo lo haré. Todo irá bien —afirmó sin creérselo.

Ella había sido la que los había convencido a todos para ir a la superficie. Era ella la que había querido hacer ese viaje.

Y había llegado el momento de enfrentarse a las consecuencias de sus decisiones.

Deseó estar sola y se excusó para ir al baño. Una vez allí, apoyó la espalda en la pared de azulejos y, cuando el peso de lo que había aceptado cayó sobre ella como una tonelada de ladrillos, se desplomó en el suelo.

Iba a llevar grilletes de nuevo, y esta vez de forma voluntaria. Iba a regresar a prisión con el hombre al que tenía que evitar a toda costa.

Habían escapado en el pasado.

Sin embargo, no lograba quitarse de encima la terrible sensación de que esta vez no saldrían con vida.

18

Hasta los que están desnudos llevan disfraz.

La iban a matar esa misma noche.

Khalani estaba convencida de ello.

Y no sería a manos de guardias robustos o criminales violentos, sino por esos tacones de quince centímetros que Spade le había dejado sobre la cama, junto a un vestido de color rojo sangre.

Spade había insistido en que tenía que causar buena impresión en el casino, y, en Hermes, eso significaba mostrar la máxima cantidad posible de piel sin ir completamente desnuda.

El vestido rojo tenía un atrevido escote en uve, se le ceñía a la cintura de forma desproporcionada, acentuándole las caderas, y le llegaba a apenas medio muslo por mucho que ella lo estirara hacia abajo.

Khalani se frotó las piernas, echando de menos el andrajoso uniforme de prisionera.

Alguien golpeó la puerta con suavidad.

—Adelante.

Khalani tragó saliva y reprimió el impulso de quitarse el vestido.

Serene asomó la cabeza y, al verla, puso los ojos como platos.

—Caramba. Me he quedado sin habla.

—¿Tan malo es?

Sin querer, Khalani se llevó las manos al pecho y las deslizó hacia abajo, alisando el ligero tejido que apenas llegaba a cubrirle los pezones.

—No. —Serene entró, aún con los ojos fijos en ella—. Tienes un aspecto increíble. De hecho, igual al capitán le da un infarto.

—No creo que lo impresione.

Muy pocas cosas llamaban la atención de Takeshi, excepto las que tenían como finalidad principal el asesinato.

Seguía sin comprender por qué se había presentado voluntario.

Quizá había percibido su confusión y desconfianza y no la veía capaz de escapar del campo de trabajo sin ayuda.

—¿Spade te ha dejado algo de maquillaje? —preguntó Serene, sacándola de sus pensamientos y comprobando los objetos que había en la mesita de noche: un cepillo y un fino objeto metálico.

—Sí. Pero no lo he usado nunca. No sé maquillarme —admitió, ruborizándose.

—Déjamelo a mí.

Serene tomó los productos de belleza y le indicó a Khalani que se sentara en la cama.

—Pero si ya estoy bien así… No lo necesito.

—Tienes razón, no lo necesitas. —Serene se encogió de hombros y la obligó a sentarse—. Pero, cuando todo a tu alrededor se desmorona, lo mínimo que puedes hacer es tener un aspecto radiante.

Khalani no dejó de mover la pierna con un tic nervioso mientras Serene le aplicaba el maquillaje en mejillas y ojos y le rizaba la larga melena castaña con el extraño objeto dorado. Finalmente, Serene retrocedió unos pasos y una sonrisa se dibujó poco a poco en su rostro.

—¿Y bien? —preguntó Khalani, mordiéndose las uñas.

—Ven a comprobarlo por ti misma.

Serene la tomó de la mano y la condujo hacia el diminuto baño, donde había un espejo ovalado sobre el lavamanos.

Cuando la empujó y la colocó ante él, Khalani se quedó boquiabierta.

Había realzado sus grandes ojos verdes con una sombra de efecto ahumado y unas pestañas extralargas. En las mejillas, Serene le había aplicado un matiz rosado y sus labios eran de un rojo oscuro y brillante. La melena castaña, antes rizada, ahora estaba lista, sin encrespamientos ni nudos, y le caía sobre los pechos.

Khalani apenas reconoció a la mujer que le devolvía la mirada desde el espejo. Era como si se hubiese metido en la piel de otra persona.

Y, cuanto más se contemplaba, más se le aceleraba el pulso. En cuanto pusiera un pie en el casino, todo el mundo advertiría sin sombra de duda que era una impostora.

Era la persona equivocada para llevar a cabo la misión.

Iba a conseguir que los mataran a todos.

Serene le tomó la mano.

—No sé lo que estás pensando, pero déjalo ya. Tienes un aspecto increíble.

—¿Y si no puedo hacerlo?

—Escúchame. De no ser por ti, yo seguiría en esa prisión. No he conocido a nadie más fuerte que tú ni con una belleza tan provocadora como la tuya. Eso es lo que veo. Y ya es hora de que tú también lo veas.

Serene pronunció esas sinceras y emotivas palabras con convicción, como si lo gritara a los cuatro vientos.

Khalani sintió un calor en el pecho y un cosquilleo en la nariz.

—No, no. No llores o echarás a perder el maquillaje. —Empezó a

abanicarla frenéticamente—. Vale, te he mentido. Tienes un aspecto horrible y vamos a morir todos.

Khalani estalló en una carcajada y se restregó la nariz con la mano.

—¿Sabes? Cualquiera se habría puesto a llorar con lo que acabas de decir.

—Lo sé. Pero tú no eres cualquiera. Tú eres mi mejor amiga. —Serene le guiñó el ojo con complicidad—. Bien, esto es lo que haremos. Saldrás por esa puerta con la cabeza bien alta porque eres una tipa dura, una auténtica criminal. ¿Entendido?

—¿Desde cuándo te has vuelto tan mandona?

—Desde que vi que, si no, nadie me hace caso.

Cuando Khalani subió las escaleras, todo el mundo estaba esperándola.

Adan la abrazó durante unos instantes, pidiéndole que fuera con cuidado y negándose a soltarla. Hasta sugirió vestirse de chica y reemplazarla.

—Todo irá bien —le aseguró ella, reprimiendo el deseo de salir corriendo.

Después de meses juntos, la mera idea de marcharse, aunque fuera por unos pocos días, le daba más miedo de lo que había supuesto en un principio. Pero Khalani mantuvo la compostura y disimuló el terror que sentía, fingiendo que no era real.

Brock se mantenía apartado y frunció aún más el ceño al verla.

—¿Algún consejo? —preguntó.

—No hagas el ridículo y acabes muriendo.

Qué inspirador, de verdad.

Khalani lo dejó atrás y se encaminó hacia la parte delantera, hacia el bar. Allí, Spade, Takeshi y Raziel hablaban en voz baja.

Tuvo que contener la respiración al ver a Takeshi.

Parecía que le habían hecho a medida el traje negro. La tela brillante se le ceñía a los músculos del torso y de la ancha espalda a la perfección; sobre la frente le caían unos cuantos mechones de pelo negro, que llevaba engominado y peinado a un lado.

Era un peligro de lo más irresistible.

Por primera vez, vio al hombre sofisticado que había crecido entre la clase adinerada de Génesis, la última ciudad de Apolo en la superficie. Sin embargo, al advertir su presencia, Takeshi se puso rígido y volvió a ser el letal capitán.

Un destello inundó sus ojos magnéticos cuando los clavó en el rostro de Khalani y los deslizó por sus brazos y su pecho, por la fina tela que le ceñía las costillas y los muslos.

Sintió la marca de su mirada oscura, como si fuera el filo de una espada que le recorría la piel.

Por un instante, Takeshi apretó la mandíbula, y Khalani captó en sus ojos un destello de algo indescifrable antes de que él lo ocultara de nuevo. Un calor repentino hizo que se ruborizara al sentir el peso de todas las miradas sobre ella.

«Eres una tipa dura, una auténtica criminal. ¿Entendido?». Las palabras de Serene resonaron en su mente como un himno y la ayudaron a enderezarse y a alzar la barbilla.

—Debo decir que estás imponente —dijo Spade, el primero en romper el silencio.

—Menudo gusto tienes para los vestidos —comentó ella con sequedad.

—Por lo general, prefiero quitarlos —confesó Spade, encogiéndose de hombros y esbozando una sonrisa maliciosa—.

Pero, en tu caso, se demuestra que algunas cosas deben apreciarse primero.

A esas alturas, Khalani no tenía duda alguna de que estaba tan roja como su vestido.

—Es hora de irnos —anunció Takeshi con una voz más profunda que de costumbre, más animal que humana, mientras taladraba a Spade con unos ojos glaciales.

De repente, unos bracitos la rodearon. Winnie se había lanzado hacia ella y la estrechaba con tanto ímpetu que Khalani estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Khalani, mi niña. Qué guapa estás, hasta demasiado para ir a un lugar tan peligroso. Deja que Winnie vaya. No soporta que la dejes aquí.

—Ya sabes que tengo que ir, Winnie. —La abrazó con todas las fuerzas que le quedaban—. Pero volveré.

—Crucemos los meñiques y prométeme que regresarás a casa —insistió Winnie con aire angustiado.

—¿Que crucemos los meñiques?

—Es un contrato vinculante —aclaró la anciana—. Cuando haces una promesa cruzando los meñiques, lo prometes por tu vida. Si rompes esa promesa, las abejas vendrán y te picarán en los ojos.

—¿Qué es una abeja? —le preguntó ella frunciendo el ceño.

—Khalani, levanta el meñique —ordenó la anciana con rotundidad.

Su tono no admitía discusión, así que Khalani obedeció y entrelazó el meñique con el dedo arrugado de Winnie. La anciana asintió, le rodeó el rostro con las manos y le plantó un beso en la frente.

—Hazles pasar un mal rato, mi niña. Y en cuanto a ti… —Se volvió hacia Takeshi y le clavó el índice en el pecho—. Ya puedes

traerla de vuelta sana y salva. A Winnie le caes bien, pero, como regrese con el más mínimo arañazo, te desollará vivo y se hará una capa con tu piel.

Aunque todo el mundo se quedó con la boca abierta, Takeshi ni siquiera se inmutó. Inclinó la cabeza como si la amenaza de la anciana y la responsabilidad que le había encomendado pesaran más que la gravedad.

—Tienes mi palabra —prometió con voz firme e inquebrantable —. El que le ponga la mano encima se enfrentará a una muerte segura.

Por un instante, Khalani olvidó respirar.

«Repite conmigo: que tu enemigo jurado amenace con mutilar a otros en tu nombre resulta psicótico y preocupante, no atractivo».

La anciana pareció quedar satisfecha con la promesa de Takeshi y asintió, como si fuera lo mínimo que pensaba aceptar.

—Un par de cosas más —interrumpió Raziel, aún con el pañuelo cubriéndole medio rostro. Sostenía un dispositivo extraño, metálico y delgado—. Tengo que pincharos el brazo. Es el rastreador. No hay manera de que lo detecten y, de este modo, podremos ubicaros y rescataros en una semana.

Raziel se acercó primero a Takeshi, que se quitó la chaqueta bruscamente y se arremangó, dejando a la vista las venas de su musculoso antebrazo.

Si le dolió el pinchazo, no lo demostró.

Cuando Raziel se volvió hacia Khalani, ella se puso rígida, pero el pinchazo no fue nada comparado con lo que había experimentado en Braderhelm. La banda metálica que le habían incrustado en la muñeca… Eso sí había dolido.

—Listos —anunció Raziel. Y, con un gesto de la cabeza, añadió —: Vamos.

Khalani, Takeshi y Raziel dejaron atrás numerosas tiendas y bares, cuyas luces vivas y parpadeantes captaban la atención de Khalani, que caminaba por la calle adoquinada esforzándose por no perder el equilibrio con esos tacones.

Los hombres la miraban con descaro, e incluso algunos se atrevían a acercarse, pero cambiaban de opinión al instante en cuanto veían las imponentes siluetas de Takeshi y Raziel.

Tampoco pasó por alto la manera en que las mujeres devoraban a Takeshi con la mirada, pero él se limitaba a ignorarlas y a mantener la vista al frente.

Raziel avanzaba envuelto en su capa negra con una confianza letal, y Khalani enseguida reparó en que tanto hombres como mujeres agachaban la cabeza a su paso o se apartaban a toda prisa.

—¿Cuánto tiempo llevas con los Ases? —le preguntó, entornando los ojos hacia él.

—Toda la vida.

—Y… ¿qué hacen exactamente los Ases?

Raziel se detuvo y alzó la mirada, como si considerase la mejor respuesta.

—Nos dedicamos a varios negocios. Comercio de bienes. Cobros de pagos. Ofrecer asistencia en la ciudad. Cosas así.

—Claro, por eso la gente te evita y parece que tenga miedo de quedarse sin sus extremidades, ¿verdad?

Raziel se sonrojó levemente.

—Lo de cortar extremidades no es mi estilo. Demasiado jaleo. Prefiero romper rótulas y tendones de Aquiles y hacerlos correr.

Genial. Otro lunático al que no había que perder de vista.

—Sería más fácil si les fracturaras la tibia —comentó Takeshi,

aún con la vista al frente.

—¿Y qué gracia tendría eso?

—Tienes razón.

Perfecto. Ahora entablaban amistad comentando qué huesos preferían romper.

¿Acaso llevaba un cartel en la espalda que dijera: «Acepto acompañantes masculinos: solo aquellos que eviten ir a terapia»?

Tras doblar una esquina cerrada, Khalani abrió los ojos como platos.

A lo lejos, se alzaba el edificio más grande que había visto en la vida. Era una majestuosa estructura de un blanco deslumbrante, sostenida por treinta enormes pilares dorados, a la que se accedía por unos escalones de mármol y unas puertas de bronce que estaban abiertas de par en par. Por su imponente arquitectura, parecía más bien uno de esos grandiosos templos dedicados a las deidades de la Antigüedad.

Era incluso más grande que las Cámaras del Consejo de Apolo.

Cientos de hombres y mujeres ataviados de forma elegante subían los escalones dorados con la emoción contenida en el rostro.

—¿Eso es…?

—Sí. El casino. Manteneos alerta —respondió Raziel, acomodándose el traje y reemprendiendo la marcha.

Khalani se obligó a cerrar la boca y se alisó el vestido. Tras coger aliento, ignoró la voz en su interior que le gritaba que corriera y nunca volviera la vista atrás y lo siguió.

19

Se obsesionaron tanto con ganar que olvidaron
preocuparse por los vencidos.

En cuanto hubo cruzado el umbral de las magníficas puertas del casino, Khalani se encontró en una estancia dorada que la dejó sin aliento. Centenares de máquinas extrañas cubrían el suelo enmoquetado en rojo, rodeadas por un mar de gente entusiasmada que tiraba de palancas y apretaba botones luminosos sin cesar.

Parecía como si toda la población de Hermes se hubiese reunido en el edificio. En la atmósfera resonaban gritos de alegría, y no pudo evitar toser cuando el aroma rancio del tabaco y el contraste de perfumes de todo tipo le invadió los pulmones.

El lugar destilaba opulencia y riqueza en todos sus aspectos, hasta en los detalles más pequeños.

Khalani alzó los ojos hacia el techo abovedado y quedó embelesada por el mural hecho de diamantes, rubíes y oro. Paseó la mirada por unos hermosos querubines que flotaban sobre nubes resplandecientes y echó la cabeza aún más atrás, entregándose a las vistas.

—Cierra la boca. Que no parezca que nunca has estado aquí —la regañó Raziel mirándola de reojo.

—No lo entiendo —balbuceó, contemplándolo todo con asombro

—. ¿Qué hace toda esta gente aquí?

—Han venido al casino para apostar.

Confundida, frunció el ceño, y Raziel lanzó un suspiro.

—Vienen aquí para jugar y ganar dinero. Apuestan sus ahorros, confiando en conseguir más. Por supuesto, el casino se asegura de salir siempre ganando, pero la gente regresa cada noche para tratar de recuperar lo que han perdido. Algunos apuestan el dinero que se les da para la vivienda, el de la comida e incluso el de la educación de sus hijos. Es un círculo vicioso.

—Es horrible.

Raziel se encogió de hombros.

—Perder es bueno para el negocio. La gente desesperada hace cosas desesperadas.

Takeshi estaba inmóvil y observaba la escena con una intensidad serena y una postura tan rígida que resultaba inquietante.

Al adentrarse en el magnífico espacio, las máquinas con las palancas fueron sustituidas por mesas forradas de fieltro verde. En algunas de ellas, de tamaño mediano, había personas sentadas, muy concentradas en unas cartas, mientras que en otras se arremolinaba una multitud de personas que animaban a alguien que lanzaba unos pequeños bloques blancos sobre el tapete. Tanto los hombres como las mujeres gritaban y vitoreaban como si les hubieran concedido sus deseos más íntimos.

Khalani desvió la mirada hacia los intimidantes guardias apostados junto a las paredes. A diferencia de los invitados, llevaban chalecos de metal negro y auriculares en los oídos, y empuñaban armas.

Los crupieres.

Vigilaban la estancia como si fueran los tiburones sedientos de sangre que, según había dicho Winnie, acechaban en otros tiempos

en el océano.

Khalani siguió a Raziel con la cabeza gacha hasta un rincón alejado donde solo había unas pocas personas que jugaban a las máquinas sin prestar atención a su alrededor.

Uno de los crupieres estaba apoyado de brazos cruzados contra la pared dorada. Era corpulento y llevaba el pelo rapado y un pulcro bigote. Miró a Khalani y Takeshi y, a continuación, entornó los ojos y los posó en Raziel.

—Llegas tarde —gruñó el crupier.

—Si no recuerdo mal, Sylas, los Ases siempre llegan a tiempo. Querías decir eso, ¿verdad?

Raziel ladeó la cabeza, dejando que la sutil amenaza flotara en el aire.

Sylas tragó saliva y, tras un momento, bajó la mirada con expresión contrita.

—Eso era lo que quería decir, sí —murmuró.

—Espléndido —exclamó Raziel en tono radiante—. ¿Recibiste los archivos que te envié?

El crupier se revolvió, incómodo, y sacó un dispositivo con pantalla del bolsillo.

—Sí. ¿Son los Davenhue?

Le mostró la pantalla, en la que se veían las caras de Khalani y Takeshi junto a sus biografías.

Clarence y Mars Davenhue

Edad: 21 y 25

Residentes del Distrito 2

Dueños de una panadería

Sin hijos

¿Cuándo les había sacado Raziel una foto? Takeshi hasta sonreía. ¡Sonreía!

—Los mismos.

Raziel los miró con aire afectuoso y les dio unas palmaditas en la espalda.

Con evidente nerviosismo, Sylas asintió y guardó el dispositivo en el bolsillo.

—La detención tendrá lugar a las dos de la madrugada en el salón Siete Diamantes. Esperan que los Davenhue lleguen pronto y borrachos. Los crupieres no deben notar nada raro. ¿Entendido?

—Lo entienden perfectamente —respondió Raziel por ellos.

Faltaban un par de horas para las dos de la madrugada. Un par de horas para que los arrestaran por voluntad propia y los llevaran a un campo de trabajo en una ubicación desconocida.

Khalani se rascó la piel alrededor de las uñas y miró hacia la salida.

Quizá los Ases conocían a otra chica que deseara estar entre barrotes. Si se iba ahora, aún tendría oportunidad de escapar…

Sin embargo, a su mente acudieron los rostros de Serene y Winnie. Olvidó el dolor y el miedo y aceptó la realidad.

La única manera de regresar era ir hacia delante.

—¿Y qué hay de mi deuda con los Ases? —preguntó Sylas con un hilillo de voz.

—Tu deuda con los Ases quedará saldada en cuanto se nos confirme que han llegado sanos y salvos al campo. —Raziel se cruzó de brazos—. Si el plan sufre cualquier alteración imprevista, yo mismo te la haré pagar.

Sylas palideció.

—De… acuerdo. —Echó un vistazo a su alrededor—. Tengo que irme. No lo olvidéis. A las dos.

Sin añadir más, se apresuró a marcharse y desapareció entre la multitud.

—Puta rata —dijo Raziel entre dientes, fulminándolo con la mirada.

—Y ahora ¿qué hacemos? —susurró Khalani, estirándose el dobladillo del vestido.

—Tenemos algo de tiempo. Tomemos una copa.

Raziel dio media vuelta y, con grandes zancadas, cruzó la sala camino de una fastuosa barra de mármol con unas columnas plateadas.

Khalani se quedó inmóvil. Al igual que Takeshi. Tenían los pies pegados al suelo y observaban a su misterioso acompañante mientras veían cómo sus últimos segundos de libertad se esfumaban.

—¿Por qué tengo la sensación de que estamos cometiendo un error enorme? —manifestó Khalani.

—Porque es probable que así sea.

—Y, sin embargo, seguimos adelante.

Takeshi la miró con sus ojos negros y arqueó una ceja.

—¿Lo estás reconsiderando?

Pues sí. Pero eso era lo de menos.

Desde el momento en que Winnie la había abrazado, ya no había vuelta atrás.

—No. Seguimos adelante, como siempre.

Khalani se enderezó para reafirmarse en las palabras que acababa de pronunciar. Reconoció el cosquilleo de ansiedad que le recorría el abdomen, el pecho y las puntas de los dedos.

Pero, por muy profundos que fueran sus miedos, se negaba a

permitir que esos pensamientos destructivos la paralizaran. Si Khalani tenía que llevar grilletes otra vez, lo haría con la cabeza bien alta y los ojos puestos en la superficie.

Takeshi ladeó la cabeza.

—Has hablado como alguien que sigue luchando.

Ella le lanzó una mirada llena de intención.

—¿Y quién dice que no lo hago?

Sin esperar respuesta, Khalani se dirigió hacia la barra.

Tras dar unos pasos, miró disimuladamente por encima del hombro y vio a un inmóvil Takeshi que, pese a fruncir el ceño, la observaba alejarse con paso decidido y con un inconfundible destello de deseo en los ojos.

Como si fuera ella la que lo despertara.

La gente le lanzaba miradas de admiración a su paso y le recorrían el cuerpo con ojos lascivos. Khalani siguió con la vista fija al frente y avanzando con seguridad. Mentalmente, le dio las gracias a Serene por haber insistido en que no tuviera el aspecto de una cucaracha con los labios embadurnados de rojo.

Percibió la presencia de Takeshi, que la seguía en silencio.

Khalani se encontró contoneándose un poco más, tratando de mantener el equilibrio sobre los tacones.

Raziel estaba apoyado en la barra con aire despreocupado, como si fuera de su propiedad. El resto de los parroquianos guardaban las distancias y un nervioso camarero le sirvió una copa llena de un líquido ambarino.

—¿Qué quieres beber? —le preguntó a Khalani, que balbuceó, sin saber qué contestar.

—Ella no tomará nada —interrumpió Takeshi en un tono grave, acercándose a la barra—. A mí pídeme cualquier bebida fuerte.

—Un momento. —Khalani se volvió hacia él—. No tienes derecho

a hablar por mí.

—Qué curioso. Acabo de hacerlo.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad? Para partirse de risa. Deberían hacerte una estatua que describiera lo increíblemente ingenioso y encantador que eres.

—No estaría mal —respondió sin inmutarse.

—¿Sabes qué tipo de rostro tienes?

—Yo no…

—Del tipo que te entran ganas de darle un puñetazo —soltó, haciendo hincapié en la última palabra—. De ese tipo, y eso es precisamente lo que va a ocurrir ahora mismo si no te apartas…

—¿Vais a seguir ligando o pensáis pedir algo? —los interrumpió Raziel antes de beber un trago de su copa con desgana.

Khalani y Takeshi lo fulminaron con una mirada cargada de desprecio.

Si ligar consistía en querer arrancarle la cabeza al otro a todas horas, entonces estaban ligando. Y eran unos auténticos profesionales.

—Tomaré lo mismo que tú y ya está —le gruñó ella a Raziel.

—¿Estás segura? Es fuerte. La mayoría de las chicas prefieren algo dulce.

—Si tú puedes tomártelo, yo también.

Raziel sonrió con malicia.

—Igual podrías…

—Pídele la puta bebida —soltó Takeshi, apoyando los codos en la barra.

Khalani dio un pequeño sorbo de la copa plateada que le pusieron delante, esperando que el alcohol distendiera un poco el ambiente. Al ver que hacía una mueca y se estremecía, Raziel esbozó una sonrisa.

¿Qué le veía la gente al alcohol? No lo entendía. Era como llenarse la garganta de carbón y prenderle fuego.

Sin embargo, por alguna razón, dio otro sorbo. Porque ¿de qué servía la libertad si, al tenerla, no tomabas malas decisiones?

Takeshi, por su parte, terminó la copa de un solo trago, con una expresión completamente inescrutable.

Era imposible saber si la había disfrutado o no le había gustado en absoluto. Pero cuando desvió su mirada aún irritada hacia ella, Khalani detectó un leve destello, como si la desafiara.

¿Con que esas teníamos? Bien.

Echó la cabeza hacia atrás, contuvo el aliento y apuró la copa de un trago.

—Así me gusta —comentó Raziel con un gesto de aprobación.

—En realidad no sabe tan mal —mintió ella, casi sin aliento por el ardor.

Pese a que ambos hombres la miraron de reojo, como si supieran que estaba fingiendo, Khalani los ignoró y se encaminó hacia una de las extrañas máquinas que se alineaban contra la pared. Tenía una pantalla blanca con unas enormes letras rojas y brillantes donde parpadeaba una y otra vez la palabra «JACKPOT».

—¿Cómo se juega? —preguntó.

Raziel se acercó despacio y sacó una tarjeta metálica del bolsillo. Tocó con ella la pantalla y, al instante, varios símbolos se iluminaron y comenzaron a danzar detrás del cristal.

—Ahora solo tienes que tirar de esta palanca —explicó, señalando la barra roja que había en el lateral de la máquina—. El objetivo es alinear tres símbolos iguales en una fila. Si lo haces, ganas.

Khalani se mordió el labio y tiró de la palanca. Los símbolos giraban tan rápido que era imposible seguirlos con la vista. Tiró de

ella varias veces, pero en ninguna ocasión logró que coincidieran.

Aunque estaba jugándose el dinero de Raziel y sentía una punzada de culpa cada vez que perdía, él se limitó a asentir con la cabeza para animarla.

—Juega otra vez.

Takeshi se colocó a su lado, lo que solo intensificó el deseo de Khalani de ganar. Empezaba a comprender lo fácil que era caer en las redes del casino: tirar de la palanca una y otra vez, apostando y dejándose llevar.

De pronto, tras otro intento, la máquina se iluminó y el sonido de unas monedas tintineando resonó en el ambiente. La pantalla mostraba tres diamantes azules.

—¿He ganado? —Retrocedió, sorprendida.

—Has ganado.

—¡He ganado! —exclamó Khalani al tiempo que se volvía con una amplia sonrisa en el rostro y daba una palmada.

Takeshi le dedicó una intensa sonrisa, cargada de deseo. Khalani sintió la calidez del alcohol en las entrañas y admiró lo bien que le quedaba el traje, que resaltaba sus ojos oscuros y su cuerpo musculoso…

«No». Khalani se dio la vuelta de inmediato.

Se obligó a mirar la pantalla, donde brillaban los diamantes azules. El color le recordó algo. O a alguien. El azul cambió, y unos ojos glaciales le devolvieron la mirada.

Sobresaltada, dio un respingo.

—¿Qué ocurre?

Raziel miraba a Khalani como si estuviera poseída. Takeshi se acercó y clavó sus ojos en ella.

—Yo… yo… —balbuceó, incapaz de hablar.

Khalani se volvió hacia la máquina, pero la mirada fría del

gobernador había desaparecido de la pantalla y ahora solo brillaban esos diamantes azules.

—Lo siento, me ha parecido como si… alguien nos observara.

Se pasó una mano temblorosa por el pelo.

Raziel frunció el ceño, pero echó un vistazo a su alrededor para asegurarse.

—No hay nadie.

—Claro, cómo no. Qué tonta —bromeó, aunque notó que empezaba a nublársele la vista—. Solo necesito tomar otra copa.

Raziel vaciló unos instantes, tal vez pensando que eso era lo último que necesitaba.

—Ya tomarás otra en el salón —respondió finalmente—. Es hora de irnos.

Khalani asintió y cogió aliento, dispuesta a seguirlo. Sin embargo, advirtió que Takeshi tensaba la mandíbula. Al comprender que quería llevarla aparte y exigirle respuestas, Khalani evitó su mirada inquisitiva.

Por su propia cordura, tenía que fingir que no pasaba nada.

Recorrieron otro pasillo lujoso, en el que se toparon con mujeres que lucían vestidos aún más escotados e indiscretos. Al doblar la siguiente esquina, encontraron dos enormes puertas bloqueadas por una cuerda roja y tres colosales guardias que parecían alimentarse de humanos para desayunar, comer y cenar.

Sobre la puerta, en la pared negra, siete luces en forma de diamante brillaban y parpadeaban. Tras ella retumbaba un sonido de graves que salía de un altavoz. Raziel los miró con un destello de anticipación.

—Bienvenidos al salón Siete Diamantes, la joya de la corona de la vida nocturna de Hermes.

20

Si nuestro destino fuera estar solos, no nos habrían dado dos manos.

Guiados por Raziel, dejaron atrás la fila de personas que esperaban para entrar y se abrieron camino hasta la puerta.

Algunos de los que estaban en la cola protestaron, pero, en cuanto vieron el pañuelo que cubría el rostro de Raziel, sus reproches se atenuaron y pronto buscaron otra cosa a la que prestar atención.

Las mujeres devoraron a Takeshi con la mirada cuando pasó con la cabeza erguida. Una de ellas, con unos tirabuzones rubio platino que le llegaban a la cintura y un vestido de encaje negro casi transparente, lo tomó del codo.

—Oye, guapo, ¿te apetece bailar conmigo ahí dentro? —murmuró en tono meloso.

Khalani sintió que algo caliente le ardía en el pecho.

Debía de ser a consecuencia de la copa.

Takeshi no respondió. Apenas la miró. Se limitó a zafarse del agarre con una mirada de repulsión y siguió adelante, dejando a la mujer boquiabierta.

Khalani no pudo reprimir una sonrisa, pese a estar arriesgando la vida.

Cuando llegaron a la cuerda de terciopelo roja, Raziel le susurró algo al oído a uno de los guardias. Pareció pasarle algo con gesto rápido, pero Khalani no pudo ver qué era. El guardia, palideciendo visiblemente, asintió y les franqueó el acceso.

Hecha un manojo de nervios, Khalani se adentró en un estrecho pasillo iluminado tan solo por una línea de antorchas que ardían a los lados. El aire estaba cargado de humo, que se arremolinaba y latía con cada gruñido de los bajos, que reverberaban por las paredes negras y dentro de su pecho. Khalani vaciló, preocupada por un posible incendio, pero Raziel seguía avanzando con confianza.

Lo siguieron por aquel corredor oscuro y angosto, y la música aumentó de volumen.

De repente, el humo se disipó y se encontraron con una sala vibrante y majestuosa ante ellos. Varias barras de cristal bordeaban el perímetro y los camareros atendían a las hordas de juerguistas. En el centro había una enorme pista de baile, abarrotada con cientos de personas.

El aire estaba cargado de humedad.

Del techo colgaban jaulas en cuyo interior varias mujeres con lencería de encaje se contoneaban y movían eróticamente, para deleite de hombres y mujeres, que las contemplaban con lujuria.

Al fondo del club colgaba una gran estatua de bronce. Representaba a un hombre con traje que extendía los brazos, como si estuviera incitando a toda la sala a levantarse y adorarlo.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—¿Quién es? —le preguntó a Raziel.

La música sofocó sus palabras.

Raziel siguió su mirada.

—Ese es Milo Hendrix. Estableció el primer casino en la ciudad hace un par de siglos convirtiéndola en lo que es hoy. Cuando murió,

Hermes tomó el control del casino y sus negocios, pero su legado permanece. —Despachó la estatua con un leve gesto y se volvió hacia la barra—. Vamos a tomar un trago.

Vio que Raziel se movía, pero ella no podía apartar los ojos de la estatua.

Había algo en Milo Hendrix que le resultaba familiar.

Ese rostro inanimado, apuesto, sonriendo por encima de la multitud sudorosa que bailaba. Esos brazos extendidos. Le recordaba a alguien que había conocido. Alguien que…

—Kanes.

Takeshi le tiró del brazo, sacándola de su ensimismamiento. Señaló con la cabeza hacia la barra, donde Raziel ya estaba hablando con un camarero, que asentía con vehemencia y la frente perlada de sudor.

Cuando se acercaron, Raziel les entregó unos vasos diminutos y transparentes, llenos hasta el borde de un humeante líquido azul.

—¿¡Qué es esto!? —gritó ella.

—Es un chupito.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Hay que chuparlo?

Takeshi fulminó a Raziel con la mirada, y este soltó un suspiro exasperado, como si estuviera ante dos niños estúpidos.

—Es solo un trago de nada para que ambos os relajéis un poco. —Se inclinó y se pegó a ellos para que nadie más pudiera oír lo que iba a decir. Khalani trató de apartarse, pero Raziel la agarró con fuerza—. Por si lo habíais olvidado, se supone que sois una pareja joven, casada y enamorada. Aunque, a decir verdad, más bien parecéis a punto de lanzaros mutuamente por el balcón y estáis tan tensos que ni mi cuchillo llegaría a cortar el ambiente entre vosotros. Para convencer a los crupieres de que sois de verdad los Davenhue,

tenéis que representar vuestro papel y beber lo que os doy. En especial tú.

—¿Yo? —Khalani echó el cuerpo hacia atrás—. ¿Por qué yo?

—Tienes muy mala cara y estás más pálida que un naipe, cariño. Así que bébete esto y finge que te lo estás pasando bien. Recuerda que podría ser tu último trago en una temporada.

Raziel alzó su vasito en un brindis burlón. Acto seguido, lo deslizó bajo el pañuelo y se lo bebió de un trago.

Khalani sostuvo el chupito con manos temblorosas, mirando de reojo a Takeshi, que se limitó a observarla y esperar.

—¿No vas a decirme que pare? —le preguntó poniéndolo a prueba.

—¿Serviría de algo?

Buena observación.

Se llevó el vaso a los labios y se lo tragó de un sorbo. Un leve gruñido se le escapó de la parte posterior de la garganta. Sorprendentemente, la bebida tenía un regusto dulce después del ardor inicial. Se lamió los labios y sintió que se le relajaban los músculos.

Pues no estaba tan mal.

Se había pasado la vida reprimiendo sus deseos y sirviendo a la ciudad de Apolo con lealtad inquebrantable. Había silenciado sus emociones hasta convencerse de que no existían.

Sin embargo, esa noche podía ser su única oportunidad para recuperar las partes de sí misma que había perdido.

Y, ya que estaban a punto de convertirse en prisioneros, no le parecía tan mal dejarse llevar y disfrutar de unas pocas horas de libertad.

—¿Puedo tomar otro? —le preguntó a Raziel, quizá con demasiado entusiasmo.

Raziel enarcó una ceja, pero en sus ojos asomó un brillo divertido. Chasqueó los dedos y el camarero apareció de inmediato con otro vaso humeante. El sicario le ofreció uno a Takeshi, pero este levantó la mano, rechazándolo.

—¿No vas a beber más? —preguntó ella.

Takeshi se limitó a negar con la cabeza y se apoyó en la barra observando la sala con mirada letal, evaluando cada salida y cada posible amenaza.

—Menudo muermo —refunfuñó ella, pero Takeshi no respondió.

O decidió ignorarla.

Después de la cuarta ronda, se sentía, sin duda, mucho más relajada.

Un hormigueo le recorría los dedos y todo a su alrededor parecía brillar un poco más. Sin proponérselo, comenzó a balancearse al ritmo de la música y desvió la mirada hacia la pista de baile.

Hombres y mujeres se mecían unos contra otros como una ola. El movimiento era hechizante y jamás había escuchado una música parecida. Le retumbaba por todo el cuerpo.

De repente, una seductora voz femenina surgió de los altavoces. Algo en sus palabras hipnóticas y en aquel ritmo grave y palpitante hizo que Khalani quisiera unirse a los demás en la pista.

De hecho, eso era exactamente lo que pensaba hacer.

—Voy a bailar —declaró sin pedir permiso.

Takeshi volvió de inmediato la cabeza hacia ella. Raziel se limitó a soltar una carcajada y depositó la copa en la barra.

—Ve, ve. Yo tengo que hablar un momento con tu amigo. No te perderemos de vista.

Takeshi tensó la mandíbula, a punto de protestar, pero Khalani no pensaba quedarse allí esperando su inevitable objeción. Dio media vuelta y se dirigió hacia la pista.

Con la calidez del alcohol recorriéndole el cuerpo, se abrió paso entre la multitud, que seguía el ritmo absorta. Finalmente, encontró un hueco justo en el centro.

Estaba rodeada de hombres y mujeres eufóricos, que se empujaban y restregaban contra sus parejas como si buscaran convertirse en un único ser.

Hacía calor, y el ambiente era pesado y denso. Sintió que le iban a estallar los tímpanos a causa del volumen y se le había acelerado el pulso. Por un momento, consideró volver a la barra, pero hizo de tripas corazón y se concentró en el momento.

En la música. En respirar los aromas y absorber todo lo que la rodeaba.

Sintió que empezaba a balancearse. Poco a poco, descruzó los brazos y empezó a golpearse los muslos con los dedos al compás de la melodía.

«Sé que no me quieres, cariño. Pero eso a mí no me afecta», cantó la mujer por los altavoces.

La multitud empezó a imitarla. Conocían la letra de la canción al dedillo y echaban la cabeza hacia atrás como si la música fuera una extensión de sus almas.

«Ahora estoy mejor que antes, cielo. Lástima que tú no puedas decir lo mismo».

Khalani esbozó una amplia sonrisa mientras abrazaba la libertad que la rodeaba.

Balanceó aún más las caderas. Relajó los hombros.

Una chica bajita con un ajustado vestido azul le sonrió, animándola, mientras un hombre le besaba el cuello. Khalani levantó los brazos, cerró los ojos y se entregó por completo al ritmo erótico.

Por primera vez en su vida… se estaba divirtiendo. ¿Y qué pensamiento ensanchó aún más su sonrisa? Que Winnie estaría

orgullosa.

Un desconocido se acercó por detrás y le colocó las manos en la cintura. Khalani se tensó de inmediato y se volvió.

Se encontró con un hombre rubio de cautivadora sonrisa, que deslizó las manos hasta sus caderas y la atrajo suavemente hacia él, animándola a bailar.

El primer impulso de Khalani fue apartarlo, pero se obligó a relajarse. Solo tenía esa noche para ser otra, una versión diferente de sí misma.

Se dejaría llevar por la música, al igual que hacían el resto de las chicas que bailaban junto a ella y que no tenían que sobrevivir a diario.

Presionó la espalda contra el desconocido y se permitió ser libre. No le gustó cómo le clavaba los dedos en la cintura ni el aliento caliente en su oído, pero cerró los ojos, fingiendo ser otra persona.

De pronto, alguien apartó al hombre de malos modos.

Un puñetazo contundente resonó por encima de la música y, antes de que pudiera reaccionar, una figura más fuerte y más alta se colocó tras ella.

Pese al calor sofocante, se le erizó la piel. El recién llegado le rodeó suavemente la nuca con la mano izquierda y le apoyó el pulgar detrás de la oreja, mientras que con la derecha la atraía hacia él. No necesitaba volverse para saber quién era. Reconocería a Takeshi hasta con los ojos vendados solo por cómo la tocaba. Nadie tenía un cuerpo como el suyo ni irradiaba esa energía caótica con la que te atraía antes de hacerte añicos.

«Tómate otra copa —le dijo la parte lógica de su mente—. Sal de la pista y toma un poco el aire». Tenía que alejarse de la única persona capaz de destripar lo que quedaba de su frágil corazón. Sabía que Takeshi la soltaría si se lo pedía.

Sin embargo, el roce de sus dedos la hizo sentir como si nunca antes la hubieran acariciado. Como si su cuerpo fuera un desierto por explorar.

La música retumbó más fuerte en su pecho, y Khalani se balanceó de un lado a otro.

«No pueden dejar de mirarnos. Pero yo solo tengo ojos para ti».

Takeshi deslizó la mano hacia su abdomen y extendió los dedos mientras la guiaba con sus propias caderas.

«Nunca creyeron en nosotros, cariño. Pero yo creeré si tú me lo pides».

Khalani alzó los brazos hacia el cielo y Takeshi los acarició y se los pasó por detrás de la nuca, aferrándola a él. Inclinó la cabeza hacia ella y Khalani notó que deslizaba sus suaves labios por su piel.

No necesitaban decirse nada. Sus cuerpos ya susurraban por ellos.

Como si bailar fuera otra manera de decir: «Escóndete del mundo conmigo».

Dejó caer la cabeza hacia atrás y él la sujetó aún más, acariciándole el abdomen y el torso. Recorrió la clavícula desnuda con sus dedos fuertes, le rozó lentamente el pecho y trazó una senda por el estómago hasta el dobladillo del vestido.

A Khalani se le aceleró la respiración, y el ritmo constante igualó los latidos desbocados de su corazón. Todo el mundo a su alrededor desapareció, como si ellos fueran los únicos en la superficie de la Tierra.

Khalani abrió los ojos cuando Takeshi introdujo los dedos debajo del vestido rojo. Delante de todo el mundo.

Al principio, miró a su alrededor embargada por una excitación aterradora, pero nadie les prestaba atención. Las luces se habían atenuado y la multitud estaba sumida en su propio mundo de deseo

y éxtasis.

Takeshi subió y bajó los dedos de forma hipnótica por la parte superior de su muslo. Aunque el vestido aún la cubría, se sentía desnuda ante él, y casi soltó un gemido cuando sintió que su dedo subía un poco más y jugueteaba con su piel.

Jamás había experimentado nada comparable con el placer, el calor y la intensidad que sentía en ese instante. Takeshi le rozó el oído con la boca, se lo lamió despacio con la lengua, y Khalani se mordió el labio. Cuando él le apretó el muslo con su mano fuerte, Khalani arqueó el cuello hacia atrás.

«Sube un poco más», casi le suplicó.

Sus caricias eran una corriente eléctrica que la abrasaba, que borraba a cualquier amante que recordara…, negándole la posibilidad de estar con cualquier otro hombre en su vida.

—Respira conmigo, Kanes —le susurró al oído Takeshi mientras le acariciaba el cuello con las yemas de los dedos.

Khalani contuvo la respiración cuando él le arañó suavemente la parte superior del muslo.

Llevó las caderas hacia atrás y se arqueó, completamente indiferente a la gente que los rodeaba.

Era probable que Raziel no les quitara ojo de encima desde la barra, pero estaban perdidos en un universo que ellos mismos habían creado.

—Si te tocara ahora mismo, ¿qué encontraría? —susurró Takeshi.

Khalani se humedeció los labios, incapaz de pensar y de darle una respuesta.

—Y bien, Kanes, ¿estás muy mojada?

Le mordió con dulzura el lóbulo de la oreja.

Khalani respiró entrecortadamente, con las entrañas en llamas. Iba a derretirse a sus pies como una vela en cualquier momento.

Así que decidió provocarlo.

—Para nada.

Takeshi rio, una risa teñida de oscuridad que acompañó moviendo el dedo y ascendiendo gradualmente por su muslo, cada vez más arriba.

—Quiero poner la cabeza entre tus muslos y tragarme todas tus deliciosas mentiras.

Khalani entreabrió los labios.

El lenguaje humano no debería ser tan sucio.

Tan capaz de borrar todas las frases que se habían dicho en el pasado.

—Dime una cosa más, Kanes. Dime que no eres mía.

La voz de Takeshi se hizo más grave, más áspera, como si la anarquía que corría por las venas de Khalani se hubiera vertido en él.

Takeshi encarnaba la perdición, el desastre de su vida. Pero él no le provocaba el deseo de salir corriendo. No. Él la ayudaba a aceptar el terror.

Ignorar a Takeshi era como huir del sol.

Podía esconderse de él, pero su luz siempre la esperaría en la superficie, dispuesta a quemarla y a mostrarle los límites del mundo.

Aferrándose al último vestigio de cordura que le quedaba, dijo:

—No soy tuya.

Sujetándole la barbilla con el pulgar y el índice, Takeshi le hizo ladear la cabeza y mirarlo. Khalani se perdió en un océano negro.

—Voy a dejar que sigas pensando eso.

Khalani contuvo el aliento cuando él la acarició en el lugar exacto que deseaba y su boca la devoró, apenas permitiéndole respirar. Sus labios se fundieron y sus lenguas se contonearon al ritmo de la melodía. Takeshi le sujetó suavemente el cuello con la mano

izquierda mientras dibujaba un círculo entre las piernas con el índice derecho, demostrándole sin palabras a quién pertenecía.

Y tenía razón. Khalani estaba muy mojada.

Se aferró a su cuello y lo besó con el mismo abandono. Si el mundo acabara en ese preciso momento con un estallido de fuego y terror, ella seguiría aferrándose a Takeshi, dejando que su boca expresara lo que siempre había tenido miedo de decir.

Takeshi debía de sentir lo mismo, porque gruñó y la atrajo aún más.

Joder… Sabía exactamente cómo mover la boca. Y las manos.

Estaba convencida de que, cuando Dios había creado a Takeshi, sin querer se le había derramado una botella entera de atractivo sobre él y había exclamado: «Mierda».

Takeshi se apartó, solo lo suficiente para que ambos respiraran, sin soltarla. Las sombras en sus ojos se intensificaron, como si quisiera secuestrar el tiempo y alargar ese instante para siempre.

De repente, Raziel apareció junto a ellos y, mirando a Takeshi con una sonrisa cómplice, le dio una palmada en la espalda.

—Bien hecho, Takeshi. Has interpretado tu papel a la perfección. Yo no lo habría hecho mejor.

21

Una vez muertos, ¿tendremos una segunda oportunidad? Lo pregunto para un amigo.

Con todo el cuerpo tenso, Takeshi fulminó a Raziel con la mirada.

Khalani se zafó de él y lo miró con incredulidad. El ritmo de la música cambió y el ambiente se volvió claustrofóbico.

Abrió la boca, pero fue incapaz de articular palabra.

Takeshi no la había acariciado ni besado porque lo deseara de verdad. Solo lo había hecho por la misión. Para hacer creer a los crupieres que eran un matrimonio enamorado de verdad.

Takeshi se volvió hacia ella y frunció aún más el ceño al ver el corazón roto y la traición reflejados en los ojos de Khalani.

Dio un paso adelante. Ella retrocedió.

—Khalani, no es lo…

—Señor y señora Davenhue, tienen que acompañarnos.

Una voz a sus espaldas cortó la tensión que se respiraba en el ambiente, y varios crupieres vestidos elegantemente de negro formaron un círculo a su alrededor para evitar que escaparan.

Khalani intercambió una mirada con Sylas, el crupier con el que se habían visto en el casino, pero en su rostro había una expresión fría e impasible, como si no se conocieran de nada. La tomó con firmeza del brazo mientras que otros dos guardias sujetaron a

Takeshi, asumiendo que era la mayor amenaza.

A Raziel no se lo veía por ningún lado; con toda probabilidad estaba pavoneándose por ahí de lo magníficamente bien que había ido todo.

—¿Qué crees que haces? —gruñó Takeshi.

Como si estuviera a punto de arrancárselo, fulminó con la mirada el brazo del crupier que tenía agarrada a Khalani.

Qué gran actor.

—En marcha —soltó Sylas, ignorando la pregunta de Takeshi y empujándola para que se moviera.

Khalani se tambaleó y tropezó por culpa de los tacones, pero el guardia la arrastró. Hombres y mujeres los dejaban pasar al ver a los crupieres.

Sylas la siguió arrastrando hasta que alcanzaron una salida trasera no señalizada. En el momento en que la empujó al exterior, le llegó el hedor a basura podrida y frío metal y resbaló sobre el pavimento húmedo del callejón.

Sylas la agarró del codo y la estampó bruscamente contra la pared de ladrillo. Khalani soltó un gruñido al ver que hacían lo mismo con Takeshi, que acabó junto a ella. Tensaba todos los músculos y su rostro era la viva imagen de la furia contenida. Giró la cabeza hacia ella, pero Khalani se negó a mirarlo.

Siempre la dejaba en ridículo. Y se había hartado de ser el peón en sus retorcidos juegos.

Sin embargo, y de un modo un tanto perverso, el comportamiento de Takeshi los beneficiaba. Los crupieres no dudarían de su historia, y ella podría concentrarse plenamente en la misión.

Y, en cuanto la semana llegara a su fin, rompería cualquier vínculo que tuviera con Takeshi Steele para siempre.

—Los tenemos —anunció Sylas por una pequeña radio—. Traed el cilindro.

Khalani frunció el ceño al ver que un crupier se acercaba, sacando un objeto del bolsillo trasero. Antes de que pudiera reaccionar, le clavó una larga aguja en el cuello.

—¡Ay! —exclamó, llevándose una mano temblorosa hacia el lugar del pinchazo—. ¿Qué… demo…?

Aunque parpadeó un par de veces, los crupieres parecieron multiplicarse ante ella.

Khalani se volvió hacia Takeshi, que se encorvaba hacia delante al tiempo que otro guardia le arrancaba una jeringa del cuello. Sintió que el pulso se le volvía más lento y se apoyó contra la pared. Tuvo la sensación de que los tacones se derretían en el cemento, que la arrastraba hacia abajo.

Más abajo. Mucho más.

Le pareció ver que Takeshi extendía la mano hacia ella, pero, de repente, todo se volvió negro.

—Oye.

…

…

…

—¡Oye!

Alguien le golpeó el pie y Khalani se despertó sobresaltada, casi sin aliento. Al abrir los ojos, la intensa luz blanca que brillaba sobre su cabeza la deslumbró.

Una figura borrosa se cernía sobre ella, como un fantasma que había vuelto a la vida. Khalani se frotó los ojos y los entornó,

asumiendo que estaba atrapada en una pesadilla. Pero, poco a poco, empezó a volverse todo más claro y vio a una chica de piel pálida ataviada con unos pantalones blancos y una camisa de manga larga también blanca con botones negros.

La muchacha que la observaba tenía una melena rubia y despeinada que le llegaba a la cintura y unos rasgos faciales afilados que se tensaban con preocupación. No parecía mucho más mayor que Khalani y llevaba unas extrañas esposas de metal en las muñecas.

—Tienes que levantarte —le ordenó, dirigiéndose hacia una puerta abierta. La miró una vez más y añadió—: Si no estás fuera dentro de dos minutos, te darán una descarga.

Antes de irse, señaló hacia las muñecas de Khalani.

Sorprendida, Khalani advirtió que llevaba unas esposas metálicas similares a las de la chica. Se palpó las piernas y comprobó que iba vestida como ella, con un uniforme blanco.

Presa del pánico, miró a su alrededor.

La habitación iluminada en la que estaba tenía las dimensiones de un gran armario. Aparte de las paredes blancas que la rodeaban, solo había una puerta transparente entornada.

Treinta y dos.

El número, de un rojo sangre, estaba pegado encima de la puerta.

La celda le recordaba a un laboratorio, aunque era mucho más blanca y fría, y apestaba a desesperación.

Un río de personas con uniformes similares empezó a pasar por delante de la celda sin tan siquiera dirigirle la mirada. Caminaban encorvadas y tenían los ojos hundidos.

Procedente de la izquierda le llegó un sonido amortiguado, como un gruñido. Takeshi se encontraba con ella en la celda.

Estaba tumbado bocarriba. La camisa blanca le ceñía el fornido cuerpo y enseguida advirtió que también llevaba esposas en las muñecas. Tenía los ojos completamente cerrados y seguía fuera de juego a causa de lo que fuera que los guardias les habían inyectado en el cuello.

Tuvo la fugaz tentación de abandonarlo allí para que recibiera la descarga que, sin duda, merecía. Pero Khalani era lo bastante lista como para saber que, si quería escapar, era mejor que el capitán siguiera con vida.

Las piernas le pesaban como si fueran de plomo y, con movimientos lentos, se arrastró hacia él.

—Despierta.

Le sacudió el brazo. Silencio.

—Takeshi. —Lo zarandeó con más ímpetu—. ¡Despierta!

No se movió. Ni siquiera parpadeó.

Contuvo el aliento, incapaz de tragar debido al nudo que se le había formado en la garganta. Pero entonces advirtió que el pecho le subía y bajaba, y Khalani suspiró aliviada.

Sin embargo, la preocupación dio paso a una ira ardiente, que se avivó en lo más profundo de su ser.

Se arrodilló y se inclinó sobre el cuerpo inconsciente. Era la primera vez en mucho tiempo que lo veía sin esa expresión fría y el ceño fruncido. El rostro de Takeshi, hermoso a más no poder, parecía haber encontrado finalmente la paz…

¡PLAF!

Le dio un bofetón más fuerte de lo necesario, y Takeshi abrió los ojos negros, sorprendido.

Al instante, Takeshi la tumbó en el suelo bocarriba, se subió sobre ella y le atenazó la garganta.

Presa del pánico, Khalani se quedó inmóvil mientras él le

apretaba el cuello, asfixiándola. Clavó la mirada en sus ojos amenazadores, incapaz de respirar, y suplicó por su vida en silencio.

Por fin, la expresión de Takeshi cambió y la miró horrorizado al darse cuenta de lo que estaba haciendo. Se apartó, completamente pálido.

Ella tosió y se incorporó, jadeando.

—Kanes. —Tragó saliva, conmocionado de verdad—. Lo siento mucho. Pensé que eras otra persona.

Le tendió la mano, pero Khalani la rechazó.

—Estoy perfectamente. Sobreviviré. Por desgracia —murmuró, sacudiéndose el polvo con manos temblorosas.

Más que desaparecer, la rabia que sentía se intensificaba cada vez que intercambiaban una mirada. Se puso en pie, incapaz de permanecer ni un segundo más a tan poca distancia de él.

—Tenemos que salir. Por lo visto, nos darán una descarga si no lo hacemos.

Se señaló las muñecas, pero Takeshi apenas las miró y torció el gesto, como si no le importara nada de lo que sucediera a su alrededor.

—¿Estás bien? —preguntó con una voz grave y gutural.

—Ya te lo he dicho. Estoy perfectamente.

Khalani dio media vuelta, enterró el crudo dolor que sentía en el rincón más profundo de su alma y salió por la puerta sin mirar atrás.

La recibió un iluminado y aséptico pasillo. Siguió a las pocas figuras que, con paso rápido, se dirigían hacia una puerta metálica al otro extremo. Supo que Takeshi la escoltaba al oír sus sonoros pasos tras ella.

Al final del pasillo, se encontró en una vasta caverna, caminando sobre gravilla. El lugar era tan inmenso que, en comparación, el foso de Braderhelm parecía insignificante. Unas fantasmales hileras de

casas de una sola altura contrastaban aquí y allá con los muros rocosos que los rodeaban.

En el rincón más alejado se alzaba un discreto edificio negro. No tenía ventanas. Nadie entraba ni salía. Algo en él le provocó un escalofrío y la obligó a apartar la mirada.

Unos pocos centenares de prisioneros se alineaban en diez filas perfectas en el centro de la caverna. En los ojos de algunos se apreciaba un brillo provocador, mientras que otros estaban cabizbajos y con la mirada perdida, como si ni siquiera recordaran qué era tener esperanza.

—¿Disculpe? —Se acercó a un joven con el pelo castaño y grasiento—. ¿Qué hace todo el mundo aquí, en pie?

El joven apenas le dedicó una mirada y la despachó con un gruñido.

Genial.

Alguien la agarró fuerte del brazo de repente y tiró hacia delante. Khalani abrió la boca de par en par mientras la chica que había entrado en su celda la arrastraba hasta un lugar libre en la parte de atrás de la fila.

—Ponte aquí —indicó la chica misteriosa. Después, volviéndose a Takeshi, añadió—: Tú también.

Poco acostumbrado a recibir órdenes, Takeshi entornó los ojos, pero se colocó a regañadientes detrás de Khalani, mirando a su alrededor con desconfianza.

—Y ahora, ¿qué? —le preguntó Khalani a la muchacha, pero esta ya había desaparecido, ocupando su lugar un poco más adelante en la fila.

Khalani tomó aliento y se balanceó, hecha un manojo de nervios.

Unos pocos minutos después, los crupieres empezaron a inspeccionar a los prisioneros. Utilizaban porras con aquellos que no

estaban lo bastante derechos o bien alineados. Uno de los crupieres la miró de tal manera que a Khalani se le revolvieron las entrañas, aunque el hombre se limitó a esbozar una sonrisa maliciosa y prosiguió con la inspección.

De repente, en la caverna resonó el estruendo de una alarma.

—Todos de rodillas ante el doctor Strauss —rugió un crupier que llevaba un uniforme marrón con estrellas en las solapas.

Al unísono, todos los que la rodeaban se dejaron caer al suelo de inmediato. Khalani los miró confundida, pero enseguida los imitó. La grava se le clavó en las rótulas e hizo una mueca.

Un hombre apareció ante los prisioneros.

Era bajito, de piel pálida, el pelo tan cano que parecía que llevara trozos de nubes sobre la cabeza, y vestía una bata blanca. Se acercó despacio a las filas de prisioneros, flanqueado por dos crupieres.

Fue pasando por delante de cada uno de los reclusos arrodillados, sujetando un portapapeles al costado y mirándolos con una expresión de inquietante desapego.

Una presión sofocante invadió la caverna. Khalani percibió el intenso hedor a orina procedente de su compañera de fila. Todos estaban inmóviles y contenían la respiración como si trataran de evitar que el más mínimo movimiento atrajera la atención del doctor Strauss.

¿Quién era ese hombre que inspiraba tanto terror?

El doctor Strauss continuó por su fila, con un brillo maniaco y perturbador en la mirada. Sin previo aviso, detuvo sus calculados pasos a unos pocos centímetros, y Khalani clavó la mirada al suelo, conteniendo la respiración.

—Él —dijo el doctor Strauss en un tono glacial mientras señalaba al hombre arrodillado ante ella.

—¡No! ¡Yo no!

El hombre escuálido que estaba ante ella se puso en pie de repente, pero enseguida se desplomó de nuevo de rodillas, temblando sin control mientras se llevaba las manos a los brazaletes metálicos que le rodeaban las muñecas.

Pese a los intentos de los crupieres de someterlo, se revolvió y luchó con toda la energía que le quedaba.

—¡No pienso ir a ese edificio! —gritó a pleno pulmón.

Uno de los guardias reaccionó dándole un porrazo. El prisionero se desplomó en el suelo, inconsciente.

El doctor Strauss entornó los ojos, furioso. Fue directo al guardia que había agredido al prisionero y le dio un bofetón que resonó por toda la caverna.

—¿Cuántas veces tengo que decir que no les golpeéis en la cabeza, estúpido? Vuelve a hacer eso y ocuparás su lugar —advirtió.

El crupier se puso blanco como el papel.

—Sí, doctor Strauss.

Con aire sumiso, agachó la cabeza mientras la mano izquierda le temblaba al costado.

—Lleváoslo —ordenó el doctor.

Dos crupieres tomaron al hombre inconsciente de las axilas, lo alzaron y se lo llevaron a rastras.

Todos los prisioneros se quedaron completamente inmóviles y en silencio.

El doctor Strauss apretó los puños y miró hacia el lugar vacío que había dejado el hombre ante Khalani.

Acto seguido, alzó los ojos y los clavó en ella.

Por instinto, Khalani se puso tensa, con el corazón desbocado. El misterioso doctor siguió observándola, y Khalani contuvo la respiración, rezando en silencio para volverse invisible. Sin embargo,

el doctor Strauss dio media vuelta sin añadir palabra y se encaminó hacia la austera construcción negra.

—¡En pie! —gritó el crupier con las estrellas doradas en el uniforme.

Los prisioneros se pusieron en pie penosamente y se oyeron suspiros colectivos de alivio.

El joven que estaba a su derecha parpadeó un par de veces y, con las lágrimas resbalándole por las mejillas, miró hacia el lugar vacío que había ocupado el otro prisionero.

Como si supiera que ya no volvería a verlo.

Al principio, Khalani había pensado que el campo era para simpatizantes de la rebelión, pero empezaba a comprender que allí dentro ocurría algo más siniestro.

—¡A los túneles!

Arrastrando los pies, los prisioneros se dirigieron hacia el lado derecho de la caverna, flanqueados por una docena de crupieres. Khalani intercambió una mirada con Takeshi. En su rostro se apreciaba una determinación implacable, pero mantenía el cuerpo rígido, como si acabara de comprender el peligro de la situación en la que se habían metido.

—Vamos.

La empujó suavemente hacia delante.

—¿Qué crees que pasa allí? —susurró ella con la mirada clavada en el edificio negro.

—No pienso averiguarlo —soltó Takeshi—. Tenemos que concentrarnos en encontrar a Jack y largarnos de aquí cuanto antes.

Siguieron a la multitud de prisioneros hacia un enorme túnel en cuyo suelo rocoso se veían unos rieles.

El techo estaba a casi unos tres metros de altura y de él colgaban unos pocos focos amarillos separados entre sí. Al pasar por

un enorme contenedor de metal, los prisioneros introducían la mano y sacaban picos.

Khalani frunció el ceño y los imitó, advirtiendo que los guardias se aferraban a sus armas.

—¡Venga, a trabajar!

Con un gruñido colectivo, los prisioneros se alinearon y alzaron los picos hacia la roca de color anaranjado.

No.

Debía de ser una retorcida broma cósmica. Dios la odiaba. No podía ser otra cosa.

Había escapado de la prisión de Braderhelm para acabar haciendo trabajos forzados en los túneles de otra prisión del subsuelo.

¿Es que no pensaban que lavar platos fuera útil?

Y lo más aterrador era que los prisioneros preferían el arduo trabajo en la mina a los posibles horrores que les aguardaban en el edificio negro.

Al ver que Khalani no iba lo bastante rápido, uno de los guardias se le acercó y apretó un botón rojo en un dispositivo portátil.

Una aguda descarga eléctrica le atravesó las muñecas y se desplomó de rodillas, temblando sin control. Sentía los músculos del cuello rígidos y le castañeteaban los dientes mientras trataba de reprimir el grito que se le formaba en la garganta.

—Si te ordenamos que trabajes, lo haces rápido. ¿Entendido?

El rostro del guardia estaba rojo como un tomate y le lanzó un escupitajo.

Takeshi gritó algo y se encaró con el guardia, pero este le dio también una descarga que hizo que se encorvara entre temblores, con la frente perlada de sudor, mientras el resto de los prisioneros seguían clavando los picos en los muros.

Cuando el efecto de la descarga desapareció, Khalani se quedó en el suelo, respirando a duras penas, con las extremidades aún temblorosas y un sabor metálico en la lengua.

—Ya podéis ir más rápido o la próxima vez triplicaré el voltaje —amenazó el guardia fulminándolos con una mirada llena de desprecio.

Khalani apoyó las manos en el suelo rocoso y se puso en pie con dificultad, ignorando la mano que Takeshi le ofrecía.

Podía salir de esta sin su ayuda. Podía hacerlo.

Solo tenía que aguantar una semana.

22

Si miras de cerca, verás las batallas grabadas en mi piel.

En las minas, Khalani perdió la noción del tiempo. Permitió que aquella rabia la alimentara en silencio y que cada vez que el pico golpeaba la roca fuera un grito de guerra. Junto a ella, Takeshi hacía lo mismo, con un destello de ira profunda en los ojos.

Pese a las protestas de Khalani, el capitán tomaba las rocas más pesadas y dejaba que ella colocara las más ligeras en las vagonetas cercanas. No pudo evitar fijarse en la fuerza con que aferraba la herramienta, hasta el punto de que se le ponían los nudillos blancos.

Cuando un silbato agudo rompió el silencio, todos los prisioneros se doblaron hacia delante y, apoyando las manos en las rodillas, jadearon mientras trataban de recuperar el aliento. Khalani y Takeshi, en cambio, salieron del túnel erguidos; estaban acostumbrados a esas duras condiciones.

—¡Venga, en fila! —ladró uno de los crupieres cuando regresaron a la inmensa caverna.

Con los efectos de la inyección ya disipados, Khalani fue capaz de observar a su alrededor y hacerse una idea más clara de la prisión. El techo de la caverna se cernía sobre sus cabezas a unos nueve metros de altura y de él colgaban de forma amenazante

varias estalactitas enormes y puntiagudas. Parecía que iban a caerse de un momento a otro y que empalarían a toda aquella persona que tuviera la desgracia de estar debajo.

En las cuatro esquinas de la caverna brillaban intensos focos que los iluminaban sin piedad. A su derecha, vio cinco edificios rectangulares blancos que, por lo que comprendió, alojaban a los prisioneros.

Se fijó también en que, a la izquierda, había tres enormes barracones marrones de los que salían y entraban los crupieres con precisión mecánica. Justo delante advirtió una pequeña y discreta estructura gris y, en la esquina, sobre un saliente, se erigía el misterioso edificio negro en el que había desaparecido el doctor Strauss.

La única salida parecía ser un largo túnel al fondo de la caverna, flanqueado por varios crupieres.

Nada en el vasto espacio le indicaba dónde podría estar ubicado el campo de trabajo.

Por lo que sabía, quizá ni siquiera estuvieran en Hermes. La mayoría de los prisioneros se unieron a la fila renqueando y con las manos cubiertas de ampollas en carne viva. En la parte delantera, dos hombres servían con cucharones un líquido turbio y parduzco en unos cuencos.

Le gruñó el estómago y, justo cuando se puso a la cola, alguien la empujó por detrás y casi acabó en el suelo.

La prisionera que había chocado contra ella ni siquiera se molestó en disculparse. La mujer, delgada y de mediana edad, se limitó a avanzar, casi temblando de anticipación.

—¡Eh, no te cueles! —gritó un prisionero bajito cuando Takeshi tiró de Khalani hacia atrás.

Takeshi se volvió y fulminó al hombre con una mirada tan

abrasadora que podría haber derretido el hielo. El prisionero cerró la boca de golpe y enseguida buscó otro lugar en la cola.

Khalani se mordió el labio y miró al frente, reconociendo a regañadientes la ventaja que suponía tener a Takeshi de su lado. De momento.

Aunque eso no significaba que no se sintiera tentada a activar sus esposas y darle una descarga.

Cuando llegó a la parte delantera, examinó a los dos hombres que distribuían la comida. Llevaban el pelo rapado y unos uniformes grises y ajustados que les cubrían todo el cuerpo, incluido el cuello.

Sin embargo, fue su expresión lo que la sorprendió. Tenían la mirada perdida, vacía, como si sirvieran la comida de forma mecánica.

—¿Qué es? —se atrevió a preguntar.

Ninguno de los dos hombres respondió. Uno de ellos miró a Khalani como si no existiera y le tendió el cuenco con rigidez. El otro la observó con unos ojos sin vida.

Khalani tragó saliva y, con manos temblorosas, agarró el cuenco y se apresuró a alejarse.

—Tenemos que encontrar a Jack y largarnos de aquí —le susurró a Takeshi—. ¿Te dijo Raziel cómo identificarlo?

Takeshi negó con la cabeza.

Los prisioneros estaban dispersos por la caverna; algunos comían solos, mientras que otros se apiñaban en grupos pequeños. Khalani encontró un hueco, pero entonces divisó a la chica que los había ayudado. Estaba sentada con la espalda apoyada en el muro junto a un anciano, probablemente el hombre más viejo que había en el campo.

—Vamos. Quizá pueda ayudarnos —sugirió Khalani.

Aunque no cabía duda de que Takeshi prefería guardar las

distancias con todo el mundo, asintió con recelo y se pegó a ella, agarrando el cuenco como si fuera a estampárselo en la cara para romperle la mandíbula al primero que se metiera con ellos.

La chica llevaba el pelo rubio en una coleta despeinada y sorbía la comida. Junto a ella se encontraba el anciano, cuya perilla gris y piel arrugada combinaban a la perfección con la espalda frágil y encorvada. Se le marcaban las venas en las manos, que le temblaron al llevarse el cuenco a los labios. Parte del líquido se le derramó en la barba.

Cuando la sombra de Khalani y Takeshi se cernió sobre ellos, la muchacha alzó la mirada con el ceño fruncido y depositó el cuenco en el suelo con cuidado.

—¿Podemos sentarnos con vosotros? —preguntó Khalani.

La chica tensó los labios formando una línea delgada y los observó con ojos fríos y calculadores. El silencio se prolongó mientras el anciano se miraba las manos, contemplando con adoración el anillo de plata que llevaba en el dedo.

—No lo sé —respondió la muchacha, y, señalando a Takeshi, añadió—: no tiene pinta de ser muy simpático.

—Lo es —mintió Khalani forzando una sonrisa.

—No lo soy —respondió Takeshi al mismo tiempo.

Khalani lo fulminó con una mirada que anunciaba un asesinato inminente, pero Takeshi se limitó a bostezar. A bostezar.

A la chica, sin embargo, pareció gustarle y sorprenderle su franqueza.

—Yo tampoco —resopló—. Sentaos.

—Gracias. —Khalani se apresuró a obedecer antes de que la muchacha cambiara de opinión—. ¿Te importa si te pregunto por qué nos has ayudado antes?

La chica le quitó importancia con un ademán.

—Sencillamente, no tenía ganas de oír cómo os desgarrabais las cuerdas vocales chillando al recibir una descarga por haberos perdido la inspección del doctor Strauss.

Khalani tragó saliva y llevó una mano a las esposas.

—¿Cómo demonios nos las sacamos?

—Es imposible. Si tratáis de quitároslas sin el dispositivo adecuado, se os clavarán unas astillas de metal en las muñecas. No moriréis al instante, pero os desangraréis durante horas. No sería la primera vez que lo veo.

Takeshi depositó el cuenco en el suelo, con un gesto demasiado brusco y todos los músculos de los brazos tensos. Por lo visto, ese detalle suponía un claro obstáculo en los planes alternativos de fuga que, sin lugar a dudas, estaba trazando.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Khalani.

La chica no respondió al instante. Se hizo un silencio incómodo y eterno, pero, finalmente, vio algo que la complació en los ojos de Khalani y contestó:

—Soy Elise. Y él es mi padre, Clyde. —Se volvió hacia el anciano y lo miró con dulzura—. Papá, ¿puedes saludar?

Clyde mantuvo los ojos clavados en el suelo.

—Llave. Anillo. Proteger. Llave. Anillo. Proteger —no dejaba de murmurar.

Elise suspiró con pesar.

—Lo siento. Mi padre no está en su mejor momento —murmuró, con expresión claramente abatida—. Y vosotros, ¿cómo os llamáis?

—Yo soy Khalani. Y él es Takeshi.

Ladeó la cabeza hacia él con aire despreocupado, forzando una sonrisa.

Takeshi, sin embargo, la saludó con una mirada larga e incómoda marca de la casa.

—¿Lleváis mucho tiempo aquí? —preguntó para evitar que la conversación se centrara en ellos.

Elise alzó la mirada, reflexionando.

—Es difícil calcular el tiempo aquí abajo, pero diría que, al menos, un par de meses. Cuando llegamos no había mucha gente, pero en las últimas semanas han traído a muchos.

Olvidándose de la comida, Khalani se inclinó hacia ella.

—¿Por qué estáis… estamos aquí?

—Circulan algunas teorías entre los prisioneros, pero nadie lo sabe a ciencia cierta. Yo estaba cocinando cuando los crupieres irrumpieron en casa para detenerme. Monté un escándalo. Empecé a dar puñetazos y a arañar a varios de ellos, así que, para castigarme, se llevaron también a mi padre.

Elise pronunció estas últimas palabras con amargura y apretó los puños.

Khalani enmudeció. La mera idea de que se llevaran a alguien como Winnie por sus acciones, que la obligaran a soportar aquellas horribles condiciones cada día… Puede que hasta se hubiera planteado terminar ella misma con todo para evitar la culpa.

—¿Qué teorías? —preguntó Takeshi mientras se inclinaba hacia delante y clavaba una penetrante mirada en la joven.

Pese a que en sus ojos aún se reflejaba la desconfianza, Elise respondió:

—Algunos creen que estamos sacando cobre para unos nuevos dispositivos eléctricos de Hermes. Otros creen que las bandas han ordenado la ejecución de los prisioneros y que los crupieres nos hacen desaparecer para mantener el control. La mejor que he oído es que la prisión acabará convirtiéndose en un campo de fertilidad y que nos harán follar unos con otros para tener niños y nos lavarán el cerebro. Como ya os he dicho, hay un montón de ideas

disparatadas, pero nadie sabe nada con certeza. Si les preguntáis a los crupieres, os darán una descarga. Les encanta hacerlo.

—Llave. Anillo. Proteger. Llave. Anillo. Proteger —seguía murmurando el padre de Elise en ese escenario desesperado.

De repente, un grito lejano atravesó el ambiente.

Khalani alzó la cabeza y escudriñó la caverna en busca de su procedencia. Se fijó en el siniestro edificio negro al otro lado de la explanada.

—¿Qué pasa ahí dentro? —preguntó con un hilillo de voz y con la sensación de que el edificio le devolvía la mirada.

Elise palideció y se puso seria.

—Ahora, escuchadme, los dos —los apremió en voz baja volviéndose hacia ellos—. Si deseáis sobrevivir, manteneos lo más lejos posible de ese edificio.

—¿Por qué? ¿Quién es ese hombre de la inspección, ese tal doctor Strauss? ¿Qué le ocurrirá al prisionero que se han llevado esta mañana?

—Llave. Anillo. Proteger. Llave. Anillo. Proteger —repitió Clyde, un poco más alto y con los ojos como platos clavados en el suelo, como si la tierra fuera a abrirse y tragárselo.

Elise le posó una mano en el hombro y lo tranquilizó.

—No pasa nada, papá, no pasa nada. Estoy aquí —susurró cariñosamente.

Clyde hundió los hombros y se apoyó en su hija, repitiendo aún esas palabras en un murmullo cada vez más atenuado. Elise tomó aliento, tratando de recobrar la compostura.

—El doctor Strauss es el mayor misterio de este miserable lugar. Es el líder indiscutible del campo, pero nadie sabe mucho sobre él. Solo lo vemos por la mañana, durante la inspección, donde siempre elige a un prisionero para que se lo lleven. Se pasa el día entero en

ese edificio, haciendo quién sabe qué. Solo puedo deciros que el que entra ahí ya no vuelve a salir.

Khalani volvió a mirar hacia el edificio mientras comprendía la gravedad de las palabras de Elise, que chasqueó los dedos para captar su atención.

—Oye, ni siquiera mires hacia allí —añadió—. Hay cámaras por todas partes, y puedo asegurarte que ese doctor psicópata nos está observando. Si queréis sobrevivir, tratad de pasar desapercibidos, cumplid con las tareas, no molestéis a los otros prisioneros y ni se os ocurra acercaros a ese edificio.

Khalani asintió y permaneció inmóvil, obligándose a no mirar esa estructura negra que, sin embargo, parecía ejercer sobre ella una atracción inquietante, como si una fuerza magnética le devolviera la mirada desde el otro extremo.

Takeshi seguía vigilando todos sus movimientos, pero ella lo ignoró y se puso a contar segundos, esperando a que la semana terminara.

«43.200, 43.201, 43.202…».

Un fuerte estruendo la interrumpió. Frunció el ceño al ver a dos crupieres que colocaban dos enormes cubos rojos en el centro de la caverna, con unos seis metros de separación. La escena se le antojó incluso más extraña cuando lanzaron despreocupadamente una pelota amarilla al suelo.

Los prisioneros empezaron a ponerse en pie y a sacudirse el polvo del uniforme. Algunos se acercaron al balón con expresión triste y sombría, como si prefiriesen despellejarse a sí mismos y morir antes que estar allí.

Un grupo más pequeño de prisioneros se dirigió hacia el edificio gris, donde Elise les había dicho que estaban las duchas. Eran abiertas, y tanto hombres como mujeres las utilizaban. Precisamente

por ese motivo, Khalani dudaba que fuera a utilizarlas. El resto de los prisioneros, un grupo numeroso, se apiñó al fondo de la caverna. Cuando les llegaron algunos vítores, Elise resopló.

—Jack habrá aparecido de nuevo.

Khalani se volvió hacia ella de golpe.

—¿Qué has dicho?

Elise la miró con aire confundido.

—He dicho que Jack debe de pelear esta noche.

—¿A qué te refieres con «pelear»?

—Hace unos pocos meses, un grupo de prisioneros utilizaron los picos para suicidarse —manifestó Elise—. Entonces empezaron a sacar esos cubos al final del día para que jugáramos a estúpidos juegos de pelota. Cuando vieron que eso no funcionaba, permitieron que los prisioneros se desahogaran peleándose entre ellos. Aún se producen suicidios, pero es sorprendente lo bien que va un poco de derramamiento de sangre para la moral. Esos cabrones les han comprado la idea de lleno.

Khalani y Takeshi se pusieron en pie al mismo tiempo.

—Entiendo que queráis verlo. Al fin y al cabo, no hay otra cosa que hacer —señaló Elise con voz aburrida. A continuación, se volvió hacia Clyde y añadió—: Papá, ¿estarás bien?

—Llave. Anillo. Proteger. Llave. Anillo. Proteger.

—Vale, estarás bien.

Elise se puso en pie y se unió a Takeshi y Khalani, que ya se dirigían hacia el grupo de prisioneros.

La arena de combate no era tan tumultuosa como el foso de Braderhelm, pero de todos modos tuvieron que abrirse camino entre montones de prisioneros vestidos con uniforme blanco para llegar a la parte delantera.

La tarea resultaba más fácil si Takeshi los apartaba. Dado que les

sacaba casi treinta centímetros a todos, le bastaba una sola de sus miradas asesinas para que se hicieran a un lado.

Cuando llegaron al frente, vieron a dos hombres luchando en medio del círculo. Allí no había foso, solo un suelo de gravilla y un muro circular de prisioneros que miraban hacia el centro con una mezcla de rabia, entusiasmo y sed de sangre.

Khalani dio un respingo cuando uno de los hombres se llevó un buen puñetazo. El prisionero, con una melena castaña y rebelde que le caía sobre los hombros y una barba desaliñada que pedía un afeitado, se desplomó en el suelo.

El otro luchador, con el pelo de color gris arenoso, se mantenía en pie. Parecía rondar los cuarenta y tenía un brillo decidido en los ojos, un porte confiado y un físico fuerte que hacía que el uniforme blanco se le ciñera al cuerpo.

El hombre de la melena se puso en pie con gran esfuerzo, claramente desequilibrado, y empezó a lanzar puñetazos sin ton ni son.

Su contrincante los esquivó con facilidad y le asestó un duro golpe en la oreja antes de ponerle la zancadilla y hacerlo caer bocabajo en la gravilla. El otro hombre soltó un gruñido, con la nariz sangrando.

Khalani clavó los ojos en el líquido encarnado y sintió que un torrente de adrenalina le recorría las venas ante la cruda violencia.

—¡Acaba con él, Jack! —gritaron varios prisioneros.

Sin pensarlo, Khalani le agarró la muñeca a Takeshi.

Jack. ¡El hombre de mediana edad era Jack!

Jack miró al prisionero derrotado en el suelo y guardó un completo silencio, que contrastaba con la cacofonía de voces que le pedían que se ensañara con él. Se cuadró, sin tan siquiera haber derramado una gota de sudor durante la pelea.

Nadie le quitó ojo, esperando su siguiente movimiento. Por lo que Khalani había podido comprender de los hombres poderosos, seguro que lo castigaría para que nadie cuestionara su autoridad…

—Que alguien se lo lleve a la celda y lo ayude a limpiarse —ordenó Jack, abriéndose paso entre la multitud sin mirar atrás.

Desapareció detrás de una línea de gente, y Khalani, presa del pánico, se dispuso a seguirlo, pero una alarma sonó por toda la caverna.

—El descanso ha terminado —chisporroteó el altavoz—. Regresad a vuestras celdas de inmediato si no queréis una descarga.

—Mierda.

Khalani se puso de puntillas, tratando de distinguir a Jack entre la multitud, pero los prisioneros la rodearon y empezaron a encaminarse hacia los edificios blancos.

—Vamos. Ya lo encontraremos mañana —dijo Takeshi en voz baja.

Frustrada, Khalani le fulminó la nuca con la mirada y lo siguió mientras se abría paso entre la multitud. Recorrieron el trayecto hasta la celda treinta y dos en un silencio tenso y, en cuanto entraron, las puertas se cerraron de forma automática tras ellos.

—Genial —soltó Khalani ante la barrera transparente—. Es perfecto, de verdad.

Takeshi se sentó con una pierna doblada y la otra estirada y apoyó la espalda contra la pared. La celda era tan pequeña que casi tocaba con la bota el muro que tenía delante.

—¿Qué te pasa, Kanes? Estamos en el campo donde se supone que tenemos que estar y ya hemos localizado a Jack. Yo diría que no lo hacemos tan mal.

—No estoy hablando de eso. —Se dio la vuelta y descargó toda la fuerza de su furia contra él por primera vez—. Cuando aceptamos

la misión, nadie me dijo que tendría que compartir contigo una celda diminuta durante una semana entera.

Takeshi la observó unos segundos con expresión inescrutable.

—¿Estás enfadada, Kanes?

—Vaya, no tengo ni la más mínima idea. ¿Y qué te ha dado esa impresión, Takeshi?

—Es por lo del club, ¿verdad?

Sintió que se le encogía el corazón, que una fuerza se lo oprimía y amenazaba con hacerlo explotar y convertirlo en ruinas, y recordó las duras verdades a las que nunca se atrevía a enfrentarse.

El mismo Takeshi se lo había dicho.

Le gustaba la gente que la hacía sufrir, que le hacía daño.

Ese lado oscuro y retorcido de su personalidad aún estaba ahí, ese lado que atraía lo que creía que merecía y que la acercaba aún más a la destrucción.

En el subsuelo había vuelto a aprender la verdad más dura de todas: que, por mucho que lo intentara, solo podía cambiarse a sí misma.

—Te burlaste de mí —afirmó.

Takeshi negó con la cabeza de manera tajante.

—Eso no fue lo que ocurrió.

—¿No te ordenó Raziel que bailaras conmigo en la pista y me manosearas para que pareciéramos una pareja de enamorados?

—Sí, pero…

—No hay pero que valga —gritó Khalani—. Te aprovechaste de mis sentimientos y me ridiculizaste.

Un destello fulguró en los ojos color carbón de Takeshi. Con una sombría mueca reflejada en el rostro, se acercó y llenó el espacio que quedaba en la celda.

—¿De verdad crees que eres la única que tiene sentimientos

aquí?

Khalani se quedó inmóvil. Acto seguido, alzó una mano para asegurarse de que no se acercaba más a ella.

—¿Cómo te atreves? No tienes ningún derecho a decir eso.

—¿Por qué no? —siseó él—. ¿Porque no quieres oír la verdad? ¿Porque prefieres seguir creyendo que eres la única a quien le importa, la única con el corazón destrozado?

—¡Tú no tienes corazón, Takeshi!

El capitán se quedó completamente inmóvil, y una expresión de puro dolor le ensombreció el rostro, como si las esposas que llevaba en las muñecas se hubieran activado y mil relámpagos le recorrieran el cuerpo.

A Khalani se le encogió aún más el corazón y sintió una arcada.

Nunca lo había visto tan angustiado. Ni siquiera en sus peores momentos.

—Takeshi… Yo no… no he querido…

—No pasa nada, Kanes.

Takeshi recobró enseguida la compostura, pero unos pozos profundos de tristeza se negaban a desaparecer de sus ojos y de las marcadas ojeras bajo ellos. Apretaba la mandíbula. Tensaba los músculos.

Era como si luchara con toda el alma por no quebrarse.

—Tienes todo el derecho a sentirte así. Y probablemente tengas razón —dijo finalmente en voz baja—. Te he hecho daño. Y eres la última persona a la que quiero hacérselo. Te mereces algo mucho mejor.

Señaló la celda a su alrededor.

Sin embargo, Khalani comprendió que se refería a sí mismo.

La barbilla le tembló y se le humedecieron los ojos.

Era como si todo jugara en su contra.

Por mucho que pelearan o encajaran en lo bueno y en lo malo…, por lo visto, estaban destinados a desmoronarse y derrumbarse.

Porque a él le habían impuesto la misma capacidad de autodestrucción con la que ella había sido moldeada.

Tomó aire por la nariz, luchando por reprimir sus sentimientos e incapaz de enfrentarse a él. Takeshi tampoco la miraba, como si no se atreviera.

—No quería que terminara así —susurró Khalani con el cuerpo tenso, armándose de valor para mostrarse fuerte.

Porque eso era lo que importaba. Lo que había que hacer.

Sin embargo, no deseaba tener que ser fuerte.

Por una vez… estaría bien ser débil.

—Yo tampoco —admitió él en voz baja.

Al parecer, no existían palabras que pudieran contener y reflejar toda su relación. La rabia, el anhelo, la angustia, el dolor de soltar lastre.

Él vivía en un millón de frases.

Pero Khalani solo quería oír una.

Ambos guardaron silencio durante unos minutos y, justo cuando iba a formular una última pregunta, las luces se apagaron de golpe y se sumieron en una oscuridad total.

—Deberíamos dormir un poco —sugirió él, peinándose los mechones negros con los dedos—. Mañana será un gran día.

—Sí —respondió ella con la mente en otro lado, incapaz de reaccionar.

Se tumbaron en lados opuestos de la celda. Dos mundos aparte.

Khalani apoyó la cabeza en las manos y se quedó mirando la pared, deseando poder retroceder en el tiempo.

—¿Takeshi?

—¿Sí, Kanes?

Casi sintió que le acariciaba la piel con esa voz grave.

—Solo quiero que sepas que lo de antes no lo he dicho en serio. Sé que tienes corazón.

—Kanes, no tienes que…

—Sí que tengo —lo interrumpió. Necesitaba que lo entendiera. No podría cerrar el capítulo si no se lo decía—. Sé que tienes un corazón enorme, porque, en otra historia, me habría gustado que fueras mi final.

Takeshi no habló durante un buen rato. Quizá la Khalani del pasado hubiese lamentado pronunciar esas palabras, pero la del presente no se arrepentía de haberlo hecho. Sus sentimientos le recordaban que seguía siendo humana.

Y, como una vela titilando en la oscuridad, Takeshi se permitió volcar su lastimado corazón en el suelo junto al suyo.

—En otra historia, tú habrías sido mi comienzo.

23

Libérame de lo que soy.

Khalani soñó con una calidez que le rozaba la piel, una calidez como la que te arropa después de un día complicado.

Sus pies descalzos se movían a través del barro. Una dulce sonrisa se dibujaba en sus labios mientras atravesaba un precioso jardín. Con las yemas de los dedos, acariciaba los pétalos de unas flores de colores que le devolvían la sonrisa.

Si algún día llegaba a vivir en la superficie, Khalani se imaginaba con un jardín como ese.

Una risa, luminosa y despreocupada, resonó en el aire y atrajo su atención. Una niña pequeña con dos trenzas castañas pasó junto a ella, saludando y sonriendo bajo los rayos de sol. Khalani le devolvió el saludo, y la niña se dirigió hacia la lejana ciudad, repleta de imponentes rascacielos.

Entonces, una franja de luz se abrió paso entre las nubes, como si una estrella fugaz cayera del cielo. Khalani dirigió de golpe la mirada hacia la ciudad.

En un abrir y cerrar de ojos, todo aquello que había sido normal —los pétalos de las flores que le acariciaban la piel y su placentera sonrisa— se vio cegado por una radiante luz blanca. Khalani se llevó la mano a los ojos, pero el destello era tan intenso, tan abrumador,

que incluso pudo verse los huesos de las manos.

Cuando la luz fue extinguiéndose, las apartó y se quedó boquiabierta. Una colosal nube en forma de hongo se elevaba sobre la ciudad, como una abominación que, desde allí, se extendía dispuesta a devorarlo todo a su paso.

Tambaleándose, Khalani retrocedió un par de pasos mientras la niña desaparecía en el aire. El pánico le atenazó la garganta y advirtió que el jardín, antes lleno de vida, ahora estaba envuelto en llamas.

Alguien se colocó a su lado. Una figura alta. Masculina.

Se quedó petrificada al comprender que era el gobernador Huxley, que contemplaba la destrucción junto a ella.

—Sabes que no puedes evitar que vuelva a ocurrir —le dijo.

Se le encogió el corazón al ver cómo las llamas se acercaban, cómo se expandía su calor, que le acariciaba las piernas y la abrasaba…

Ahogando un grito, Khalani se incorporó de golpe y empezó a restregarse frenéticamente los muslos con manos temblorosas.

—Hola. —Takeshi estaba en un rincón de la celda, con las mangas subidas hasta el codo. Al ver el pánico reflejado en sus ojos, frunció el ceño y se acercó de inmediato, acuclillándose frente a ella —. ¿Qué ocurre, Kanes?

«Solo ha sido una pesadilla. Nada más que una pesadilla».

El pecho de Khalani subía y bajaba agitadamente mientras se repetía una y otra vez aquella frase para sus adentros.

La alarma resonó en todo el edificio. Con un susurro, la puerta transparente de la celda se abrió. Los prisioneros empezaron a salir para la inspección matutina y Khalani fue a ponerse en pie para imitarlos, pero Takeshi se lo impidió y la fulminó con una mirada tormentosa.

—No te preocupes por mí. Estoy bien —aseguró Khalani, casi convenciéndose a sí misma de que era cierto.

Sin embargo, Takeshi frunció aún más el ceño y no se creyó ni una palabra.

—¡Vamos! —gritó uno de los crupieres.

Soltando una maldición, Takeshi la ayudó a incorporarse.

Justo cuando iban a abandonar la celda, Takeshi la obligó a mirarlo de nuevo y se cernió sobre ella.

—Hoy tómatelo con calma.

—¿Y desde cuándo hago yo eso?

Khalani se obligó a reír, pero Takeshi le respondió fulminándola con una mirada penetrante.

—Hablo en serio, Kanes.

—Vale, vale. Intentaré no apuñalarme con un pico.

Al salir del edificio, a Khalani le pareció oír que Takeshi murmuraba entre dientes algo sobre dejarla atada en la celda.

Llegaron a la vasta caverna y ocuparon su lugar en las largas hileras de prisioneros que esperaban la inspección. Los crupieres no dejaban de merodear entre ellos, soltando algún porrazo ocasional o activando las esposas eléctricas de los reclusos.

Tras varios minutos, la alarma aguda volvió a sonar, y todos a su alrededor se pusieron tensos al ver aparecer al doctor Strauss.

Sin embargo, esta vez no estaba solo.

Unos murmullos de sorpresa fueron recorriendo las filas de prisioneros al ver que el recluso que el doctor Strauss había elegido el día anterior se encontraba ahora en pie junto a él.

El prisionero se mantenía erguido, igual de alto que los crupieres, y no se apreciaba ni un solo rasguño en su cuerpo. Sin embargo, estaba más blanco que el papel, tenía las mejillas hundidas y la luz en sus ojos había desaparecido.

—Buenos días, damas y caballeros —saludó el doctor Strauss—. Qué mañana más bonita, ¿verdad? ¿Qué tal están hoy?

Nadie respondió.

—Así que bien, ¿verdad? —Rio como un maniaco y el ambiente, que ya era de por sí gélido, se enfrió aún más—. Por lo visto, tenemos que aumentar nuestros esfuerzos para convertirlos a todos en miembros más productivos de nuestra sociedad. Si se comportan, como ha hecho este hombre… —el doctor Strauss señaló al recluso inexpresivo que lo acompañaba—, quizá les resultará menos doloroso.

Con un leve gesto de asentimiento, el prisionero dio un paso al frente y se unió a las filas como si aún fuera uno de ellos.

Un escalofrío la recorrió al ver que uno de los reclusos más corpulentos abandonaba su lugar.

—¡¿Cuándo van a liberarnos?! ¡¿Cuándo podremos regresar con nuestras familias?! —gritó, haciendo resonar su voz grave por toda la caverna.

Varios crupieres fueron hacia él empuñando las porras, pero el doctor Strauss levantó una mano y les ordenó que se detuvieran.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, avanzando hacia él con una maliciosa sonrisa en los labios.

—Dennis —gruñó el hombre.

El doctor Strauss comprobó el portapapeles y anotó algo.

—Bien, Dennis, has formulado una gran pregunta. Y tienes suerte, porque puedo darte una respuesta. Todos podréis abandonar estos muros y regresar con vuestras familias en cuanto estéis listos. —Hizo una pausa—. Y salta a la vista que tú aún no lo estás.

El doctor Strauss hizo un ademán y Dennis empezó a convulsionar, desplomándose en el suelo. Dos crupieres agarraron el cuerpo tembloroso y lo arrastraron por la grava hacia el edificio

negro.

El doctor Strauss observó la escena con una sonrisa ladina. Un silencio ensordecedor se hizo entre el resto de los prisioneros.

Tenían miedo hasta de respirar. Miedo de mover tan siquiera un pelo.

Finalmente, el doctor Strauss abandonó la inspección y se retiró a su guarida de pesadillas. Khalani pensaba llamarla así a partir de entonces.

—¡Venga, a las minas! —ladró un crupier.

Mientras avanzaban con pasos pesados, notó que varios hombres se acercaban al prisionero que el doctor Strauss se había llevado el día anterior.

—Reno… Reno, ¿estás bien? —le preguntó uno—. ¿Qué diablos ha pasado ahí dentro, tío?

—¿Qué te ha hecho Strauss?

Reno no respondió. Era como si no pudiera ver ni oír. Como si todo a su alrededor fuera invisible.

Ignorando las preguntas, el prisionero les dio la espalda y se dirigió hacia la mina, sin apenas mover los brazos al caminar.

Khalani se restregó los suyos, tratando de ahuyentar el presentimiento que se negaba a desaparecer.

—Aquí hay gato encerrado —murmuró Takeshi a su lado, concentrado en la figura que se alejaba.

Eso era quedarse corto.

—¿Qué crees que le han hecho?

—Nada bueno, eso seguro. —Takeshi dirigió una mirada llena de ira hacia el lugar por el que se había ido el doctor Strauss y la miró con determinación—. Hoy tenemos que avanzar en nuestra misión.

Ella asintió, esforzándose por apartar los ojos del edificio, sabiendo que debía mantenerse alejada. Sin embargo, una parte de

ella casi quería asomar la cabeza y presenciar los horrores que se ocultaban en la oscuridad.

Tenía suerte de que los callos de sus manos estuvieran tan endurecidos.

Alzó el pico y lo golpeó con fuerza contra la roca lisa, torciendo el gesto al ver la sangre que goteaba de las manos de otros prisioneros sobre el mango de las herramientas.

Como si de un coro se tratase, varios gemidos de dolor resonaron a su alrededor, pero ella siguió trabajando.

No dejaba de mirar de reojo a Reno, que se había convertido en el epítome del trabajador perfecto.

No hablaba con nadie. No se quejaba. No se cansaba.

Empuñaba el pico como si fuera una extensión de su mano y lo golpeaba como un desquiciado.

Tras varias horas agotadoras, a Khalani le dolían tanto los brazos que casi suplicaba que se los cortaran. Apenas sentía los dedos cuando los guardias les indicaron que era la hora de comer y beber un poco de agua.

Observó a Reno, que se alejaba sin apenas una gota de sudor en la frente. Su mirada perdida y sin vida solo intensificó su rabia y determinación por encontrar a Jack y escapar.

Takeshi debía de pensar lo mismo, porque señaló hacia el fondo de la caverna, concentrándose fijamente en alguien.

—Mira.

Ella se volvió y vio a Jack, sentado junto a otro prisionero que llevaba una cresta en el pelo, corto y moreno, y que tenía el cuello y las manos cubiertos de tatuajes geométricos. Sin dudarlo, y

haciendo caso omiso a las miradas curiosas del resto de los prisioneros, Khalani y Takeshi fueron hacia ellos.

—¿Os importa si nos sentamos? —preguntó Khalani, aferrándose al cuenco de comida.

—Sí —respondió el prisionero con la cresta, devorando su plato sin apenas mirarla.

No podía ser mucho mayor que Khalani, pero había algo en él que le hizo desear tener un cuchillo a mano.

Emanaba una tensión sin control. Escurridiza. Peligrosa.

—¿Por qué queréis sentaros aquí?

Jack examinó a Takeshi con una mirada calculadora antes de fijar su atención en Khalani.

—Creo que tenemos algunos amigos en común. Les gusta apostar…

—A todo el mundo le gusta apostar —interrumpió en tono tajante el hombre de la cresta.

—Y tienen un corazón negro —remarcó ella, recordando el nombre de la guarida.

Jack se quedó inmóvil. El otro hombre cerró la boca de golpe, aunque siguió mirándolos con ojos asesinos.

—Sentaos —se limitó a decir Jack con frialdad, cruzándose de brazos.

Khalani y Takeshi se acomodaron en el suelo de piedra con la espalda rígida mientras Jack y el prisionero los observaban con mirada recelosa.

—Bueno… —Khalani tragó saliva—: Es un placer conocerte.

—¿Un placer? —se mofó Jack sin apartar los ojos de Takeshi.

—Bueno…, apuesto a que sería más placentero si este lugar fuera un poco más colorido, ¿no? —bromeó Khalani para aliviar la tensión que se respiraba en el ambiente.

Sin embargo, todos mantuvieron una expresión severa en el rostro.

—Quizá podamos empezar por los nombres —sugirió. Tras carraspear, añadió—: Yo soy Khalani. Él es Takeshi.

Señaló a Takeshi, que, inmóvil como una estatua, seguía fulminando a los hombres con la mirada.

—No le hagáis mucho caso —añadió—. Le dieron un puñetazo en la cabeza cuando era pequeño, así que no habla mucho. Por desgracia, la irritabilidad es permanente.

Takeshi se volvió hacia ella muy despacio y la miró. Con ojos hechos de fuego y venganza.

—¿Y vosotros dos? —Khalani lo ignoró—. Ya sé que tú te llamas Jack. ¿Y tú? —se volvió hacia el prisionero de la cresta.

—Tium —respondió él.

—Tium… —repitió ella.

—Te importa una mierda.

Khalani palideció y Takeshi se movió como si estuviera a punto de clavarle el cuenco de cerámica en el ojo al tipo.

—Pídele disculpas.

Sorprendida, Khalani se echó hacia atrás al oír las palabras de Jack.

—¿Que le pida disculpas, en serio? —El prisionero se volvió hacia él con incredulidad—. ¿Por qué?

Jack se limitó a bajar la cabeza y a lanzarle una mirada que habría podido arañar el vidrio. El otro hombre tensó los músculos de los brazos y unas venas serpentearon por sus negros tatuajes.

Con la mandíbula rígida, como si le doliera, se volvió hacia Khalani y gruñó:

—Lo siento.

Khalani parpadeó un par de veces, sorprendida ante el hecho de

que Jack le hubiera arrancado una disculpa al otro hombre con solo mirarlo. ¿Cuánta influencia tenía en realidad?

—Bien, ahora que ya lo hemos resuelto… —Jack entrelazó las manos y la miró fijamente—, dime qué sabes del Corazón Negro.

Khalani tomó aliento y le explicó quiénes eran y las circunstancias que habían rodeado su relación con Spade y los demás miembros de la banda en Hermes. Para su sorpresa, cuando mencionó la primera conversación que habían mantenido con Spade en Apolo por el *walkie*, Jack no pareció asombrarse. Simplemente asintió, indicándole que continuara. Sin embargo, Khalani intuyó que la mente de Jack trabajaba a toda velocidad detrás de sus ojos calculadores.

Cuando mencionó a Raziel, el otro hombre levantó la cabeza, cada vez más interesado en su relato. Al comentarles lo del chip rastreador y el plan para sacarlos de allí al cabo de seis días, Jack frunció el ceño en un gesto de consternación.

—Seis días —repitió Jack.

—Sí.

El hombre de la cresta los miró con recelo.

—¿Qué te hace pensar que podemos confiar en ellos? —le preguntó a Jack.

—Tú y tu hermano conocéis a todo el mundo. ¿Los habías visto antes por Hermes? —le preguntó, sin apartar los ojos afilados de ella.

Su acompañante apretó los labios con un creciente descontento.

—Eso no significa que sean de Apolo. ¿Cómo ha podido esta chica cruzar la Zona Muerta y sobrevivir?

—Cuidado. Esta chica tiene más coraje en su dedo meñique que tú en todo el cuerpo —replicó Takeshi con serenidad, pero sin esconder la amenaza implícita en sus palabras.

—¿Qué has dicho?

—¿Tengo que repetírtelo? ¿O también tengo que añadir «estúpido» e «inepto» a tu descripción? —preguntó Takeshi.

—Bueno, bueno, ya está bien. Volvamos al plan —intervino Khalani.

Sin embargo, el prisionero se inclinó hacia Takeshi, irritado.

—En vista de que no eres de aquí, deja que te aclare cómo funcionan las cosas en Hermes —siseó—. Los insultos no se resuelven con palabras. Se pagan con sangre. Y yo te enseñaré esa lección esta misma noche en el ring de combate.

Takeshi no movió un solo músculo, pero un destello peligroso le brilló en los ojos. Como si fuera lo que más deseaba del mundo.

—Ya basta, Ryder —zanjó Jack—. No tenemos tiempo para que te pavonees. Son quienes dicen ser.

Khalani lo miró con incredulidad.

—¿Nos crees?

Jack asintió con expresión grave.

—Estaba con Spade la noche en que hablasteis por primera vez. Solo nosotros dos sabemos del encarcelamiento de Brock y de vuestra llegada a Hermes.

—¿Por qué?

—Porque la información, en las manos equivocadas, puede ser mortal. Cuando hay un cabo suelto, la gente muere. O la capturan —soltó Jack, y un destello de furia infernal se reflejó en sus facciones tensas.

Guardó silencio, y Ryder apretó la mandíbula.

—Tenemos que prepararnos —dijo Jack, cuya expresión había cambiado de golpe y dejaba entrever una determinación ardiente.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Takeshi, apartando por fin de Ryder la mirada cargada de veneno.

—Aquí dentro tengo gente de confianza. Puedo pedirles que se enfrenten a los crupieres cuando los Ases irrumpan. Pero necesitamos quitarnos esto.

Señaló los grilletes metálicos que les ceñían las muñecas.

Khalani se inclinó hacia delante.

—¿Cómo?

—He visto que, cuando un prisionero muere, los crupieres le quitan las esposas con la pantalla. Pero los dispositivos solo se activan con un escáner de retina, así que tendremos que matar a uno de ellos. Con suerte, en cuanto lo hagamos, podremos quitárnoslas.

Khalani sintió que la idea de causar más muertes para obtener su libertad le revolvía las entrañas, pero empujó esa inocente candidez al abismo de su mente hasta que logró convertirla en un murmullo tenue y apagado.

La paz era un privilegio que solo disfrutaban los libres.

—No me gusta nada eso de «con suerte» —admitió.

—Apostar es precisamente eso —se burló Ryder—. Hacemos lo que se puede con las cartas que tenemos.

—¿Y qué hay del doctor Strauss? —preguntó ella desviando la mirada hacia el imponente edificio negro.

Jack y Ryder se tensaron de forma visible y se observaron con inquietud.

—Ese engendro del demonio se esconde en su guarida la mayor parte del día. El plan es seguir con la rutina y no llamar la atención.

Jack lanzó una mirada de advertencia a Ryder, que levantó las manos con aire inocente.

—No causaré problemas. Lo único que quiero es salir de aquí y no terminar como él.

Khalani siguió su mirada y vio a Reno, que estaba sentado sin

ninguna compañía y con la espalda recta como una barra de acero. Miraba al frente, completamente inmóvil; hasta parecía que no respiraba.

—Ni siquiera ha tocado la comida —comentó Ryder en voz baja.

En ese momento, como si los hubiera oído, Reno volvió la cabeza hacia ellos y clavó sus ojos vacíos en Ryder. Sin dejar de mirarlos, metió la mano en el cuenco y se la llevó a la boca, tragando la comida. Sin pestañear, repitió el gesto.

Khalani apartó la mirada enseguida, con el corazón desbocado.

—¿Cuántos días eran? —susurró Ryder con un terror genuino en los ojos.

—Seis —respondió Jack, con la respiración entrecortada.

Solo seis días.

Sin embargo, con el panorama que tenían ante ellos, parecían seis años.

24

Tus errores no te definen.

En la celda, Khalani miraba la tenue bombilla en la pared que tenía delante con el cuello rígido y contracturado. Parpadeaba cada pocos segundos, como si fuera a apagarse.

Lo más probable era que los otros prisioneros ni siquiera hubieran reparado en ese diminuto objeto que ahuyentaba la oscuridad.

En algún momento se extinguiría y se convertiría en nada, y solo entonces se darían cuenta de que los había estado iluminando todo el tiempo. Oyó un gruñido junto a ella, lo que desvió su atención de la bombilla infravalorada. Miró a Takeshi, que estaba haciendo flexiones.

A un ritmo constante y firme.

Sin desacelerar. Sin cansarse. Bajaba hacia el suelo una y otra vez con un rostro que parecía hecho de suave granito.

—¿Cuántas llevas? ¿Cien? —preguntó.

—Algo así.

Takeshi le respondió sin mirarla y se limitó a seguir con las flexiones.

No llegaba a comprender cómo aún le quedaba energía, después de horas golpeando la roca con el pico y cargando pesadas rocas.

—¿Duele? ¿No te cansas?

Apoyó la mano en la rodilla y lo observó. Takeshi se detuvo a media flexión y la miró; pese a que apenas había luz, se le veían perfectamente los tríceps tensos.

—El cansancio y el dolor solo son estados mentales. Todos tenemos límites. Pero yo me he entrenado para que mi cuerpo los sobrepase.

Sus palabras altivas la llevaron de regreso a las sesiones de entrenamiento en Braderhelm.

«Puedo identificar a las personas que se dan por vencidas».

En prisión, solía cernirse sobre ella fustigándola con crueles acusaciones. En el subsuelo, el único objetivo de Takeshi había sido presionarla al máximo, y lo único que había conseguido con eso había sido alimentar la rabia de Khalani y animarla a esforzarse hasta que le doliera cada centímetro de su ser.

De pronto, se le ocurrió una idea que brilló casi con la misma luz que la de la bombilla que parpadeaba en la celda.

¿Cuántas oportunidades de estar encerrada en una celda diminuta con su enemigo jurado se le presentarían? Quizá podría desquitarse, aunque fuera un poquito.

—¿Sabes? —empezó—. Las haces tan rápido que seguro que no estás esforzándote lo suficiente.

Takeshi no se molestó en responder, pero Khalani advirtió que aceleraba el ritmo pese a que ya llevaba una hora subiendo y bajando sin parar a una velocidad de vértigo.

—Sí… —Bostezó, fingiendo aburrimiento—. Da toda la impresión de que te lo estás tomando con calma. He visto a Brock hacer flexiones con un solo brazo sin tan siquiera despeinarse.

Khalani disimuló la sonrisa con una mueca mientras Takeshi clavaba la vista en el suelo. De repente, volvió la cabeza y entornó

los ojos.

—Sé qué te propones.

—¿Yo? —Se señaló a sí misma con aire sorprendido—. Solo era un comentario. Los perezosos son débiles, ¿recuerdas?

El capitán le había dicho esas mismas palabras en Braderhelm. Y repetírselas le proporcionó más satisfacción de la que estaba dispuesta a admitir.

Takeshi maldijo entre dientes y, a continuación, se llevó un brazo a la espalda y siguió subiendo y bajando apoyando todo el peso en la mano derecha. A la misma velocidad.

Aunque no debería disfrutar del momento, Khalani estaba encantada. Quizá ambos albergaban la misma maldad.

Takeshi se movía furioso, con la piel empapada en sudor, y Khalani tragó saliva cuando la tela blanca de la camisa se le subió y dejó entrever un músculo tenso.

—De acuerdo, ya lo has demostrado —intervino, con el corazón desbocado sin motivo alguno—. Por favor, para antes de que mueras y no me sirvas de nada.

Takeshi soltó una carcajada sombría y se apoyó en la pared con gesto despreocupado.

—Eso era solo el calentamiento —dijo levantando las manos—. Enseguida vuelvo a empezar.

—¿El calentamiento? —repitió Khalani despacio—. ¿Nadie te ha dicho que estás loco?

—Sí, pero, por lo general, como cumplido.

Khalani tragó saliva, reparando en la poca distancia que había entre ellos.

La celda era tan pequeña que apenas unos centímetros separaban sus piernas de las de Takeshi.

La temperatura no dejaba de subir, y no sabía si era por el calor

que desprendía el cuerpo de Takeshi o por la ansiedad que se acumulaba en el suyo.

No tenía escapatoria. No había lugar donde esconderse.

—Pareces nerviosa —le dijo ladeando la cabeza.

—Solo estoy contando los días para dejar de estar encerrada en una celda contigo —replicó ella, cruzándose de brazos y apoyándose en la pared.

—Pues en el club no parecía que te importara estar tan cerca de mí —comentó.

—Pensaba que ambos tratábamos de olvidar esa noche.

—¿Y qué tal lo llevas?

El brillo en los ojos de Takeshi y su voz aterciopelada hicieron que se le disparara el pulso.

De repente, revivió el momento en que la música los envolvía como si fuera arte en movimiento. Todas sus inhibiciones se habían desvanecido y, durante unos minutos divinos, se había sentido libre de las cadenas del mundo a su alrededor.

Hasta que la arrancaron de cuajo y la devolvieron a la realidad.

—Si me lo preguntas la semana que viene, estoy segura de que ya ni me acordaré.

Si se lo repetía muchas veces, puede que hasta se hiciera realidad.

Takeshi, en cambio, ni se inmutó, como si no esperara menos.

—¿Y tú qué tal lo llevas? —le preguntó Khalani en voz baja, sin saber muy bien si deseaba oír la respuesta.

—¿Que si lo he olvidado? —Soltó una carcajada amarga—. Por desgracia, no. No creo que haya un mundo en el que pueda olvidarte. Pase lo que pase. Por mucho que lo intente. Y, créeme, lo he intentado.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire como un arrullo

prohibido.

Pese al resentimiento infinito, entre ellos persistió algo no dicho.

Quizá fueron los segundos que pasaron entre una respiración y otra. O la manera en que intercambiaron una mirada sin proponérselo.

Sin embargo, eso no implicaba que estuviera disfrutando del momento. No significaba que el corazón tuviera derecho a sentir lo que quisiera sin su permiso.

—Estoy segura de que habrás sufrido mucho —dijo con una voz monótona, tratando de contener esas emociones retorcidas.

—He tenido mis momentos. —Alzó las comisuras de los labios de forma casi imperceptible, como si acabara de recordar un chiste privado que no pensaba contarle—. Pero no esperarás que crea que toda la noche te resultó insoportable.

—Puede que me lo pasara bien bailando.

Khalani apartó la mirada, negándose a reconocer que, antes de que todo se fuera a pique, había sido una de las mejores noches de su vida.

—Lo sé. Me habría mantenido al margen, mirándote, pero entonces apareció ese capullo y te agarró.

La voz de Takeshi era serena, pero advirtió que tensaba los músculos de los antebrazos, como si se hubiera quedado corto con el puñetazo que le había dado.

—Sí, bueno, tú solo fuiste un compañero de baile algo mejor —mintió.

—¿Por eso te restregaste contra mí como si fuera tu última noche con vida?

—Una mala decisión del momento —contratacó.

—No es la primera vez que disfrutas estando entre mis brazos.

—Al parecer, no se me da muy bien tomar buenas decisiones.

Khalani fue incapaz de contener la sonrisa que se le dibujaba en los labios. Los de Takeshi también se curvaron hacia arriba. Y, por primera vez desde que los habían capturado, se miraron, guardando un cómodo silencio, y respiró con tranquilidad.

Se llevó las rodillas al pecho y las abrazó.

—¿Has pensado alguna vez en cómo habría sido tu vida si no te hubieses convertido en un guardia?

Takeshi la miró sin verla, perdido en sus pensamientos mientras la diminuta bombilla parpadeaba por encima de sus sedosos cabellos.

Khalani sintió el impulso de apartar uno de aquellos mechones para poder ver mejor sus ojos de granito, pero se agarró las piernas, reprimiéndose para no cometer una insensatez.

—De niño, en Apolo…, mi madre traía a casa juegos de pinturas y pequeños pinceles. —La voz de Takeshi la devolvió a la realidad—. La primera vez, extendió unas hojas en el suelo, ambos nos mojamos las manos con la pintura y las presionamos contra el papel. Hicimos una docena de imágenes, que acabamos colgando por toda la casa. Siempre me decía que yo había traído el color a su mundo, y quería que lo expandiera.

La ligera sonrisa que esbozaba era melancólica, teñida de capas y capas de momentos que deseaba atesorar para siempre, y de otros que parecía querer enterrar en lo más profundo de su memoria.

—Me enseñó a pintar y, con el tiempo, la casa fue llenándose con mis dibujos. Pero, cuando nos trasladamos a Génesis con Hector, mi padrastro, mi madre los puso en una caja y ya no volvió a colgarlos. —Vaciló un instante, con la mirada aún más perdida—. Solía pintar en mi habitación por la noche, mientras ellos se peleaban, y escondía los dibujos debajo de la cama. Entonces

descubrí que él le pegaba, me alisté para ser guardia, y nunca más volví a coger un pincel. Pero, en otra vida, creo que me habría gustado pintar.

Khalani frunció el ceño y lo miró. Pensó en cómo debía de haber sido Takeshi de niño. Cariñoso. Inocente. Un chiquillo deseoso de ver sonreír a su madre.

Un corazón hecho para la belleza.

Unas manos moldeadas para la destrucción.

Sin embargo, Takeshi no quería compasión. No se consideraba una víctima. Había optado por atacar cada una de sus debilidades hasta convertirlas en fortalezas.

Y, en algún punto de su camino, ese niño inocente que quería llenar de color el lúgubre mundo se había perdido.

—Te propongo algo —dijo Khalani.

Recostó la cabeza en la pared y lo miró durante un buen rato.

—¿Qué?

—Cuando regresemos a Hermes, le pediré a Spade o a Raziel que nos busquen unos pinceles y pintura. Es lo mínimo que pueden hacer después de obligarnos a pasar por esto.

Se aturulló un poco al decirlo y se ruborizó al notar los ojos negros de Takeshi clavados en ella.

El peso de su mirada era demasiado físico. Demasiado penetrante. Tuvo la impresión de que la diminuta celda se hacía más pequeña y quiso que esas paredes blancas se la tragaran.

—¿Y qué quieres a cambio, Kanes? —respondió Takeshi al fin.

Khalani se echó hacia atrás, sorprendida por la pregunta.

¿Qué quería? Ya ni siquiera lo recordaba.

—Un dibujo. Solo uno —soltó sin reflexionar.

—¿De qué?

—De lo que sea. —Esbozó una sonrisa, tratando de que el aire

volviera a la estancia—. A ver adónde te lleva el corazón.

—Creí haber entendido que no tenía —bromeó Takeshi, aunque Khalani percibió que aún estaba dolido.

—Takeshi, ya sabes que lo que dije…

—No pasa nada, Kanes. Estabas siendo sincera —la interrumpió —. Seguro que algunos que me conocen bien dirían lo mismo.

La miró como si la estuviera advirtiendo de que esa dulce criatura que una vez pintaba dibujos para su madre ya no existía. Pero Khalani sabía que Takeshi apartaba a todos los que osaban acercarse demasiado.

Prefería ser el asesino solitario que una persona vulnerable. Y eso era precisamente lo que hacía el arte. Exponía tu parte vulnerable al mundo, para que todos la juzgaran.

—Entonces pinta lo que se siente al no tener corazón —propuso Khalani, al tiempo que enarcaba una ceja con aire desafiante—. ¿Trato hecho?

Takeshi no respondió. Pero, por su ardiente mirada, comprendió que, si se dejara llevar y se sincerara, la poesía más oscura y hermosa se derramaría de sus labios.

Al cabo de unos minutos, asintió.

Khalani esbozó una sonrisa y se inclinó hacia delante, tendiendo el meñique hacia él.

—¿Qué haces? —se extrañó.

—Tenemos que cruzar los meñiques.

—¿Los meñiques…?

—Sí. —Puso los ojos en blanco—. Me lo enseñó Winnie. Si se hace una promesa cruzando los meñiques, no se puede romper. Si la rompes, el mundo se acabará o algo así, y te perseguiré en tus sueños para siempre.

Takeshi la observó durante un momento.

—Ya lo haces —le pareció oír que gruñía entre dientes.

—¿Cómo?

—Nada, Kanes. —Se inclinó y enlazó su meñique con el suyo—. Trato hecho.

Subieron y bajaron las manos para sellar el pacto, y sus meñiques permanecieron unidos mucho más tiempo del necesario.

Takeshi fue el primero en soltarse, y ambos volvieron a su lugar, en lados opuestos de la celda. Khalani se tumbó y, tras doblar el brazo, apoyó la cabeza en el hueco del codo.

Antes de cerrar los ojos, desvió la mirada hacia Takeshi, que estaba recostado contra la pared con las piernas extendidas. Observaba el pasillo, con los ojos entornados y sus hermosos rasgos afilados sumidos en las sombras.

Khalani desvió la atención hacia sus manos.

Acariciaba distraídamente el meñique que, unos instantes atrás, había estado unido al suyo.

En los túneles, los guardias seguían exprimiéndolos hasta el límite de sus fuerzas. El doctor Strauss parecía cada vez más irascible cuando, cada mañana, elegía prisioneros para llevarlos al enigmático edificio. Y todos y cada uno de ellos lloraban desconsoladamente durante el trayecto.

Khalani habría jurado que el día anterior había oído unos horribles chillidos a través de las paredes de su celda.

O quizá se habían escapado de sus pesadillas. Ya ni siquiera lo diferenciaba.

Solo podía pensar en los días que faltaban para escapar y en evitar el contacto visual con el doctor Strauss a toda costa.

Solo dos días. Dos días y saldrían de allí.

Durante los breves descansos para comer que tenían en las minas, Khalani y Takeshi se sentaban con Elise y su críptico y apenas coherente padre, porque Jack prefería no desviar la atención hacia ellos.

A Khalani le pesaban los ojos y se esforzaba por no acabar con la cabeza dentro del cuenco mientras Elise parloteaba sobre la comida que devoraría en cuanto regresaran a Hermes.

Si regresaban.

Algo la empujaba desde lo más profundo de su ser a compartir sus planes de fuga con ella.

Elise había sido la primera en el campo en ayudarlos sin esperar nada a cambio, y algo hacía que Khalani confiara en ella de manera instintiva. Aun así, ignoró su sexto sentido y obedeció a Jack, que les había ordenado que mantuvieran el plan en el más estricto secreto.

Ryder pasó ante ellos camino del área de combate. Ladeó la cabeza y miró con intención a Takeshi, que entornó los ojos con evidente desprecio.

—Vuelvo enseguida —masculló.

Se puso en pie y se unió a Ryder, que le susurró algo al oído.

Khalani se sorprendió a sí misma mirando el edificio negro, una mala costumbre de la que no lograba librarse. Un grupo de prisioneros pasó junto a ella.

No los reconoció.

Dos de los reclusos miraban con entusiasmo al frente, hacia la pelea que estaba a punto de empezar. El tercero, que tenía una prominente barriga y el pelo castaño y desgreñado, se volvió hacia ella.

Algo en su forma de mirarla hizo que Khalani llevara por instinto la mano al bolsillo, en busca de un cuchillo inexistente. El hombre se

humedeció los labios en un gesto insinuante, y Khalani se preparó para enfrentarse a él, pero al final alcanzó a sus dos amigos y se alejaron.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Elise, que seguía hablando de comida, ni siquiera se había dado cuenta.

—Estos cabrones van a pagarlo caro. Llevo mucho tiempo sin comer pastel.

—Pues yo no he comido pastel desde que era niña —admitió Khalani, tratando de librarse del mal presentimiento que le había suscitado el encuentro.

Elise se volvió tan rápido hacia ella que a Khalani le sorprendió que no se hubiese descoyuntado.

—¿Qué? Eso no es posible. Todos los niños comen pastel el día de su cumpleaños.

Khalani clavó los ojos en el suelo. En Apolo, el azúcar era un lujo que solo los ricos podían permitirse. Y la ciudad del subsuelo no demostraba mucha delicadeza con los huérfanos.

Incluso se había acostumbrado a la repugnante comida que servían en Braderhelm más que a cualquier otra cosa a lo largo de su vida.

Elise reparó en que guardaba silencio y le apoyó una mano en el hombro.

—Si salimos… Cuando salgamos de aquí —se corrigió—, me aseguraré de que comas un poco.

Khalani consiguió esbozar una ligera sonrisa.

—Me encantaría.

De repente, la voz del padre de Elise se hizo más fuerte.

—Llave. Anillo. Proteger. Llave. Anillo. Proteger.

No dejaba de repetir esas extrañas palabras con la mirada perdida mientras jugueteaba con el anillo de plata que llevaba en el

dedo.

—Elise, ¿por qué tu padre siempre está diciendo lo mismo?

Elise hizo una mueca y miró a su padre con expresión afligida, como si tratara de mantener la compostura.

—Mi madre murió unos años atrás. Poco después, mi padre sufrió un derrame cerebral. Desde entonces, es la única frase que pronuncia. No sé por qué está tan obsesionado con el anillo. Ni siquiera es su alianza de boda. Es solo una antigualla familiar, procedente del Gran Colapso, con una extraña inscripción en el interior.

—¿De verdad? ¿Y qué dice? —se interesó Khalani.

—Oye, papá, ¿me prestas un momento el anillo?

Clyde abrió los ojos de par en par, con una mirada de pánico.

—Llave. Anillo. Proteger. Llave. Anillo. Proteger.

—Sí, papá —asintió Elise para tranquilizarlo—. Protegeré el anillo. ¿Me lo prestas?

Su padre vaciló, como si prefiriera salir corriendo antes que entregárselo a alguien, pero miró a Elise y los ojos se le llenaron de ternura al reconocer a su hija. Con la mano temblorosa, se sacó el anillo del dedo y lo depositó en la palma que le tendía la joven.

Elise le dedicó una dulce sonrisa y le mostró el anillo a Khalani.

Jamás había visto una piedra plateada como la que lo coronaba. Era fina, rectangular y tenía un brillo metálico.

—Mira, aquí está el grabado.

Elise señaló el interior del anillo y lo acercó para que pudiera verlo.

Khalani distinguió unas delicadas letras manuscritas, y ahogó un grito al leer las dos palabras que aparecieron ante sus ojos:

«Corp. Prometeo».

25

Deshazte de mi cuerpo y entierra con él todas las verdades.

Dejó de respirar. Los sonidos que la rodeaban llegaron amortiguados y no oyó a Elise, que no dejaba de repetir su nombre.

Aquellas palabras, invocadas desde un sueño olvidado, eran lo único que captaba su atención.

«Corp. Prometeo».

Era la primera vez que veía ese nombre fuera de Apolo.

La única pista que Timothy Talbot había dado sobre la ubicación del Proyecto Hélix era que el camino comenzaba en Prometeo. El diario también mencionaba que la mitad de las familias involucradas en el proyecto residían en Hermes.

No podía ser una coincidencia.

—¿De dónde sacó esto tu padre? —preguntó Khalani, visiblemente afectada.

—No lo sé —afirmó Elise—. Siempre se lo he visto puesto.

—¿Y no le has preguntado qué significan esas palabras?

—Por supuesto, pero nunca me lo ha dicho.

Khalani examinó el anillo, concentrándose para que aparecieran más palabras. Algo que le diera una pista del significado de Prometeo.

—¿Por qué pones esa cara? ¿Acaso sabes qué es?

Elise se enderezó, con un leve destello de esperanza en los ojos.

Khalani vaciló unos instantes.

La otra persona en el mundo que sabía del diario de Timothy era Winnie, y le había prometido que guardaría el secreto.

—No lo sé… No… me acuerdo —balbuceó, tragando saliva y devolviéndole el anillo.

Elise dejó caer los hombros y, con un gesto lento, le devolvió el anillo a su padre. El hombre se lo deslizó en el dedo con profundo respeto, mientras murmuraba de nuevo:

—Llave. Anillo. Proteger. Llave. Anillo. Proteger.

Khalani clavó la mirada en el suelo, embargada por la confusión y el caos, que se entrelazaron como si fueran una tirante y elaborada trenza.

Quizá los propietarios originales del anillo sabían dónde estaba Prometeo. O quizá Prometeo era el nombre de la persona que había elaborado el anillo y que custodiaba el paradero del Proyecto Hélix.

«O Prometeo no significa nada y me estoy agarrando a un clavo ardiendo, a la esperanza infundada de que una entidad muerta tiempo atrás puede salvar al mundo de la ruina», pensó Khalani.

Apoyó la cabeza en la fría roca, reprochándose por no dar con las respuestas. Percibió que Takeshi la miraba, como si su frustración fuera su faro en la tormenta.

Necesitaba espacio para pensar.

Una ducha. Eso era lo que necesitaba.

Khalani había evitado las duchas comunes hasta ese momento, pero estaba cubierta de suciedad y sudor, y cada vez que se olía discretamente las axilas, se veía obligada a fruncir la nariz.

Alzó la mirada hacia el edificio gris y vio que nadie hacía cola. Genial.

—Voy a darme una ducha —le dijo a Elise, poniéndose en pie.

Elise la miró extrañada, pero Khalani emprendió la marcha sin añadir palabra.

Experimentó un hormigueo, como si alguien estuviera observándola, pero lo ignoró y se encaminó hacia el edificio, convenciéndose de que solo eran imaginaciones suyas.

Al entrar en el edificio gris y ver que estaba vacío, dejó escapar un suspiro de alivio. Era un espacio completamente abierto, con una pared blanca de la que salía una hilera de cabezales de ducha.

Se apresuró a desvestirse. Durante un breve instante, dudó al quitarse el sujetador y por último decidió dejarse puestas las bragas blancas.

Después de dejar las prendas en el banco, se dirigió descalza hacia uno de los cabezales.

Giró el grifo y se tensó cuando la salpicó un chorro de agua fría. Armándose de valor, se metió debajo de él, con los dientes castañeteando y cruzándose de brazos instintivamente. Vio una diminuta pastilla de jabón en el suelo. Se agachó para recogerla y se frotó la piel con ella.

Concentrada en el sonido del agua, se deshizo los nudos y enredos con los dedos, tirando del cuero cabelludo. La suciedad le resbalaba por las piernas y desaparecía por el desagüe. Una parte de ella quería quedarse allí más tiempo, pero no podía arriesgarse a que alguien entrara.

Todavía cubriéndose el pecho con las manos, cerró el grifo y se apresuró a ir hasta el banco en el que había dejado el uniforme.

Pero, al acercarse, se quedó de piedra.

No estaba allí. Su ropa había desaparecido.

—¿Estás buscando esto?

Khalani se volvió hacia la puerta con el corazón desbocado. El

hombre que antes había pasado por delante de ellas estaba allí, en pie, bloqueándole la salida y paseando la mirada por su cuerpo desnudo con una sonrisa siniestra.

Agitó su ropa en el aire.

—De… Devuélvemela —balbuceó Khalani, tratando de cubrirse el máximo posible.

Para su sorpresa, el hombre le lanzó las prendas a cierta distancia. Sin embargo, no se marchó. Cruzándose de brazos, la observó mientras ella se apresuraba a ponerse la sudadera blanca lo más rápido posible.

—¿De dónde has dicho que eras? —preguntó con un brillo sádico en los ojos.

—No lo he dicho.

El corazón se le aceleró aún más al subirse la cremallera del uniforme con manos temblorosas.

—Tienes acento forastero.

El hombre ladeó la cabeza y clavó unos ojos sorprendentemente grises en ella.

—Soy de los suburbios —replicó Khalani con un hilillo de voz, presa del pánico, mientras metía los brazos por las mangas.

«Lárgate de aquí. Lárgate de aquí».

—Así que de los suburbios, ¿eh? —El prisionero dio otro paso hacia ella, invadiendo su espacio. Sus pensamientos—. No recuerdo haberte visto. Y conozco a todo el mundo en Hermes.

—Bueno, ya sabes lo que dicen. Es fácil pasar desapercibida en un lugar grande.

—En tu caso, me parece que no.

Khalani terminó de ponerse el uniforme y se irguió, dispuesta a ir hacia la salida. Pero el hombre se interpuso en su camino.

—Apártate.

—¿Por qué?

El hombre inclinó la cabeza con aire confundido, como si realmente lo estuviera.

—Porque quiero salir —declaró, concentrándose en la puerta que él seguía bloqueando.

—He visto cómo me has mirado antes. Ya llevo un tiempo aquí, y sé que lo deseas igual que yo.

—Estás loco —siseó, dejando caer el peso del cuerpo unos milímetros hacia la derecha de forma imperceptible.

—No te preocupes, cariño. —Sonrió con amabilidad—. Mis amigos están ahí fuera, vigilando. Nadie nos molestará. Puedo hacer que sea rápido y fácil.

Khalani empezó a respirar de forma entrecortada y entornó los ojos, clavándolos en la puerta.

Solo estaba a unos pasos.

El prisionero se acercó un milímetro y casi la rozó con su barriga prominente. Khalani aprovechó el momento y se apresuró a esquivarlo.

Corrió hacia la puerta y tiró del picaporte. Pero estaba cerrada con llave.

Apoyó el pie derecho contra la pared, agarró el pomo con ambas manos y tiró con todas sus fuerzas. Pero la puerta no se movió ni un centímetro.

A su espalda, una risa retorcida y desagradable resonó contra los azulejos.

—¡Socorro! —gritó, golpeando la puerta y rezando para que alguien la oyera.

El terror la invadió al ver que el hombre se limitaba a observarla, sin reaccionar. Como si disfrutara contemplando a la presa, saboreando su miedo antes de que comprendiera que no había

escapatoria.

—¡Takeshi! —gritó Khalani con todas sus fuerzas en un último intento desesperado.

De pronto, una mano áspera se cerró sobre su boca y la empujó hacia atrás.

Se desplomó en el suelo bocarriba y ahogó un grito al sentir que la muñeca izquierda se le doblaba a causa de la caída.

Sin embargo, ni siquiera tuvo tiempo de concentrarse en el dolor. El prisionero se cernió sobre ella, la sujetó por los hombros y la inmovilizó contra el suelo.

Khalani se revolvió.

—¡Apártate! —gritó con fiereza.

Intentó empujarlo, pero él apretó las piernas, constriñéndola aún más.

La emoción que brillaba en los ojos de su agresor era digna de una pesadilla. Pese a sus forcejeos, el hombre la mantuvo inmovilizada y se inclinó hacia delante.

—No te dolerá si no te resistes —susurró.

Empezó a quitarse el uniforme. Justo cuando levantó la mano, Khalani actuó.

Descargó toda la furia que sentía en un puñetazo dirigido hacia la garganta, tal como le había enseñado Takeshi.

El hombre se llevó las manos al cuello, sin aire.

Khalani aprovechó la oportunidad y se zafó de él, pero el hombre la agarró del tobillo y tiró de ella. Con el otro pie, Khalani le atizó una patada directa en la cara.

Vio que la cabeza salía rebotada hacia atrás y se incorporó como pudo, corriendo hacia la puerta con la intención de abrirla de un empujón.

Pero una mano áspera la agarró del bíceps y la hizo girar. Lo

único que llegó a ver fueron los furiosos ojos grises del hombre antes de que él le asestara un puñetazo en el rostro que la lanzó contra la pared.

Todo se volvió borroso… Khalani sintió que la sangre le resbalaba por el labio, pero en aquel momento era incapaz de experimentar dolor. Solo veía al prisionero enfurecido abalanzándose de nuevo sobre ella, gruñendo con los dientes apretados.

Khalani levantó los puños, tambaleándose.

Si iban a ser sus últimos instantes de vida, deseaba que la encontraran con los nudillos ensangrentados y sin uñas, señal de que había luchado hasta su último y amargo aliento.

El hombre estaba a tan solo un paso…

¡Pum!

La puerta se abrió de golpe.

El prisionero se detuvo y abrió mucho los ojos, sorprendido al ver que una figura irrumpía como si fuera la muerte en persona.

La mirada apocalíptica de Takeshi se posó al instante en ella.

Al principio suavizó la expresión, aliviado, pero pronto la miró de arriba abajo, desde el pelo aún mojado y el labio hinchado que sangraba hasta los brazos temblorosos y el uniforme que llevaba de cualquier manera después de la agresión. Su rostro se transformó en el del mismísimo diablo, de una belleza fría y terrible. El aire a su alrededor se congeló. Se volvió letal.

Giró de golpe la cabeza hacia el prisionero, que estaba cruzado de brazos.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó el hombre.

Takeshi dio un calculado paso al frente, protegiendo a Khalani con su cuerpo.

Pese a su bravuconería, el recluso retrocedió al percibir el vacío amenazante que rodeaba a Takeshi.

—Esto no tiene nada que ver contigo, tío. Venga, da media vuelta y lárgate.

El hombre palideció aún más al ver la expresión que adoptó Takeshi, fuera la que fuese.

—¿Así que no tiene nada que ver conmigo? —La voz de Takeshi era tan grave que Khalani casi no la reconoció—. En el momento en que le has puesto la mano encima, has firmado tu sentencia de muerte.

El prisionero se abalanzó hacia la puerta y Takeshi lo embistió. Lo agarró por el pelo y le dio un rodillazo en el estómago.

El prisionero se dobló en dos, casi sin aliento. Takeshi aprovechó para cogerlo del cuello y estrellarle la cabeza contra el suelo con tanta fuerza que rompió una baldosa.

El prisionero levantó el rostro y Khalani vio que estaba completamente aplastado y destrozado. Takeshi lo tumbó bocarriba y se sentó a horcajadas sobre él, igual que había hecho el hombre con Khalani. A continuación, empezó a pegarle puñetazos. Sin parar. Se tomaba su tiempo entre cada uno de ellos, disfrutando de la sangre que salpicaba las baldosas blancas, examinando las zonas que podían dolerle más y atacando sin piedad esas debilidades.

En medio de los puñetazos, el prisionero ladeó la cabeza y vio a Khalani en un rincón, en pie, inmóvil e hipnotizada por la escena que se desarrollaba ante ella.

—A… A… Ayúdame —siseó con voz ronca entre los dientes que le faltaban.

Sus palabras solo provocaron que Takeshi descargara los golpes con más violencia.

—No mereces morir viendo algo tan hermoso —gruñó.

Con una frialdad inquietante, se cernió sobre él. El cuerpo del hombre se convulsionó cuando Takeshi le sacó los ojos.

Inconscientemente, Khalani se deslizó por la pared hasta el suelo mientras los gritos resonaban a su alrededor. Se le nubló la vista y la jaqueca se intensificó.

Tres crupieres entraron de repente en la estancia y abrieron los ojos de par en par al ver que Takeshi estaba golpeando al prisionero hasta convertirlo en una pulpa sangrienta.

—¡Basta! —gritó uno de ellos.

Sin embargo, Takeshi los ignoró y continuó infligiendo su castigo letal.

Los crupieres sacaron los dispositivos electrónicos y Takeshi empezó a sacudirse de inmediato al recibir la descarga. Pero torció el gesto y siguió golpeando al prisionero en el suelo, ignorando el dolor.

—Qué demonios…

Los crupieres subieron el voltaje. Takeshi se convulsionó sin control y cayó al suelo, con los puños aún apretados. A Khalani se le desbocó el corazón, presa del pánico, al ver que seguían dándole descargas.

Ver a Takeshi sufrir removió algo en su interior. Se sabía vulnerable al dolor, pero aquello la golpeó con la fuerza de una montaña.

—¡No le hagáis daño! —gritó, pero los crupieres la ignoraron.

—¡Llevadlos a la celda!

Alguien la agarró del brazo y la obligó a levantarse. El crupier la condujo a la salida y Khalani se tambaleó, extendiendo las manos para recuperar el equilibro. Refunfuñando sobre lo lenta que iba, el guardia le dio un empujón y la obligó a caminar.

Takeshi soltó un gruñido amenazante a sus espaldas, pero Khalani ya casi había llegado al exterior y no entendió lo que decía.

Dio un respingo al ver a dos prisioneros en el suelo, justo

delante de la puerta. El leve movimiento en sus torsos indicaba que aún respiraban; eran los encargados de vigilar la puerta mientras el otro hombre trataba de violarla y matarla.

A juzgar por su estado, se habían topado con el intimidante capitán de la prisión de Braderhelm.

—Joder, qué carnicería —soltó el crupier apretándole el brazo y arrastrándola hacia los barracones.

El martilleo en la cabeza se intensificó y se dejó llevar. Con el rabillo del ojo vio el destello de unos cabellos rubios y, al alzar despacio la mirada, se topó con Elise, que la observaba boquiabierta.

—¿Estás bien? He oído un grito procedente de la ducha y me he preocupado. ¿Khalani?

Adoptó una expresión sombría al ver su cabeza ladeada.

Khalani solo quería tumbarse…

—Toma —gruñó el crupier. La empujó con pocos miramientos a los brazos de Elise, que la atrapó ahogando un grito—. Id a vuestras celdas —soltó, sin preocuparse por su estado.

De inmediato, Elise pasó un brazo alrededor de la cintura de Khalani y la ayudó a llegar a los barracones, lo que hizo con dificultad y arrastrando los pies. Khalani no dejaba de gemir y le costaba mantener abiertos los párpados.

Había quedado reducida a la función motora, y solo podía concentrarse en poner un pie tras otro.

—¿Qué te ha pasado? —gruñó Elise.

—Tomaba una ducha… Ha entrado… Golpeado… Takeshi me ha salvado.

Pronunció estas palabras de forma lenta y desordenada.

Elise soltó un bufido de enojo cuando echó un vistazo al feo corte que tenía en el labio y empezó a atar cabos.

Khalani sentía que su cerebro era el cuenco de sopa que comían

cada día.

En un abrir y cerrar de ojos, pasaron del pasillo de los barracones a las paredes blancas de su celda vacía. Elise la ayudó a tumbarse, prestando especial atención a su cabeza, y miró a Khalani con el rostro pálido como la cal.

—¡A las celdas! —gritó uno de los guardias.

Elise vaciló.

—No pasa… nada. No quiero… meterte en problemas —susurró Khalani, agradeciendo el frío del azulejo contra la mejilla.

Aunque Khalani vio que Elise fruncía el ceño, no muy convencida, oyó sus pasos, que salían de la celda justo cuando cerraba los ojos. Trató de mantener la cabeza en alto, pero sentía como si la empujaran hacia abajo.

No.

Tenía que mantenerse despierta. Tenía que esperar a Takeshi. Asegurarse de que estuviera bien. Takeshi la había defendido, sin pensar en las consecuencias que podría tener ese acto para él, y había impartido justicia de la única manera que sabía. Lo mínimo que podía hacer era mantenerse consciente para agradecérselo cuando… lo trajeran de vuelta.

Tenía que quedarse… despierta.

Parpadeó.

Antes de que la inconsciencia la arrastrara con dulzura, sintió que unos brazos fuertes la aupaban y la sostenían.

Como si fuera la persona más importante del universo.

26

A menudo me pregunto si fue el mundo el que me cambió o si tomé esa decisión por mí misma.

Khalani se despertó de repente cuando el estridente chillido de la alarma atravesó las paredes de la celda, arrancándola del único descanso apacible del que había disfrutado en semanas. Pero sus ojos se negaban a abrirse, como si prefirieran una vida en sueños a la anarquía que la aguardaba.

—No pasa nada, Kanes. Estoy aquí contigo.

Al oír esa voz profunda y resonante, abrió los ojos de golpe. Estaba en brazos de Takeshi, recostada sobre su pecho. Le había apoyado una de las manos en la zona lumbar, mientras que con la otra le sostenía la parte posterior de la cabeza. Sus largos dedos se introducían con dulzura entre sus cabellos y la sujetaban firmemente.

La estridente alarma de fondo dejó de sonar. El dolor palpitante en la cabeza se calmó.

Takeshi la observaba con intensidad, y en sus ojos oscuros Khalani distinguió una emoción desconocida. Quizá fuera preocupación, o algo más profundo, algo que la atraía como un fuego ardiente.

En un mundo teñido de dolor, no debería existir algo tan

atractivo.

Takeshi la examinó y tensó los músculos al ver a la luz el corte profundo que tenía en el labio y lo que sin duda era el principio de un moratón en el pómulo. Llevaba el pelo revuelto, como si se hubiera pasado la noche entera peinándoselo con los dedos.

—¿Estás bien? —preguntó ella, recordando la descarga que había recibido.

—¿Por qué me lo preguntas? Es a ti a quien han atacado brutalmente —susurró Takeshi, mirándola desde arriba con una mezcla de desasosiego y asombro.

—Me duele la cara y la cabeza —admitió—. Pero me recuperaré.

Casi de forma imperceptible, sintió que las manos que hasta entonces la habían sujetado con dulzura se tensaban y que Takeshi torcía el gesto, como si quisiera decir muchas cosas, pero no supiera cómo.

—Tenéis que levantaros —los instó una voz a su derecha—. He oído que los crupieres están de muy mal humor hoy.

Khalani se volvió y vio a Elise en el umbral, observándola y conteniendo la respiración al ver las marcas que la agresión le había dejado en el rostro.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

Reprimió un gemido al ponerse en pie y sintió tal vértigo que estuvo a punto de perder el equilibrio.

Alguien se apresuró a agarrarla de la cintura.

—Quizá deberías tumbarte otra vez.

Khalani negó con la cabeza.

—Puedo con esto.

Takeshi la miró tensando un músculo de la mandíbula, como si estuviera a punto de encerrarla en la celda y dejarla allí el resto del

día, tal como solía hacer cada noche en Braderhelm.

Sin embargo, percibió la determinación en su mirada, su convicción de no mostrar debilidad ni ser una carga. Así que, sin decir palabra, la soltó, dejando que Khalani se sostuviera por sí misma.

Cuando pasó junto a Elise, esta frunció aún más el ceño, dejando claro que Takeshi no era el único que pensaba que las minas eran el último lugar donde debía estar Khalani.

No obstante, ella estaba acostumbrada al dolor y al abuso, a ignorarlos hasta olvidarse de ellos y a fingir que el trauma no existía. No era lo más saludable, desde luego, pero sí lo más efectivo.

Los prisioneros se alinearon para la inspección. Algunos se estremecieron al ver los moratones, mientras que otros le lanzaron de soslayo miradas crueles y acusadoras. No cabía duda de que la responsabilizaban de la muerte de otro prisionero. Si supieran la verdad…

En la fila, Khalani advirtió que Takeshi miraba extrañado hacia un punto entre la multitud.

Conteniendo el aliento.

Con los puños apretados.

Ella intentó seguir su mirada…

—¡Ponte recta para la inspección!

Khalani se volvió de golpe hacia el frente mientras los crupieres se paseaban entre las filas de prisioneros. Varios guardias fulminaron a Takeshi con miradas asesinas y se aferraron a los dispositivos electrónicos.

Los hicieron permanecer en fila mucho más tiempo del habitual. Con las piernas entumecidas, Khalani cambiaba continuamente el peso de un pie al otro y parpadeaba para no dormirse.

Al cabo de una hora, le temblaron las piernas y se tambaleó.

Junto a ella, Takeshi soltó una maldición.

—¡El doctor Strauss! ¡Arrodillaos! —gritó justo en ese preciso momento uno de los crupieres.

Fue la primera y única vez que agradeció poder hacerlo.

Cuando el doctor Strauss apareció, les lanzó una mirada más fría de lo normal. Examinó las filas de prisioneros con el ceño fruncido mientras golpeaba el bolígrafo contra el sujetapapeles. Era el único sonido que rompía el silencio.

—¿Sabéis por qué estáis aquí? —preguntó el doctor Strauss con calma.

Nadie respondió. Hasta los guardias apartaron la mirada.

—¿Nadie? —añadió.

El doctor Strauss recorrió despacio la fila en la que estaba Khalani, que mantuvo la vista clavada en el suelo y se obligó a mantenerse erguida.

—Estáis aquí porque sois impulsivos. Desobedientes. Rebeldes. Como niños malcriados y consentidos —escupió—. Estáis aquí para que os guiemos hacia una vida mejor, una vida con propósito. Pero algunos de vosotros simplemente… os negáis a que os salven.

Arrojó el sujetapapeles al suelo y, pese a que un escalofrío recorrió la multitud, todos mantuvieron la cabeza baja, como si les fuera la vida en ello.

El doctor Strauss pareció recordar quién era: tomó aliento, recogió la carpeta y se alisó la bata blanca.

Khalani alzó la cabeza y, de repente, se encontró con sus ojos glaciales.

Se quedó paralizada, como si, de golpe, se le hubieran clavado unas garras afiladas en la piel. Aun asi, y por alguna razón, no apartó la vista.

El doctor Strauss se llevó la mano a la barbilla y se la golpeó

lentamente con los dedos mientras observaba a la única prisionera que se atrevía a sostenerle la mirada.

Unos sollozos resonaron en la caverna, rompiendo la concentración del doctor Strauss. Se volvió hacia una chica más joven con una melena de color castaño claro, cuyos hombros temblaban mientras las lágrimas le corrían por el rostro.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Lloras por los lamentables actos que has cometido o es que quieres que te salven? —le dijo, plantándose ante ella.

La chica no respondió; con la espalda encorvada y temblando como una hoja, su llanto se intensificó.

—Lleváosla —ordenó el doctor Strauss.

Los guardias obedecieron de inmediato.

—¡No! ¡Nooo! ¡Por favor!

Nadie reaccionó a sus lamentos. Todos parecieron inclinarse aún más hacia el suelo con la esperanza de que la tierra se los tragara.

—¡A las minas! —gritaron los crupieres mientras se llevaban a la chica.

Su llanto fue desvaneciéndose poco a poco, aunque se quedaría grabado en las paredes de aquella maldita caverna. Khalani se puso en pie con dificultad, sacudiéndose la grava de las rodillas.

Takeshi se acercó a ella a grandes zancadas con aire preocupado.

—Estás más pálida de lo normal —dijo casi en tono acusatorio.

—Gracias. De niña no tomé mucho el sol.

—Kanes.

—Takeshi.

Ella le sostuvo la mirada oscura.

—No deberías trabajar si estás herida.

—Claro, si pido un descanso, seguro que me lo dan encantados.

Hasta me traerán una mecedora.

Puso los ojos en blanco, se volvió y siguió al resto de los prisioneros, esforzándose por caminar en línea recta pese a tener la sensación de avanzar por un espeso lodo.

Takeshi le lanzó una de esas miradas que decían que era insufrible y que se estaba buscando su propia condena.

Pero, pese a ello, empezó a caminar a regañadientes junto a ella, lo bastante cerca como para sostenerla en el caso de que se tambaleara o cayera.

—No sé de qué te extrañas —comentó ella, tomando una bocanada de aire para ahuyentar las náuseas—. ¿Qué habrías hecho tú si te hubiera pedido un descanso en Braderhelm?

—¿Tú qué crees? —respondió con el rostro impasible—. Te habría traído una mecedora.

Khalani soltó una carcajada, un sonido que raramente se oía en el campo de prisioneros, y varios reclusos se volvieron y la miraron extrañados.

Incluso en medio del dolor y de un destino que parecía más aciago con cada minuto que pasaba, ese capitán silencioso y distante que la había odiado desde el primer momento en que la había visto era el que la hacía reír.

Sin duda, el mundo se había vuelto loco.

Se aferró al pesado pico y respiró hondo mientras los guardias los observaban con atención.

Para su sorpresa, advirtió que Elise y Jack no andaban lejos. Incluso Ryder hizo un leve ademán con la cabeza en señal de solidaridad.

Y eso le recordó una lección importante que había estado a punto de olvidar: que, en el mundo, había muchas más buenas personas que malas. Aunque no siempre lo parecía, porque el mal

solía ser más ruidoso.

En cambio, la esperanza solía encontrarse en los momentos de calma. En las sutiles miradas de unidad entre desconocidos. En la mano de Takeshi, enredándose con dulzura en su pelo en mitad de la noche. Se encontraba en la risa de Serene y en la convicción de Winnie de que podían hacer del mundo un lugar mejor.

Y, por esa misma razón, levantó el pico y empezó a golpear.

Gritaría por los que no tenían voz. Porque eso era lo que la vida le había enseñado.

A entregarse por completo.

Horas después, cuando sonó la alarma, casi se desmayó de alivio. Y casi vomitó en el suelo al salir de los túneles. Sentía como si le estuvieran golpeando la cabeza una y otra vez contra un muro de ladrillos.

Khalani recogió el cuenco de comida y se sentó. Apoyó la cabeza en las rodillas, tratando de encontrar estabilidad en el suelo firme.

Unas manos suaves le apartaron unos mechones de la nuca sudorosa y se los recogieron en un moño desordenado. Al alzar la cabeza, vio a Elise, que asentía con la cabeza, recostada en el muro.

—¿Mejor?

Khalani logró esbozar un atisbo de sonrisa.

—Sí.

Justo en ese momento, Jack y Ryder aparecieron. Y, para sorpresa de todos, se sentaron con ellas.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Khalani, extrañada.

En teoría, debían guardar las distancias en el campo.

—Tenemos que hablar. —Jack miró fijamente a Elise y a su padre, que murmuraba sin soltar el anillo de Prometeo, y añadió—: Largaos.

—No —replicó Khalani, luchando contra el mareo—. Ellos se

quedan.

—No son parte de nuestro grupo.

—Pero sí son parte del mío.

Lo dijo con voz autoritaria, como si fuera el chasquido de una cadena al golpear el suelo.

Desde el momento en que habían llegado al campo, Elise se había ocupado de ellos. Puede que recelara un poco, pero la había cuidado pese a no estar obligada a hacerlo.

Khalani se negaba a abandonar el campo sin Elise y su padre.

Jack apretó los labios hasta convertirlos en una línea pálida y delgada, y Elise adoptó una expresión confundida. Entonces, Takeshi cedió con un leve asentimiento y Jack se volvió hacia la joven.

—Nada de lo que se diga aquí puede salir de este grupo. Si nos traicionas, enterraré las extremidades de tu padre en cada esquina de Hermes —la amenazó con una voz tan fría que la caverna se quedó sin aire.

—A diferencia de algunas personas, sé cómo mantener la boca cerrada, Jack —siseó Elise, inclinándose hacia delante—. Pero amenaza a mi padre otra vez y te cortaré todas las venas con esa baraja de cartas que siempre llevas encima.

—Bien. Me alegra saber que nos hemos entendido.

Jack asintió, al parecer imperturbable ante la amenaza; más bien como si, en realidad, esa violenta promesa lo tranquilizara.

—¿Cuál es el plan? —se impacientó Takeshi.

Jack se volvió hacia él y tomó aliento.

—Ryder y yo hemos avisado a algunos de nuestros miembros aquí en el campo. Todos están listos para actuar. Mañana, cuando lleguen los Ases, atacaremos a los crupieres y nos quitaremos estos grilletes.

—¿Cómo van a entrar? —preguntó Khalani, entusiasmada.

Pese a la rigidez que sentía en la espalda, se irguió y se olvidó durante un instante del dolor y las náuseas.

—Spade sabe perfectamente que tendrá que buscar una buena distracción para sacarnos de aquí. Supongo que será algo… explosivo.

Khalani y Takeshi se tensaron, sin saber si lo habían oído bien.

—No sé el momento exacto del ataque, pero tenemos que estar preparados para cuando ocurra —continuó Jack—. Una vez que nos libremos de las esposas, nos dirigiremos a toda prisa hacia el túnel de salida. No os preocupéis por nadie más. ¿Entendido?

Los miró a ambos con seriedad mientras Elise asistía a la escena boquiabierta.

—¿Me estáis diciendo que mañana van a rescatarnos? —preguntó con total incredulidad.

—Sí. —Khalani le tomó la mano—. Vamos a sacaros a ti y a tu padre de aquí.

—Pero tienes que estar lista para luchar y aceptar la posibilidad de que podemos morir —añadió Ryder entornando los ojos.

Elise miró de reojo a su padre, que estaba ensimismado, murmurando sin dejar de acariciar el anillo.

Aunque los ojos se le llenaron de lágrimas, enseguida adoptó una expresión seria y se volvió hacia Jack.

—Podéis contar con nosotros. No vamos a pasar ni un minuto más en este maldito lugar.

Khalani sintió que un torrente de energía desbordada la invadía mientras concretaban los detalles de la fuga. Como si pudiese correr durante kilómetros y enfrentarse a los crupieres allí mismo, en ese preciso momento.

Pero tenían que esperar. Solo. Un. Día. Más.

Ya de regreso en los túneles, el repiqueteo del metal sonaba a

final sinfónico. Un último hurra para la que, como esperaba, iba a ser la última vez en la vida que veía un pico.

Takeshi permanecía callado, taciturno, y hacía la mayor parte del trabajo que le correspondía a ella.

Sin embargo, Khalani se daba cuenta de que en el interior del capitán se estaba formando una tormenta descontrolada.

—No te muevas de aquí —le ordenó Takeshi durante el último descanso del día.

Antes de que pudiera preguntar adónde iba, vio que se dirigía hacia el área de combate.

Khalani frunció el ceño y lo siguió sin pensarlo dos veces.

Cuando Ryder empezó a andar junto a ella, Khalani se cruzó de brazos.

—¿Qué quieres? —soltó con brusquedad.

—¿No puedo interesarme por cómo estás?

—No.

—Pues estás hecha un asco —comentó con franqueza.

—Gracias. Estoy segura de que las mujeres de Hermes están llorando por las esquinas tras haber perdido a alguien tan encantador e irresistible como tú.

Ryder se llevó la mano al pecho.

—Me has herido. De verdad. Solo quería ver cómo… ¿Adónde ibas?

Ignorando la pregunta, Khalani se abrió paso entre la multitud de curiosos que se apelotonaban para disfrutar de la siguiente pelea. Miró a derecha y a izquierda en busca de Takeshi.

Unos segundos después, lo vio.

La muchedumbre se abrió a su paso. Se encaminaba hacia el centro y fulminaba al público con una mirada depredadora.

¿Qué demonios se proponía?

—¿Con quién vas a pelear? —preguntó uno de los reclusos.

Takeshi posó los ojos en alguien, tensando visiblemente los músculos.

—Con ellos.

Señaló a dos prisioneros.

Los hombres a los que había señalado miraron a sus espaldas con aire confundido, como si todo aquello no fuera con ellos. Pero, al ver que no les quitaba ojo de encima, sacaron pecho.

—No puede pelear contra dos.

—Es un suicidio.

Los murmullos recorrieron la multitud cuando los dos hombres avanzaron hacia el centro del círculo de combate. Un brillo destelló en los ojos de Khalani al reconocerlos. Eran los dos prisioneros que custodiaban las puertas de las duchas mientras el otro hombre la agredía.

—¿Seguro que quieres pelear contra los dos? Esta vez no nos tomarás por sorpresa y no nos vamos a contener —se mofó uno de ellos.

Takeshi alzó levemente la comisura de los labios, pero en sus ojos negros ardía una promesa de represalia violenta.

—Es precisamente lo que espero.

Khalani se abrió paso hasta la primera fila mientras los dos hombres lo rodeaban, moviéndose en direcciones opuestas. Takeshi permaneció inquietantemente inmóvil, con los brazos colgando a los costados, esperando el ataque.

Con un gruñido, ambos hombres lo embistieron y empezaron a lanzar puñetazos simultáneos a ambos lados del rostro de Takeshi.

Él se agachó a tal velocidad que Khalani apenas llegó a captar el movimiento. Apoyó una mano en el suelo, giró la pierna y barrió a uno de ellos.

Acto seguido, se volvió y golpeó en el esternón al otro hombre, que retrocedió tambaleándose y llevándose las manos al pecho como si se lo hubieran golpeado con un mazo.

El primer recluso se levantó de un salto; en su rostro ya no se veía atisbo de diversión. Alzó los puños, hizo una finta y cargó. Takeshi se agachó y, anticipándose a cada movimiento, esquivó los golpes.

Se movía como el agua, sin esfuerzo y sin límites. Su expresión era pavorosamente serena e imperturbable mientras se enfrentaba a sus oponentes, pero la profunda furia que se reflejaba en sus ojos traicionaba la fragilidad de ese autocontrol.

El otro hombre aún resollaba, tratando de recobrar el aliento. El prisionero que peleaba con Takeshi empezó a cansarse. Sus amplios puñetazos se volvieron cada vez más desesperados al ver que no conseguía darle.

Takeshi, por su parte, no disminuyó el ritmo. No levantó los puños. Casi como si estuviera jugando con él. Prolongando el sufrimiento un poco más.

Al darse cuenta, el prisionero gruñó y soltó una carcajada amarga.

—Ojalá hubiera sido yo el que se folló a tu putita en las duchas —dijo.

Khalani ahogó un grito y clavó la mirada en Takeshi.

Su calma se había hecho añicos. Bajó la cabeza y curvó la comisura del labio superior en una leve sonrisa. En sus ojos ya no ardía la venganza.

Ahora solo reflejaban aniquilación.

Cuando el prisionero volvió a lanzar un golpe, Takeshi le atrapó el puño a escasos centímetros del rostro. Sin darle tiempo para reaccionar, le asestó un derechazo en la mandíbula.

La cabeza del prisionero salió disparada hacia atrás y, en un abrir y cerrar de ojos, Takeshi le dobló el brazo hasta que los dedos le tocaron el codo, casi como si fuera la curva de aquel arcoíris que Khalani había visto una vez en Génesis.

Con un crujido brutal, se lo rompió.

El hombre soltó un grito desgarrador y se desplomó al suelo, abrazándose el brazo que ahora apuntaba en la dirección equivocada; un reguero de lágrimas le resbalaba por el rostro.

Varios prisioneros a su alrededor se llevaron la mano a la boca, horrorizados por la escena que se desarrollaba ante ellos.

Khalani, en cambio, tragó saliva y se negó a apartar la mirada.

Takeshi se cernió sobre el hombre, que murmuraba suplicando clemencia. A juzgar por la sed de sangre en el rostro de Takeshi, no iba a obtenerla.

Sin embargo, el segundo prisionero, también corpulento, se recuperó, se abrazó a Takeshi y lo levantó del suelo.

Takeshi se dobló sobre sí mismo, volteó al hombre por encima de su cabeza y lo estrelló contra el suelo junto a su amigo, que aún se lamentaba. El hombre abrió los ojos de par en par justo cuando Takeshi alzó el pie y le golpeó la entrepierna. El rostro del prisionero adquirió una tonalidad morada y soltó un grito desgarrador.

Pero el capitán no había terminado. Se agachó, apoyó la mano izquierda en el hombro del prisionero y empezó a descargar derechazos, uno tras otro, con intensidad creciente.

Nadie se movió.

Todos parecían petrificados, sobrecogidos. Khalani respiraba entrecortadamente mientras la sangre salpicaba el rostro inexpresivo de Takeshi.

«En otra vida, creo que me habría gustado pintar».

Las palabras de Takeshi resonaron en su mente mientras sus

puños se teñían de rojo.

Lo visualizó de niño.

Dibujando con su madre. Sonriéndole con esos ojos negros, inocentes y hermosos. Sufriendo la desaparición de la persona que más amaba y viéndose obligado a convertirse en guardia de una prisión mortal.

Esa necesidad innata de proteger se había transformado en algo implacable, y ahora ahí estaba, para que todos la vieran y la juzgaran.

Mientras la sangre le salpicaba el rostro, Khalani comprendió una verdad brutal.

No era culpa suya haberse conformado con esa vida cruel que nunca había elegido.

Apolo le había robado su pasión, su razón de ser. Y Khalani decidió que no permitiría que este mundo despiadado le arrebatara nada más.

—Takeshi.

Dando un paso, se adentró en el círculo y atrajo todas las miradas. Takeshi detuvo el puño en el aire al oír su voz y se volvió hacia ella. Khalani casi no llegó a reconocerlo. Miles de gotas de sangre ajena le salpicaban el rostro como si fueran una pintura de guerra. Tenía los dientes apretados como los de aquellos animales salvajes sobre los que ella leía cuando era niña.

Se asustó y consideró dejar que los demonios de Takeshi tomaran el control y olvidar por completo al peligroso capitán.

Pero, por mucho que discutieran o por mucho rencor que se guardaran, Takeshi nunca dejaba de protegerla con todo su ser, de la forma más instintiva.

Destruyéndose a sí mismo para que ella no tuviera que hacerlo.

Khalani alzó la cabeza y afianzó los pies en el suelo, dispuesta a

no retroceder.

—Takeshi —repitió con más fuerza—. Déjalo ya.

—Te hicieron daño —gruñó él.

Agarró el uniforme del hombre aún con más fuerza, listo para continuar con aquella carnicería. En su mente, la simple participación de esos hombres en el sufrimiento de Khalani merecía la muerte.

—Sí. Y ya han aprendido la lección. Por favor, basta.

«Por favor, vuelve conmigo…».

Estuvo a punto de pronunciar esas palabras, pero se las tragó y las enterró en lo más profundo de su corazón.

Con los dientes apretados, como si lo último que quisiera hacer fuera detenerse, Takeshi vaciló durante un segundo, pero sin apartar los ojos firmes e inquebrantables de los suyos.

Khalani le sostuvo la mirada, tratando de comunicarle que creía que él era más fuerte que todas las muertes que lo habían forjado.

Al igual que ella.

Takeshi tomó aliento de repente y se enderezó. Retrocedió despacio, alejándose de los dos hombres en el suelo. Khalani suspiró aliviada al ver que se acercaba a ella. Sin embargo, el capitán se detuvo y miró a la multitud de prisioneros que lo rodeaban, como si buscara establecer contacto visual con cada uno de ellos.

—Esos dos siguen vivos por una sola razón, y es ella. —Su fuerte voz se elevó por todo el círculo mientras señalaba a Khalani, y hasta ella se quedó inmóvil ante la vehemencia de sus palabras—. Si alguien se atreve a mirarla de la forma equivocada, lamentará haber nacido.

La atmósfera se volvió tan pesada que casi resultaba difícil respirar.

De pronto, la atronadora alarma perforó el aire y todos se estremecieron. Al principio, nadie se movió: siguieron mirando a

Takeshi con los ojos abiertos de par en par y una expresión asustada, pero, poco a poco, comenzaron a dispersarse.

Algunos prisioneros ayudaron al hombre inconsciente y se lo llevaron a rastras. El del brazo roto se levantó de inmediato y se alejó a toda prisa con la cara enrojecida surcada de lágrimas.

Aunque no tendría que haber sido así, a Khalani la escena le suscitó cierta satisfacción.

Todos se marcharon, pero Takeshi no se movió; ni siquiera la miraba.

Ella se mordió el labio y cambió el peso del cuerpo de un pie al otro, incómoda al comprender que sus desacuerdos se habían reavivado.

—Takeshi, yo…

—Kanes —la interrumpió él, respirando hondo y dejándole claro que su escasa paciencia estaba a un segundo de agotarse—. Volvamos a la celda.

27

No se trata de ser perfecta. Se trata de superar los fracasos.

En la celda, Khalani se puso a golpear el frío suelo embaldosado con el pie.

Con la barbilla apoyada en la rodilla y la espalda recostada en la pared, miró fijamente a Takeshi.

Incluso en las sombras, sus rasgos eran afilados y definidos. Estaba sentado frente a ella, con una pierna estirada y los ojos completamente cerrados.

Sin embargo, no dormía.

Estaba tenso. Tenía la mandíbula demasiado rígida para estar durmiendo. Como si fuera una pistola cargada, preparándose para sembrar el caos.

Quizá el silencio y fingir que se ignoraban era la única defensa que les quedaba.

Quizá eso era precisamente lo que deseaba Khalani.

No.

Sí.

La frontera entre sus deseos y sus miedos se había desvanecido y ya no distinguía unos de otros.

Lo único que Khalani podía hacer era dar golpecitos con el pie en

el suelo. Ese sonido amortiguado era lo único que rompía el silencio.

—¿Vas a estar mucho rato haciendo eso? —preguntó Takeshi con los ojos aún cerrados.

—No estoy segura. —Dejó de hacerlo—. ¿Piensas guardar silencio toda la noche?

—Probablemente.

—Entonces creo que seguiré haciéndolo.

Takeshi echó la cabeza hacia atrás, la miró y esos iris oscuros la atrajeron como un imán. Se humedeció los labios, evitando con cuidado el corte, y Takeshi deslizó la mirada hacia su boca. La temperatura de la celda aumentó mientras se observaban mutuamente.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él al cabo de un rato.

—Mejor. —Era la verdad—. Me duele la cara, pero sobreviviré.

Takeshi siguió con los músculos tensos y su energía infernal la envolvió como si fuera una capa.

—Lo siento —susurró en un tono de voz tan bajo que Khalani apenas llegó a oírlo.

—¿El qué?

—Haber accedido a este plan. Permitir que te trajeran aquí.

—Tú no has permitido nada. —Negó con la cabeza—. Fue decisión mía.

—Y yo debería haberte retenido y haberlos obligado a buscar a otra persona.

—¿Acaso no me crees capaz?

—No es eso, Kanes.

—Entonces, ¿qué es? Ya te he dicho que estoy bien —insistió Khalani alzando la voz.

Takeshi apretó la mandíbula y, con una mirada terca clavada en la puerta, no dijo nada más. En lo que a él respectaba, la

conversación había terminado.

—No hagas eso —le espetó Khalani, que no estaba dispuesta a soltar la presa—. No te cierres conmigo. Dime la verdad. Crees que soy demasiado débil. Es eso lo que tratas de decirme, ¿verdad?

Takeshi la miró con la misma intensidad que lo hacía ella.

—Ya deberías saber que no. Nunca me he cuestionado tu fortaleza. Joder, ya sé que puedes hacer frente a cualquier cosa que se te ponga delante.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Mira hasta dónde hemos llegado. Vamos a salir muy pronto.

Khalani se aferraba a esa esperanza con todas sus fuerzas porque, si los localizadores que les habían introducido en las venas fallaban, era probable que acabaran muriendo en esa caverna.

—Te han hecho daño.

Takeshi aspiró con brusquedad y la miró como si fuera el aire que no quisiera respirar.

Khalani puso los ojos en blanco.

—Ya te he dicho que estoy…

—No vuelvas a decir esa palabra —la interrumpió. Su voz grave de tenor sonó como un latigazo—. Y menos cuando aún puedo ver las marcas en tu rostro.

—¿Y qué? —resopló Khalani—. Ya se curarán. ¿No es precisamente esa la razón de que me enseñaras a pelear?

—Sí, pero preferiría que nunca tuvieras que pasar por eso.

—¿Y qué vas a hacer cuando salgamos de aquí?, ¿encerrarme en un dormitorio?

Khalani se echó a reír, incrédula.

Takeshi enarcó una ceja, como si fuera la sugerencia más inteligente que hubiese oído en toda la semana.

—No. Nada de encierros ni de esconderse. —A estas alturas, no

podía creer que se viera obligada a pronunciar esas palabras—. Pelearé con más fuerza y entrenaré más duro, así no me considerarás una carga —gruñó, cruzando los brazos y contemplando las grietas en los azulejos blancos.

Estaba harta de tener que demostrar su valía a todo el mundo. Quería que la gente la considerara una persona fuerte en cuanto la viera.

—Khalani, mírame.

Alzó los ojos al oír su nombre de pila en labios de él.

—Nunca has sido ni serás una carga —afirmó—. Sé que puedes enfrentarte a todo lo que se te presente y contraatacar con más fuerza si cabe. Pero si te pasara algo… —Takeshi se interrumpió y apartó la mirada, tensando los músculos.

Khalani se puso en pie con el corazón desbocado, a punto de salírsele del pecho. El temblor de las manos la traicionaba y demostraba lo agitada que se sentía. Le dio la espalda y miró hacia el desierto pasillo de paredes blancas al otro lado de la puerta de su celda.

El recuerdo de lo que le había dicho aún la atormentaba, supurando como una herida abierta.

Cuando Takeshi le había asegurado que, fuera lo que fuese lo que había entre ellos, había terminado, le había dolido hasta límites insospechados. La noche de la discoteca, cuando había jugado con sus sentimientos, la había hecho sentir la persona más estúpida y ridícula sobre la faz de la Tierra.

Algunas heridas se curaban con el tiempo. Pero las suyas solo se hacían más profundas.

—En cualquier caso, ¿a qué viene esa necesidad constante de protegerme? —preguntó Khalani. Respiró hondo y notó un regusto amargo en la lengua—. Ni siquiera te importo tanto.

—¿Eso es lo que crees?

—Es lo que sé.

—Entonces no has prestado atención.

—¡Tampoco es que me hayas dado muchas pistas! —Se volvió y lo fulminó con la mirada—. Si no recuerdo mal, parecías muy satisfecho cuando me dijiste que todo había terminado entre nosotros. Me has dicho adiós más veces de las que recuerdo. Pero ¿a quién quiero engañar? ¿Acaso hubo alguna vez un «nosotros»?

Por fin estaba dando rienda suelta al caos que sentía en su interior. Takeshi la observaba fijamente mientras cientos de emociones se reflejaban en su rostro.

De pronto, se puso en pie despacio y fue hacia ella, invadiendo su espacio. Pero Khalani, en lugar de apartarse, alzó la barbilla en un gesto desafiante pese a las descargas de electricidad que la recorrían.

Takeshi dio otro paso calculado, obligándola a retroceder hasta que su espalda se encontró con la pared. Apenas unos centímetros los separaban, y se cernió sobre ella.

—Se me da bien mentir —susurró.

Khalani frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que, por muchas veces que me haya dicho que lo nuestro había terminado, soy perfectamente consciente de que nunca podré olvidarte. Eres de esa clase de personas especiales a las que nadie olvida. —Clavó en ella sus ojos negros como el carbón, pidiéndole que prestara atención a lo que tenía que decirle—. He tratado por todos los medios de guardar las distancias, pero no consigo controlarme. Cuando me miras, lo único que deseo es terminar lo que empezamos esa noche en prisión y hacerte completamente mía. Así que voy a dejar algo claro: da igual lo que

ocurra entre nosotros. Desde ahora hasta el día de mi muerte, siempre te desearé. Siempre te protegeré. Incluso si no fueras mía… —añadió, rechinando los dientes—, seguiría protegiéndote. Quiero que sepas que, si alguien te hace algo, aunque sea el más mínimo rasguño, puede despedirse de su existencia.

El peso de la verdad la golpeó como un ariete y destruyó sus barreras, destripando todas las líneas de pensamiento y razonamiento.

Lo único que quedó fue una chispa implacable, que le recorrió todo el cuerpo y la hizo sentir como si quisiera salir de su propia piel.

—Takeshi…

—No espero nada a cambio, Khalani. Solo… necesitaba que supieras la verdad de una vez por todas.

No le sostuvo la mirada, como si esperara que ella se alejara después de aquella confesión.

Khalani nunca había puesto un pie en un océano.

Winnie los había mencionado un par de veces en la prisión de Braderhelm, diciéndole que eran enormes cuerpos de agua en la superficie que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Al parecer, podías adentrarte en ellos y sumergir la cabeza por completo mientras las olas rompían contra ti.

Así era como se sentía en ese momento.

Unas olas poderosas se estrellaban contra ella, arrastrándola cada vez más hacia abajo, hacia lo desconocido.

Conteniendo la respiración, clavó sus ojos en los de Takeshi. Lo miró de verdad. Y lo que vio fue a un hombre lleno de instintos violentos y cicatrices enterradas. Que luchaba por lo que creía. Que escuchaba de verdad y no solo se limitaba a pensar en lo que diría a continuación.

Takeshi animaba a otros a descubrir sus fortalezas y, bajo esa

armadura de acero, había un corazón que latía con una pasión desbordante, con fervor y amor.

Aunque quizá esa última palabra no era la correcta.

Quizá esa era la emoción que gritaba por salir del cuerpo de Khalani, la que se había vuelto más intensa desde que había abierto el libro de poesía que Douglas le había dado en Apolo.

Siempre había pensado que el amor era el comienzo de su historia, y que todas las historias tenían un final, ese momento en el que pasas la última página y todo ha terminado.

Sin embargo, había comprendido que el amor no tiene final.

Que perdura.

Que recorre este mundo sin rostro, sin noción del tiempo ni lógica. Sencillamente, existe. Y, sencillamente, seguirá existiendo.

Eso fue lo que pensó Khalani al acortar la distancia que los separaba para besarlo.

Al principio, Takeshi no le devolvió el beso.

Pero luego le rodeó el cuello con un brazo, la atrajo hacia él y la besó como si fuera su última noche en la Tierra.

Los labios de Khalani siguieron los movimientos de los de Takeshi con el mismo abandono. Deslizó la lengua en su boca, y él dejó escapar un gemido, atrayéndola aún más y llevando la otra mano hacia la parte baja de su espalda.

Khalani le rodeó el cuello con los brazos y se puso de puntillas, aspirando su embriagador aroma, rogando que el tiempo se detuviera.

En un gesto ágil y rápido, Takeshi la levantó del suelo. Ella le rodeó la cintura con las piernas, dejando escapar un pequeño sonido cuando él deslizó la mano que tenía en su nuca hacia su garganta. Se la apretó con suavidad para hacer que respirara a su ritmo y sus lenguas se enroscaron mientras él la sujetaba como si nada en el

mundo pudiera obligarlo a soltarla.

Khalani hizo una mueca cuando Takeshi le mordió ligeramente el labio, pero no iba a dejar que nada ni nadie arruinara ese momento. Sin embargo, él percibió que trataba de disimular una punzada de dolor y se apartó apenas un centímetro.

—¿Te he hecho daño? —preguntó con la voz áspera y los labios deliciosamente hinchados.

La emoción cruda que se reflejaba en sus ojos se mezclaba con la intensa furia que latía justo bajo la superficie.

—Estoy bien. Solo ha sido un rasguño —lo tranquilizó Khalani.

Takeshi la miró con dulzura. Le sujetó el rostro con las manos y la besó con delicadeza en las mejillas, la frente, la nariz, la parte superior de los párpados, la mandíbula.

Sus labios eran una disculpa.

No solo por el dolor que le habían causado otros, sino por el que él le había provocado. Por todas esas veces que se habían dedicado a hacer la guerra en lugar del amor.

Pero, entonces, vaciló un instante.

—Khalani, antes de que sigamos adelante, tengo que preguntarte algo —dijo.

Cuando la depositó en el suelo, Khalani entornó los ojos y se irguió.

—¿El qué?

—¿Por qué antes no me has dejado matar a esos dos hombres? ¿Es porque te avergüenzas de mi pasado y de las cosas que he hecho?

Una parte vulnerable que, por lo general, nunca mostraba empañó la oscura mirada de Takeshi mientras esperaba su respuesta.

Khalani consideró la pregunta, dispuesta a desenterrar también

sus verdades.

—No me avergüenza tu pasado, Takeshi —afirmó—. Todos hemos cometido errores. No he permitido que lo hicieras porque llevas demasiado tiempo dejando que todo lo feo y horrible que habita este mundo te defina. Me he dado cuenta de que has pasado tantos años ocupándote de otras personas que has olvidado lo que es tener a alguien que te protege. Y he pensado que… quizá yo podría ser esa persona.

Khalani se tensó. Acababa de poner su corazón en una bandeja de plata.

Clavó los ojos en el suelo, pero Takeshi le alzó la barbilla con el dedo y la obligó a mirarlo.

Y las lunas y estrellas del cielo no tenían ni punto de comparación con la belleza y el poder que albergaban sus ojos.

—Ya lo eres —dijo.

Khalani se quedó inmóvil, sintiendo cómo esa voz profunda resonaba en todos los rincones de su alma.

No necesitaban decirse esas dos palabras.

Una sola frase no podía expresar todo lo que sentían.

Sus labios se encontraron al mismo tiempo, y ella comenzó a desabrocharse la parte trasera del uniforme. Takeshi gruñó y le agarró la muñeca, impidiéndoselo.

—Khalani… —dijo en un suspiro—, si seguimos adelante, no voy a poder contenerme. Así que, si no lo deseas, dilo ahora. Es tu única oportunidad de decir que no.

Rodeados de oscuridad y con la seriedad de sus profundas palabras aún flotando en el aire, intercambiaron una mirada.

Y, por una vez, Khalani no vaciló.

Alzó la barbilla con determinación y terminó de desabrocharse el uniforme.

Takeshi permaneció completamente inmóvil, sin dejar de mirarla. Khalani sentía el poder en las yemas de los dedos.

Había fuerza en la manera en que controlaba su propio cuerpo, en la forma en que Takeshi la observaba, como si nada pudiera obligarlo a desviar la mirada.

Mientras se quitaba las botas, dejó que la tela del uniforme se deslizara hacia sus pies hasta caer al suelo. Completamente desnuda, con los brazos relajados a los costados, permitió que Takeshi la contemplara cuanto quisiera.

Y él así lo hizo, como si fuera una pintura perdida durante siglos.

Igual que Khalani había contemplado la ciudad de Génesis por primera vez: con absoluta admiración y la certeza de que jamás volvería a ser la misma.

Sintió cómo la recorría con la mirada, lenta y deliberadamente. Desde los pechos y la cintura hasta la punta de los pies, como si cada parte de ella fuera digna de ser contemplada y reverenciada.

Incluso las partes que otros pasarían por alto. En especial, se detuvo en esas.

El silencio se prolongó mientras Takeshi seguía observándola, y ella tragó saliva, algo nerviosa. Tras unos minutos, Khalani se llevó una mano al abdomen y se cubrió el pecho con la otra.

—Me parece que no.

Su voz grave le erizó la piel.

Takeshi se acercó a ella, envolviéndola por completo con su presencia. Le lanzó una mirada de reproche y Khalani reunió el valor para dejar caer los brazos a los costados una vez más.

—Eres perfecta —murmuró.

Sin embargo, no miraba su cuerpo. La miraba directamente a los ojos. Khalani sintió que le daba un vuelco el corazón. Había tal ardor e intensidad en el ambiente que era como estar bajo un sol

abrasador.

A pesar de lo que acababa de decir, Takeshi permaneció con las manos tensas y quietas a los costados.

—¿No vas a tocarme? —lo desafió ella con cierta malicia.

—Estoy disfrutando de las vistas.

—¿Y qué piensas?

—Pienso que eres mía.

Oh. Dios.

A Khalani se le desbocó el corazón y tuvo que esforzarse para formar una frase coherente.

—Es muy presuntuoso por tu parte pensar que soy tuya. ¿Y si hubiera alguien más aquí abajo que me interesara?

El brillo en los ojos de Takeshi se intensificó. Pelear era su retorcida forma de coqueteo, y a él le gustaba tanto como a ella.

—Ah, ¿sí? —La agarró de la cintura y la atrajo hacia él—. ¿Y cómo se llama?

—¿Por qué quieres saberlo?

Ella intentó mantener la calma mientras Takeshi le acariciaba con las yemas de los dedos los pechos y la pellizcaba suavemente, despertando en ella una intensa pasión.

—Para ocuparme de él mañana —comentó con naturalidad.

—Estás mal de la cabeza —dijo, y soltó una carcajada.

—¿Ahora te das cuenta?

La sonrisa maliciosa de Takeshi se ensanchó, y, de nuevo, Khalani se sorprendió al ver esa belleza genuina.

Sin añadir palabra, la cogió del pelo, la inclinó hacia atrás y acercó los labios a uno de sus pezones. Khalani ahogó un suspiro mientras él la mordía con suavidad, gimiendo y provocando descargas eléctricas que le recorrían todo el cuerpo. Takeshi volvió a auparla y le devoró la boca de nuevo. Se besaron como si estuvieran

famélicos. Como si no necesitaran aire porque se alimentaban del aliento del otro.

Con los labios aún unidos, Khalani le llevó las manos a la nuca y empezó a desabrocharle el uniforme, anhelante. Takeshi se apresuró a ayudarla con la cremallera, se lo quitó y lo lanzó al suelo sin miramientos.

Khalani se permitió acariciarle el torso desnudo y sentir los latidos desbocados de su corazón. Una cosa era verlo en acción y otra muy diferente era rozar esos músculos con las yemas de los dedos.

Mordiéndose el labio, deslizó las manos más abajo. Cuando le palpó el miembro endurecido, Takeshi ahogó un suspiro.

Khalani sonrió ante la idea de hacer que se desmoronara, sintiéndose aún más poderosa.

Deseaba mucho más que tocarlo. Deseaba que perdiera el control y que ese momento se le quedara grabado para toda la eternidad.

Al igual que quedaría grabado en ella.

Se arrodilló, pero él la obligó a ponerse en pie de nuevo.

—Takeshi, ¿qué…?

Ahogó un grito cuando Takeshi la giró, de modo que quedó con la espalda pegada a su torso. La abrazó, acariciándole la piel justo por debajo del pecho con una mano mientras introducía la otra entre sus piernas.

—Si crees que voy a correrme antes que tú, lo llevas claro.

Khalani tragó saliva y dejó caer la cabeza en su hombro mientras él movía el pulgar y deslizaba un dedo en su interior.

Takeshi aumentó la velocidad de sus movimientos y Khalani sintió que estaba ascendiendo una cima escarpada. Que estaba escalando la montaña más alta. Cada vez que rozaba a Takeshi, se

encendía dentro de ella un fuego que la derretía y cuyo calor se intensificaba con cada caricia.

Empezó a ver lucecitas. No sabía qué estaba ocurriendo. Nunca había experimentado nada parecido con nadie.

Cuando llevó la mano hacia atrás y empezó a acariciarlo arriba y abajo al mismo ritmo, él gimió en su oído. Notaba los latidos de su corazón en la espalda, un ritmo salvaje y primitivo que los arrastraba a los dos.

Takeshi siguió moviendo el pulgar y deslizó otro dedo en su interior. Khalani estuvo a punto de soltar un gemido. Cada movimiento, cada cambio, encendía chispas que le recorrían el cuerpo y la hacían arder más y más.

—Eso es, preciosa. Déjate llevar —ordenó, casi sin aliento como ella.

Tras otro roce de su pulgar, los músculos de las entrañas le empezaron a temblar.

Khalani sintió que ardía, como si se estuviera quemando desde dentro hacia fuera.

Con la euforia recorriéndole las venas, siguió acariciándolo hasta que él tensó el cuerpo y explotó de placer en el mismo instante que ella.

Takeshi soltó una maldición y le agarró la mano, moviéndola arriba y abajo.

Eso le pareció más sexi aún.

Se inclinó hacia él con el cuerpo tembloroso, como si sus extremidades se estuvieran derritiendo, todavía temblando por la intensidad del momento.

—Oh, Dios —exclamó Khalani con voz ronca y sin aliento.

—No. Solo soy yo.

La atrajo hacia él y deslizó la espalda por la pared hasta el suelo.

Khalani notó cómo le subía y bajaba el torso mientras se sentaban en el suelo, aún abrazados. Apoyó la cabeza en ella y le rodeó la cintura.

Era un abrazo posesivo. Protector. Como un animal que custodiaba su tesoro.

Si alguien le hubiese dicho en la prisión de Braderhelm que Takeshi la abrazaría así, se habría reído y lo habría olvidado al instante. No lo habría creído por nada del mundo.

Pero la vida siempre te regalaba las cosas más inesperadas cuando no prestabas atención.

Khalani arqueó la espalda ligeramente y movió las caderas, sintiendo que su miembro se endurecía de nuevo.

—No hagas eso —le dijo Takeshi al oído.

—¿Que no haga el qué?

Se movió un poco y él la agarró por la cintura, apretando los dedos para advertirla.

—Khalani, tienes que parar. No pienso hacer el amor contigo por primera vez en esta celda. Pero, si no dejas de mover las caderas así, me va a dar igual. Así que compórtate, joder.

Le mordió la oreja.

A Khalani le pareció un buen plan.

—¿Y si lo pido por favor? —preguntó con una sonrisa en los labios.

—Vas a ser mi perdición, Kanes. Vete a dormir.

Con una sonrisa, obedeció. De momento. Después de la intensa liberación que le había dado, se sentía completamente exhausta. Y ambos iban a necesitar todas sus energías y fuerzas para lo que estaba por venir.

Mañana escaparían y serían libres. Juntos.

Takeshi la estrechó, dispuesto a ahuyentar sus pesadillas. Y, por

primera vez en siglos, Khalani atisbó un futuro luminoso en las sombras de un mundo oscuro.

28

Desde la distancia, parecen reír. Pero, si te acercas a ellos, verás que siempre han estado gritando.

Algo cálido envolvía el cuerpo de Khalani. Algo sólido. Sus párpados se negaban a abrirse, y se acurrucó contra el intenso calor que la recubría como un escudo. Soltó un suspiró contenido y pesado y se dejó caer en un sueño tranquilo.

Unas líneas luminosas bailaban ante ella. Caminaba por la superficie bajo los rayos de un magnífico sol.

Takeshi caminaba a su lado. Le rozaba el brazo con dulzura. Ella se volvía hacia él con una sonrisa y él articulaba algo ininteligible.

—¿Cómo? —preguntaba Khalani, aún sonriendo.

—Despierta —decía.

Khalani fruncía el ceño.

—Despierta —repetía.

Se incorporó casi sin aliento, advirtiendo que no eran los rayos de sol los que bañaban su piel, sino la dura e intensa luz de los barracones.

En un gesto mecánico, se cubrió el pecho, pero de inmediato se dio cuenta de que ya llevaba el uniforme. Confundida, se echó hacia atrás, pero entonces recordó que Takeshi la había despertado con dulzura en medio de la noche para que se lo pusiera.

«Así no tendré que sacarle los ojos a nadie mañana», había susurrado con complicidad.

Restregándose la cara, bostezó mientras Takeshi se sentaba a su lado. Por primera vez, tenía el aspecto de haber dormido toda la noche, pero, al ponerse en pie, su expresión se tornó fría y calculadora. El volátil capitán estaba listo para enfrentarse al mundo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Cansada.

Estiró los brazos por encima de la cabeza, resistiendo el impulso de volver a tumbarse.

—Pues menos mal que no te he tenido despierta toda la noche como querías —la provocó él, esbozando una sonrisa.

Khalani sintió que se le aceleraba el corazón.

—Claro, como si fueras a durar mucho —bromeó ella poniéndose en pie.

—Ah, Kanes. —Takeshi soltó una oscura carcajada—. Qué ganas tengo de hacerte tragar esas palabras.

Una imagen salvaje se le apareció en la mente.

Takeshi ladeó la cabeza y le dedicó una mirada divertida, como si supiera exactamente en qué estaba pensando.

La puerta de la celda se abrió y los prisioneros enfilaron el pasillo de aquel espacio infernal hacia la inspección.

No pudo evitar ruborizarse cuando Takeshi le cedió el paso con una reverencia y una sonrisa maliciosa.

Se alisó el uniforme, se colocó los mechones sueltos detrás de las orejas e hizo crujir el cuello, tratando de ignorar las palabras peligrosamente tentadoras de Takeshi, que seguía oyendo como si se las susurrara al oído un diablillo posado en su hombro.

A sus espaldas, sintió el calor que irradiaba Takeshi. Si fuera por ella, lo arrastraría hasta la celda y terminaría lo que habían

empezado la noche anterior, sin miedo a las consecuencias.

Dentro de un día podría hacerlo. Solo un día más.

Ocuparon su lugar en la fila, y los segundos se hicieron eternos mientras los guardias examinaban a los prisioneros. Khalani no dejaba de tamborilear con los dedos en el muslo, mirando a un lado y a otro.

Cuando sonó la alarma, se tensó.

El doctor Strauss apareció enseguida, y todos se postraron de rodillas, con la mirada clavada en el suelo.

—¿Cómo estáis hoy? —preguntó el doctor Strauss en tono alegre, lo que no era habitual.

Sin recibir respuesta, se puso a caminar entre las largas filas de prisioneros, revisando sus notas en el sujetapapeles.

Cuanto más rápido terminara, antes podrían volver a casa.

A casa.

Allí donde estaba su familia. Winnie. Serene. Derek. Adan.

Miró de reojo a Takeshi, y sintió que el corazón no le cabía en el pecho, que traspasaba la oscuridad que la rodeaba.

Las botas del doctor Strauss se acercaron, y Khalani clavó de nuevo la mirada en el suelo, confiando en que no tardara en elegir al siguiente desafortunado prisionero para llevárselo hacia lo desconocido.

—Interesante —murmuró justo por encima de su hombro.

Khalani dio un respingo, sintiendo los ojos del doctor clavados en la nuca.

«Sigue andando. Sigue andando».

—Hoy te elegiremos a ti.

Khalani no sabía a quién iban dirigidas esas palabras. Alzó la cabeza y vio que los otros prisioneros la observaban con un destello de miedo, compasión y alivio en los ojos.

De repente, dos guardias se apostaron a su lado y, tomándola por las axilas, la alzaron del suelo. Gritó, pataleó y luchó con todas sus fuerzas, pero en sus manos parecía una marioneta.

—¡NO!

Un rugido atronador emergió a sus espaldas.

Le pareció oír el alboroto de puñetazos y los gritos atemorizados de unos pocos guardias antes de que el zumbido de las esposas se activara con una descarga.

La voz de Takeshi siguió resonando, agónica y furiosa. Trató de volver la cabeza, pero los crupieres se la llevaron a la fuerza, con el doctor Strauss pegado a sus talones.

Sintió que el pánico la invadía al atravesar la caverna hacia el edificio negro. Unas puertas de cristal correderas que no había advertido antes se abrieron, y entraron en la oscura construcción.

Luchó sin descanso contra sus captores mientras la arrastraban hacia lo que parecía ser un área de… ¿recepción?

Una joven ataviada con un traje pantalón blanco estaba sentada detrás de un enorme escritorio de mármol. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta alta y tirante. Entornó los ojos y clavó la mirada en Khalani, torciendo el gesto con claro disgusto.

Sin embargo, cuando el doctor Strauss apareció, se puso en pie de inmediato y esbozó una sonrisa radiante.

—Buenos días, doctor Strauss.

—Buenos días, Rebecca. Hoy va a ser un gran día. Lo presiento.

El doctor Strauss pasó ante ella sin tan siquiera mirarla.

Rebecca se sonrojó y lo siguió con la mirada mientras se ajustaba el traje. Una vez que hubo desaparecido, se sentó y sonrió para sí misma. Khalani sintió una arcada, pero los guardias siguieron al doctor Strauss y la arrastraron por una puerta de doble hoja.

Abrió los ojos de par en par al ver que estaba en un laboratorio.

La iluminación era tenue, y había numerosas camillas vacías perfectamente alineadas. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue la pared del fondo, en la que había unos tanques de cristal llenos de un líquido azul burbujeante.

Cuando se acercaron, gritó y trató de zafarse, pero los guardias la sujetaron con firmeza.

En el interior de cada uno de los receptáculos flotaban los prisioneros que habían sido elegidos en las inspecciones anteriores.

Khalani posó los ojos en la reclusa del día anterior. Los brazos le caían inertes a los costados y la melena castaña se mecía tras ella. Tenía los ojos completamente cerrados y un delgado tubo de plástico insertado en la nariz y la boca.

¿Estaba viva?

Khalani dirigió la mirada hacia los otros tanques de vidrio, que también albergaban prisioneros. No parecían estar conscientes.

Los guardias siguieron avanzando, adentrándose en el laboratorio.

—¿Qué… qué demonios es este lugar? —balbuceó, sintiendo que el terror no le permitía respirar.

El doctor Strauss la ignoró y se encaminó hacia otro hombre que había en la sala, vestido también con una bata blanca. Era más joven, de pelo corto y rubio, y analizaba con atención un monitor frente a uno de los receptáculos.

—¿Qué tal vamos hoy, Seth?

Seth alzó la cabeza y miró al anciano que flotaba en el líquido.

—El uno uno cinco cero no ha sobrevivido a la noche.

El doctor Strauss chasqueó la lengua y examinó la pantalla.

—Maldita sea. Esto demuestra una vez más que la edad es un factor limitante. Tenemos que corregirlo. —Sumido en sus pensamientos, se golpeó suavemente el mentón con los dedos—.

Vacía el tanque y acidifica los restos. ¿Y qué hay de los otros sujetos?

—Están estables —informó Seth, desviando la mirada hacia la muchacha que se habían llevado el día anterior—. El uno uno cuatro cinco sigue presentando actividad elevada de ondas beta después de la sesión preliminar. No es muy probable que la banda de frecuencia se estabilice a estas alturas. Puede que tengamos que desecharla.

—Hum…

El doctor Strauss examinó otro gráfico, concentrándose en la pantalla.

Los crupieres seguían sujetándola con fuerza por los brazos mientras esperaban en el centro de la estancia. No sabía qué esperaban, pero, cada vez que los dos doctores hablaban, el sudor se le acumulaba en las cejas y le temblaban las piernas.

—Démosle otro día. Si el gráfico no mejora, excluiremos al sujeto de la prueba —ordenó el doctor Strauss sin mostrar remordimiento.

—Sí, señor.

Seth asintió y miró por primera vez a Khalani, que trató de retroceder al ver el vacío de sus ojos. Sin embargo, los crupieres no se lo permitieron. Estaba atrapada sin remedio.

Al cabo de un rato, el doctor Strauss le prestó atención.

—Acostadla en esa camilla —dijo con expresión glacial y sin atisbo de compasión.

Khalani se revolvió y luchó como un demonio que acababa de salir del infierno. Les clavó las uñas en los brazos a los guardias y lo intentó todo para zafarse, pero no podía hacer nada contra su increíble fuerza. Al final, lograron tumbarla en la camilla y la ataron con correas. Mientras lo hacían, consiguió darle una patada a uno de los crupieres en el rostro, pero este soltó un gruñido y contratacó atizándole un puñetazo en el abdomen. Los crupieres aprovecharon

que estaba sin aliento y dolorida para terminar de apretar las correas.

Khalani no podía moverse. Apenas podía concentrarse en nada. Se le heló la sangre al oír un portazo y el sonido de la llave que cerraba la única salida posible; comprendió entonces que estaba atrapada allí dentro con dos científicos locos.

El doctor Strauss se inclinó sobre ella y la miró con expresión extraña. Un destello de entusiasmo le brilló en los ojos, como si esa fuera su parte favorita del día.

—Eres de las guapas —señaló.

Rabiosa, Khalani le escupió en la cara.

Al contrario de lo que había esperado, el doctor Strauss no se puso furioso. Se limitó a torcer el gesto y a secarse la saliva con la mano, que después restregó en la tela que le cubría las costillas a Khalani.

—La actitud es un factor diferencial en las posibles secuelas. También pareces tener una clara voluntad de vivir. Eso es bueno. Debería ser de ayuda en la siguiente fase.

Khalani frunció el ceño cuando el doctor Strauss se alejó y desapareció de su vista.

Trató de alzar la cabeza, pero la correa negra que le sujetaba la frente no se lo permitió.

Sentía la mirada espeluznante de Seth clavada en ella, anticipando con entusiasmo lo que venía a continuación. Khalani trató de alcanzar la hebilla de la correa con las manos, pero el doctor Strauss reapareció empujando un carrito metálico y se detuvo junto a ella.

—Bien, seré sincero: esto no va a ser agradable —empezó, organizando el instrumental que había en la bandeja—. Será mejor que no te resistas. Lo soportarás mucho mejor.

Khalani abrió los ojos como platos al ver el destello amenazador de unos cuchillos afilados. Sintió un calambre en el cuello y tuvo la sensación de que se quedaba sin aliento.

«Respira. Trata de respirar», se dijo para sus adentros.

Tenía que entretenerlo el máximo de tiempo posible.

Si conseguía que el doctor Strauss siguiera hablando, quizá los Ases llegarían a tiempo para salvarla.

—¿Qué va a hacerme? ¿De qué tratan sus investigaciones? —preguntó, hecha un manojo de nervios.

El doctor se volvió hacia ella con un destello en la mirada.

—Me complace tu interés. La mayoría solo gritan y no comprenden el regalo que les estoy haciendo. Seth, trae el chip.

—¿Se lo va a decir al sujeto? —se sorprendió Seth.

—Quizá el hecho de aprender el propósito tenga un impacto positivo en los datos del ensayo. Estudiaremos los efectos. De no ser así, daremos por terminada su participación. Tráelo.

La voz se le endureció al ver que no lo obedecía de inmediato.

Seth se alejó sin pronunciar palabra. Regresó al instante y le entregó algo al doctor Strauss. Este sonrió y lo sostuvo frente a su rostro. Era un pequeño chip verde, similar a la diminuta placa de circuito que ella había visto una vez cuando era niña. En la escuela, los maestros les mostraban imágenes de ordenadores antiguos con el objetivo de enseñar a los jóvenes la obsesión de los humanos con la tecnología y de hacer hincapié en que la paz y el orden solo se alcanzarían si confiaban en el gobernador de Apolo.

—Es un chip transmisor, un dispositivo muy especial —explicó el doctor Strauss, sujetándolo con firmeza—. Realiza diversas funciones, como, por ejemplo, las de anulación y control. Y te lo insertaremos en el cerebro.

Khalani abrió la boca y sintió que se le helaba la sangre.

«Insertármelo… en el cerebro».

La mera idea ya le resultaba más invasiva y aterradora que todo lo que había imaginado en sus peores pesadillas.

«¡Haz que siga hablando! ¡Haz que siga hablando!».

—¿Por… por qué?

Fue lo único que pudo pronunciar entre jadeos.

El doctor Strauss suspiró, por lo visto disgustado ante su falta de entusiasmo.

—En pocas palabras, los humanos tendemos a rebelarnos contra la autoridad. Si se nos deja a nuestra suerte, provocamos destrucción a cada paso que damos. La historia nunca miente. Y no deja de repetirse. Para poner fin a eso, necesitamos una mano firme que nos guíe hacia un futuro mejor. Y, en cuanto consigamos que los chips funcionen, los distribuiremos en las demás ciudades del subsuelo, empezando por Apolo.

Asimiló sus palabras casi sin poder respirar. Estaban implantando chips en los cerebros de las personas para despojarlas de su voluntad y convertirlas en marionetas. De repente, sintió la boca seca y se humedeció los labios mientras unas imágenes del gobernador le pasaban fugazmente por la cabeza. Alexander Huxley, un robot, una máquina, había controlado sus vidas sin que nadie lo supiera.

¿Podría estar relacionado?

—Has mencionado a los humanos —dijo, tragando con dificultad —. ¿Ese término te incluye a ti?

El doctor Strauss frunció el ceño, extrañado por su pregunta, como si no pudiera procesarla.

—Yo… sí. Por supuesto que me incluiría. ¿Por… por qué no iba a ser así?

Bajó la mirada, pensativo, y un leve espasmo le recorrió el

cuello.

—¿Se encuentra bien, señor?

Seth dio un paso adelante.

El doctor Strauss le quitó importancia con un ademán y se irguió.

—Sí. Por supuesto, estoy bien. Bueno, ¿por dónde íbamos? Ah, sí. Por la parte en que tú entras en juego.

El doctor Strauss le devolvió el chip a Seth, recobró la sonrisa entusiasta, como si los últimos segundos no hubieran ocurrido, y se puso unos guantes azules de látex.

—Hemos comprobado que, para que el cerebro acepte el cambio, ciertas áreas deben anularse, en concreto, el lóbulo temporal y el sistema límbico. Por desgracia, este tipo de degradación comporta cierto nivel de dolor. Me temo que es inevitable. Pero, ahora que comprendes el gran papel que desempeñas en la mejora de nuestra comunidad, estoy seguro de que lo aceptarás sin reservas.

Tomó un largo bisturí de la bandeja y comenzó a cortar el uniforme blanco, dejando al descubierto la parte superior de la pierna de Khalani.

—¡No pienso aceptar nada de nada! ¡Está usted completamente loco!

Khalani se revolvió bajo las correas con todas sus fuerzas, pero no se movieron ni un milímetro. El doctor Strauss frunció el ceño, pero le acercó la hoja afilada a la piel.

—¡No, por favor! ¡No! —exclamó.

Deteniéndose, el doctor Strauss le dedicó una dulce sonrisa.

—Algún día me lo agradecerás.

Acto seguido, presionó el frío bisturí y empezó a cortar.

Khalani gritó y se revolvió bajo las cuerdas llorando a mares y con la voz quebrada por la agonía mientras rogaba que se detuviera,

que alguien la salvara.

Sin embargo, nadie respondió, y sus lamentos de terror se quedaron entre las oscuras paredes de la estancia.

Gritó hasta quedarse ronca y hasta que se le nubló la vista. Unos segundos después, los ojos se le cerraron y finalmente dejó de sentir dolor.

La única súplica que deseaba que alguien atendiera era la de no despertarse nunca más.

29

Las ruinas no esperan a nadie.

Takeshi

Se la habían llevado.

Joder, se la habían llevado.

A Khalani.

A Kanes.

A su razón de ser.

Cuando la apartaron de su lado, un manto de sombras le nubló la visión y su furia se encendió hasta niveles que solo unos pocos habían presenciado.

El dolor de las descargas eléctricas lo desgarraba como si le hubieran aplicado cables al rojo vivo en la columna vertebral. Aun así, hizo falta el máximo voltaje para dejarlo inconsciente y evitar que matara a todos los crupieres del subsuelo.

Cuando finalmente volvió en sí, estaba en la espaciosa caverna, sentado y con ambas manos atadas a una barra metálica.

El crupier que lo vigilaba le ordenó con un grito que estirara las piernas. Se aferraba a la pistola. Como si eso fuera a salvarlo.

En el momento en que Takeshi se librara de esas cadenas, echaría a correr hacia el edificio negro y le sacaría las entrañas a

cualquier guardia que se atreviera a interponerse en su camino.

En lo más profundo de su mente ya barajaba varias técnicas de tortura.

Los crupieres morirían por haber tomado partido, pero el doctor Strauss probaría una versión especial del infierno, tan dolorosa que bañarse en llamas le parecería un paseo.

Volvió a dirigir la mirada hacia el edificio en el que retenían a Khalani y, discretamente, buscó una manera de librarse de las cadenas. Aunque tensó los músculos de los hombros al máximo, el dolor fue irrelevante.

Le habían arrebatado lo único que le importaba.

Antes de Khalani, Takeshi se había resignado a una vida sin amor. Todo el tormento, el pesar y la furia que albergaba los destinaba a encerrar a criminales entre rejas cada noche.

Pero, entonces, una chica solitaria que apenas le llegaba al hombro entró en prisión.

Al principio, la consideró un incordio sin importancia, alguien insignificante, no muy diferente de los numerosos reclusos que llenaban Braderhelm.

Aquella frágil muchacha parecía que fuera a hacerse añicos ante la más mínima racha de viento, y dudó que llegara a sobrevivir una semana en prisión.

Sin embargo, cuando Khalani no miraba, él se descubría prestándole atención sin querer. Había algo en su expresión que lo desconcertaba.

Quizá fuera la soledad que destilaban sus ojos. La tensión siempre presente en los hombros. O su corazón dulce e ingenuo, que destacaba en ese mar de salvajes y lo obligaba a contener su lado más cruel. Tardó un tiempo en advertir que ese pequeño cuerpo albergaba una fuerte tenacidad. Khalani lo había superado

todo —constantes peleas, adversidades y retos— con una resiliencia que rivalizaba con los criminales más violentos.

Cuando le pidió que la entrenara, Takeshi se quedó inmóvil y tuvo que reprimir el impulso de tirar las llaves de su celda por haber sugerido tal fatalidad.

Por ella. Por él.

No podía quitársela de la cabeza e ignoraba cómo iba a reaccionar ante esa proximidad, sin esos barrotes de acero que los separaban.

En cambio, la parte de su personalidad que amaba el riesgo solo deseaba ver hasta dónde podía llegar, llevarla al borde del colapso.

Así que accedió.

En cada entreno, la atracción se hizo más evidente, más difícil de resistir. Esos pantalones cortos ajustados que se le pegaban a los muslos eran una prueba de fuego para su concentración. La emoción desbordante en su mirada cuando conseguía dominar algo ponía a prueba su temple. Le exigía lo mismo que se exigía a sí mismo, hasta el límite más absoluto.

De repente, Takeshi había descubierto que tenía un nuevo objetivo en prisión. Y era Khalani Kanes.

Nunca se lo había dicho, pero los entrenamientos con ella se habían convertido en la mejor parte del día, de todo el año. En un mundo tan envuelto en tinieblas y oscuridad, era un destello de luz que no dejaba de hacerse más y más grande.

Por primera vez, cerraba los ojos por la noche y esperaba con impaciencia que llegara la mañana siguiente.

Cuando vio a Khalani en el suelo después de que el guardia Barron la atacara, lo embargó una rabia sin igual.

Alguien se había atrevido a hacerle daño. A la prisionera que le había traído la paz. A la muchacha rota cuyo mundo habían hecho

añicos, pero que seguía luchando por convertirse en una mejor versión de sí misma.

Takeshi perdió completamente la cordura y mató a Barron sin el menor remordimiento.

Cuando la aupó y la sostuvo en sus brazos, vio que encajaba perfectamente entre ellos. Takeshi bajó la mirada hacia ella y, tan inevitable como el anochecer, se hizo una promesa a sí mismo.

Nadie que le hiciera daño seguiría con vida.

Sin importarle las reglas ni las consecuencias, llevó a Khalani a su habitación. Lo único que quería era tumbarla en la cama. Darle algo de paz a su cuerpo adolorido.

Sin embargo, era ella la que no dejaba de tranquilizarlo, pensando en los demás antes que en sí misma. Takeshi quería gritarle con todo el aire que albergaba en los pulmones, reprenderla, pero sus labios buscaban su piel suave, dispuestos a extinguir cualquier rastro de dolor.

Cuando se acostó junto a él y sus dedos se rozaron, estuvo a punto de perder el control y dejarse llevar. Movió ligeramente la mano, deseando entrelazarla con la suya.

No, deseaba mucho más.

Pero ella se quedó dormida, desprendiendo calma y dulzura, mientras él respiraba su paz.

Cuando despertó, se había quedado mirando su hermoso rostro dormido, y una sensación extraña le atenazó el pecho, le inundó el corazón y lo empujó a extender la mano.

A decirle la verdad… Pero se echó atrás.

La realidad lo embargó de golpe, como si le cerraran una puerta en las narices.

Nada cambiaría sus circunstancias; ella seguía siendo una prisionera, y él era el capitán que la había encerrado tras los

barrotes. No existía un mundo en el que pudieran estar juntos. Sus fantasías eran meros delirios.

Así que la alejó.

Y a cada día que pasaba se consumía un poco más. Su mente no dejaba de gritarle, instándolo a acercarse, a arreglarlo todo, a volver a lo que alguna vez fueron. Dominándose a duras penas y recordando que era por el bien de Khalani, consiguió guardar las distancias.

Cuando Khalani venció a Dana en el foso, no solo sintió orgullo. Siempre se sentía orgulloso de ella. Fue el hecho de que reconociera lo fuerte que era, y, cuando lo hizo, el sol irrumpió en el subsuelo y la iluminó por completo.

Khalani siempre había sido hermosa, incluso cubierta de tierra y mugre, pero presenciar su determinación y su espíritu incansable provocó en él un sentimiento que jamás había experimentado.

Lo tenía hechizado. Cada día lo atraía un poco más, y no pudo evitar pedirle una nueva sesión de entrenamiento. «Una última vez», se dijo. Nada más.

Cuando desnudó su alma ante él, ninguna fuerza del subsuelo habría podido evitar que la besara.

En Apolo había un acantilado desde el que Takeshi solía lanzarse de niño. No era muy alto, pero colocaban unos colchones y los muchachos saltaban al vacío uno tras otro. La única vez que su madre lo vio saltar, corrió hacia él, lo agarró del brazo y lo arrastró de vuelta a casa entre gritos por haberle dado aquel susto de muerte. Sin embargo, aún recordaba la ingravidez que había sentido en el instante en que caía al vacío mientras el aire le azotaba el cuerpo.

Lo mismo le sucedió cuando besó a Khalani.

Quería zambullirse en su piel y memorizar todos sus lunares, sus

curvas y pliegues, cada imperfección, todo lo que la hacía única, porque cada centímetro de ella era una obra maestra.

En el casino, había estado muy cerca de noquear a Raziel, olvidarse de la misión y llevársela para que nadie más pudiera contemplarla con ese maldito vestido.

Raziel le había recordado su papel. Sin embargo, no le había hecho falta fingir.

El más mínimo roce lo volvía hiperconsciente de su propio cuerpo.

En su mente solo había espacio para ella. Nada más importaba. Y ese era el problema.

Takeshi no era hablador ni afectuoso. Prefería pasar el tiempo observando a los demás en busca de debilidades.

Jamás hablaba de esa sensación inquietante que lo embargaba. De ese perturbador impulso de destruirlo todo que no lo abandonaba desde que había terminado su entrenamiento como guardia en Génesis.

Takeshi sabía cómo ocultar esos pensamientos volátiles. Sin embargo, ese aspecto de su personalidad se había hecho más intenso desde que le había arrancado la cabeza al gobernador.

Pero, cuando estaba con ella, quería ser justo lo contrario.

Anhelaba proporcionarle a esa hermosa chica que habitaba en la oscuridad la misma paz que ella le había dado a él sin pedir nada a cambio.

Khalani aceptaba a Takeshi tal como era, no como quería que fuera.

Así que decidió rendirse, acabar con todo eso.

Con lo de ignorar lo que sentía. Con lo de luchar contra esa atracción inexplicable entre ellos.

Descansó cuando por fin encontró la palabra correcta. Amor.

La amaba.

Con todo su ser. Como las estrellas aman al cielo nocturno.

Y, cuando por fin fueran libres, no dudaría en demostrárselo a cada segundo.

El crupier no le quitaba ojo mientras Takeshi seguía tratando de zafarse discretamente de las cadenas.

Los prisioneros terminaron el turno matutino y entraron en la caverna para comer. El crupier al mando se acercó con paso firme, posando una mano pálida sobre la culata del rifle. Las estrellas del uniforme lanzaron destellos bajo la intensa luz blanca de los focos.

—¿Ya te has calmado o tenemos que darte otra descarga?

Takeshi apretó los dientes, luchando contra el impulso de escupirle en la cara. Sin embargo, se controló y se concentró solo en una persona.

—No te daré problemas —mintió.

Les daría problemas muy pronto, pero necesitaba esperar, buscar el momento perfecto.

—Bien.

El crupier dio un paso adelante y le quitó las cadenas.

Takeshi se puso en pie, estiró los hombros doloridos y escudriñó la caverna en busca de Jack, que le lanzó una mirada penetrante desde el otro lado.

Jack inclinó la cabeza; una señal.

Un cosquilleo le recorrió el cuerpo mientras avanzaba hacia allí, sin perder de vista el edificio negro.

La parte racional de su cerebro no dejaba de repetir lo mismo. Por mucho que lo deseara, no podía abrirse paso por la caverna y echar la puerta abajo. Los crupieres volverían a darle una descarga.

Pero ¿quién sabía qué horrores le estaban infligiendo en ese mismo instante?

¿Y lo asustada que debía de estar?

—Oye… —Ryder chasqueó los dedos hacia él cuando se sentó—. Sé lo que estás pensando, pero tendrás más posibilidades de salvarla cuando lleguen los Ases.

—¿Y cuándo será eso exactamente? —escupió Takeshi entre dientes.

Jack tomó aliento y se masajeó el puente de la nariz.

—No lo sabemos.

Takeshi casi partió el cuenco de comida que sostenía entre las manos.

—Repasemos el plan para cuando lleguen —pidió Elise con una tensión palpable.

Ella también lanzaba miradas preocupadas hacia el edificio negro.

Aún podía estar viva.

—Ya he informado a algunos prisioneros de confianza. Cuando lleguen los Ases, la mayoría de los crupieres se dirigirán al túnel principal. Eso dejará solo a unos pocos guardias vigilando a los reclusos, y no pueden darnos una descarga a todos a la vez. Ahí es cuando atacamos. Nos abalanzamos sobre ellos, desactivamos los grilletes, les arrebatamos las armas y nos unimos a los Ases —explicó Jack, cada vez más entusiasmado.

—¿Y qué pasa con los que no pueden pelear?

Elise clavó los ojos en su extraño padre, que seguía murmurándole al anillo.

—Que no se interpongan en nuestro camino —gruñó Ryder, haciendo crujir los nudillos mientras observaba a los guardias.

Aunque Takeshi parecía calmado, su mente no lo estaba en absoluto. Analizaba a cada crupier, estudiando sus debilidades, buscando la manera más dolorosa posible de explotarlas. Una

tensión inhumana le atenazó la columna cuando posó la mirada en el edificio al otro lado de la caverna.

Takeshi solía creer que la mejor prueba para su paciencia era no besar a Khalani. Qué disparate. Pasaría mil vidas sin tocarla si con eso se aseguraba de que no sufriera ningún tormento.

—Lo importante es que todos embistamos a los guardias al mismo tiempo —continuó Jack—. Si no lo hacemos, mori…

Un estruendo amortiguado resonó por toda la caverna.

Todos giraron la cabeza hacia el túnel justo al otro lado del campo. La única salida de la prisión.

Una vagoneta vacía recorrió a toda velocidad los irregulares rieles, pasó junto a los guardias y se detuvo en el centro de la caverna.

Los crupieres desenfundaron las armas con una expresión confundida que se transformó en letal. Unos cuantos valientes se acercaron despacio a la vagoneta, con el ceño fruncido.

Takeshi se puso en pie junto al resto de los prisioneros. Todos estiraron el cuello, intentando ver qué sucedía. Jack le hizo un gesto con la cabeza, y él se escabulló sigilosamente hasta los guardias rezagados, que no perdían de vista la vagoneta.

—¿Qué es? —gritó el crupier al mando cuando uno de los guardias más corpulentos echó un vistazo al interior.

Todos contuvieron el aliento mientras metía la mano y sacaba un enorme oso de peluche.

—Es solo un muñeco —respondió, levantándolo.

El crupier alzó la mano a cámara lenta y se quedó inmóvil.

—Espera…

¡BUM!

El oso de peluche explotó.

El hombre que lo sostenía se desintegró en una nube de niebla

rosada.

La fuerza de la explosión lanzó a Takeshi contra la pared de piedra. Un pitido agudo resonó en sus oídos y el polvo le nubló la vista.

Takeshi saboreó la sangre en la boca y gruñó mientras se incorporaba despacio. Desorientado, se llevó una mano a los oídos, que aún le zumbaban, mientras a su alrededor se intensificaban los gritos de horror.

A medida que el polvo se disipaba, distinguió a una multitud frenética de prisioneros y crupieres inconscientes en el suelo. Ryder estaba ayudando a Jack, que se tambaleaba y trataba de ponerse en pie.

Con el corazón encogido, vio que Elise zarandeaba a su padre en el suelo. Tenía una pierna y un brazo doblados en un ángulo antinatural, claramente rotos, y murmuraba algo al oído de Elise mientras trataba de acariciarle el rostro. Las lágrimas corrían por el pálido rostro de la muchacha, que se empeñaba en moverlo.

Takeshi apartó la mirada. Reconocía una herida mortal en cuanto la veía.

—¡Son los rebeldes! —gritó el crupier al mando con un reguero de sangre que le bajaba desde la cabeza por la mejilla.

En medio de la polvareda, aparecieron más de una docena de hombres armados con pistolas. Al frente, Takeshi reconoció a Spade, que lideraba el ataque. Había cambiado su impecable traje por unos pantalones de cuero negro y una capa del mismo color. Avanzaba sin dejar de dar órdenes a sus hombres.

El jefe de los crupieres levantó el arma con mano temblorosa y disparó contra ellos. Los Ases se agazaparon detrás de unos peñascos y contraatacaron.

Pese a la bomba, los guardias seguían superando en número a

los Ases y avanzaban sin dejar de disparar.

Takeshi volvió la cabeza al ver que Jack se acercaba renqueando.

—Ahora.

Jack apretó los dientes e hizo un gesto a un par de prisioneros, que tomaron a un guardia desprevenido por la espalda y lo estrangularon.

Takeshi no perdió ni un segundo. Ubicó a un crupier cercano que se estaba incorporando. Sin vacilación ni remordimientos, se lanzó sobre él. Le dio dos puñetazos en el estómago, lo cogió de la cabeza y, con un movimiento rápido, le rompió el cuello. El cuerpo sin vida se desplomó al suelo.

Todo ocurrió en cuestión de segundos.

Uno de los guardias se volvió al oír el sonido y abrió la boca, sorprendido. Con manos temblorosas, levantó el arma, pero Takeshi no vaciló. Sin perder un segundo, sacó un cuchillo del cinturón del hombre muerto y lo lanzó hacia él. La hoja se incrustó en el hombro del crupier, que erró el tiro.

Aprovechando la ventaja, Takeshi se abalanzó sobre el crupier y lo derribó al suelo. Subió a horcajadas sobre él y, mientras este lo miraba con ojos desorbitados, lo golpeó en la cara.

Le habría gustado seguir con aquella carnicería, pero, por desgracia, no tenía tiempo que perder.

Le arrebató la pistola al crupier, lo obligó a abrir la boca, le introdujo en ella el cañón y apretó el gatillo.

La sangre salpicó su rostro asesino. Experimentando una intensa y creciente necesidad de violencia, deseó bañarse en ella por completo.

Metió la mano en el bolsillo trasero del guardia y sacó un dispositivo táctil. Tenía reconocimiento de retina y, por suerte, los ojos del guardia aún seguían intactos.

Tras investigar durante unos minutos, Takeshi encontró la opción para desactivar el grillete eléctrico. De inmediato, se arrancó las esposas de las muñecas y las lanzó contra la pared, lo que provocó un agradable sonido metálico.

Takeshi se volvió hacia donde se encontraban Jack y Ryder, que también se las estaban quitando.

Una cacofonía de gritos y disparos los rodeaba mientras los Ases seguían disparando contra los crupieres, otorgándoles la distracción que necesitaban.

—¡Ve a por ella! —gritó Jack—. ¡Nosotros nos encargamos del resto! ¡Ve a salvarla!

No hizo falta que se lo repitieran.

Takeshi tomó la pistola y le arrancó el cuchillo del hombro al cadáver del crupier.

Sin perder un segundo, se pegó a la pared y se apresuró a alejarse de los disparos. Aferró las armas, listo para derramar sangre.

Clavó los ojos con determinación en el edificio negro y corrió más rápido que nunca.

Con la muerte como escolta, cabalgando tras él como si fuera un par de alas.

30

Si guardas silencio ante algo que no está bien, no podrás defender aquello que sí lo está.

Si hubiera que buscar un sinónimo de desgracia, en la Tierra sería «Khalani Kanes».

Las paredes ruinosas de su casa estaban hechas de pesar. El suelo irregular, cubierto con los fragmentos de un corazón roto. Y el desastre había deteriorado el techo hasta el punto de dejarlo hecho trizas.

En prisión, se había esforzado por inventarse un nuevo destino. No deseaba que su historia estuviera forjada por el sufrimiento, sino por las lecciones tranquilas del perdón, el amor y una voluntad descomunal de desafiar a la muerte.

Pero, por mucho que corriera en una dirección u otra o por mucho que cerrara los ojos, la desgracia no le permitía escapar de sus garras.

Khalani parpadeó ligeramente y dejó caer la cabeza a un lado. Le dolía todo el cuerpo.

El dolor era una constante, como el oxígeno que la rodeaba. Aspiró esa desesperación brutal y sollozó en silencio.

No sabía cuánto tiempo habían estado torturándola. Para cuando por fin había perdido la conciencia, tenía los brazos y las piernas

diseccionados, convertidos en carne desollada.

La sorpresa más cruel fue que, al despertar, no advirtió en sus extremidades cortes profundos ni evidencia de que había sido mutilada. Tenía la piel suave, casi perfecta. Como si aquel suplicio hubiese sido producto de su imaginación.

Mientras el doctor Strauss le marcaba la piel como si fuera un niño con una demencial colección de lápices de colores, le había confesado que Hermes había desarrollado un suero capaz de sanar heridas con rapidez.

Así que había seguido despellejándola, capa por capa, hasta dejar sus frágiles huesos a la vista. Y, cuando se desmayó, el doctor simplemente esperó a que volviera en sí y empezó de nuevo.

Los segundos le parecieron semanas. Las horas se convirtieron en décadas.

Había dejado de hablar hacía rato. Cada vez que le suplicaba que parara, el doctor Strauss se limitaba a esbozar una sonrisa y le clavaba aún más el escalpelo en la piel. Seth, el otro doctor, se encontraba ante un monitor, con los ojos fijos en unas extrañas líneas curvadas, y, de vez en cuando, le ajustaba los nodos que tenía pegados en las sienes y en la nuca con expresión impasible, pese a que Khalani se había quedado ronca de tanto gritar y lo único que salía de su boca era un torrente silencioso de agonía.

En algún momento, tenía que llegar la paz. Un respiro.

Pero ni siquiera al dormirse encontró el abrazo protector del sueño.

Movió los globos oculares tras los párpados al oír el ruido de unos pasos que se acercaban.

—Por lo visto, nuestra guapa paciente ha despertado.

«No. ¡No! ¡Dejadme morir!».

Khalani negó con la cabeza al ver que el doctor Strauss se cernía

sobre ella con uno de esos instrumentos afilados y sangrientos en la mano. Las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas y se puso a temblar cuando el hombre apuntó el escalpelo hacia su rodilla. Se preparó para la agonía inminente.

¡BUM!

Todo el edificio tembló y varios instrumentos cayeron de la bandeja.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Seth, mirando nervioso a su alrededor.

El doctor Strauss dejó el escalpelo, se quitó los guantes azules y se encaminó a toda prisa hacia la puerta. Khalani aún temblaba.

En el fondo de su mente, seguía esperando algo… o a alguien. Pero le costaba recordar a quién.

Estaba perdiendo la memoria. Su identidad…

«Te llamas Khalani. Te llamas Khalani».

Repitió esa frase una y otra vez para sus adentros, luchando por recordar la persona que había sido en el pasado. Cuando oyó de nuevo los pasos del doctor Strauss, sus temblores se intensificaron hasta convertirse en sacudidas incontrolables. Se mordió el labio con tanta fuerza que se le tiñeron los dientes de sangre.

—Los rebeldes han irrumpido en el campo —gruñó furioso el doctor Strauss apresurándose hacia los ordenadores—. Activa a los sujetos.

Seth palideció.

—Pero, señor…, ¡aún no están listos!

—¡Haz lo que te digo!

Seth se puso en pie de un salto y empezó a teclear furioso. Khalani oyó un ruido burbujeante a sus espaldas, como de agua hirviendo.

Consiguió ladear la cabeza unos centímetros y vio que los

tanques en los que flotaban los prisioneros se estaban vaciando de ese líquido azul. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo cuando los receptáculos de cristal se abrieron y los prisioneros salieron de ellos, completamente desnudos.

Se quedaron en pie, como estatuas, con los ojos vacíos. Unas gotas de agua les resbalaban por la piel y formaban charcos en el suelo.

—¿Cuáles son sus órdenes, doctor? —preguntó Seth, tragando saliva y mirando de reojo a los cuerpos inmóviles.

—Que ataquen a los rebeldes —respondió el doctor Strauss sin apartar la mirada de la pantalla.

Seth se volvió y carraspeó nervioso.

—Pero ¿y qué hay de…?

De repente, se interrumpió y le empezó a salir sangre de la boca. Perpleja, Khalani lo vio desplomarse en el suelo con un enorme cuchillo clavado en la espada.

Una silueta corpulenta cruzó el umbral de la puerta.

Las luces tenues del techo parpadearon e iluminaron brevemente el rostro sangriento y el uniforme blanco del intruso.

—Takeshi —susurró, recordando el nombre como si fuera una oración que había sido escuchada.

Takeshi clavó sus ojos oscuros en Khalani y en las cuerdas que la mantenían sujeta a la camilla, y la estancia pareció quedarse sin aire.

En menos de un segundo, le arrancó el cuchillo de la espalda a Seth, fue hacia ella y empezó a cortar las cuerdas que la retenían. Con manos temblorosas, como pudo advertir Khalani. Takeshi paseó una mirada glacial por todo su cuerpo en busca de heridas.

Gracias a la avanzada medicina que le habían administrado, no encontraría ninguna. Sin embargo, en su mente…

—No sabes cuánto lo siento, Khalani. He venido en cuanto he podido.

La miró con expresión destrozada, imposible de reparar.

Sin embargo, Khalani no dejaba de repetirse lo mismo: había venido.

Ella casi se había rendido, casi había renunciado a seguir viviendo, pero él no la había abandonado.

Una solitaria lágrima le resbaló por la mejilla, y Takeshi se puso tenso. Con la mandíbula apretada, siguió cortando las ataduras, pero entonces una figura le asestó un puñetazo en la cabeza y lo derribó.

Khalani contuvo la respiración cuando el arma que Takeshi llevaba escondida en el bolsillo salió disparada por el suelo.

—¡Takeshi! —gritó al ver que uno de los prisioneros de mirada vacía se abalanzaba sobre él.

Takeshi se puso en pie dando una voltereta y blandió el cuchillo con rapidez, embistiendo a su atacante.

El prisionero era rápido, más rápido de lo humanamente posible, y esquivaba todos los golpes con facilidad.

Khalani rechinó los dientes y trató de liberarse de la última atadura que la sujetaba a la camilla. Los puñetazos y los sonidos propios de la pelea resonaron en el frío laboratorio. Con un grito desgarrador, rompió la última sujeción y se puso en pie, temblando.

La sinfonía que le latía en el pecho se aceleró hasta alcanzar un *crescendo* catastrófico mientras Takeshi gruñía y forcejeaba con su atacante en el suelo.

Khalani se apresuró a coger el arma y la apuntó hacia el prisionero. Pero vaciló.

Quizá tuviera familia en Hermes. Tal vez seguía allí, en lo más profundo de aquella carcasa, tratando de romper los barrotes de su mente y suplicando que lo liberaran. Pese a esos pensamientos,

Khalani hizo de tripas corazón y curvó el dedo sobre el gatillo.

Haría lo que fuera necesario para proteger a quienes amaba.

Pero Takeshi y el prisionero no dejaban de rodar, y solo unos centímetros separaban sus cuerpos. Khalani no era tan buena tiradora como Brock, y la bala podía alcanzar a Takeshi. El prisionero estrelló de nuevo contra la cara de Takeshi el puño fuerte como una roca, y le hizo escupir sangre.

«Piensa, Khalani. ¡Piensa!».

El doctor Strauss estaba al otro extremo del laboratorio, tecleando frenéticamente en el ordenador. Los otros prisioneros seguían inmóviles, como si fueran marionetas sin vida.

Sin embargo, después de otra ráfaga de pulsaciones en el teclado, sus expresiones vacías se transformaron. Uno a uno, todos volvieron despacio la cabeza hacia Takeshi.

Y empezaron a caminar hacia él.

Takeshi ya se las estaba viendo y deseando con una de las creaciones del doctor Strauss.

¿Cómo iba a enfrentarse a cinco?

No podría hacer nada.

La pistola le tembló entre las manos mientras los otros prisioneros avanzaban con la mirada fija en Takeshi.

Apuntó el arma y, sin vacilar, apretó el gatillo.

Unas chispas saltaron al fondo de la estancia y el doctor Strauss retrocedió de un salto.

Se le cayó el alma a los pies al ver que había fallado el tiro.

Le había dado al ordenador.

Los prisioneros continuaron aproximándose, pero sucedió algo extraño. Sus andares se volvieron torpes y se detenían uno por uno de forma intermitente mientras sacudían la cabeza.

Takeshi aprovechó la oportunidad y apuñaló en la garganta al

prisionero que tenía encima. Haciendo girar el cuchillo, le arrancó un trozo de yugular. El hombre se desplomó, aunque siguió tratando de alcanzar a Takeshi, como si, pese a su estado, necesitara cumplir la orden que había recibido.

Takeshi se incorporó jadeando, con movimientos más lentos de lo habitual. El resto de los prisioneros seguían avanzando, convulsionándose sin control.

Esa visión espeluznante alimentaría las pesadillas de Khalani para siempre.

Alzó el arma una vez más y disparó al prisionero de la derecha. La bala le dio en el hombro e hizo que se tambaleara. Sin embargo, no soltó ningún grito de dolor ni se estremeció. Siguió adelante, haciendo caso omiso de la sangre que le resbalaba por el hombro.

—¡Takeshi! ¡Tenemos que irnos!

Takeshi apretó el puño y le lanzó una mirada tormentosa al doctor Strauss, pero los prisioneros se interpusieron, cerniéndose sobre ellos.

—¡Takeshi, por favor! —exclamó con la voz quebrada.

Takeshi reaccionó y se reunió con ella. Le quitó el arma y la rodeó con el brazo en un gesto protector.

—Larguémonos de aquí.

Salieron corriendo del laboratorio y entraron en la zona de recepción.

La secretaria seguía sentada ante el escritorio, pero ahora estaba inmóvil. Khalani le dedicó una mirada fugaz y advirtió que tenía la boca entreabierta y un agujero de bala en el centro de la frente. Se apresuró a apartar los ojos, negándose a desperdiciar su compasión en esa mujer despiadada.

Había oído sus gritos y no había hecho nada. Ni siquiera había protestado. Solo había entrado en el laboratorio para preguntarle al

doctor Strauss si quería un poco de café.

El silencio siempre demuestra apoyo.

Salieron a toda prisa del edificio negro, y Khalani tomó aliento, a punto de derrumbarse a causa de las torturas que acababa de soportar. Pero Takeshi la sostuvo, cogiéndola aún más fuerte por la cintura.

—Saldremos de aquí. Te lo prometo —aseguró con una clara convicción en la mirada.

Khalani asintió y, armándose de valor, creyó en sus palabras mientras se adentraban en el caos.

Los disparos y los gritos se sucedían ante las filas de crupieres que, marchando y disparando contra los Ases, los acorralaban en la entrada del túnel.

Unos veinte de estos últimos se mantenían firmes, y Khalani sintió que se le aceleraba el pulso al divisar varios cuerpos inmóviles tendidos en el suelo.

Enseguida distinguió a Spade, Raziel y a algunos hombres del Corazón Negro, que ayudaban a Jack y Ryder a retirarse a una zona segura.

El alivio la embargó cuando vio a Elise y a varios prisioneros más avanzando por un lado de la caverna y esquivando las balas de camino al túnel.

Elise tenía el rostro cubierto de lágrimas y Khalani entornó los ojos. ¿Dónde estaba su padre? Justo en ese momento, otra figura apareció en su campo de visión.

—¡Brock!

—¡Ahí están! —gritó Brock volviéndose hacia Takeshi y Khalani.

Ambos corrieron hacia él.

Brock disparó a otro crupier y le dio de lleno en el pecho. Llovieron más disparos y todos se agacharon.

—Nos superan en número. ¡Preparaos para sellar los túneles! —exclamó Spade agitando el brazo.

Todos comenzaron a retroceder.

Takeshi empujó a Khalani y se colocó tras ella, cubriéndola.

—Sigue, Kanes. No te detengas —le ordenó.

Brock corría junto a ella y los miraba aliviado. Tenía unas profundas ojeras, como si se hubiera pasado toda la semana preocupado. Los disparos seguían sonando a sus espaldas, y algunas balas casi los rozaron.

A unos treinta metros los esperaban decenas de vehículos de transporte vacíos.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Spade.

La mitad de los supervivientes subieron a toda prisa. Los motores rugieron al encenderse y los vehículos se alejaron a toda velocidad.

—¡Preparaos para detonar! —ordenó Raziel, haciéndole una seña a un hombre que aguardaba muy cerca con un dispositivo en las manos.

Ya casi habían llegado al túnel cuando estalló otra ráfaga de disparos. Khalani se cubrió la cabeza y siguió corriendo sin tregua. De repente, oyó un rugido atronador, seguido de un golpe sordo.

Khalani se detuvo en seco y se volvió.

Petrificada, vio a Takeshi desplomado en el suelo mientras un charco de sangre se le formaba en la espalda.

Sintió que el tiempo se detenía. Todas las balas se quedaron flotando en el aire. Los espeluznantes gritos se desvanecieron hasta convertirse en silencio.

No.

Takeshi no.

Joder, Takeshi no.

Takeshi alzó la cabeza buscándola, con los ojos llenos de anhelo.

Como si fuera lo único que deseaba ver en el mundo.

—Vete —articuló con los labios.

De eso nada.

Khalani corrió junto a él, pero Brock la atrapó por la cintura y la levantó.

—¡No! ¡Suéltame! ¡No podemos dejarlo ahí!

Pateó y gritó, luchando con todas sus fuerzas. Miró atrás y vio a los crupieres restantes que irrumpían en el túnel, hacia Takeshi, que intentaba levantarse. Sin embargo, su enorme cuerpo se desplomó de nuevo.

—¡Brock, regresa! ¡Tenemos que volver a por él! —suplicó, pero los brazos del incursor la agarraron aún con más fuerza mientras se dirigían hacia uno de los vehículos vacíos.

—Lo siento, Khalani. No podemos hacer nada.

Sonaba más angustiado que nunca. Pero eso a Khalani le daba igual.

Lo que importaba era que el hombre que la conocía mejor que nadie en el mundo, el hombre que la había ayudado a encontrar su fortaleza, el que la había impulsado cuando lo había necesitado y había comprendido su oscuro corazón, estaba ahora fuera de su alcance.

Khalani siguió revolviéndose y luchando como si fuera un monstruo salvaje.

Un mundo sin Takeshi era una prisión en vida en la que no quería sobrevivir.

—¡Vuelve, joder! ¡Por favor, vuelve!

Se negaba a aceptarlo. Khalani accedería gustosa a regresar al edificio negro y soportar un millón más de sesiones de tortura si con eso Takeshi estuviera a salvo.

Furiosa, siguió gritando, pero nadie le hizo caso. En brazos de Brock, franquearon la entrada del túnel y, a una señal de Raziel, el hombre que sostenía el dispositivo pulsó una tecla y la entrada tembló.

Se oyó una explosión y las rocas empezaron a caer, sellando el túnel.

—¡¡¡NO!!!

Unas lágrimas de agonía le resbalaron por las mejillas mientras la subían al vehículo. Su última imagen fue la de los crupieres, pistolas en mano, rodeando a Takeshi, que seguía inconsciente en el suelo.

Las rocas bloquearon su visión borrosa y sintió que se le paraba el corazón. Como si su cuerpo no pudiese soportar el dolor y hubiese decidido dejar de funcionar.

Porque lo último que oyó antes de que el vehículo saliera lanzado hacia el abismo oscuro fue… el sonido funesto de un disparo final.

31

Si te olvido, olvido el mundo.

Si mi corazón pudiese hablar,
latiría con lamentos y rugidos
que a mi propia carne aterrarían,
que me transformarían por completo,
me anularían y despojarían,
y acallarían mis dudas.

Pensé que el tiempo era mi amigo,
que el final lo marcaba una línea mística
a la que llegaría exhausta y temblando
tras cumplir años a tu lado.
Pero el tiempo no tiene aliados.
Contigo o sin ti llega el mañana.
Detén el vaivén del péndulo,
y el mundo te dejará atrás.

Si mi corazón pudiese hablar,
todos verían en sus llagas y cicatrices
las palabras que dijiste.
Porque el tiempo no lo cura todo.

Porque, de haber hablado mi corazón,
te habría dicho cuánto significas para mí.
Y no me vería obligada a cerrar esta historia sin ti.

Khalani dejó caer el rotulador que sostenía entre los dedos. Después, hizo lo mismo con el cuaderno, que golpeó el duro suelo como si no pudiera soportar toda la desdicha que contenían sus páginas.

Clavó la mirada en las sábanas blancas e inmaculadas, perfectamente dobladas sobre la cama.

Antes le gustaba sentarse en el suelo.

Si se concentraba, hasta podía recordar el dulce resplandor en los ojos de Douglas la primera vez que la había visto, tantos años atrás, sentada en las calles adoquinadas de Apolo comiendo sobras.

Él era la única persona con la que se abría sin temor a que la juzgara o la malinterpretara.

Algunas personas querían tener amigos para conversar con ellos.

Khalani quería amigos con los que no necesitara llenar los silencios. Pero, cuando Douglas murió, se llevó una parte de ella. Y Takeshi…

Una lágrima traicionera se asomó a las comisuras de sus ojos.

Todas las pérdidas que había tenido que soportar parecían insignificantes comparadas con lo que experimentaba en ese momento. Le dolía hasta la piel; le tiraba, como si fuera a desgarrarse.

Khalani no comía. No dormía.

Desde la fuga del campo, había perdido la cuenta de los días. El trayecto hasta Hermes habían sido horas de baches y de silencio

opresivo.

Brock no había dejado de observarla por encima del hombro. Khalani tenía la mirada perdida, los ojos inyectados en sangre y se mecía con el viento como si la habitara un alma en pena a punto de derrumbarse.

Una parte de ella quería precisamente eso, derrumbarse. Golpearse hasta perder el conocimiento y escapar de ese infierno.

Al fin y al cabo, ese parecía ser el objetivo de su vida: demostrar cuánto sufrimiento podía soportar el cuerpo humano.

De lo contrario, no comprendía por qué el día después de que superaran sus diferencias y admitieran lo que sentían el uno por el otro… se había convertido en el día en que lo habían perdido todo.

¡Bang!

Dio un respingo y se restregó los ojos cansados, meciéndose adelante y atrás mientras el disparo resonaba sin cesar en su mente.

«No podía ser. Takeshi no podía estar…».

Se golpeó la cabeza contra la pared.

Se estremeció, pero seguía sin sentir nada. En lo más profundo y retorcido de su alma solo anhelaba que la torturaran.

Quizá no habría estado tan mal que le borraran la memoria…

—Khalani. —Winnie llamó a la puerta—. ¿Puede entrar Winnie?

Khalani no respondió. Seguía con los ojos clavados en las sábanas blancas.

¿Y si regresaba?

Desde que habían escapado, la idea la carcomía, ardía en su interior como una llama titilante.

Takeshi no podía estar muerto.

Era demasiado obstinado. Demasiado terco. Estaba demasiado lleno de vida.

Había luchado por ella, para que sobreviviera, más veces de las

que recordaba, y empezaba a darse cuenta de que ella también tenía esa determinación absoluta. Sentía que le corría por las venas, que escapaba de su cuerpo con cada aliento.

La había salvado. Y ahora era su turno. Le tocaba a ella rescatarlo.

Un murmullo indistinguible sonó tras la puerta y el pomo giró despacio. Winnie entró en la habitación, pero Khalani ni siquiera la miró. Estaba trazando un plan.

Solo necesitaba armas y un vehículo.

No estaba segura de cómo regresaría al campo, pero ya encontraría el camino, incluso si eso implicaba recorrer cada túnel del subsuelo.

Sintió que Winnie la miraba con preocupación.

Cuando habían regresado al Corazón Negro, Spade les había indicado que no salieran, que trataran de pasar desapercibidos. Los crupieres buscaban a los prisioneros que se habían fugado. Brock, con toda la calma que fue capaz de reunir, les contó a los demás lo que le había ocurrido a Takeshi. Winnie y Serene la abrazaron y la consolaron durante toda la noche.

No la dejaron sola ni un instante.

A la mañana siguiente, cuando finalmente fue al baño, se encontró a Adan sentado ante la puerta, como si hubiese pasado la noche allí.

Brock no andaba muy lejos, con la frente arrugada y el rostro ensombrecido por la mugre y la suciedad acumuladas durante días.

En las miradas de sus amigos se apreciaba firmeza y compromiso.

La promesa de que no dejarían que Khalani se desmoronara. Y de que, si eso ocurría, estarían a su lado.

Lloró aún más cuando la abrazaron, porque nunca se había

sentido tan afortunada ni tan rota por dentro.

Khalani se había reunido con su familia, pero no estaba completa. Ni de lejos.

Por sus cuerpos rígidos y sus cabezas gachas, intuyó que no era la única que lamentaba la pérdida de Takeshi.

Puede que fuera taciturno y frío y que todo el mundo prefiriera dormir con un ojo abierto cuando él andaba cerca, pero, de algún modo, encajaba en su grupo disfuncional.

Khalani había advertido la ligera sonrisa que asomaba a sus labios cuando Serene y Adan bromeaban, la dulzura con la que miraba a Winnie, su descontento cuando se había visto forzado a dejar atrás a Derek e incluso el respeto que, a regañadientes, le profesaba a Brock.

También se habían convertido en su familia.

A punto de romper a llorar, apretó los puños. Winnie no dijo nada. En lugar de eso, se sentó junto a ella, le apoyó la cabeza en el hombro y entrelazó sus dedos con los de Khalani.

Permanecieron así un buen rato, juntas, sentadas y en silencio.

Finalmente, Khalani alzó la cabeza después de lo que quizá habían sido horas, o tal vez solo unos segundos.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí abajo, Winnie? —preguntó, carraspeando y con la voz áspera y ronca.

—Tres días. Winnie ha venido a verte cada día. Tiene que contarte muchas cosas, pero sabe que estás sufriendo.

A Khalani le temblaron los labios.

—Me duele tanto, Winnie…

—Winnie lo sabe, mi niña. —La anciana la agarró más fuerte—. No es malo sentirlo todo. O no sentir nada. A veces, el vacío es lo que ocupa más espacio.

Khalani respiró entrecortadamente. Sus emociones eran un

torbellino, y no sabía qué hacer con ellas. La rabia, la tristeza y la determinación eran como bestias que la acechaban con las fauces abiertas.

¿Cómo podía caber tanta pesadumbre en un cuerpo?

—Winnie, cuando Sarah murió, ¿te enfadaste? —preguntó rompiendo el silencio.

Sarah era la única hija de Winnie. Había sido víctima de la gripe en Apolo porque Winnie no podía pagar los medicamentos que necesitaba.

Esa historia la acompañaba a todas partes, casi como si fuera de carne y hueso.

Winnie se revolvió. Durante un instante fugaz, Khalani temió haber abusado de su confianza, pero la anciana la abrazó y la atrajo hacia sí.

—Winnie se enfadó muchísimo. Durante un tiempo, la rabia fue su única compañera.

—¿Y cómo lo superaste? ¿Cómo logras seguir adelante?

—No sabemos lo que nos depara el futuro. No podemos verlo —afirmó la anciana—. Algunas cicatrices no se pueden ocultar. Pero lo que nos hace hermosos no es esta fachada perfecta que le mostramos al mundo, sino nuestras imperfecciones y heridas. Superamos los obstáculos aceptando lo preciosa y frágil que es la vida. Y, en cuanto a aquellos que hemos perdido, honramos su memoria viviendo tal como ellos habrían querido que lo hiciéramos.

Khalani rompió a llorar, y las lágrimas se derramaron como un aguacero.

—No es justo, Winnie. Nada de esto debería haber pasado. No sé qué hacer ni cómo manejarlo —balbuceó.

—Mírame, mi niña. —La anciana, que tenía los ojos llorosos, le cogió las mejillas con las manos—. Una vez le dijiste a Winnie que

era tu maestra favorita, pero la verdad es que tú se lo has enseñado todo sobre la fuerza y la confianza en uno mismo. Por eso sabe que lo superarás. Eres su mayor inspiración.

Winnie le secó las lágrimas con las yemas de los pulgares y la miró fijamente. El amor infinito que brillaba en sus ojos era tan grande que no cabría ni en un universo entero.

—Te he echado tanto de menos, Winnie… —sollozó Khalani—. Cada vez que me alejo de ti, todo se desmorona.

—Winnie también te ha echado de menos. —La anciana la abrazó de nuevo—. Igual que una ballena echa de menos el mar.

—¿Qué es una ballena? —preguntó Khalani, sorbiéndose la nariz.

—Pues algo muy parecido a Winnie. Grande. Hermosa. Y una pésima cantante.

Khalani esbozó una débil sonrisa.

—Winnie también echa de menos a Takeshi. Tenía un gran corazón. Muy pocos llegaron a verlo. Pero Winnie sí lo vio.

La anciana pronunció estas últimas palabras con un hilillo de voz y dejó caer los hombros.

Khalani sintió que se desmoronaba y empezó a respirar más rápido.

Era verdad que había tenido un gran corazón. Que aún lo tenía.

La punzada constante que sentía en el pecho se intensificó, amenazando con devorarla por completo. Y, cuanto más tiempo transcurría, peor se volvía. Tenía que regresar a buscarlo.

Decidida, se enderezó.

—Antes has dicho que tenías muchas cosas que contarme. ¿Qué cosas?

—Winnie ha estado esperando a que te recuperaras antes de darte la noticia. —Hizo una pausa dramática y, tomando aliento, añadió—: ¡Winnie lo ha encontrado!

—¿El qué has encontrado? —preguntó Khalani, extrañada.

—¡A Prometeo!

—¿A qué te refieres?

—Estos últimos días, Winnie ha estado hablando con esa muchacha que también escapó del campo. Triste, pero hermosa. Un tanto fría también, pero Winnie consiguió derretir sus muros con un poco de dulzura y amabilidad.

—¿Te refieres a Elise?

Sorprendida, recordó de pronto que Elise se contaba entre los supervivientes de la fuga.

—¡Exacto! —La anciana chasqueó los dedos—. Elise. Qué pena lo que le pasó a su padre. Pero, cuando Winnie habló con ella, le mostró la reliquia que le ha dejado. Su anillo.

—«Corp. Prometeo» —susurró Khalani.

El fragmento de recuerdo resurgió en su memoria.

—¡Sí! —La anciana alzó las manos—. Winnie supo de inmediato que era una pista que conducía al Proyecto Hélix. Mientras estabas en el campo, Adan ayudó a los Ases con los ordenadores antiguos del Gran Colapso. En Hermes no guardan todo lo que saben bajo llave como en Apolo. Revisamos sus viejos archivos del Colapso, y Winnie descubrió una pista sobre Prometeo.

Khalani se inclinó hacia ella.

—¿Cuál?

—Cuando los residentes se asentaron aquí por primera vez a causa del Gran Colapso, elaboraron un censo y registraron el antiguo empleo de cada persona. En el expediente de unos cuantos aparecía «Corp. Prometeo».

—¿Trabajaban allí?

Eso no tenía mucho sentido.

—¡Exacto! —exclamó la anciana con un destello de férrea

determinación en los ojos—. Adan localizó la sede. Se encuentra en los restos del antiguo estado de California. En cuanto recuperemos a Derek, ese será nuestro próximo destino.

—California —repitió Khalani.

Había aprendido los antiguos estados en la escuela, pero sabía muy poco sobre ese en particular.

—Sí. —Winnie le tomó las manos—. No puedes rendirte ahora, Khalani. Takeshi jamás habría permitido que te rindieras. Y, tal como dijo Timothy Talbot, ¡el camino hacia el Proyecto Hélix empieza en Prometeo! Cuando hayas descansado lo suficiente, reuniremos provisiones y emprenderemos la marcha. Lo haremos todos juntos, ¿verdad?

Khalani sentía un vacío en el pecho que apenas la dejaba respirar. No estaban todos. Faltaba una pieza crucial, y eso significaba que no podía irse.

Aún no.

Sin embargo, si revelaba su intención de rescatar a Takeshi, la anciana trataría de disuadirla o, peor aún, insistiría en acompañarla.

Y Khalani se negaba a poner en riesgo la vida de otro de sus compañeros.

—Pues claro que lo haremos juntos, Winnie. Pero es mejor tomarnos unos pocos días para descansar y planear el viaje —sugirió.

Puede que tardara algo más que unos pocos días en salvar a Takeshi, pero Khalani prefirió no compartir ese detalle.

—Tienes razón, querida —asintió la anciana—. De hecho, deberíamos descansar ahora mismo. Ven arriba y come algo. Estoy segura de que todos estarán encantados de verte.

Khalani se humedeció los labios agrietados y, de repente, se dio cuenta de la sed que tenía y del enorme agujero que sentía en el

estómago, que se extendía con cada segundo que pasaba.

Sin embargo, empezó a juguetear con las yemas de los dedos, clavándose las uñas en la piel.

No se atrevía a subir las escaleras. No sabía cómo ocultar sus intenciones. Descubrirían sus planes en cuanto la miraran a los ojos.

—No tienes que hablar con nadie si no quieres —insistió la anciana, estrujándole la mano—. Winnie y Serene te acompañarán en todo momento.

Tras un instante, Khalani respiró hondo y asintió.

Agarrada del brazo de Winnie, se encaminaron juntas, escaleras arriba, hacia el Corazón Negro. Al llegar, Keno las saludó con un ademán de la cabeza y una expresión más inquieta y cautelosa de lo que ella recordaba.

Al entrar en la zona del bar, Serene corrió hacia ellas y estrechó a Khalani con fuerza entre sus brazos.

—¿Estás bien? ¡Qué preocupada me tenías! ¡Vaya pelos llevas! ¡Qué desastre! Deja que te lo arregle. Yo lo arreglo todo. Siento tanto no haber podido estar contigo… Incluso con él.

Serene la abrazó aún más fuerte, con los ojos llenos de lágrimas.

—No pasa nada —alcanzó a decir Khalani, casi sin aliento y tratando de reprimir lo que sentía con las pocas fuerzas que le quedaban.

Quería desaparecer escaleras abajo, que las personas que amaba no tuvieran que verla destrozada. Era mucho más fácil desmoronarse en soledad.

—Sí que pasa —afirmó Serene con vehemencia—. Pero lo arreglaremos. No pienso perderte de vista otra vez. Ni siquiera cuando necesites…, ya sabes.

Khalani forzó una media sonrisa. Otro obstáculo que salvar si quería llevar a cabo su plan.

Adan fue el siguiente en abrazarla.

—¿Cómo estás, Khalani?

—Hago lo que puedo —respondió ella con un hilo de voz mientras tomaba asiento.

Brock le llevó un cuenco de estofado y enarcó una ceja.

—Sé que la comida no va a compensarlo —dijo el incursor con un sentido suspiro—. Ni un millón de cuencos compensarían lo que ocurrió. Siento haberte obligado a marcharte, pero sabes perfectamente que es lo que él habría querido.

Se le cerró la garganta y luchó con todas sus fuerzas por no venirse abajo ante todos aquellos ojos clavados en ella.

—No estoy enfadada contigo, Brock. Hiciste lo que tenías que hacer. Gracias por venir a buscarnos.

Hablaba en serio.

Brock asintió y bajó la mirada al suelo. Se sentó junto a Serene, que ya no se apartaba de él como antes. Quizá habían logrado acercarse mientras Khalani y Takeshi estaban en el campo. La idea la hizo aferrar la cuchara con más fuerza mientras se obligaba a engullir la comida.

Todo le recordaba a Takeshi. El frío en el ambiente, la luz en los ojos de Winnie, el calor de los abrazos de sus amigos.

Tenía que escapar esa misma noche.

Khalani reparó en que Jack y Ryder también estaban allí, hablando con Spade, que torcía el gesto.

Elise estaba sentada en una mesa, sola, jugueteando con el anillo de su padre. Lo llevaba en el dedo y estaba encorvada con la mirada clavada en el suelo, como si cargara con un bloque de cemento.

Khalani hizo ademán de levantarse para ir a hablarle, pero Spade se plantó ante ella. Los pocos miembros de los Ases que había en la

estancia le prestaron atención.

—Nos han informado de que los crupieres están patrullando las calles. Buscan a los que irrumpieron en el campo. Saben que algunos prisioneros escaparon y que se ocultan en Hermes. Tenemos que seguir pasando desapercibidos durante unos días, quizá durante semanas.

—¿Saben que fuimos nosotros? —preguntó uno de los miembros con una preocupación evidente.

—Creemos que no —respondió Spade pasándose la mano por el pelo—. Pero no podemos asegurarlo. Por eso debemos actuar con la máxima cautela. Algunos de nuestros miembros infiltrados seguirán trayéndonos provisiones. En cuanto la situación se calme…

La puerta del Corazón Negro se abrió de repente y varios crupieres irrumpieron en la estancia armados hasta los dientes.

—¡Todo el mundo quieto! Vamos a registrar el lugar en busca de terroristas.

—¿Y quién ha dado la orden? —lo desafió Spade dando un paso al frente.

—No voy a responder a esa pregunta.

El agente apoyó el cañón del arma en el pecho de Spade y lo obligó a levantar las manos despacio.

—Comprobadlos.

Uno de los crupieres sostuvo un dispositivo ante la frente de Spade. El aparato empezó a pitar y emitió una luz roja.

La tensión se extendió por la estancia y todos contuvieron el aliento. El crupier siguió escaneando las cabezas de varios miembros con el mismo resultado.

Al llegar a Jack, sin embargo, el dispositivo emitió de repente una luz verde.

—¡Señor! Es uno de los prisio…

No pudo terminar la frase. El cerebro se le quedó pegado a la puerta. Ryder había aparecido discretamente con un arma y le había volado la tapa de los sesos.

El caos estalló.

Los miembros de los Ases se abalanzaron sobre los crupieres y empezaron a forcejear mientras las balas surcaban la estancia. Unas cuantas alcanzaron la zona en la que se encontraban ellos y todos se agacharon para ponerse a cubierto.

—¡Por aquí! —gritó Brock, protegiendo a Serene mientras se apresuraban hacia la salida lateral.

Los disparos retumbaban a su alrededor, y Khalani tiró de Winnie con el corazón desbocado.

—¿Adónde vamos? —gritó Serene cuando cruzó el umbral y vio que estaban en un oscuro callejón.

—Creo que lo mejor será que… —Brock se interrumpió de golpe, con la mirada clavada en la negrura de la calle.

Abrió los ojos de par en par y palideció, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué? —preguntó Khalani.

Al mirar también hacia allí, se quedó boquiabierta. De las sombras emergía una figura vestida de negro.

Se puso a temblar, negando con la cabeza, sin dar crédito. Su mente le estaba jugando una mala pasada.

La figura avanzó hasta una farola parpadeante y entonces pudo ver el pelo negro, los ojos de obsidiana y la expresión glacial.

Era Takeshi.

Sano y salvo.

Takeshi estaba vivo.

No comprendía cómo, pero allí estaba, de carne y hueso.

Sin pensarlo dos veces, Khalani corrió hacia él.

—¡Takeshi! —gritó con el corazón desbocado y la sensación de estar flotando. El peso insoportable que notaba en el pecho había desaparecido—. ¡Takeshi! —volvió a gritar, saltando hacia él.

Pero él no la atrapó.

De repente, Khalani se estrelló contra el suelo.

Takeshi se acuclilló junto a ella, le colocó un afilado cuchillo en la garganta y lo presionó hasta que hizo brotar la sangre.

—¿Cómo sabes mi nombre? —gruñó.

Sus ojos se habían convertido en un vacío negro e irreconocible.

El corazón de Khalani dejó de latir y, en ese último instante, se vieron únicamente como dos desconocidos.

AGRADECIMIENTOS

Mamá, gracias por acompañarme en cada paso de este proceso. Siempre has estado a mi lado en todos los altibajos. No habría llegado adonde estoy sin ti. Creo que tengo la mejor madre del mundo, de verdad. Gracias por todas tus lecturas y comentarios, por haber leído los primeros borradores y por tus constantes palabras de ánimo. Te quiero muchísimo. Por siempre jamás.

Papá, gracias por animarme a volar más alto de lo que jamás me habría planteado. Para mí, es muy importante hasta qué punto te implicas en mi trayectoria como autora, ya sea comprobando preventas, páginas leídas o mis cifras mensuales. Sé que compartes mi entusiasmo y estoy muy agradecida por tenerte siempre a mi lado. Gracias también por tus lecturas y comentarios. Y por darme siempre la confianza para seguir adelante. Te quiero muchísimo.

Christina, gracias por ser la mejor hermana del mundo. Me alegro muchísimo de compartir contigo este momento y me muero de ganas de ver nuestros libros uno al lado del otro en las librerías. Eres mi inspiración para escribir mejor, vender mejor mis libros y ser mejor persona, y me siento de verdad agradecida no solo por poder llamarte hermana, sino también mejor amiga.

Rodney, gracias por apoyarme siempre. Tus útiles críticas sobre el primer libro me ayudaron muchísimo para ambientar y construir *Us Deadly Few*, y se nota. Gracias por acompañarme en el viaje de investigación a Las Vegas. Sin ti, mi vida no está completa, y eres el

mejor hermano del mundo.

Kyle, no hay palabras suficientes que recojan lo mucho que has influido en esta saga. Desde el nombre hasta la personalidad de Takeshi, pasando por otorgarle a todo un matiz mucho más «¡guau!». La lista es interminable. Gracias por leer los capítulos y aconsejarme como solo tú sabes para que la historia fluyera aún mejor. Por siempre jamás. Me muero de ganas de que llegue el momento de llamarte «esposo».

Kristofer Mehaffey, ¡gracias por la increíble cubierta! Tienes un talento extraordinario y te agradezco inmensamente todo tu trabajo y esfuerzo.

Laura Helseth, gracias por editar el libro y llevarlo al siguiente nivel, y por ser tan paciente conmigo con los plazos de entrega. Lo aprecio de verdad.

Annie, gracias por ayudarme a ponerme en forma, tanto en el plano mental como en el físico, con el fin de poder gestionar todo lo que se me ha venido encima este año. Siempre me animas y me haces sentir que puedo con todo. Eres más que una tía. Eres mi segunda madre, y te quiero con locura.

Justine, gracias por tus ánimos y por ofrecer siempre tu opinión. ¡Tu apoyo significa muchísimo para mí y te quiero mucho!

Jose Matta, abuelo, te quiero mucho. Gracias por apoyarme siempre a lo largo de mi vida y por creer siempre en mí. Eres el mejor abuelo que podría pedir, y significas el mundo para mí.

Mary, mi mejor amiga, gracias por animarme siempre y por haberme aguantado cuando todo se descontroló este año. Mi corazón te pertenece.

Tom, ¡gracias por ser siempre positivo y no dejar de apoyarme nunca!

Angie, eres la mejor agente que podría haber deseado, una auténtica estrella. Apareciste en mi vida en el momento perfecto y has sido una de las mayores defensoras de mi trabajo; te estaré eternamente agradecida. Brindemos por seguir arrasando mucho después de que se haya pasado la última página. ☺

¡GRACIAS!

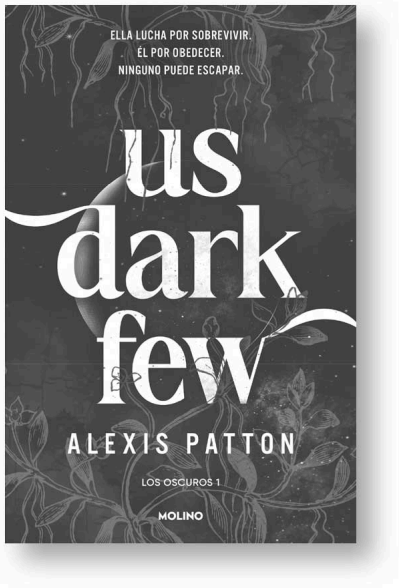
Hay muchos autores con talento e historias increíbles ahí fuera, y estoy sumamente feliz y orgullosa de que te hayas quedado con las mías y que hayas dedicado tu tiempo a leerlas. Este año ha sido un auténtico reto para mí e incluso he dudado de si acabaría este libro. Pero, en todos esos momentos, pensaba en ti. El apoyo que he recibido con esta serie me ha dado la fuerza y el valor para seguir adelante en pos de mi sueño, que es compartir lo que escribo con lectores de todas las partes del globo. Por ese motivo, te doy las gracias y quiero que recuerdes que en tu interior hay una luz que merece brillar vayas donde vayas. No te rindas ni dejes de creer en ti, porque eres capaz de llevar a cabo cosas magníficas.

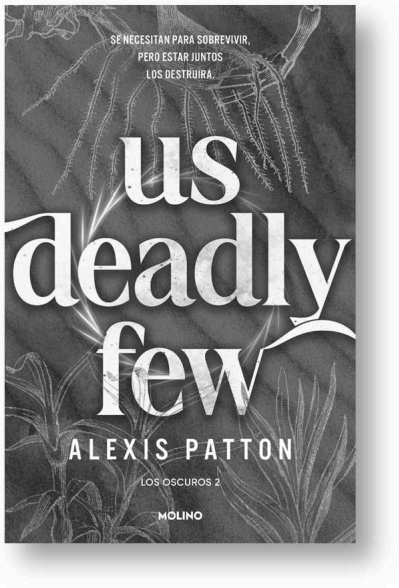
Si te ha gustado esta historia, por favor, deja una reseña en Amazon o Goodreads. Me ayuda mucho, de verdad. Gracias por hacer este viaje conmigo.

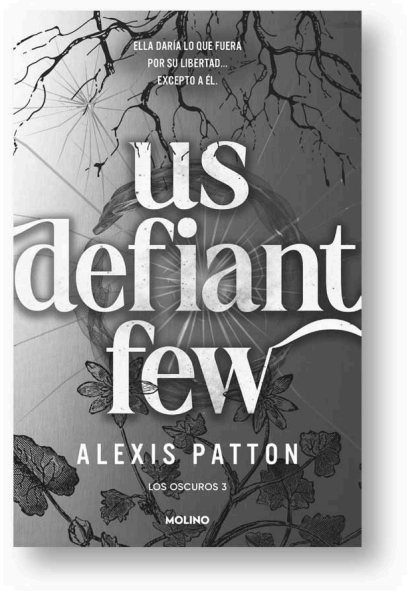
Con cariño,

Alexis Patton

Una emocionante distopía con un romance *slow-burn* que te obsesionará.

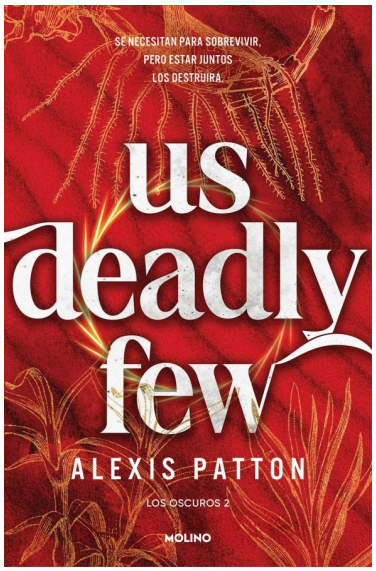





ELLA DARÍA LO QUE FUERA
POR SU LIBERTAD...
EXCEPTO A ÉL.
us
defiant
few
ALEXIS PATTON
LOS OSCUROS 3
MOLINO

Eres el poema que no me atrevo a escribir.

Es más seguro guardarme los pasajes que desatarlos sobre esta condenada tierra.



Atormentada por los secretos del Gobernador de Apolo, Khalani y su banda de criminales se embarcan en un nuevo y peligroso viaje. Ahora, la verdadera prueba comienza mientras Khalani se aventura a través de la traicionera Zona Mortal hacia Hermes, la ciudad subterránea más cercana. Los restos de lo que una vez fue una gran nación no son las únicas amenazas en la tierra baldía. Violentos temporales recorren la Zona Mortal y el letal Takeshi Steele ha vuelto a ser frío y distante. Y algo apunta a que no están solos en la superficie…

Para sobrevivir a este mundo sin piedad, Khalani debe recurrir a su

fuerza y a las enseñanzas de su encierro en Braderhelm, ya que en Hermes la espera otra clase de prisión: una en la que se encontrará encerrada con el hombre que más la enfurece. Pero, esta vez, todo indica que perecerán antes de escapar con vida.

En la superficie de la Tierra, solo permanecen los devastados.

Alexis Patton creció en DeLand, Florida y siempre ha sido una ávida lectora: era de esos alumnos que se meten en problemas por leer en clase. Su escritura abraza la experiencia humana y explora temas de amor, pérdida y auto-descubrimiento.



Título original: *Us Deadly Few*
Autopublicado originalmente en 2024 por Alexis Patton

Primera edición: julio de 2026

© 2024, 2026, Alexis Patton
© 2026, Sourcebooks, por el diseño del interior
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Ángela Esteller García, por la traducción
Arte del interior: © Melissa Nault (Fairchild)
Imagen del interior: © cundra / Getty Images

Diseño de portada: adaptación a partir del diseño original de Antoaneta Lisak / Sourcebooks

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro

Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-272-5741-2

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: editorialmolino
X: @EdMolino
Instagram: @editorialmolino
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Us deadly few
1. Háblame de la vida, porque de la muerte ya lo sé todo.
2. Trata de arreglarlo todo y solo acabarás destrozándote a ti misma.
3. La valía de una mujer no reside en su belleza, sino en su resiliencia.
4. Las dudas significan que no crees en ti misma.
5. Vivieron juntos y murieron del mismo modo.
6. Hay algo que a los humanos les encanta: cometer el mismo error dos veces.
7. Prefiero desaparecer con una ardiente llamarada que extinguirme en la nada.
8. Reza para que te perdonen. Prepárate para el castigo.
9. No tienes que preocuparte. Ya lo hago yo por los dos.
10. Si trataras de medirme por mis miedos, necesitarías un listón más largo.
11. Cuidado con los que callan, porque han aprendido a ocultar su rabia.
12. Soy la tormenta que nunca viste venir.
13. La guerra empieza cuando se tiende una mano en busca de ayuda. Y la otra mano la golpea.
14. El momento adecuado no existe. Solo existe el ahora.
15. Cuando el mundo terminó, algo también murió en nuestro interior.

16. Los humanos nunca se libran de su ferocidad. Simplemente, la disimulan mejor.
17. Las malas decisiones forjan el carácter. Todo un consuelo, ¿verdad?
18. Hasta los que están desnudos llevan disfraz.
19. Se obsesionaron tanto con ganar que olvidaron preocuparse por los vencidos.
20. Si nuestro destino fuera estar solos, no nos habrían dado dos manos.
21. Una vez muertos, ¿tendremos una segunda oportunidad? Lo pregunto para un amigo.
22. Si miras de cerca, verás las batallas grabadas en mi piel.
23. Libérame de lo que soy.
24. Tus errores no te definen.
25. Deshazte de mi cuerpo y entierra con él todas las verdades.
26. A menudo me pregunto si fue el mundo el que me cambió o si tomé esa decisión por mí misma.
27. No se trata de ser perfecta. Se trata de superar los fracasos.
28. Desde la distancia, parecen reír. Pero, si te acercas a ellos, verás que siempre han estado gritando.
29. Las ruinas no esperan a nadie.
30. Si guardas silencio ante algo que no está bien, no podrás defender aquello que sí lo está.
31. Si te olvido, olvido el mundo.
Agradecimientos
¡Gracias!
Sobre este libro
Sobre Alexis Patton
Créditos